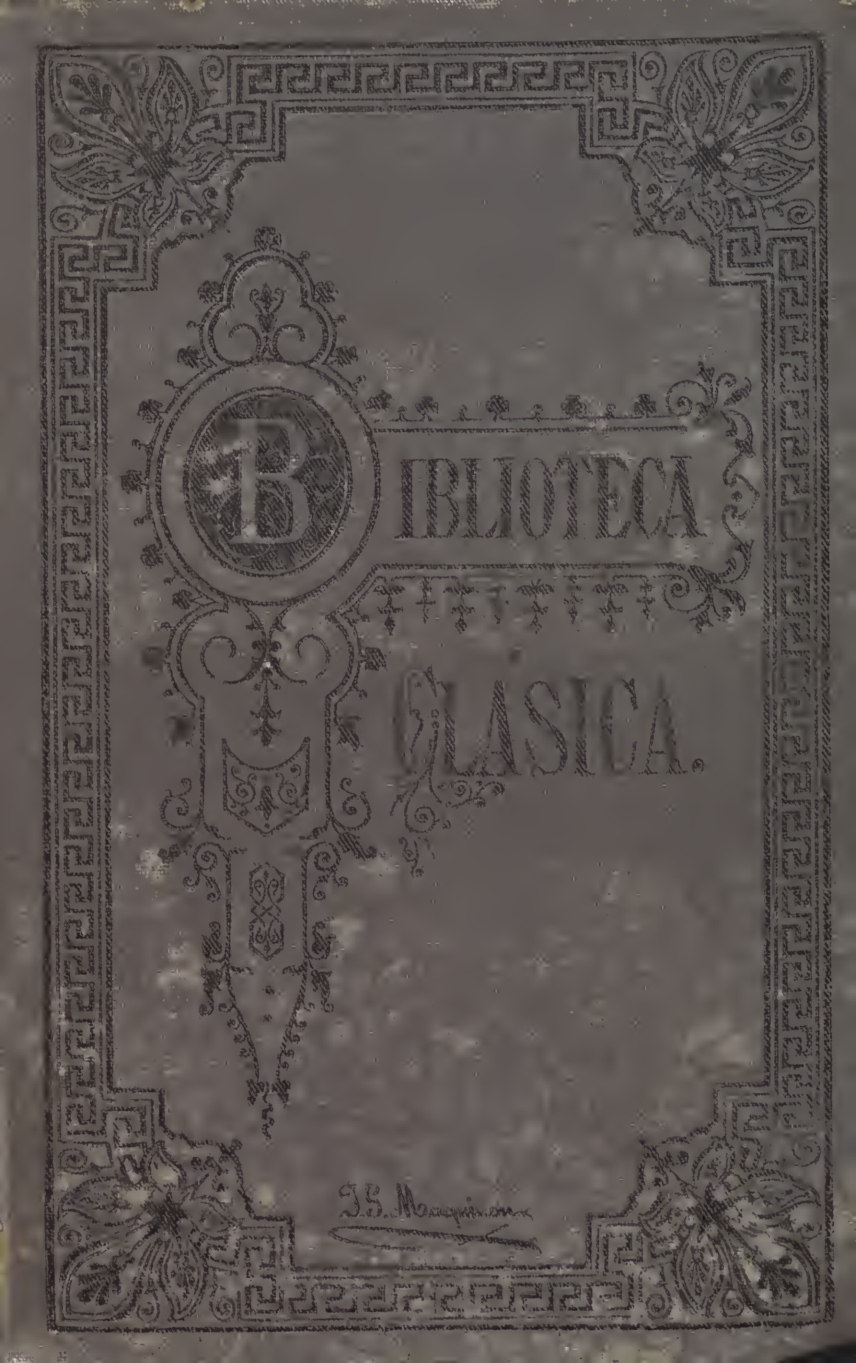

BIBLIOTECA
CLÁSICA.

COMEDIAS DE ARISTÓFANES.

BIBLIOTECA CLÁSICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.

	Tomos.
HOMERO.—*La Ilíada*, traduccion directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Hermosilla.......	3
CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*.......	2
HERODOTO.—*Los nueve libros de la historia*, traduccion directa del griego, del padre Bartolomé Pou..........	2
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*......	1
VIRGILIO.—*La Eneida*, traduccion directa del latin, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro...........	2
— *Las églogas*, traduccion en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traduccion en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latin, con un estudio del Sr. Menendez Pelayo......................................	1
MACAULAY.—*Estudios literarios*.......................	1
— *Estudios históricos*.......................	1
— *Estudios políticos*........................	1
— *Estudios biográficos*.......................	1
— *Estudios críticos*.........................	1
Traduccion directa del inglés de M. Juderías Bender.	
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*..................	2
CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traduccion directa del latin de D Marcelino Menendez Pelayo...	2
SALUSTIO.—*Conjuracion de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traduccion del infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traduccion del Sr. Menendez Pelayo, ambas directas del latin.............................	1
TÁCITO.—*Los anales*, traduccion directa del latin de don Cárlos Coloma....................................	2
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traduccion directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos..............	5
ARISTOFANES.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego por D. Federico Baráibar.....................	2
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—*(Teócrito, Bion y Mosco)*. Traduccion directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico)....................................	1
MANZONI.—*Los Novios*, traduccion de D. Juan Nicasio Gallego..	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.......	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*.....................	1

MADRID.—IMP. CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XXXIV

COMEDIAS

DE

ARISTÓFANES

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÀIBAR Y ZUMÁRRAGA

TOMO II.

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1881

LAS AVISPAS.

NOTICIA PRELIMINAR.

A deplorable estado llegó la administracion de justicia en Aténas durante los primeros años de la guerra del Peloponeso. Contribuian á ello grandemente de un lado la defectuosa organizacion de los tribunales, y de otro la manía de juzgar, litigar y perorar en público, desarrollada en los Atenienses con una furia de que no hay otro ejemplo. Entre los principales vicios de aquel sistema, aparece desde luégo como de más bulto el de la multiplicidad de los tribunales. Basta, en efecto, recordar los nombres del Areópago, el Heliástico, el Epipaladio, el Epidelfinio, el Enfreacio, el Epipritáneo, el Epitalacio y las Curias del Arconte-epónimo, del Arconte-rey, del Polemarca, de los Tesmotetas, de los Once, de los Catademos, de los Diatetas y de los Nautódicos, con sus mal definidas y á veces encontradas atribuciones, para comprender á cuántos abusos y entorpecimientos daria

lugar complicacion semejante. Y, sin embargo, leemos con asombro en Jenofonte que con ser tantos los tribunales y dotados de personal numeroso, no eran todavía bastantes para dar solucion á las infinitas cuestiones que á su decision se sometian. «Muchos particulares, dice, vense obligados á esperar todo un año ántes de poder presentar su demanda al Senado ó al pueblo, porque la multitud de negocios es tal, que impide dar audiencia á todo el mundo (1).» Pero el orígen y verdadera fuente de las infamias y abusos que los jurados atenienses cometieron debe buscarse, sin duda alguna, en la ley de Solon que, equiparando la administracion de justicia al ejercicio de los derechos políticos, permitia á todo ciudadano de treinta años formar parte de los tribunales; pues, como para el altísimo cargo de juzgar no se exigia circunstancia alguna de moralidad ni ilustracion, los jueces eran fácilmente engañados por los oradores, que, ó tergiversando los hechos, ó falseando la ley, ó enterneciendo al tribunal con peroraciones elocuentes, le hacian pronunciar fallos á todas luces injustos.

Así se explican hechos como el del anciano Tucídides (2), envuelto por la elocuencia de un hábil abogado, y condenado, no obstante su inculpabilidad, á una crecida multa: así se explica tambien, dice el citado Jenofonte (3), que tantos inocentes

(1) *República ateniense*, III.
(2) V. Aristófanes, *Los Acarnienses*, *parábasis*.
(3) *Apología de Sócrates*.

pereciesen víctimas de su altivez, miéntras muchos criminales conseguian la absolucion libre. Y si esto ocurria cuando los jueces eran ignorantes sin dejar de ser honrados, calcúlese á qué extremo llegarian los abusos cuando las agitaciones políticas y la guerra crearon tal estado de cosas, que el soborno, la venalidad y la falta de independencia llegaron á ser lo más corriente y ordinario.

Ya en *Los Acarnienses* y *Los Caballeros* pudimos observar que los campesinos refugiados en Aténas al verificarse la primera incursion lacedemonia, invadieron los tribunales é hicieron un modo de vivir de la profesion de juez. Faltos de ocupacion y víctimas de una miseria que las escasas distribuciones de víveres no podian remediar, tenian su único recurso en los tres óbolos que el Estado pagaba por sesion: expuestos por su penuria á la venalidad y al soborno, sucedia que en los negocios privados daban su voto al rico particular que se lo compraba, y en los asuntos de interes comun obedecian dócil y ciegamente al demagogo, de cuya voluntad dependia el cobrar ó no su sueldo.

Á aumentar el desconcierto y escandalosos abusos de los tribunales, contribuia no poco aquella extraña aficion de los Atenienses á todo lo que fuera litigio, proceso y discusion, avivada por los odios de partido que dividian su democracia.

A este propósito dice discretamente Artaud: «Los debates entre particulares fácilmente se transformaban en Aténas en públicas acusaciones; todo hombre distinguido era pronto sospechoso de as-

pirar á la tiranía; el derecho de acusar, concedido á todo ciudadano, secundaba las animosidades, las venganzas, y sobre todo, esas pasiones envidiosas y malignas de que adolecen los gobiernos populares; la delacion era ya un oficio, y el que denunciaba á un conspirador era bien acogido con seguridad: hé aquí, pues, una fuente abundante de procesos. En fin, el pasar la vida entera en la calle y en la plaza, producia una contínua necesidad de diversiones y pasatiempos; los oradores, los sofistas, los retóricos, cuya única ocupacion era el perorar, encontraban siempre una multitud de ociosos, ávidos de escucharles: los discursos de los abogados en los tribunales no se oian con ménos afan que las arengas políticas; era esto una diversion como otra cualquiera, y todos los dias el pueblo se apiñaba alrededor de la maroma que marcaba el recinto de los jueces en la plaza de Helia (1).»

Tantos abusos y ridiculeces no podian pasar sin correctivo ante la cáustica musa de Aristófanes, pronta á azotar con el látigo de una sátira implacable todo lo que le parecia injusto ó perjudicial. Así es que despues de haberse desatado en *Las Nubes* contra los sofistas y sus doctrinas funestas para la juventud, trata de corregir en *Las Avispas* los vicios que acabamos de reseñar.

En esta comedia volvemos á encontrar en Filocleon una nueva personificacion del pueblo ate-

(1) *Comédies d'Aristophane*, t. I, pág. 206.

niense, aunque sólo bajo su aspecto de κυαμοτρὼξ, *mascullador de habas*, es decir, entregado á la tarea de juzgar, que casi lo ha vuelto loco. *Bdelicleon* (enemigo de Cleon), hijo del maniático juez, le retiene en casa con ánimo de curarle; pero burlando la vigilancia de dos esclavos que guardaban la puerta de Filocleon, trata de evadirse, primero por el cañon de la chimenea, y despues por el tejado, y, por último, parodiando á Ulises, escondido bajo la panza de su asno. Frustradas todas sus tentativas, auméntase su furor cuando ve llegar á sus colegas, que, vestidos de Avispas, le llaman para ir al tribunal: este disfraz es un emblema de su carácter irascible y feroz. Filocleon implora el socorro de sus amigos, y pronto se traba una contienda entre ellos y sus guardianes. Por fin hay un momento de tregua en que Bdelicleon refuta las quiméricas ventajas de ser jueces, y logra atraer á su partido al irritado enjambre.

Su padre cede tambien, pero con la condicion de establecer en su casa una especie de tribunal. El primer acusado es el perro Lábes, reo sorprendido infraganti delito de hurto de un queso siciliano. La causa se instruye con toda rapidez y formalidad, y al dar la sentencia Filocleon absuelve al reo por una equivocacion. El haber dejado libre á un culpable le llena de desesperacion, hasta que su hijo se la hace olvidar llevándole á fiestas y banquetes.

Al llegar á este punto, el asunto de la comedia cambia por completo; el carácter del juez se transforma en el de un viejo alegre, insolente y alboro-

tador, y la accion se reduce á las reclamaciones á que da lugar su intemperancia y á un certámen coreográfico á que provoca el transformado heliasta á todos los danzantes que se quieran presentar.

Respecto al mérito de esta Comedia debemos decir que no es ciertamente de las obras más interesantes de Aristófanes, bajo el punto de vista literario; no abundan en ella tanto como en otras aquellas inagotables gracias qne les dan tanta amenidad; la accion se arrastra lánguida y desmayadamente, y carece, además, de la unidad necesaria, condicion sin la cual toda obra artística deja mucho que desear.

En cambio, bajo el punto de vista histórico y jurídico tiene una importancia inmensa, pues sirve para completar la historia interna de Aténas, y da curiosas noticias sobre el procedimiento y los tribunales en aquella ciudad.

Es digna tambien de mencionarse, al hablar de *Las Avispas*, la famosa imitacion que de ella hizo Racine en sus *Plaideurs*, aunque no sea más que por ser única en su género. El célebre trágico conservó en *Los litigantes* muchos chistes y algunos episodios de Aristófanes; pero su comedia, como no podia ménos, difiere esencialmente de las del poeta griego, no sólo en la forma, sino en la intencion, pues se limita á pintar en *Dauclin* el carácter de un juez maniático, sin la significacion universal y política que tiene Filocleon.

Las Avispas se representaron un año despues de

Las Nubes, es decir, el 423 ántes de nuestra era, noveno de la guerra del Peloponeso. No se sabe si fueron premiadas, porque el Escoliasta no nos lo dice, y es de notar la modestia con que el autor habla de sí mismo en la *Parábasis*, en cuya parte suele de ordinario encarecer sus medios de agradar.

PERSONAJES.

Sósias. } Esclavos de Filocleon.
Jántias. }
Bdelicleon.
Filocleon.
Coro de ancianos vestidos de Avispas.
Niños.
Un perro.
Una panadera.
Un acusador.

(La escena en Aténas, delante de la casa de Filocleon. La accion principia algo ántes de amanecer.)

LAS AVISPAS.

SÓSIAS.

¡Hola! ¿Qué haces, desdichado Jántias?

JÁNTIAS.

Procuro descansar de esta maldita centinela (1).

SÓSIAS.

¿Tan á mal estás con tus costillas? ¿O no sabes la casta de fiera que guardamos?

JÁNTIAS.

Lo sé; pero quiero dormir un poco.

SÓSIAS.

Peligroso es, mas puedes hacerlo: yo tambien siento que sobre mis párpados pesa un sueño dulcísimo (2).

---

(1) Es decir, trata de dormirse.

(2) Parece extraño que Sósias que acaba de despertar á su camarada, trate de imitarle. Pero esta contradiccion se explica perfectamente, conocido el carácter de no dárseles nada por nada, que Aristófanes suele presentar en los esclavos de sus piezas.

JÁNTIAS.

¿Estás loco ó frenético como un Coribante? (1)

SÓSIAS.

No, el sopor que de mí se apodera proviene de Sabacio (2).

JÁNTIAS.

Entónces adoras como yo á Sabacio; porque hace un instante cayó tambien con sueño profundísimo sobre mis párpados, á modo de enemigo persa; y he tenido un ensueño maravilloso.

SÓSIAS.

Y yo he tenido otro, como nunca. Pero cuenta primero el tuyo.

JANTIAS.

Vi á un águila muy grande bajar volando á la plaza pública, y arrebatando en sus garras un escudo de bronce (3), elevarse con él hasta el cielo; despues vi á Cleónimo (4) que arrojaba aquel mismo escudo.

SÓSIAS.

De modo que Cleónimo es un verdadero logogrifo (5). ¿Cómo, preguntará algun convidado, una

---

(1) Nombre de los sacerdotes de Cibéles. Al celebrar los misterios de la diosa, entrechocaban sus armas, batian estrepitosamente los tambores y se herian hasta derramar sangre en medio del mayor frenesí.

(2) Sobrenombre de Baco. De modo que hablando en plata, el sueño de Sósias es producido por el vino.

(3) La palabra ἀσπὶς, significa *escudo* y *serpiente*.

(4) Cleónimo arrojó su escudo en una batalla.

(5) Los convidados solian proponerse de sobremesa enigmas y cuestiones para entretenerse.

misma fiera puede arrojar su escudo en el mar, en el cielo y en la tierra?

JÁNTIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué desgracia me anunciará semejante sueño?

SÓSIAS.

No te dé cuidado: ningun mal te sucederá: te lo aseguro.

JÁNTIAS.

Sin embargo, es terrible agüero el de un hombre arrojando su escudo. Pero cuenta tu sueño.

SÓSIAS.

El mio es grandioso: se refiere á toda la nave del Estado.

JÁNTIAS.

Examina, pues, pronto la quilla del asunto.

SÓSIAS.

Creí ver en mi primer sueño, sentados en el Pnix y celebrando una asamblea, una multitud de carneros, con báculos (1) y mantos burdos; despues me pareció que entre ellos hablaba una omnívora ballena, cuya voz parecia la de un cerdo á quien están chamuscando.

JÁNTIAS.

¡Puf!

SÓSIAS.

¿Qué te sucede?

---

(1) Este era el distintivo de los jueces.

JÁNTIAS.

Basta, basta; no cuentes más; ese sueño apesta á cuero podrido (1).

SÓSIAS.

Aquella maldita ballena tenía una balanza en la cual pesaba grasa de buey (2).

JÁNTIAS.

¡Oh desgracia! Quiere dividir nuestro pueblo (3).

SÓSIAS.

A su lado creí distinguir á Teoro (4), sentado en el suelo con cabeza de cuervo, y Alcibiádes (5) me dijo tartajeando: «Mila, Teolo tiene cabeza de cueivo.

JÁNTIAS.

Nunca ha balbuceado más oportunamente Alcibiádes (6).

SÓSIAS.

¿Y no es un mal agüero el haberse convertido en cuervo Teoro?

JÁNTIAS.

Nada de eso; es excelente.

---

(1) Cleon.

(2) Alusion al oficio de curtidor de Cleon.

(3) Hay en griego un equívoco intraducible, basado en la casi absoluta semejanza de las palabras que significan *grasa* y *pueblo*. Ya lo hicimos observar en la nota al verso 953 de *Los Caballeros*.

(4) Vid. *Los Acarnienses*, 134-166, *Los Caballeros,* 608, *Las Nubes,* 399.

(5) Alcibiades era algo tartajoso y no podia pronunciar bien la *r*, convirtiéndola en *l*.

(6) Κὸραξ, *cuervo*, al transformarse la *l* en *r*, significa en griego *adulador*.

SÓSIAS.

¿Cómo?

JÁNTIAS.

¿Que cómo? ¿era hombre y de repente se ha convertido en cuervo? ¿No puede conjeturarse sin dificultad, que nos abandonará para irse á los cuervos (1)?

SÓSIAS.

¿Y no te he de dar dos óbolos de salario, siendo tan hábil para interpretar los sueños?

JÁNTIAS.

Aguarda, quiero ántes exponer el asunto á los espectadores y hacerles algunas breves advertencias. No espereis de nosotros nada grandioso, ni siquiera una risa robada á Megara (2). No tenemos ni esclavos que arrojen de su cesta nueces á los concurrentes (3); ni un Hércules (4), furioso por su cena frustrada; ni siquiera Eurípides (5) será otra

(1) Esta frase ya hemos visto que equivalia á la nuestra «irse al diablo» ó «al infierno.»

(2) Los Megarenses eran de gusto poco delicado en sus diversiones, y sus poetas cómicos empleaban para hacerles reir medios vulgares y groseros. Esto, á pesar de que segun la opinion de Aristóteles *(Poética*, III), la comedia principió á cultivarse en Megara.

(3) Aristófanes indica alguno de los recursos de mala ley empleados por los poetas vulgares. En el *Pluto*, v. 797, vuelve á aludir á esta costumbre de arrojar á los espectadores nueces y golosinas.

(4) La glotonería de Hércules era un tema inagotable para los cómicos griegos. En la *Lisistrata, Las Aves* y *Las Ranas*, Aristófanes la hace tambien objeto de sus burlas.

(5) Lo fué en *Los Acarnienses*, y Aristófanes volvió á la carga en *Las Fiestas de Céres*, *Las Ranas*, etc.

vez implacablemente censurado; ni sacaremos de nuevo á relucir con su sal y pimienta á Cleon (1), por más que le haya elevado tanto la fortuna. Pero tenemos un argumento bastante racional, no superior ciertamente á nuestros alcances, pero sí más discreto que el de cualquiera insustancial comedia. Nuestro dueño, hombre poderoso, que duerme en la habitacion que está bajo el tejado, nos ha mandado que guardemos á su padre, á quien tiene encerrado para que no salga. Este se halla atacado de una enfermedad tan extraña, que difícilmente la podriais conocer vosotros, ni áun figurárosla, sino os dijéramos cuál era. ¿No lo creeis? pues tratad de adivinarlo. Amínias (2), el hijo de Pronapo, dice que es la aficion al juego; pero se equivoca.

SÓSIAS.

¡Ya lo creo! se le figura que los demas tienen sus vicios.

JÁNTIAS.

No; el mal tiene su raíz en otra aficion... Ahí está Sósias que le dice á Dercilo (3) que es la aficion á la bebida.

---

(1) Harto asendereado quedó en *Los Caballeros*.

(2) Aristófanes vuelve á citar á este *Amínias* en el verso 1.267 de esta comedia, pero llamándole hijo de Selo; sin embargo, parece que ambas personas son una misma, porque llamábase así á todo hombre pobre y vanidoso, por concurrir estas circunstancias en Esquínes, hijo de aquél.

(3) Se ignora si era un comediante, un tabernero ó un borracho.

SÓSIAS.

No por cierto; esa es una aficion de personas decentes.

JÁNTIAS.

Nicostrato (1), el de Escambónides (2), asegura que es la aficion á los sacrificios ó á la hospitalidad.

SÓSIAS.

Nicostrato, te lo juro por el perro (3); no es la aficion á la hospitalidad; basta que el nombre impúdico de Filóxeno (4) suene á hospitalidad, para que él la deteste.

JÁNTIAS.

En vano os cansais; no dareis en ello. Mas si lo deseais saber, callad y yo os diré el mal que aqueja á mi dueño: es amante del tribunal como ninguno (5); su pasion por juzgar le vuelve loco; se desespera si no se sienta el primero en el banco de los jueces. Durante la noche no disfruta ni un instante de sueño: si por casualidad se le cierran un momento los ojos, ya su pensamiento revolotea en el tribunal alrededor de la Clepsidra (6), y acostumbrado á tener la piedrecilla de los votos (7),

---

(1) Ateniense supersticioso.
(2) Del nombre de un demo del Ática.
(3) Exclamacion ordinaria de Sócrates.
(4) *Filóxeno* significa *amigo de la hospitalidad.*
(5) Lit.: es *fileliasta como nadie.*
(6) Reloj de agua, que servia para medir el tiempo concedido á los oradores y abogados para sus arengas y defensas.
(7) Se votaba por medio de piedrecitas

se despierta con los tres dedos apretados, como quien ofrece incienso á los dioses en el novilunio. Si ve escrito en alguna puerta: «Hermoso Demo, hijo de Pirilampo»; en seguida pone al lado: «Hermosa urna (1) de las votaciones.» Habiendo cantado su gallo al anochecer, dijo que sin duda le habian sobornado los criminales para que le despertase tarde (2). En cuanto cena, pide á gritos los zapatos; corre al tribunal ántes de amanecer, y duerme allí recostado y pegado como una lapa á una de las co-

---

(1) Δῆμος *(Demo)*; κημός *(urna)*. *Demo* era un hermoso jóven (V. PLATON, *Górgias)*. Eúpolis habla de él tambien en sus comedias. Las muchas inscripciones de su nombre que en las paredes se leian, atestiguaban el gran efecto que su hermosura causaba. Era costumbre escribir el nombre del sér amado en los muros, puertas y otros objetos, como ya vimos en *Los Acarnienses*, v. 141. En la *Antología*, aluden á este uso muchos epigramas. Véase uno de Petronio:

Al plantar los perales y manzanos,
Grabé tu amado nombre en la corteza,
Creeen ellos, se cubren de inscripciones,
Y con ellos mi amor crece y se aumenta.

(2) Este chiste ha sido imitado por Plauto y Racine:

Obtrunco gallum, furem manifestarium,
Credo ædepol illi mercedem gallo pollicitos coquos,
Si id palam fecisset.

(Aulularia, III, 4, 10.)

Il fit couper la tête à son coq, de colére,
Pour l'avoir éveillé plus tard qu'à l'ordinaire.
Il disait qu'un plaideur, dont l'affaire allait mal,
Avait graissé la pate à ce pauvre animal.

(Les Plaideurs, Acto I, esc. 1.ª)

lumnas. Su severidad le hace trazar siempre sobre las tablillas la línea condenatoria (1), de suerte que siempre, como las abejas ó los zánganos, vuelve á su casa con las uñas llenas de cera. Temeroso de que le falten piedrecitas para las votaciones, mantiene ahí dentro un banco de grava. Tal es su manía (2); cuanto más se trata de corregirle, más se empeña en juzgar. Ahora le tenemos encerrado con cerrojos para que no salga, pues su hijo siente en el alma tal enfermedad. Primero trató de persuadirle con afables palabras á que no llevase el manto burdo, ni saliese de casa, mas no cambió por eso. Luégo le bañó y purgó; y siempre lo mismo. Despues trató de curarle con los ejercicios de los Coribantes, y el buen viejo se escapó con el tambor y se presentó á juzgar en el tribunal. Viendo la ineficacia de estos medios, lo llevó á Egina y le hizo acostarse una noche en el templo de Esculapio (3). Mas en el momento de amanecer apareció ante la cancela del tribunal. Desde entónces no le dejábamos salir; pero como se nos escapaba por las canales y buhardillas, tuvimos que tapar y cerrar con paños todos los agujeros. Mas él, clavando palitos en la pared, saltaba de uno á otro como un grajo. Por último, hemos tenido que rodear con una red todo el patio, y así le guardamos. El viejo

(1) Para condenar se trazaba sobre una tablilla cubierta de cera una línea larga.

(2) Parodia de la *Estenobea*, de Eurípides.

(3) Sobre esta costumbre véase el *Pluto*, v. 411 y siguientes.

se llama Filocleon (1); ningun nombre, por Júpiter, le está más propio: su hijo se llama Bdelicleon (2), y trata de corregir el feroz carácter de su padre.

BDELICLEON *(asomándose á la ventana).*

¡Eh, Jántias, Sósias! ¿estais durmiendo?

JÁNTIAS.

¡Oh!

SÓSIAS.

¿Qué hay?

JÁNTIAS.

Bdelicleon se ha despertado.

BDELICLEON.

A ver, pronto aquí uno de vosotros. Mi padre ha entrado en la cocina y está royendo no se qué como un raton dentro del agujero. Tú, mira no se escape por el tubo de los baños; y tú recuéstate contra la puerta.

SÓSIAS.

Está bien, señor.

JÁNTIAS.

¡Oh poderoso Neptuno! ¿Quién hace tanto ruido en la chimenea? ¡Eh, tú! ¿quién eres?

---

(1) *Filocleon* significa *amigo de Cleon*, porque este demagogo tenía gran partido entre la gente que constituia los tribunales, por el trióbolo que les hacía pagar.

(2) *Bdelicleon*, significa que detesta á Cleon: de suerte que la lucha entre ambos personajes representa perfectamente la que entónces sostenian en Aténas el famoso demagogo Cleon, apoyado por el pueblo mediante el trióbolo, y el partido aristocrático.

FILOCLEON.

Soy el humo que salgo.

BDELICLEON.

¡El humo! ¿De qué leña?

FILOCLEON.

De higuera (1).

BDELICLEON.

Ya se conoce, por Júpiter, pues es la que despide humo más acre. Ea, adentro pronto. ¿Dónde está la tapa de la chimenea? Adentro he dicho. Encima, para mayor seguridad, pondré esta vigueta. Busca ahora otra salida; soy el más desdichado de los hombres: mañana podrán llamarme el hijo del ahumado! (2)

SÓSIAS.

Empuja la puerta. Aprieta ahora mucho y fuerte. Allá voy yo tambien. Tén sumo cuidado de la cerradura y el cerrojo, no vaya á roer el pestillo.

FILOCLEON.

¿Qué haceis? ¿no me dejais salir á juzgar, grandísimos bribones, y Dracóntides (3) será absuelto?

---

(1) El humo producido por la leña de higuera es, segun el Escoliasta, de los más irritantes y molestos, lo cual pinta bien el carácter intratable de Filocleon. Además, en el hecho de mencionar esa especie de combustible, hay una alusion á los *sicofantas* ó delatores, nombre en cuya composicion entra la raíz del de higuera.

(2) Καπνίας. Este sobrenombre se le dió á Ecfántides, poeta cómico contemporáneo de Cratino, por la oscuridad de su estilo y el embrollo de sus argumentos.

(3) Ateniense de mala fama, condenado muchas veces. Parece que despues de la representacion de *Las Avispas*, llegó á ser uno de los treinta tiranos.

BDELICLEON.

¿Y eso te causará mucha pena?

FILOCLEON.

Apolo, á quien consulté en Délfos, me predijo que moriria cuando se me escapase un acusado (1).

BDELICLEON.

¡Oh Apolo, patrono nuestro, vaya un oráculo!

FILOCLEON.

Vamos, por piedad, déjame salir ó estallo.

BDELICLEON.

Nunca, Filocleon, nunca; lo juro por Neptuno.

FILOCLEON.

Bueno, romperé la red á mordiscos.

BDELICLEON.

Si no tienes dientes.

FILOCLEON.

¡Oh, qué desdicha!... ¿Cómo podria matarte? ¿Cómo? Traedme pronto mi espada, ó la tablilla condenatoria.

BDELICLEON.

Este hombre maquina alguna mala pasada.

FILOCLEON.

No, yo te lo aseguro: sólo deseo salir á vender el asno con su albarda: hoy es el dia de la luna nueva (2).

BDELICLEON.

Y dime, ¿no lo podria yo vender lo mismo?

(1) Sin condenarle.
(2) Dia de mercado.

FILOCLEON.

No tan bien como yo.

BDELICLEON.

Muchísimo mejor, por Jupiter. Ea, trae el asno. *(Filocleon vase en busca del asno.)*

JÁNTIAS.

¡Qué buen pretexto ha imaginado para que le sueltes!

BDELICLEON.

Pero no he tragado el anzuelo: en seguida he conocido á dónde iba á parar. Voy á llevar yo mismo el asno, y así el viejo no conseguirá salir.—¡Pobre borriquillo! ¿Por qué te quejas? ¿porque vas á ser vendido? Vamos pronto; ¿por qué gimes? ¿Llevas acaso algun Ulíses?

JÁNTIAS.

Sí, por Júpiter; lleva uno atado al vientre (1).

BDELICLEON.

¿Quién? Veamos.

JÁNTIAS.

Es él.

BDELICLEON.

¿Qué es esto? ¿quién eres, buen hombre?

FILOCLEON.

Ninguno, por Júpiter.

---

(1) Parodia del episodio del Cíclope en la *Odisea*, Canto IX. Con este asunto se compusieron varios dramas satíricos, de los cuales sólo se ha conservado *El Cíclope* de Eurípides, cuya primera traduccion al castellano estamos publicando en *El Ateneo* de Vitoria.

BDELICLEON.

¿Ninguno tú? ¿y de qué tierra?

FILOCLEON.

De Itaca, de la familia fugitiva.

BDELICLEON.

Por vida mia, ya sentirás el haberte llamado ninguno. Sácalo cuanto ántes. ¡Oh desdichado, dónde se habia metido! ¡Si parece un pollino escondido debajo de su madre!

FILOCLEON.

Si no me soltais, litigaremos.

BDELICLEON.

¿Por qué?

FILOCLEON.

Por la sombra del asno (1).

BDELICLEON.

No vales para ello, á pesar de tu extremada audacia.

FILOCLEON.

¡Que no valgo! es que no sabes todavía lo que yo soy; ya lo sabrás cuando comas lo que te deje el anciano juez (2).

BDELICLEON.

Entra con el asno en casa.

---

(1) Expresion proverbial para indicar personas que disputan sobre cualquier necedad. Del texto de Aristófanes puede deducirse tal vez que el célebre cuento de Demóstenes del litigio sobre la sombra del asno, no fué invencion del elocuente orador, bastante posterior al poeta.

(2) Es decir, su herencia.

FILOCLEON.

¡Oh jueces compañeros mios, y tú, Cleon, socorredme!

BDELICLEON.

Grita adentro á puerta cerrada.—Pon tú una porcion de piedras en la entrada; echa de nuevo el cerrojo; atraviesa esa tranca; y, para mayor seguridad, afiánzala con ese gran mortero.

SÓSIAS.

¡Ay! ¿de dónde me ha caido este terroncillo?

JÁNTIAS.

Quizá te lo haya arrojado algun raton.

SÓSIAS.

¿Un raton? ¡Cá! es ese maldito juez que se desliza por entre las tejas.

JÁNTIAS.

¡Oh desgracia! Ese hombre se ha convertido en pájaro. Va á volar. ¿Dónde está, dónde esta la red? *(Como quien espanta un pájaro.)*—¡Eh! ¡Pchist! ¡Pchist! ¡fuera de ahí! ¡Pchist.

BDELICLEON.

Por Júpiter, más quisiera guardar á Escione (1) que á mi padre.

SÓSIAS.

Puesto que le hemos espantado, y ya no puede

---

(1) Ciudad de Tracia, que por influencia de Brásidas se reveló contra Aténas, uno ó dos años ántes de la representacion de *Las Avispas*. Los Atenienses la sitiaron y la desmantelaron para que no volviese á inquietarles en lo sucesivo (V. Tucídides, iv, 120, 130, 131; v, 18, 32).

escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?

BDELICLEON.

Pero, desdichado, ¿no ves que dentro de poco vendrán á llamarle sus compañeros de tribunal?

SÓSIAS.

¿Qué dices? Si aún no ha amanecido.

BDELICLEON.

Es verdad; hoy se levantan más tarde de lo acostumbrado, porque suelen venir con sus linternas á media noche, y le llaman cantando dulces versos de las Fenicias del antiguo Frínico (1).

SÓSIAS.

Pues, si hay necesidad, los apedrearemos.

BDELICLEON.

Pero, temerario, esa casta de viejos, cuando se la enfurece es como la de las avispas; pues en la rabadilla tienen un aguijon agudísimo con el cual pican, y saltan gritando, y lo lanzan como una centella (2).

SÓSIAS.

Pierde cuidado; tenga yo piedras, y dispersaré todo un enjambre de jueces.

(Entran en la casa y llega el coro.)

---

(1) Antiguo poeta trágico, que floreció en 512 ántes de Jesucristo. Para elogiarle Aristófanes forja la enorme palabra ἀρχαιομελισιδωνοφρυνιχήρατα.

(2) Alusion al traje con que van á presentarse los jueces.

CORO.

Adelante, paso firme. ¿Te retrasas Cómias? Por Júpiter, ántes no eras así; al contrario, eras más duro que una correa de perro: ahora Carínades te gana á andar. ¡Oh Estrimodoro de Contilo (1), el mejor de los jueces! ¿están ahí por casualidad Evergides y Cábes de Flios? ¡Diantre, diantre! aquí se halla cuanto queda de aquella juventud que florecia cuando tú y yo hacíamos centinela en Bizancio: entónces en nuestras correrías nocturnas le robamos su artesa á aquella panadera; la hicimos astillas, y cocimos unas verdolagas. Pero apresurémonos, amigos; hoy es el juicio de Láques (2); todos dicen que tiene su colmena llena de dinero. Por eso Cleon, nuestro patrono, nos mandó ayer que acudiéramos temprano provistos para tres dias de terrible cólera contra él (3), á fin de vengarnos de sus injurias. Ea, aprisa, compañeros, ántes de que amanezca. Marchemos mirando á todas partes con ayuda de las linternas (4), no caigamos por falta de precaucion en algun lazo.

---

(1) Aldea del Ática.

(2) General ateniense que mandó la escuadra enviada á Sicilia en auxilio de los Leontinos (Tucídides, III, 86). Fué reemplazado por Sófocles y Pitódoro, y tuvo que dar cuenta de su conducta. La intencion de Aristófanes es la de revelar las infames calumnias con que Cleon perseguia á sus enemigos políticos.

(3) Alusion á la provision ordinaria de los soldados. (V. *Los Acarnienses.*)

(4) Como áun no ha amanecido, los niños les preceden con linternas.

UN NIÑO.

Padre, padre, cuidado con ese lodazal.

CORO.

Coge esa pajita del suelo, y espabila la linterna.

EL NIÑO.

No, ya la espabilaré con el dedo.

CORO.

Niño, ¿no ves que con el dedo vas á alargar la mecha, ahora que anda tan escaso el aceite? ¡Ya se conoce que tú no lo compras!

EL NIÑO.

Por Júpiter, si continuais amonestándonos á puñetazos, apagamos las linternas y nos vamos á casa. Entónces os quedaréis á oscuras y andaréis removiendo lodos, como si fueseis patos.

CORO.

Yo castigo á otros mayores. Pero me parece que voy pisando barro. Mucho será que á lo más dentro de cuatro dias no llueva copiosamente. ¡Tanto crece el pábilo de mi lámpara! Este suele ser signo de gran lluvia. Además, los frutos tardíos están pidiendo el agua y el soplo del Bóreas. Pero ¿qué le habrá sucedido al colega que vive en esa casa, que no sale á reunirse con nosotros? A fe que ántes no habia que sacarle á remolque; él iba delante de nosotros cantando versos de Frínico, pues el amigo es aficionado á la música. Pienso, compañeros, que debemos pararnos aquí, y llamarle cantando; quizá la melodía de mi cancion le haga salir.

¿Por qué no se presenta el viejo delante de su puerta y ni siquiera nos responde? ¿Habrá perdido

los zapatos? ¿Se habrá dado algun golpe en el pié andando á oscuras y tendrá hinchado el tobillo? ¿Tendrá quizá algun bubon? Pues era el más acérrimo de nosotros y el único inexorable. Si alguno le suplicaba, le decia bajando la cabeza: «Cueces un guijarro» (1). Puede que haya tomado á pecho el habérsenos escurrido con mentiras aquel acusado, proclamándose amigo de los Atenienses, y primer revelador de lo ocurrido en Sámos (2); quizá esto le tenga con fiebre, porque el hombre es así. Vamos, amigo mio, levántate, no te dejes consumir por la ira. Hoy va á ser juzgado un hombre opulento de los que entregaron á Tracia (3). Vén á condenarlo.

Anda adelante, muchacho, anda adelante.

EL NIÑO.

Padre, ¿me darás lo que te pida?

CORO.

Sí, hijito mio. ¿Qué cosa buena quieres que te compre? Creo que vas á pedirme un juego de tabas.

EL NIÑO.

No, papá mio; higos, que me gustan más.

---

(1) Es decir: intentas un imposible.

(2) El hecho á que alude Aristófanes es el siguiente: Los Atenienses aliados de los Milesios, atacaron á Sámos y establecieron en ella el gobierno democrático. Los de Sámos, para sacudir el yugo de Aténas, entraron en negociaciones secretas con los Persas, que fueron reveladas por un tal Caristion. Los Atenienses se apoderaron de la ciudad y destruyeron sus murallas (V. Tucíd., I, 115, 592; Diod. Sic., XII, 27, 199; Plut., *Vida de Perícles.)*

(3) Quizá aluda á Cleon, que murió el año siguiente delante de Anfípolis.

CORO.

Eso no, aunque te ahorques.

EL NIÑO.

Bien; pues no te acompaño.

CORO.

Con mi mezquino sueldo de juez tengo que comprar pan, leña y carne, ¿y aún me pides higos?

EL NIÑO.

Y bien, padre mio, si al arconte se le antoja que no haya hoy tribunal, ¿dónde compraremos la comida? ¿Puedes darme alguna nueva esperanza ó sólo designarme el sagrado camino de Héles? (1)

CORO.

¡Ay! ¡ay! no sé en verdad cómo cenaremos.

EL NIÑO.

¿Por qué me pariste, madre infeliz, si tanto habia de costarme sostener mi vida? (2)

CORO.

Saquito mio, eres un adorno inútil (3).

EL NIÑO.

¡Ay! gemir es nuestra suerte.

---

(1) Es decir, el suicidio, arrojándose al mar. Héles, al atravesar los aires sobre el vellocino de oro, se espantó del ruido de las olas al atravesar el mar, y cayó en el estrecho, que recibió el nombre de *Helesponto*. Hay en el texto una alusion á Píndaro.

(2) Tomado del *Teseo* de Eurípides. Estas palabras las decian los jóvenes enviados á servir de pasto al Minotauro, entre los cuales se hallaba Hipólito, hijo de Teseo.

(3) Este apóstrofe se dirige al saco donde habia de llevar á su casa, de regreso del tribunal, los víveres comprados con su salario de juez.

FILOCLEON *(asomándose á la ventana).*

Hace rato, amigos mios, que os oigo desde esta ventana y deseo responderos; pero no me atrevo á cantar. ¿Qué haré? Estos me tienen cerrado porque quiero ir con vosotros á las judiciales urnas para hacer alguna de las mias. ¡Oh Júpiter, truena con furia, y conviérteme de repente en humo (1), ó en Proxénides, ó en el hijo de Selo (2), charlatan infatigable! Compadecido de mi suerte, otórgame esta gracia, Númen poderoso, ó si no, redúceme á cenizas con tu ardiente rayo, ó arrástrame con tu impetuoso viento á una salmuera ácida é hirviente, ó trasfórmame en aquella piedra sobre la cual se cuentan los votos.

CORO.

Pero ¿quién te detiene y te cierra la puerta? Di, ya sabes que hablas con amigos.

FILOCLEON.

Mi hijo; pero no griteis; duerme en la parte anterior de la casa: hablad más bajo.

CORO.

Pero, tonto, ¿qué pretende impedir al hacer eso?

FILOCLEON.

El que juzgue y condene, amigos mios: por lo demas, trata de regalarme; pero yo no quiero.

---

(1) En las *Suplicantes* de Esquilo (v. 779) hay una imprecacion idéntica que Aristófanes parece parodiar.

Μέλας γενοίμαν καπνός.

(2) *Prosénides* y el *hijo de Selo* (Esquínes) eran dos hábiles charlatanes capaces con su locuacidad de salir de los trances más apurados.

CORO.

¿Eso se ha atrevido á decir ese tuno, ese orador á lo Cleon?. . . . . (1) Nunca hubiera tenido tal osadía ese hombre si no estuviera comprometido en alguna conspiracion. Mas ya que esto sucede, tienes que intentar alguna nueva estratagema para bajar aquí sin que te vea tu carcelero.

FILOCLEON.

¿Cuál puede ser? Inventadla vosotros; á todo estoy dispuesto; ¡tal deseo me abrasa de recorrer los bancos con mi concha! (2).

CORO.

¿Hay, di, algun agujero que puedas ensanchar por dentro, para escurrirte por él cubierto de andrajos como el prudente Ulíses? (3)

FILOCLEON.

Todos están cerrados; no puede salir ni un mosquito. Buscad, buscad otro medio: ese es impracticable.

CORO.

¿Te acuerdas cuando en la toma de Náxos, estando de servicio, te escapaste clavando en la muralla unos asadores que habias robado? (4)

---

(1) Hay una laguna en el texto, que se ha tratado de llenar con una frase cuya traduccion es «porque dices sin rebozo la verdad sobre las naves.»

(2) Para emitir su voto.

(3) Alusion á la *Hécuba* de Eurípides, donde la madre de Héctor recuerda el dia en que Ulíses penetró en Troya como espía.

(4) El Escoliasta cree que Aristófanes alude á la toma

FILOCLEON.

Ya me acuerdo; pero ¿y qué? Ahora no es lo mismo. Entónces era jóven, y lleno de vigor y energía para robar; además, nadie me custodiaba, y podia huir seguramente. Ahora hombres armados hasta los dientes están apostados en todas las salidas: dos de ellos, colocados junto á la puerta, me observan con asadores en las manos como á un gato que ha robado carne.

CORO.

Pues inventa cuanto ántes otro medio, dulce amigo: ya despierta la aurora.

FILOCLEON.

Lo mejor será roer mi red. Perdóneme este destrozo Dictina (1), diosa de las redes.

CORO.

Eso es obrar como hombre que busca su salvacion. Dále duro á las mandíbulas.

FILOCLEON.

Ya está roido: chito, no griteis: mucho cuidado, no nos oiga Bdelicleon.

CORO.

Nada temas, amigo mio, nada temas; si chista, le obligaré á morderse su propio corazon y á combatir por su existencia, para que entienda que no se conculcan impunemente las leyes de las venera-

---

de Náxos por Pisístrato; pero es más probable que se refiera á la del tiempo de Cimon, cincuenta años ántes de la representacion de *Las Avispas*, pues así era posible la aventura de Filocleon.

(1) Sobrenombre de Diana.

bles diosas (1). Ata una cuerda á la ventana, sujétate con ella, y baja henchido el espíritu del furor de Diopítes (2).

FILOCLEON.

Mas, decidme; si mis guardianes notan lo que hago, y tiran de la cuerda para llevarme adentro, ¿qué es lo que hareis?

CORO.

Te defenderemos y reuniremos todas nuestras fuerzas para que no consigan su intento: eso es lo que pensamos hacer.

FILOCLEON.

Haré lo que decís confiado en vosotros; mas acordaos, si alguna desgracia me sucede, de levantarme con vuestras manos, y, despues de regarme con vuestras lágrimas, sepultadme bajo la cancela del tribunal.

CORO.

Nada te sucederá, no temas; vamos, mi buen amigo, descuélgate sin miedo invocando los dioses de la patria (3).

---

(1) Céres y Proserpina. La profanacion de sus misterios era una de las acusaciones más frecuentes y graves en Aténas.

(2) Adivino, amigo de Nícias, acusado de robo al erario público, orador furibundo censurado como tal por Frínico (en el *Saturno*), Eupólis, Teléclides y Amípsias. (V. *Los Caballeros*, 1.085; *Las Aves*, 989.)

(3) Apolo y Júpiter eran los dioses tutelares de Aténas; pero Aristófanes supone que lo es Lico, hijo de Pandion, cuya estatua se elevaba junto al sitio donde se pagaba á los jueces el trióbolo.

FILOCLEON.

¡Oh Lico, mi señor, héroe vecino mio; tú, como yo, te deleitas con las lágrimas perpétuas y los lamentos de los acusados; por oirlos, sin duda, has elegido ese lugar, siendo el único de los héroes que has querido vivir junto á los desgraciados: ten compasion de mí y salva á este tu vecino fiel! Nunca, te lo juro, nunca mancharé tu verja de madera con ninguna inmundicia (1).

BDELICLEON.

¡Eh, tú, alerta!

SÓSIAS.

¿Qué ocurre?

BDELICLEON.

Oigo sonar una voz en torno mio.

SÓSIAS.

¿Se escurrirá el viejo por alguna parte?

BDELICLEON.

No, por Júpiter; se descuelga atado con una cuerda.

SÓSIAS.

¿Qué haces desdichado? no bajes.

BDELICLEON.

Sube corriendo á la otra ventana y pégale con este ramo (2), á ver si con tus golpes consigues hacerle retroceder.

---

(1) Lit.: *nec mingam nec ventrem exonerabo cum strepitu.*

(2) Sin duda echan mano de la rama que era costumbre colgar delante de las puertas.

FILOCLEON.

¿No me socorreis, Esmicition, Tisíades, Cremon, Feredípes (1), y cuantos habeis de entender en los procesos de este año? ¿Cuándo me auxiliaréis si no es ahora, ántes de que me arrastren allá dentro?

CORO.

Decidme: ¿por qué tardamos en remover aquella bílis que hierve furiosa contra todo el que ofende á nuestro enjambre? Enderecemos el aguijon vengador. Muchachos, pronto, arrojad vuestro manto; corred, gritad, advertid á Cleon lo que sucede. Decidle que venga y que castigue á ese hombre enemigo de la república y digno del último suplicio, pues se atreve á sostener la inconveniencia de los juicios y procesos.

BDELICLEON.

Amigos mios, oid lo que ha ocurrido y no griteis.

CORO.

Pondremos el grito en el cielo, y no abandonaréinos á nuestro colega. ¿No es esto intolerable y tiránico á todas luces? ¡Oh ciudadanos! ¡Oh Teoro (2), despreciador de los dioses! ¡Oh aduladores que nos presidís!

JÁNTIAS *(Á Bdelicleon).*

¡Diantre! tienen aguijones. ¿No los ves, señor?

BDELICLEON.

Son los que atravesaron á Filipo, el hijo de Górgias.

---

(1) Nombres de amigos de Filocleon.
(2) Véase la nota al verso 134 de *Los Acarnienses*.

CORO.

Y los que te atravesarán á tí. Ea, dirijámonos todos contra él; acometámosle con el aguijon desenvainado, en buen órden, llenos de ira y de furor, para que conozca al fin á qué enjambre ha irritado.

JÁNTIAS.

Por Júpiter, el negocio se pone serio, si hay que reñir; tiemblo cuando veo sus aguijones.

CORO.

Suelta á nuestro amigo; si no, yo te aseguro que has de envidiar á las tortugas la dureza de su concha.

FILOCLEON.

Ea, compañeros, rabiosas avispas, precipitaos unos con furia sobre sus nalgas; picadle otros los ojos y los dedos.

BDELICLEON.

¡Mídas, Frigio, Masíntias (1), acudid! ¡sujetadle y no le solteis por nada del mundo; si no, ayunaréis en el cepo. Ya sé yo que casi siempre es más el ruido que las nueces (2).

CORO.

Si no le sueltas, te clavaré el aguijon.

FILOCLEON.

Heroico Cécrope (3), rey nuestro, cuyo cuerpo

(1) Nombres de esclavos.

(2) Lit.: «He oido muchas veces en el fuego los estallidos de las hojas de higuera.» Proverbio equivalente al castellano, y empleado por Bdelicleon para manifestar que no le asustan las amenazas del Coro.

(3) Fundador de Aténas. Su cuerpo terminaba en cola de dragon, lo cual parece significar lo mucho que hizo

termina en dragon, ¿consentirás que así me traten estos bárbaros, á quienes he enseñado á llevar su *quénice* con cuatro medidas de lágrimas (1).

CORO.

¡Qué temibles males afligen á la vejez! Ahora esos dos bribones sujetan á viva fuerza á su anciano señor, y no se acuerdan de las pieles y pequeñas túnicas que les compró en otro tiempo, ni de las monteras de piel de perro, ni del cuidado que tenía para que en el invierno no se les enfriasen los piés; pero en su impudente mirada no se ve el menor agradecimiento por los viejos zapatos.

FILOCLEON.

¿No me soltarás, bestia feroz? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí robando uvas y te até á un olivo y te vapuleé de lo lindo, hasta el punto de que daba envidia verte?—Pero eres un ingrato, suéltame tú; y tú tambien, ántes de que venga mi hijo.

CORO.

Pronto y bien vais á pagar vuestro atrevimiento; así comprendereis, bribones, que os las habeis con hombres justicieros, iracundos, de terrible mirada.

BDELICLEON.

Sacúdeles, sacúdeles Jántias; arroja de casa estas avispas.

---

progresar á los hombres suavizando sus costumbres, salvajes hasta él.

(1) En vez de decir á amasar cuatro panes por *quénice*. Esta palabra designa una medida de capacidad y los cepos en que se aprisionaba á los esclavos.

JÁNTIAS.

Eso estoy haciendo; ahuyéntalas tú con una densa humareda (1).

SÓSIAS.

¿No os ireis al infierno? ¡Ah! ¿no os largais? Buen palo en ellos.

JÁNTIAS.

Echa tú al fuego para hacer humo á Esquines, hijo de Selarcio (2). Por fin os hemos ahuyentado.

BDELICLEON.

No lo hubieras conseguido tan fácilmente, si hubiesen comido versos de Filócles (3).

CORO.

¿No está claro como la luz que la tiranía se ha introducido para los pobres, aprovechándose de nuestro descuido? Y tú, perverso, y arrogante secuaz de Amínias, nos arrebatas las leyes que rigen la república, y, como dueño absoluto, ni siquiera disculpas tu usurpacion con un pretexto ó con una elegante arenga.

BDELICLEON.

¿No podríamos sin golpes ni alharacas conferenciar como buenos amigos, y hacer las paces?

CORO.

¿Conferenciar contigo, enemigo del pueblo, par-

---

(1) Medio empleado para alejarlas. Virgilio hablando de las abejas (*Geórg.* IV, 230) dice: «*Fumos pretende sequaces.*»

(2) *Selarcio* en lugar de *Sélos*. Véase la nota del verso 324 de esta misma comedia.

(3) Poeta trágico, cuyos versos eran muy duros, á lo cual parece aludir la frase de Aristófanes.

tidario de la monarquía, amigo de Brásidas (1), que llevas franjas de lana y no te cortas la barba? (2)

BDELICLEON.

Ciertamente me valdria más abandonar á mi padre, que sufrir todos los dias semejantes borrascas.

CORO.

Pues esto son todavía tortas y pan pintado (3), como dice el proverbio vulgar. Hasta ahora no tienes por qué quejarte; pero ya verás, ya verás, cuando el acusador público te eche en cara todos esos crímenes y cite y emplace á tus conjurados (4).

BDELICLEON.

¿Pero no os ireis, por todos los dioses? Mirad que si no, estoy resuelto á moleros á palos todo el dia.

CORO.

No, nunca, jamás, miéntras me quede un soplo de vida. Bien claro veo tus aspiraciones á la tiranía.

BDELICLEON.

Es fuerte cosa que sea grande ó pequeño el motivo, á todo lo hemos de llamar tiranía y conspira-

(1) General lacedemonio. Murió al año siguiente de la representacion de *Las Avispas* en el mismo combate que Cleon.

(2) Los Lacedemonios, enemigos de los Atenienses, se dejaban crecer la barba.

(3) Lit.: «Pues áun no estás en el apio ni en el camino.» El apio servia para marcar los bordes de las sendas en los jardines. El proverbio se aplicaba á los que áun no estaban más que al principio de un grave negocio.

(4) Las acusaciones de aspirar á la restauracion de la tiranía eran frecuentes en Aténas.

cion. Durante cincuenta años, ni una sola vez oí este dichoso nombre de tiranía; pero ahora es más comun que el del pescado salado, y en el mercado no se oye ya otra cosa. Si uno compra orfos y no quiere membradas, el que vende estos peces en el puesto inmediato, grita al momento: «Ese hombre, quiere regalarse como durante la tiranía» (1). Si otro pide puerros para sazonar las anchoas, la verdulera, mirándole de soslayo, le dice: «¿Puerros, eh? ¿Quieres restablecer la tiranía? ¿Oh, piensas que Aténas te ha de pagar los condimentos?»

JÁNTIAS.

Sin ir más léjos, yo entré ayer al mediodía en casa de una cortesana; y porque la propuse ciertos ejercicios hípicos, me preguntó furiosa si queria restablecer la tiranía de Hípias.

BDELICLEON.

Eso le agrada al pueblo: y á mí, porque quiero que mi padre cambie de costumbres, y, dejándose de delaciones, y pleitos y miserias, no salga de casa al amanecer y viva espléndidamente como Morsícos (2), me acusan de conjuracion y tiranía.

FILOCLEON.

Y se te está muy bien empleado; pues yo ni por todas las delicias del mundo dejaria este género de vida de que pretendes apartarme. A mí no me gustan las rayas ni las anguilas; un pleito pequeñito

(1) Tan delicado gusto despertaba sus sospechas.
(2) Poeta trágico, gran gastrónomo, citado en *Los Acarnienses* (v. 887).

cocido en su correspondiente tartera, me agradaria más.

BDELICLEON.

Claro está, como que te has acostumbrado á ello (1); mas si puedes callar y escuchar con paciencia lo que te digo, creo que te demostraré cuán engañado estás.

FILOCLEON.

¿Me engaño cuando juzgo?

BDELICLEON.

¿No conoces que se burlan de tí esos hombres (2) á quienes rindes culto y adoracion? ¿Que no eres más que un esclavo?

FILOCLEON.

¡Esclavo yo! Yo, que mando á todo el mundo.

BDELICLEON.

No lo creas: te haces la ilusion de que mandas, y eres un esclavo; y, si no, díme, padre: ¿qué honra obtienes de disfrutar todos los tributos de la Grecia?

FILOCLEON.

Muchísima: apelo al testimonio de esos amigos.

BDELICLEON.

Acepto el arbitraje: soltadle, esclavos.

FILOCLEON.

Dadme una espada. Si tus argumentos me vencen, me atravesaré con ella.

---

(1) Flechazo á la manía de los Atenienses por los procesos.
(2) Los demagogos y oradores.

BDELICLEON.

Y si no, ¿te conformas con la sentencia de esos árbitros?

FILOCLEON.

No beberé jamás vino en honor del buen genio (1).

CORO.

Ahora, adalid nuestro, es preciso que encuentres nuevas razones, á fin de.....

BDELICLEON.

Traedme aquí cuanto ántes unas tablillas; pero tú ¿qué opinion piensas sustentar cuando le incitas así?

CORO.

.....no hablar como pudiera hacerlo ese jóven (2). Ya ves la inmensa importancia del certámen, y que lo perderemos si (lo que Dios no quiera) este sale vencedor.

BDELICLEON.

Iré apuntando todo cuanto diga, para que nada se me olvide.

FILOCLEON.

¿Qué me decís si este sale vencedor?

CORO.

La turba de los viejos no servirá para nada. En todas las calles se burlarán de nosotros llamándonos talóforos (3) y mondaduras de pleitos. Tú, que

---

(1) Véase la nota al verso 106 de *Los Caballeros*.
(2) El coro continúa la interrumpida frase de Filocleon.
(3) Designábanse con el nombre de *Talóforos* los an-

vas á defender nuestra soberanía, despliega, pues, atrevidamente todos los recursos de tu lengua.

FILOCLEON.

Empezaré por probar desde las primeras palabras que nuestro poder no es menor que el de los reyes más poderosos. Pues, ¿quién más afortunado, quién más feliz que un juez? ¿Hay vida más deliciosa que la suya? ¿Existe algun animal más temible, sobre todo si es viejo? Para cuando salto del lecho, ya me están esperando unos hombrones de cuatro codos que me escoltan hasta el tribunal: apénas me presento, una mano delicada, que fué esquilmadora del erario, estrecha blandamente la mia: los acusados abrazan suplicantes mis rodillas, y me dicen con lastimera voz: «Ten compasion de mí, padre mio; yo te lo pido por los hurtos que hayas podido cometer en el ejercicio de alguna magistratura ó en el aprovisionamiento del ejército.» Pues bien, este á quien me refiero no sabria siquiera si yo existia si no le hubiera absuelto la primera vez.

BDELICLEON.

Tomo nota de lo que dices sobre los suplicantes.

FILOCLEON.

Entro despues, abrumado de súplicas, y calmada mi cólera suelo hacer en el tribunal todo lo contrario de lo que habia prometido; pero escucho á una muchedumbre de acusados que en todos los

---

cianos que llevaban ramas de olivo en las grandes Panateneas, y tambien los que sólo servian para esta funcion.

tonos piden la absolucion. ¡Oh! ¡Cuántas palabras de miel pueden oir allí los jueces! Unos lamentan su pobreza, y añaden males fingidos á los verdaderos hasta lograr que sus desgracias igualen á las nuestras: otros nos recitan fábulas: éstos nos refieren alguna gracia de Esopo (1): aquellos dicen un chiste para hacerme reir y desarmar mi ira. Cuando tales recursos no nos vencen, se presentan de pronto trayendo sus hijos é hijas de la mano: yo presto atencion: ellos, desgreñado el cabello, prorumpen en berridos; el padre, temblando, me suplica como á un Dios que le absuelva siquiera por ellos. «Si te es grata la voz de los corderos, dice, compadécete de la de mi hijo.» «Si te gusta más la de las puerquecillas (2), procura conmoverte con la de mi hija.» Entónces disminuimos un poco nuestro furor. ¿No es esto, decidme, un gran poder que nos permite despreciar las riquezas?

BDELICLEON.

Nota segunda: el desprecio de las riquezas. Dime ahora cuáles son esas ventajas por las cuales te crees señor de la Grecia.

FILOCLEON.

Tambien cuando se examina la edad de los niños tenemos el privilegio de verlos desnudos (3). Si

(1) Este Esopo no es el célebre fabulista, sino el autor cómico muy en boga entónces.

(2) Se reproduce el equívoco de *Los Acarnienses*, 470 y siguientes.

(3) Al ser inscritos en el registro de ciudadanos, se sometia á los niños á una inspeccion de su sexo.

Eagro (1) es citado á juicio, no consigue salir absuelto hasta despues de habernos recitado el más hermoso trozo de la *Niobe* (2). Si gana un flautista el pleito, en pago de la sentencia se pone delante de la boca la correa (3), y nos toca al salir del tribunal una marcha primorosa. Cuando muere un padre disponiendo con quién ha de casarse su hija y única heredera, nosotros hacemos caso omiso del testamento y de la conchita (4) que con tanta gravedad cubre su sello, y entregamos la hija á quien ha sabido ganarnos con sus súplicas. Y todo esto sin la menor responsabilidad. Cítame otro cargo que tenga este privilegio.

BDELICLEON.

Te felicito por ese privilegio, que hasta ahora es el único; pero eso de anular el testamento de la única heredera, me parece injusto.

FILOCLEON.

Además, cuando el Senado y el pueblo no saben qué decidir sobre algun grave asunto, dan un decreto para que los acusados comparezcan ante los jueces. Entónces Evatlo (5), y el ilustre Cleónimo (6), grande adulador y arrojador de escudos,

---

(1) Célebre actor trágico.
(2) Tragedia de Esquilo en que Eagro hacía el papel principal.
(3) Costumbres de los flautistas.
(4) Se cubria el sello con la valva de un molusco para conservarlo mejor.
(5) Orador de mala reputacion. (Véase *Los Acarnienses*, 710.)
(6) El mismo citado varias veces.

juran no abandonarnos nunca y combatir por la muchedumbre. Y dime, ¿ante el pueblo ha podido nunca orador alguno hacer prevalecer su opinion si no ha dicho ántes que los jueces deben retirarse en cuanto hayan sentenciado un solo pleito? El mismo Cleon, que todo lo avasalla con sus alaridos, no se atreve á mordernos; al contrario, vela por nosotros, nos acaricia y nos espanta las moscas. ¿Has hecho tú eso ni una vez siquiera por tu padre? Pues, hijo mio, Teoro, el mismo Teoro, aunque no vale ménos que el ilustre Eufemio (1), coge una esponja del barreño y nos limpia los zapatos. Considera, pues, de qué bienes quieres excluirme y despojarme: mira si esto es servidumbre y esclavitud, como decias.

BDELICLEON.

Desahógate á gusto; dia llegará en que conozcas que esa tu decantada autoridad se parece á un trasero, siempre sucio por más que se le lave.

FILOCLEON.

Pero se me olvidaba lo más delicioso: cuando entro en casa con el salario, todos corren á abrazarme atraidos por el olorcillo del dinero: enseguida mi hija me lava, me perfuma los piés (2) y se inclina sobre mí para besarme; me llama «papá querido» y me pesca con la lengua el trióbolo que llevo en la boca (3). Despues mi mujercita, toda

(1) Vil adulador.

(2) Costumbre que tambien se observa en el *Nuevo testamento*.

(3) Aristófanes alude varias veces á esta costumbre de llevar monedas en la boca.

mimos y halagos, me presenta una torta riquísima, se sienta á mi lado y me dice cariñosa: «Come esto, prueba esto otro.» Lo cual me deleita infinito, y me libra de miraros á la cara á tí ni al mayordomo, para ver cuando os dignaréis servirme la comida, gruñendo y maldiciéndome. Mas para cuando mi mujer no me trae pronto la torta, tengo este quita-pesares (1), muralla en que se estrellan todos los dardos. Por si no me das de beber, he traido este soberbio porron con dos asas á modo de orejas de asno (2). ¡Cómo rebuzna cuando inclinándome hácia atras apuro su contenido! Sus terribles cloqueos ahogan el ruido de tus odres. Mi poder es por lo ménos igual al del padre de los Dioses; pues hablan de mí como del propio Júpiter. Cuando nos alborotamos suelen decir todos los transeuntes: «Jove soberano, cómo truena el tribunal.» Y cuando lanzo el rayo de mi indignacion, ¡oh! entónces es de ver cómo me halagan todos, y cómo el terror descompone el vientre á los más ricos y soberbios. Tú mismo me temes más que ningun otro; sí, tú, por Céres. Yo, en cambio, que me muera si te tengo miedo.

CORO.

Nunca habíamos oido discutir con tanta precision y habilidad.

(1) Su salario de juez.

(2) Ὄνος significa *vasija* y *asno*; de aquí un juego de palabras intraducible. Literalmente traducido este pasaje, es: *Tum si mihi vinum sitienti non infuderis, asinum huc adtuli vino plenum;... ille autem hians rudit et contra tuum turbinem grande et horrendum pedit.*

FILOCLEON.

No; es que esperaba vendimiar una viña abandonada (1); pues ya conoce bien mi superioridad en la materia.

CORO.

¡Qué bien lo ha dicho todo! ¡De nada se ha olvidado! Al oirle me sentia crecer. Ya pensaba estar administrando justicia en las Islas Afortunadas. ¡Tal es el encanto de su elocuencia!

FILOCLEON.

¡Cómo se entusiasma! ¡Ya no cabe en el pellejo! Infeliz, dentro de poco todo se le van á antojar garrotes.

CORO.

Si quieres salir vencedor, preciso es que emplees todos tus ardides. Difícil es templar mi cólera, sobre todo hablando en contra mia. Por tanto, si nada bueno tienes que decir, ya puedes buscar una muela buena y recien cortada para quebrantar nuestra ira

BDELICLEON.

Ardua, atrevida y superior á las fuerzas de un poeta cómico es ciertamente la empresa de desarraigar de la ciudad un vicio tan inveterado. Pero padre mio, hijo de Saturno... (2).

FILOCLEON.

No me des ese nombre. Porque si sobre la mar-

(1) Frase proverbial para indicar el abandono de un pleito.

(2) Es decir, viejo estúpido.

cha no me manifiestas que soy un esclavo, no habrá para ti medio de librarte de la muerte, aunque me vea privado de participar de los festines en los sacrificios (1).

BDELICLEON.

Escucha, pues, padrecito mio, y desarruga un poco tu fruncido ceño. Principia por calcular no con piedrecillas, sino con los dedos (la cuenta no es difícil), cuál es el total de los tributos que nos pagan las ciudades aliadas; á ellos agrega los impuestos personales, los céntimos, las rentas, los derechos de los puertos y mercados y el producto de los salarios y confiscaciones. En junto sumarán unos dos mil talentos. Cuenta ahora el sueldo anual de los jueces, que son seis mil, pues nunca excedieron de este número, y hallarás que asciende á ciento cincuenta talentos (2).

---

(1) Por el delito de homicidio.

(2) Artaud (*Comédies d'Aristophane*, *traduites du Grec*, t. I.) formaliza esta cuenta del modo siguiente, teniendo presente que cada juez recibia tres óbolos diarios:

6.000 jueces, á tres óbolos al dia, hacen................	540.000 óbolos al mes.
Valiendo seis óbolos cada dracma, son..................	90.000 dracmas, id.
Valiendo 100 dracmas cada mina son................	900 minas, id.
Valiendo 60 minas cada talento son......................	15 talentos, id.
De suerte que cada año de 10 meses, por que los otros dos estaban cerrados los tribunales, el sueldo de los jueces asciende á................	150 talentos.

FILOCLEON.

De modo que nuestro sueldo no llega á la décima parte de las rentas (1)

BDELICLEON.

Justamente.

FILOCLEON.

¿A dónde va á parar todo lo demas?

BDELICLEON.

A esos que están diciendo siempre: «nunca haremos traicion al pueblo ateniense; siempre combatiremos por la democracia.» Tú, padre mio, engañado por sus palabras, dejas que te dominen. Ellos en tanto arrancan á los aliados los talentos por cincuentenas, aterrándoles con estas amenazas: «O me pagais tributo, dicen, ó no dejo piedra sobre piedra en vuestra ciudad.» Y tú te contentas con roer los zancajos que les sobran. A los aliados, en tanto, viendo que la multitud ateniense vive miserablemente de su salario de juez, se les importa tanto de tí, como del voto de Comio; mas á ellos les traen á porfía orzas de conservas, vino, tapices, queso, miel, sésamo, cojines, frascos, túnicas preciosas, coronas, collares, copas, en fin cuanto contribuye á la salud y á la riqueza; y á ti, que mandas en ellos, despues de tus infinitos trabajos en mar y tierra, ni siquiera te dan

(1) El total de las rentas ascendia á 2.000 talentos, cuya décima parte son 200; y el sueldo de los jueces sólo importaba 150.

una cabeza de ajos para guisar tus pececillos.

FILOCLEON.

Efectivamente, yo mismo he tenido que enviar á casa de Eucárides (1) á por tres ajos. Pero me consumes no probándome esa pretendida esclavitud.

BDELICLEON.

¿No es esclavitud, y grande el ver á todos esos bribones y á sus aduladores ejerciendo las principales magistraturas y cobrando sueldos soberbios? ¡Tú, con tal que te den los tres óbolos ya estás tan contento! ¡Tú, que has ganado para ellos todos esos bienes, peleando por mar y tierra y sitiando ciudades! Pero lo que más me irrita es que te obliguen á asistir al tribunal de órden ajena, cuando un jovenzuelo disoluto, el hijo de Quéreas, por ejemplo, ese que anda con las piernas separadas y aire afeminado y lascivo, entra en casa y te manda que vayas á juzgar muy temprano y á la hora fijada, porque todo el que se presente despues de la señal no cobrará el trióbolo. Él en cambio, aunque llegue tarde cobra un dracma como abogado público (2). Despues, si un acusado le da algo, hace partícipe de ello á su colega, y ambos procuran arreglar como puedan el negocio. Entónces es de ver cómo á modo de aserradores de leña, uno lo

(1) Músico derrochador, que se habia arruinado con sus prodigalidades.

(2) Los συνήγοροι recibian un dracma diario, cuando estaban encargados de alguna defensa. Constituian una especie de magistratura anual, compuesta de diez ciudadanos elegidos á suerte.

suelta y otro lo toma; y cómo tú te estás con la boca abierta y con los ojos fijos en el pagador público, sin notar sus manejos.

FILOCLEON.

¡Eso hacen conmigo! ¡Ah! ¿Qué dices? Me destrozas el corazon. Ya no sé ni lo que pienso ni lo que digo.

BDELICLEON.

Considera, pues, que tú y todos tus colegas podiais enriqueceros sin dificultad, si no os dejaseis arrastrar por esos aduladores que están siempre alardeando de amor al pueblo. Tú, que imperas sobre mil ciudades desde la Cerdeña al Ponto, sólo disfrutas del miserable sueldo que te dan, y áun ese te lo pagan poco á poco, gota á gota, como aceite que se exprime de un vellon de lana; en fin, lo preciso para que no te mueras de hambre. Quieren que seas pobre, y te diré la razon: para que reconociéndoles por tus alimentadores, estés dispuesto á la menor instigacion á lanzarte como un perro furioso sobre cualquiera de sus enemigos. Como quieran, nada les será más fácil que alimentar al pueblo. ¿No tenemos mil ciudades (1) tributarias? Pues impóngase á cada una la carga de mantener veinte hombres, y veinte mil ciudadanos (2) vivirán

(1) Algunos entienden que este número determinado está por otro indeterminado.

(2) Demóstenes calcula tambien en 20.000 los habitantes de Aténas; Aristófanes en *Las Junteras*, v. 1.127, lo hace ascender á 30.000, pero incluyendo los habitantes extranjeros.

deliciosamente, comiendo carne de liebre, llenos de toda clase de coronas, bebiendo la leche más pura (1), gozando, en una palabra, de todas las ventajas á que les dan derecho nuestra patria y el triunfo de Maraton. En vez de eso, como si fuerais jornaleros recolectores de aceituna, seguís al pagador de sueldos.

FILOCLEON.

¡Ay! súbito hielo entorpece mi mano; no puedo sostener la espada; me siento desfallecer (2).

BDELICLEON.

Esos intrigantes cuando cobran miedo os dan la Eubea y prometen distribuir cincuenta celemines de trigo: nunca te han dado, bien lo sabes, más de cinco celemines, y esos con mil molestias, midiéndolos uno por uno, y exigiéndote prévia justificacion de no ser extranjero. Ahí tienes por qué te tengo encerrado siempre, deseando mantenerte yo mismo y librarte de insolentes burlas. Resuelto estoy á darte cuanto quieras, menos ese maldito salario.

CORO.

¡Cuan sabio era el que dijo: «No juzgues sin haber oido á ambas partes! *(A Bdelicleon.)* Ahora me parece que tú tienes sobrada razon. Mi cólera se calma, y arrojo estos garrotes. *(A Filocleon.)* Cede,

---

(1) Lit.: *calostra et lac decoctum*. Llamábase *calostro* la primera leche de las reses recien paridas.

(2) Parodia del verso 629 de la *Andrómaca* de Eurípides.

cede á sus consejos, colega y contemporáneo nuestro; no seas obstinado, ni hagas alarde de tenacidad inflexible. ¡Ojalá tuviera yo un pariente ó amigo que así me aconsejase! Hoy, que se te aparece un dios para socorrerte y colmarte de favores, recíbelos propicio.

BDELICLEON.

Sí, yo le mantendré y le daré cuanto un anciano puede desear: ricos puches, blancas túnicas, un fino manto y una cortesana que le frote los riñones (1). Pero se calla y no dice esta boca es mia. Mala espina me da.

CORO.

Es que recobra la razon en el mismo punto que la habia perdido: reconoce su culpa, y se arrepiente de haber desoido tanto tiempo tus exhortaciones. Quizá ahora, más cuerdo, se propone mudar de costumbres y obedecerte en todo.

FILOCLEON.

¡Ay de mí!

BDELICLEON.

¿Por qué esa exclamacion?

FILOCLEON.

Déjate de promesas; lo que yo quisiera era estar allí, sentarme allí donde el heraldo grita: «El que no haya emitido todavía su voto, que se levante.» ¡Ah! ¿por qué no me he de encontrar junto á las urnas y depositar en ellas el último mi voto? ¡Apresúrate, alma mia! Alma mia, ¿dónde estás? «Ti-

(1) *Quae penem ei lumbosque fricabit.*

nieblas, abridme paso» (1). ¡Oh! por Hércules lo juro, mi más vehemente deseo es sentarme hoy entre los jueces y convencer de robo á Cleon.

BDELICLEON.

En nombre de los dioses, padre mio, cede á mis ruegos.

FILOCLEON.

¿Qué deseas? Pídeme cuanto quieras, ménos una cosa.

BDELICLEON.

¿Qué cosa es esa? Di.

FILOCLEON.

Que no juzgue; ántes de consentirlo, Pluton habrá pronunciado mi sentencia.

BDELICLEON.

Sea, ya que tanto te gusta administrar justicia; pero cuando ménos no acudas ya al tribunal; quédate en casa y juzga á los criados (2).

FILOCLEON.

¿Sobre qué? ¡Tú deliras!

BDELICLEON.

Haciendo en casa lo mismo que allí: si la criada abre clandestinamente la puerta, la condenas á una simple multa; es decir, exactamente igual que

(1) Verso del *Belerofonte* de Eurípides.

(2) Racine *(Les Plaideurs*, act. II, esc. XIII) pone en boca de Leandro igual proposicion.

Si pour vous, sans juger, la vie est un supplice,
Si vous êtes pressé de rendre la justice,
Il ne faut point sortir pour cela de chez vous:
Exercez le talent, et jugez parmi nous.

en el tribunal. Todo lo demas se hará tambien como allí se acostumbra: cuando caliente el sol, juzgarás desde la mañana sentado al sol; y cuando nieve ó llueva, sentado ante el hogar: así aunque te levantes al mediodía, ningun tesmoteta (1) te prohibirá la entrada en el tribunal.

FILOCLEON.

Eso me agrada.

BDELICLEON.

Además, si un orador habla mucho tiempo, no tendrás que esperar rabiando de hambre á que concluya, con gran tormento tuyo y del acusado que teme tu furor (2).

FILOCLEON.

¿Pero podré lo mismo que hasta ahora conocer perfectamente el asunto, si cómo en el intervalo?

BDELICLEON.

Mejor que en ayunas. ¿No has oido decir á todo el mundo que, cuando los testigos mienten, los jueces sólo pueden ccmprender el asunto á fuerza de rumiarlo?

FILOCLEON.

Me has convencido. Mas áun no me has dicho quién me pagará los honorarios.

BDELICLEON.

Yo.

FILOCLEON.

Bueno, así recibiré yo sólo mi paga, y no en com-

(1) De los nueve arcontes, seis se llamaban tesmotetas, y presidian los tribunales de justicia.
(2) Exacerbado por la pesadez del abogado.

pañía de otro: porque hace poco ese bufon de Lisístrato (1) me jugó la más mala pasada que puede imaginarse. Habia recibido un dracma para los dos, y fuimos á la pescadería, donde lo cambio en monedas de cobre (2); luégo, en vez de darme mi parte, me puso en la mano tres escamas; yo, creyendo que eran tres óbolos, las escondí en la boca; pero ofendido por el olor las arrojé en seguida y le cité á juicio.

BDELICLEON.

¿Y qué dijo?

FILOCLEON.

¿Qué dijo? que yo tenía estómago de gallo. «Digieres fácilmente el dinero,» repetia riéndose.

BDELICLEON.

¿Ves cuánto vas ganando hasta en esto?

FILOCLEON.

No poco, es verdad. Pero, anda, haz lo que has prometido.

BDELICLEON.

Espera un momento; en seguida vuelvo aquí con todo.

FILOCLEON.

¡Mirad cómo se cumplen los oráculos! Yo habia oido que llegaria dia en que cada Ateniense administraria justicia en su propia casa, y construiria en el vestíbulo un pequeño tribunal, como esas es-

(1) Citado en *Los Acarnienses*, V. 854; y en *Los Caballeros*, v. 1.165.

(2) Como el dracma valía seis óbolos, solía darse uno para cada dos jueces.

tatuas de Hécate que se colocan delante de las puertas.

BDELICLEON.

Héme aquí: ¿qué tienes que decir? traigo todo lo que te dije y mucho más. Este bacin puede colgarse á tu lado para cuando lo necesites (1).

FILOCLEON.

¡Feliz ocurrencia! ¡Excelente remedio para preservar á un viejo de la retencion de orina!

BDELICLEON.

Aquí traigo además un hornillo con una escudilla llena de lentejas, por si se te ocurre comer.

FILOCLEON.

Muy bien, muy bien; de modo que cobraré mi salario, aunque tenga calentura, y podré comer lentejas sin moverme de aquí. Mas ¿para qué me traes ese gallo?

BDELICLEON.

Para que si te duermes durante la defensa de una causa, te despierte cantando encima de tí.

FILOCLEON.

Sólo echo de ménos una cosa; todo lo demas me satisface.

BDELICLEON.

¿Cuál?

FILOCLEON.

¿Si pudieras traer la estatua de Lico? (2)

---

(1) *Si mingere velis.*
(2) Véase la nota al verso 389 de esta comedia.

BDELICLEON.

Héla aquí; parece el mismo héroe.

FILOCLEON.

¡Oh héroe mi señor! ¡Cuán terrible es tu aspecto! es el retrato de Cleónimo.

SÓSIAS.

Por eso, aunque es un héroe, no tiene armas (1).

BDELICLEON.

Si te sientas, someteré en seguida á tu decision una causa.

FILOCLEON.

Venga al punto: hace cien años que estoy sentado.

BDELICLEON.

Veamos; ¿por qué causa principiaremos? ¿habrá faltado alguno de los criados? ¡Ah! Trata (2), que hace poco se dejó quemar el puchero...

FILOCLEON.

¡Eh! detente: me has puesto al borde del abismo. ¿Cómo pretendes que actúe el tribunal sin balaustrada? Precisamente es para nosotros lo más sagrado.

BDELICLEON.

Es verdad, por Júpiter. Corro á casa y la traigo volando. ¡Lo que es la costumbre!

---

(1) Alusion á la cobardía de Cleónimo, que huyó arroando las armas.
(2) Nombre de una esclava.

JÁNTIAS.

¡Diántre de animal! ¿Es posible que demos de comer á semejante perro?

BDELICLEON.

¿Qué pasa?

JÁNTIAS.

Nada, que Lábes (1), tu perro, ha entrado en la cocina, ha robado un magnífico queso de Sicilia, y se lo ha engullido.

BDELICLEON.

Ya tenemos la primera causa en que ha de entender mi padre. *(A Jántias.)* Comparece tú como acusador.

JÁNTIAS.

Yo no, por vida mia; otro perro dice que presentará la acusacion, si se instruye el proceso.

BDELICLEON.

Bueno; tráete acá los dos.

JÁNTIAS.

Es lo que hay que hacer.

FILOCLEON.

¿Qué es eso?

BDELICLEON.

La gamella de los cerdos consagrados á Vesta (2).

FILOCLEON.

¿Osas poner sobre ella tus sacrílegas manos?

---

(1) Con el perro *Lábes* se alude á Láques, de quien ántes se ha hecho mencion. Aristófanes parece acusarle de haberse dejado ganar por los Sicilianos.

(2) La trae para que sirva de balaustrada al tribunal.

BDELICLEON.

No; principiando por sacrificar á Vesta (1), trituraré á mi adversario.

FILOCLEON.

Vamos, vamos, principia pronto la acusacion; yo ya sé cuál castigo ha de imponerse.

BDELICLEON.

Deja que te traiga las tablillas y el estilo.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡Me mueles y me asesinas con tus dilaciones! Lo mismo me era escribir en la arena.

BDELICLEON.

Ten.

FILOCLEON.

Cita, pues.

BDELICLEON.

Ya estoy.

FILOCLEON.

¿Quién es ese primero?

BDELICLEON.

¡Oh, qué memoria la mia! Esto es atroz. ¿Pues no se me han olvidado las urnas de los votos?

FILOCLEON.

Eh, tú, ¿á dónde vas?

BDELICLEON.

A por las urnas.

FILOCLEON.

Es inútil; me serviré de estos cacharros.

---

(1) Frase proverbial como la de: *Ab Jove principium.*

BDELICLEON.

Muy bien; ya tenemos todo lo necesario, excepto la clepsidra.

FILOCLEON.

¿No puede pasar por clepsidra este bacin?

BDELICLEON.

Eres ingenioso para proporcionarte los útiles precisos y acostumbrados. Pronto, traed fuego, mirtos é incienso para que principiemos por invocar á los Dioses.

CORO.

Durante vuestras libaciones uniremos nuestros votos á los vuestros, congratulándonos de que una reconciliacion tan generosa haya seguido á vuestras disputas y querellas.

BDELICLEON.

Principiad, pues, por guardar un silencio religioso.

CORO.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo Pitio! Haz que el negocio que va á resolverse delante de esa puerta, sea para bien de todos nosotros, libres ya de nuestros errores. ¡Oh Pean!

BDELICLEON.

¡Oh Dios poderoso, Apolo Agieo que velas ante el vestíbulo de mi casa! (1) Acepta este nuevo sacrificio que te ofrezco para que te dignes suavizar el

---

(1) Ante las puertas de las casas se colocaban altares, columnas ó conos en honor de Apolo, llamado *Agieo*, Ἀγυιεύς; *que preside las calles.*

humor áspero é intratable de mi padre. ¡Oh rey! endulza con algunas gotas de miel su avinagrado corazon; que sea en adelante clemente con los hombres; más compasivo con los reos que con los acusadores; sensible á las súplicas, y que pierda su carácter esa furia, dolorosa para el que se acerca, como las ortigas.

CORO.

Nosotros unimos á los tuyos nuestros votos en favor del nuevo magistrado. Pues te queremos, Bdelicleon, desde que nos has dado á conocer que amas al pueblo como ningun otro jóven.

BDELICLEON.

Si hay algun juez fuera, que éntre; pues en cuanto se principie la vista no se dejará entrar á nadie.

FILOCLEON.

¿Quién es ese acusado? ¡Qué condena le aguarda!

BDELICLEON (1) *(como acusador).*

Oid el acta de acusacion (2). La suscribe un perro Cidatenense contra Lábes de Exona, al que acusa de haberse comido él sólo, contra toda razon y derecho, un queso de Sicilia. La pena una argolla de higuera.

FILOCLEON.

O la muerte canina si se le prueba.

---

(1) Otras ediciones ponen la acusacion en boca de Jántias.

(2) Aristófanes observa en toda esta escena las fórmulas forenses.

BDELICLEON.

Aquí está Lábes el acusado.

FILOCLEON.

¡Ah maldito! ¡Qué traza de ladron tienes! ¿Si creerá que me va á engañar apretando los dientes?

BDELICLEON.

¿Dónde está el querellante, el perro Cidatenense? (1)

EL PERRO.

¡Guau! ¡Guau!

BDELICLEON.

Aquí está.

FILOCLEON.

Ese es otro Lábes, bueno sólo para ladrar y lamer ollas.

BDELICLEON (2) *(haciendo de heraldo)*.

Calla y siéntate. Tú *(á Jántias)*, sube y acusa.

FILOCLEON.

Vamos, en tanto voy á servirme y sorberme las lentejas.

JÁNTIAS *(acusador)*.

Ya habeis oido, oh jueces, el escrito de acusacion que he presentado contra Lábes: ha cometido contra mí y los marinos la más indigna felonía; se metió en un rincon oscuro, robó un enorme queso de Sicilia, y atracándose en las tinieblas... (3)

---

(1) Cidatene era una aldea ó demo del Atica.

(2) En otras ediciones Sósias hace el papel de heraldo.

(3) Hay en todo esto alusiones contínuas á la conducta de Láques.

FILOCLEON.

Basta, basta; el hecho está probado: el gran canalla acaba de soltar junto á mis narices un eructo que apesta á queso.

JÁNTIAS.

...Se negó á darme la parte que le pedia. Ahora bien; ¿podrá prestaros servicio alguno quien no da nada á vuestro perro leal?

FILOCLEON.

¿No ha dado nada?

JÁNTIAS.

¡Nada á mí, á su compañero!

FILOCLEON.

Se conoce que el mozo tiene los cascos tan calientes como estas lentejas.

BDELICLEON.

Por favor, padre mio; no sentencies ántes de haber escuchado á los dos.

FILOCLEON.

Pero, querido, si la cosa está clara; si está clamando justicia.

JÁNTIAS.

No le absolvais: es el perro más egoista y voraz; recorre en un instante todo el molde de un queso, y se engulle la costra que le recubre (1).

FILOCLEON.

Ni siquiera me ha dejado con que cerrar las grietas de mi urna.

(1) El doble sentido de las palabras griegas hace que todo cuanto se dice del perro Lábes pueda aplicarse á la rapacidad de Láques y á sus concusiones en Sicilia.

JÁNTIAS.

Castigadle; una sola casa no puede mantener dos ladrones; yo no quiero ladrar con el estómago vacío; castigadle, pues, ó dejaré de ladrar.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas maldades! El mozo es ladron de véras. ¿No te parece lo mismo, gallo mio? ¡Ah! sí, se adhiere á mi opinion. ¡Eh, Tesmoteta! ¿Dónde estás? Dáme el bacin.

BDELICLEON.

Cógelo tú, que yo estoy llamando los testigos. Testigos de Lábes, compareced: son un plato, una mano de mortero, un cuchillo, unas parrillas, una olla y otros utensilios medio quemados. ¿Acabas de hacer aguas? ¿Ó no vas á sentarte nunca?

FILOCLEON.

Aún no; pero creo que ese pasará hoy á mayores (1).

BDELICLEON *(á Filocleon)*.

¿Serás siempre duro é intratable con los reos? ¿Cebarás siempre en ellos tu furor? *(Al acusado.)* Sube y defiéndete. ¿Por qué te callas? Habla.

FILOCLEON.

Parece que no tiene nada que alegar.

BDELICLEON.

Sí que tiene, pero se me figura que le pasa lo que á Tucídides (2) en otra ocasion, cuando la sor-

---

(1) *Cacaturum.*
(2) Sobre Tucídides y el hecho á que se alude, véase la nota á la Parábasis de *Los Acarnienses*.

presa le cerró la boca. Retírate: yo me encargo de tu defensa. Ya comprendereis, oh jueces, lo comprometido que es defender á un perro acusado de crímen tan atroz. Hablaré no obstante. En primer lugar, es valiente y ahuyenta los lobos.

FILOCLEON.

Pero es ladron y conspirador.

BDELICLEON.

No, por Júpiter; es el mejor de los perros, capaz de guardar el rebaño más numeroso.

FILOCLEON.

¿Qué importa si se come el queso?

BDELICLEON.

Pero en cambio te defiende, te guarda la puerta, y tiene otras inmejorables cualidades. Si cometió algun hurto, hay que perdonárselo. ¿No ves que es un ignoranton que ni áun tocar la lira sabe?

FILOCLEON.

¡Ojalá tampoco supiera escribir! así no hubiera redactado su defensa.

BDELICLEON.

Oye, honrado juez, á mis testigos. Acércate, buen cuchillo, y declara en voz alta. Tú eras entónces pagador. Responde claro. ¿No partiste las porciones que debian ser distribuidas á los soldados? — Dice que sí las partió.

FILOCLEON.

Pues miente el bellaco.

BDELICLEON.

¡Oh compasivo juez, ten piedad de su infortunio! El infeliz Lábes siempre come espinas y cabezas de

pescados; no pára un momento en un sitio: ese otro sólo sirve para guardar la casa (1); y ya sabe lo que se hace; así reclama una parte de todo lo que traen, y al que no se la da, le clava el diente.

FILOCLEON.

¡Ah, estoy enfermo! ¡Se me figura que blandeo! ¡Oh desgracia! ¡Yo enternecido!

BDELICLEON.

Yo te lo ruego, padre mio, compadeceos de él, no le condeneis (2).—¿Dónde están sus hijos? Acercaos, infelices. Aullad, suplicad, llorad sin consuelo.

FILOCLEON.

Baja, baja, baja, baja (3).

BDELICLEON.

Bajaré, aunque esa palabra «baja» ha engañado á muchos. No obstante, bajaré.

FILOCLEON.

¡Véte al infierno! ¿por qué habré comido esas lentejas? ¿Pues no he llorado? Creo que esto no me hubiera sucedido si no me hubiera atracado de esas malditas lentejas.

BDELICLEON.

¿Será, pues, absuelto?

FILOCLEON.

No he dicho tal cosa.

---

(1) Alude á Cleon, acusador de Láques.
(2) Habla en plural, como ante un tribunal completo.
(3) De la tribuna. La frase de Filocleon indica que da por terminada la vista.

BDELICLEON.

Vamos, padrecito mio, sé más humano. Coge tu voto; da un paso atras; échalo en la segunda urna (1), cerrando un poco los ojos. Absuélvelo, padre mio.

FILOCLEON.

No: tampoco yo sé tocar la lira.

BDELICLEON.

Vén, te llevaré yo mismo.

FILOCLEON.

¿Es esta la primera urna? (2).

BDELICLEON.

Esa.

FILOCLEON.

Pues aquí hecho mi voto.

BDELICLEON.

Cayó en el lazo, y lo absolvió sin saberlo (3).

FILOCLEON.

Veamos; vuelve la urna. ¿Cuál es el resultado?

BDELICLEON.

Míralo. Lábes, has sido absuelto. ¡Padre! ¡padre ¿qué te pasa? ¡Agua, agua! vamos, recóbrate.

FILOCLEON.

Díme, ¿de véras ha sido absuelto?

BDELICLEON.

Sí.

---

(1) La de absolucion. En el tribunal se colocaban dos urnas: en la que estaba delante se echaban los votos condenatorios, y en la de atras los de la absolucion.
(2) Es decir, la de absolver.
(3) Estas palabras las dice Bdelicleon aparte.

FILOCLEON.

¡Ah, soy perdido!

BDELICLEON.

Valor, padre mio, no te aflijas.

FILOCLEON.

¿Cómo podré resistir la pena de haber absuelto á un criminal? ¿Qué va á ser de mí? ¡Oh santos dioses, perdonadme; lo hice á pesar mio; esa, ya lo sabeis, no es mi costumbre!

BDELICLEON.

No lo tomes tan á pecho, padre mio; yo te daré una vida regalada; te llevaré á cenas y convites; vendrás conmigo á todas las fiestas, y pasarás dulcemente el resto de tu existencia: ya no se burlará de tí Hipérbolo. Pero entremos.

FILOCLEON.

Haz lo que gustes.

CORO.

Id alegres á donde querais. Escuchad, en tanto, innumerables espectadores, nuestros prudentes consejos, y procurad que no caigan en saco roto: esa falta es propia de un auditorio ignorante; vosotros no la podeis cometer (1).

Ahora, si amais la verdad desnuda y el lenguaje sin artificios, prestadme atencion, oh pueblo. El poeta quiere haceros algunos cargos. Está quejoso de vosotros, que ántes le acogisteis tan bien,

(1) El coro se vuelve para recitar la *Parábasis*.

cuando imitando unas veces al espíritu profético oculto en el vientre de Eurícles (1), hizo que otros poetas os presentasen muchas comedias suyas (2), y afrontando otras cara á cara el peligro dirigió por su mano sin ajeno auxilio los vuelos de su Musa. Colmado por vosotros de gloria y honores, como ningun otro vate, no creyó, sin embargo, haber llegado á la cúspide de la perfeccion, ni se enorgulleció por ello, ni recorrió las palestras para corromper á la juventud deslumbrada por sus triunfos (3). Noblemente resuelto á que las Musas que le inspiran no desciendan jamás al oficio de viles alcahuetas, ha desoido las reclamaciones del amante, quejoso de ver ridiculizado el objeto de su torpe pasion. Ya en el extremo de su carrera dramática no luchó con hombres, sino que manejando intrépido la clava de Hércules, hubo de atacar á los mayores monstruos. Principió (4) por acometer audazmente á aquella horrenda fiera, de dientes espantosos, ojos terribles, flameantes como los de Cinna (5), rodeado de mil infames adulado-

(1) Adivino ventrílocuo, que respondia á las consultas haciendo creer que no era él quien hablaba, sino un genio misterioso oculto en su vientre. Llegó á generalizarse su sistema hasta darse el nombre de *Euríclides* á sus imitadores. En tiempo de Plutarco los nombres *Eurícles* y adivino eran ya sinónimos.

(2) Aristófanes presentó varias de sus comedias con los nombres de los autores Filónides y Calistrato.

(3) Esto se cree dirigido contra Eupólis.

(4) En *Los Caballeros (passim)*, donde tan denodada y rabiosamente atacó á Cleon, que es la fiera descrita.

(5) Meretriz ateniense.

res que á porfía le lamen la cabeza; de voz estruendosa como la de destructor remolino; de olor á foca y de partes secretas, que por lo inmundas recuerdan las de los camellos (1) y las lamias (2). A la vista de semejante monstruo el miedo no le arrancó regalos para apaciguarle; al contrario, sintió aumentarse su valor para defenderos. Así, el año último dirigió de nuevo sus ataques contra esos vampiros (3) que, pálidos, abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas á vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al Polemarca (4). Esto no obstante, el año pasado abandonasteis al denodado defensor que puso todo su ahinco en purgar de tales males á la patria, y le abandonasteis precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad,

(1) Lit.: *illotos Lamiæ coleos, culum cameli.*

(2) Lamia, hija de Belo y Libia, fué amada por Júpiter. Juno, celosa, mató á todos los hijos de esta union, lo cual produjo tal furor á Lamia, que se precipitaba sobre cuantos niños veia para hacerles sufrir la misma suerte que á los suyos. Júpiter le permitió tomar todas las formas que quisiera para saciar su rabia. Esta idea que los antiguos tenian de Lamia, como de un monstruo indefinido, movió quizá á Aristófanes á escogerla para representar á Cleon.

(3) Los sofistas atacados en *Las Nubes (passim)*.

(4) El tribunal presidido por el Polemarca, nombre del tercer arconte, entendia en todos los negocios relativos á domiciliados y extranjeros. La cualidad de extranjero y la privacion de los derechos de ciudadano que traia consigo, eran motivo de frecuentísimos pleitos en Aténas.

cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido bien (1); el autor, sin embargo, jura á menudo entre estas libaciones á Baco, que jamás oisteis versos cómicos mejores que los suyos. Vergonzoso es que no entendieseis de seguida su intencion profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinion de los doctos, aunque se haya estrellado su esperanza por vencer en audacia á sus rivales.

En adelante, queridos Atenienses, amad y honrad más á los poetas que procuran deleitaros con nuevas invenciones: recoged sus pensamientos y guardadlos en vuestras arcas como manzanas olorosas. Si así lo hiciereis, vuestros vestidos exhalarán todo el año un suave perfume de sabiduría.

En otro tiempo éramos infatigables en la danza, infatigables en la guerra, infatigables, sobre todo, en las lides amorosas. ¡Todo, todo ha pasado! La blancura de nuestros cabellos vence ya á la del cisne; fuerza será, sin embargo, reanimar en estos restos el vigor juvenil; pues mi vejez, segun creo, vale más que los rizos, adornos y disolutas costumbres de muchos jovenzuelos.

Espectadores; si alguno de vosotros se asombra al vernos vestidos de avispas y no comprende el objeto de nuestro aguijon, fácilmente disiparé su ignorancia. Nosotros, á quienes veis así armados por detras, somos la gente ática única verdadera-

(1) Se refiere á *Las Nubes*, cuya primera representacion tuvo mala acogida.

mente noble y autóctona; raza valerosísima que tan insignes servicios prestó á la república cuando el bárbaro, ganoso de arrojarnos de nuestras colmenas, invadió este territorio llevando delante de sí el incendio y la desolacion. Al punto corrimos á su encuentro, y armados de escudo y lanza (1), les atacamos. La ira hervia en nuestros pechos; nos tocábamos hombre con hombre; nos mordíamos los labios de coraje, y una nube de dardos oscurecia el cielo (2): por fin, con ayuda de los Dioses los derrotamos á la caida de la tarde. Antes del combate una lechuza habia pasado sobre nuestro ejército (3). Despues les perseguimos, clavándoles nuestro aguijon como furiosos tábanos; ellos huian y nosotros les picábamos las mejillas y la frente; así es que para los bárbaros nada hay ya tan temible como la avispa ática.

Terribles éramos en aquel tiempo: nada nos amedrentaba: á bordo de las triremes exterminamos los enemigos. No nos cuidábamos entónces de perorar elegantemente, ni de calumniar á nadie; toda nuestra ambicion se cifraba en ser el mejor remero. De este modo ganamos á los persas mu-

(1) Alusion á la batalla de Maraton.

(2) Alusion á la frase de Leónidas, contestando al mensajero que le decia que los dardos de los persas oscurecian el sol: «Mejor, así pelearemos á la sombra.»

(3) El paso de una lechuza, ave consagrada á Minerva, se consideraba como un augurio de victoria. La circunstancia mencionada por Aristófanes es histórica. (Plut., *Vida de Temíst.*, xv.)

chas ciudades (1). Y á nuestro valor se deben principalmente esos tributos que hoy derrochan los jóvenes (2).

Si nos mirais con detencion, observaréis que somos semejantes á las avispas en nuestras costumbres y modo de vivir. En primer lugar, cuando se nos irrita no hay animal más colérico é intratable; y en todo lo demas hacemos lo que ellas. Reunidos en enjambres nos repartimos en diferentes avisperos: unos vamos á juzgar con el Arconte (3), otros al Odeon (4), otros con los Once (5), y otros, pegados á la pared (6) con la cabeza baja y sin moverse apénas, nos parecemos á las larvas encerradas en su capullo. El procurarnos la subsistencia nos es sumamente fácil, pues nos basta para ello

(1) Los Atenienses se hicieron entónces dueños de las islas de Lésbos, Náxos, Páros, Sámos y otras ménos importantes.

(2) Los demagogos, que gastaban las rentas del Estado en dádivas y sueldos para mantener su influencia.

(3) El tribunal del *Arconte* epónimo, al que parece referirse Aristófanes, entendia de las tutelas y pleitos entre parientes.

(4) En el *Odeon*, magnífico teatro construido por Pericles, donde tenian lugar los certámenes musicales, se hacian las distribuciones de harina, lo cual daba lugar á disputas que exigian la presencia de los magistrados.

(5) El tribunal de los *Once* entendia en los robos cometidos de dia que no excediesen de cincuenta dracmas y de todos los de noche. Sus miembros tenian á su cargo la custodia de las prisiones y la ejecucion de las sentencias de muerte. Sócrates desde su condena quedó bajo la vigilancia de los Once.

(6) Parece referirse á los τειχοποιοί, magistrados encargados de la construccion y reparacion de las murallas.

picar al primero que se presenta. Pero hay entre nosotros zánganos desprovistos de aguijon, que se comen sin trabajar el fruto de nuestros afanes. Y es doloroso, ciudadanos, que quien nunca peleó, quien nunca se hizo una ampolla manejando el remo ó la lanza en defensa de la república, se apodere así de nuestro salario. Por tanto, opino que en adelante quien no tenga aguijon no cobre el trióbolo.

FILOCLEON.

No, jamás miéntras viva dejaré de llevar este manto, al que debí la salvacion en aquella batalla cuando el Bóreas se desencadenó furioso (1).

BDELICLEON.

¿No deseas tu comodidad?

FILOCLEON.

¡Por vida de Júpiter, no hay más que hacerse hermosos trajes! El otro dia me ensucié tanto atracándome de peces fritos, que tuve que pagar tres óbolos al quita-manchas.

BDELICLEON.

Una vez que te has puesto en mis manos, ensaya este nuevo género de vida, y déjame cuidarte.

FILOCLEON.

Bueno, ¿qué quieres que haga?

---

(1) Alusion á la deshecha borrasca que desbarató la escuadra persa cerca de Artemisium.

BDELICLEON.

Quítate ese manto ordinario, y ponte en su lugar este más fino.

FILOCLEON.

Valía la pena de engendrar y criar hijos para que éste pretenda ahora asfixiarme (1).

BDELICLEON.

Ea, póntelo y calla.

FILOCLEON.

Por los dioses, ¿qué especie de vestido es este?

BDELICLEON.

Unos le llaman pérsida, otros pelliza (2).

FILOCLEON.

Yo creí que era una manta (3) de las que hacen en Timeta.

BDELICLEON.

No es extraño; como nunca has ido á Sárdes. Sino, ya la hubieras conocido.

FILOCLEON.

¿Yo? No, por Júpiter; pero se me figura que á lo que más se parece es al saco peludo de Morícos (4).

BDELICLEON.

Ni por pienso: esto se teje en Ecbatana.

---

(1) Por el mucho calor que le va á dar el nuevo traje.

(2) Vestidos usados por los persas, que se vendian en Sárdes (Lidia) y se fabricaban en Ecbatana. Eran de mucho abrigo.

(3) Especie de capote de pieles que servia de manta en el lecho; fabricábase en Timeta, demo del Atica.

(4) Poeta ya citado por su glotonería y molicie. *(Los Acarnienses*, 64, 887; *Las Avispas*, 506.)

FILOCLEON.

¿Hay, pues, allí intestinos de lana?

BDELICLEON.

No, hombre, no, esto lo fabrican los bárbaros sin perdonar gasto. Quizá en esta túnica haya entrado un talento de lana.

FILOCLEON.

Entónces debia llamársela *pierde-lana*, más bien que pelliza.

BDELICLEON.

Vamos, padre mio, estáte quieto un instante y póntela.

FILOCLEON.

¡Oh! ¡Qué calor tan horrible me da esta maldita túnica!

BDELICLEON.

¿Te la pones ó qué?

FILOCLEON.

No, por piedad; prefiero, si es preciso, que me metas en un horno.

BDELICLEON.

Vamos, ya te la pondré yo: vén acá.

FILOCLEON.

Coge siquiera ese gancho.

BDELICLEON.

¿Para qué?

FILOCLEON.

Para sacarme ántes de que me derrita.

BDELICLEON.

Quítate esos infames zapatos, y ponte este calzado lacedemonio.

FILOCLEON.

¡Cómo! ¡yo sufrir en mis piés unos zapatos hechos por mis enemigos!

BDELICLEON.

Entra el pié y aprieta firme á la suela lacedemonia.

FILOCLEON.

No está bien que me obligues á poner el pié en suelo enemigo.

BDELICLEON.

Entra ahora el otro.

FILOCLEON.

De ninguna manera: uno de estos dedos aborrece á los Lacedemonios como el que más.

BDELICLEON.

No hay otro remedio.

FILOCLEON.

¡Infeliz de mí, no voy á tener sabañones en la vejez!

BDELICLEON.

Vamos pronto; ahora imita el paso afeminado y muelle de los ricos... Así, como yo.

FILOCLEON.

Sea. Di, ¿á quién de los ricos me parezco más en el andar?

BDELICLEON.

¿A quién? A un divieso cubierto de un emplasto de ajos (1).

(1) Frase que se empleaba para indicar dos cosas que braman de verse juntas. Sin duda Filocleon no tenía un aire muy elegante, á pesar de su nuevo vestido.

FILOCLEON.

¡Ah, cuánto deseo pasear moviendo las caderas!

BDELICLEON.

Veamos otra cosa: ¿sabrás seguir una conversacion séria delante de hombres doctos y bien educados?

FILOCLEON.

Sí por cierto.

BDELICLEON.

¿De qué hablarás?

FILOCLEON.

De muchas cosas. Primero, de cómo Lámia, al verse cogida, produjo un ruido sospechoso (1). Despues, de cómo Cardopion (2) y su madre...

BDELICLEON.

Déjate de fábulas y háblanos de cosas humanas, de asuntos frecuentes en las conversaciones de familia.

FILOCLEON.

Tambien estoy fuerte en el género familiar: habia en otro tiempo un raton y una comadreja...

BDELICLEON.

«Estúpido é ignorante,» como decia furioso Teógenes á un limpia-letrinas. ¿Te atreverás á hablar entre hombres de ratones y comadrejas?

FILOCLEON.

¿Pues de qué hay que hablar?

---

(1) Los cuentos de *Lámias* tenían alguna semejanza con los cuentos de brujas.

(2) Personaje desconocido.

BDELICLEON.

Sólo de grandezas: por ejemplo, de la excelentísima diputacion, en la que fuiste parte con Clisténes y Andrócles (1).

FILOCLEON.

¡En diputacion! ¡Si jamás he ido á ninguna parte, como no haya sido á Páros, lo cual me valió dos óbolos!

BDELICLEON.

Cuenta por lo ménos cómo Efudion luchó al pancracio valerosamente con Ascóndas (2); y aunque viejo encanecido, sin embargo conservaba puños y riñones de hierro, robustos costados y una fortísima coraza.

FILOCLEON.

Basta, basta; no sabes lo que te dices. ¿Dónde se ha visto luchar al pancracio (3) con coraza?

BDELICLEON.

Pues así suelen hablar los sabios. Ahora dime otra cosa. Cuando estés en un festin con extranje-

---

(1) Andrócles y Clisténes son citados burlescamente para censurar la falta de acierto de que adolecian los Atenienses en la eleccion de sus embajadores. Andrócles era un mendigo esclavo, y escamoteador de bolsas, sacado á pública vergüenza en el teatro por Cratino, Ecfántides y Teléclides. Clistenes era un asqueroso bardaje, muchas veces citado.

(2) *Efudion* y *Ascóndas* se inclina á creer el escoliasta que son dos nombres fingidos por el poeta. Sin embargo, hay memoria de un *Efudion* vecendor en los juegos olímpicos *(Olimpiada* 79).

(3) En el pancracio los atletas luchaban completamente desnudos.

ros, ¿qué hazaña de tu juventud preferirás contarles?

FILOCLEON.

¡Oh! ¡ya sé, ya sé! Mi más famosa hazaña, cuando robé á Ergasion (1) los rodrigones.

BDELICLEON.

¡Véte al infierno con tus rodrigones! Eso es ridículo. Lo mejor es que hables de tus cacerías de liebres ó jabalíes, ó de alguna carrera de antorchas (2) en que tomaste parte; en fin, de cualquier hecho que revele tu valor juvenil.

FILOCLEON.

Ahora me acuerdo de uno de los más atrevidos: siendo todavía un rapazuelo, demandé á Failo (3) el andarin por injurias, y le vencí por dos votos.

BDELICLEON.

Basta; recuéstate ahí para que aprendas la manera de conducirte en los banquetes y conversaciones.

FILOCLEON.

¿Cómo me recuesto? Vamos, dime pronto.

BDELICLEON.

Con elegancia.

FILOCLEON.

¿Así?

BDELICLEON.

Nó.

---

(1) Nombre de un labrador.
(2) En la carrera de las antorchas salia vencedor el que llegaba con la suya sin apagar á la meta señalada.
(3) Véase la nota al verso 215 de *Los Acarnienses*.

FILOCLEON.

¿Pues cómo?

BDELICLEON.

Estira las piernas y déjate caer blandamente sobre los almohadones como un ligero gimnasta: elogia despues los vasos de bronce que haya por allí; admira las cortinas del patio (1). En esto presentan agua para las manos; traen las mesas, comemos; nos lavamos; principian las libaciones... (2)

FILOCLEON.

¿Pero acaso estamos cenando en sueños?

BDELICLEON.

La flautista preludia: los convidados son Teoro, Esquínes, Fano, Cleon, Acéstor, y al lado de éste otro á quien no conozco. Tú estás con ellos. ¿Sabrás continuar las canciones principiadas? (3)

FILOCLEON.

Ya lo creo; mejor que cualquiera montañes (4).

---

(1) Era de buen tono no ponerse inmediatamente á la mesa. (Véase *Ateneo*, lib. IV.)

(2) Descripcion abreviada de una comida en Aténas. Para más detalles, puede verse la que hace Barthelemy *(voy. du jeune Anach.*, tom. II, pág. 526), basado en autores antiguos, de un gran banquete en casa de un rico ateniense.

(3) Era costumbre cantar al fin de las comidas. Estas canciones de sobremesa se llamaban *escolios*; el primero que cantaba designaba á su sucesor, entregándole la rama de mirto ó de laurel. Era difícil, al ser cogido de improviso, continuar la cancion sin tener la especial aptitud por la cual pregunta Bdelicleon á su padre.

(4) Antes de la division de los Atenienses en cuatro clases, segun su fortuna (Véanse *Los Caballeros*, Noticia preliminar), los ciudadanos se dividian en tres: Ribereños

BDELICLEON.

Veamos; yo soy Cleon; el primero canta el Harmodio (1); tú continuarás: «Nunca hubo en Aténas un hombre...»

FILOCLEON.

«Tan canalla ni tan ladron...»

BDELICLEON.

¿Eso piensas contestar, desdichado? ¿No ves que te confundirá á gritos y jurará perderte, aniquilarte y expulsarte del país?

FILOCLEON.

Pues yo responderé á sus amenazas con esta otra cancion: «En tu loca ambicion del supremo mando, acabarás por arruinar la república, que ya empieza á vacilar (2).»

BDELICLEON.

Y cuando Teoro, acostado á tus piés, cante cogiéndole la mano á Cleon: «Amigo, tú que conoces la historia de Admeto, estima á los valientes;» ¿qué contestarás?

FILOCLEON.

Lo siguiente: «Yo no puedo ser zorro y proclamarme amigo de los dos partidos.»

BDELICLEON.

A continuacion, Esquínes, hijo de Selo, hombre docto y único diestro, cantará: «Bienes y riquezas

---

(Parelios), habitantes del llano *(Pedianos)*, montañeses *(Acrios ó Superacrios)*.

(1) Véase la nota al verso 980 de *Los Acarnienses*.

(2) Parodia de Alceo.

á Clitágora (1), á mí y á los Tesalios.....» (2)

FILOCLEON.

«Muchas hemos derrochado tú y yo.»

BDELICLEON.

Esto lo entiendes bien; más ya es hora de ir á cenar á casa de Filoctemon.—¡Muchacho! ¡muchacho! ¡Criso! pon nuestra racion en una cesta (3); hoy queremos beber de largo.

FILOCLEON.

No, no; es muy peligroso el beber; despues del vino se rompen las puertas y llueven bofetones y pedradas, y al dia siguiente, cuando se han dormido los tragos, se encuentra uno que hay que pagar los excesos de la víspera.

BDELICLEON.

No temas semejante cosa tratando con hombres honrados y corteses. O te excusan ellos mismos con el ofendido, ó tú aplicas á lo ocurrido algun chistoso cuento esópico ó sibarítico (4) de los que has oido en la mesa: la cosa se toma á risa, y no pasa adelante.

---

(1) Poetisa lacedemonia (*Lisistrata*, 1.237) cuyos versos eran preferidos por algunos bebedores al canto de Telamon, compuesto por Píndaro. El escoliasta (en *Las Avispas*, 1.245) dice que era de Tesalia.

(2) Cancion compuesta cuando los de Tesalia auxiliaron á los Atenienses contra los Pisistrátidas.

(3) Era frecuente al ir á comer á casa de otro llevar su racion.

(4) Cuentecillos muy cortos que solian referirse en los banquetes. Sus personajes eran humanos y su intencion política, en contraposicion á las fábulas esópicas, cuya intencion era filosófica, y la accion pasaba entre animales.

FILOCLEON.

Pues ya merece la pena de aprender muchos cuentos eso de poder librarme con uno de pagar cualquiera daño que cause. Ea, vamos; que nadie nos detenga.

CORO.

Muchas veces he dado prueba de agudo ingenio, y jamás de estupidez; pero me gana Aminías (1), ese hijo de Selo, perteneciente á la raza copetuda (2), á quien vi un dia ir á cenar con Leógoras (3), llevando por junto una manzana y una granada, y cuenta que es más hambriento que Antifon (4). Ya fué de embajador á Farsalia (5); pero allí sólo se reunia á los Penestas (6), padeciendo él mayor penuria que ninguno.

¡Afortunado Autómenes (7), cuánto envidiamos tu felicidad! Tus hijos son los más hábiles artistas. El primero, querido de todos, canta admirablemente al són de la cítara, y la gracia le acompaña; el segundo es un autor cuyo mérito nunca se pon-

(1) Recuérdese lo dicho en la nota al verso 74 de esta comedia.

(2) Quizá por la forma especial de su peinado.

(3) Lúculo Ateniense. (Véase la nota al verso 109 de *Las Nubes*).

(4) Rico arruinado.

(5) Ciudad de Tesalia.

(6) *Penestas* se llamaban unos mercenarios tesalienses: este nombre significa tambien *pobre* y *miserable*, pues tiene la misma raíz qne *penuria*. Amínias no habia sabido enriquecerse en su embajada.

(7) Sobre Autómenes y sus hijos, véase la nota al verso 1.281 de *Los Caballeros*.

derará bastante; pero el talento del último, de Arifrades digo, deja muy atras al de los otros. Su padre jura que lo ha aprendido todo por sí propio, sin necesidad de maestro, y que sólo á su talento natural debe la invencion de sus inmundas prácticas en los lupanares. Algunos han dicho que yo me habia reconciliado con Cleon porque me perseguia encarnizadamente y me martirizaba con sus ultrajes. Ved lo que hay de cierto: cuando yo lanzaba dolorosos gritos, vosotros os reiais á placer, y en vez de compadecerme, sólo anhelabais que la angustia me inspirase algun chiste mordaz y divertido. Al notar esto, cejé un poco y le hice algunas caricias. Hé ahí por qué «á la cepa le falta ahora su rodrigon.» (1)

JÁNTIAS.

¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidio la dura concha que defiende vuestro cuerpo! ¡Qué sábias y previsoras fuisteis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo! ¡Ay, un nudoso garrote ha surcado la mia!

CORO.

¿Qué sucede, niño? porque hasta al más anciano hay derecho para llamarle niño, cuando se deja pegar.

JÁNTIAS.

Sucede que nuestro viejo es la peor de las calamidades. Ha sido el más procaz de todos los convi-

(1) Proverbio que se decia de los que habian visto frustradas sus esperanzas.

dados, y cuenta que allí estaban Hipilo, Antifon, Lico, Lisístrato, Teofrasto, y Frínico; pues sin embargo, á todos los dejó tamañitos su insolencia. En cuanto se atracó de los mejores platos, empezó á bailar, á saltar, á reir, á eructar como un pollino harto de cebada, y á sacudirme de lo lindo, gritándome: «¡esclavo! ¡esclavo!» Lisístrato, al verlo así, le lanzó esta comparacion: «Anciano, pareces un piojo resucitado ó un burro que corre á la paja.» Y él, atronándonos los oidos, le replicó con esta: «Y tú te pareces á una langosta, de cuyo manto se pueden contar todos los hilos (1) y á Estenelo (2) despojado de su guardaropa.» Todos aplaudieron, menos Teofrasto, que se mordió los labios como hombre bien educado. Entónces encarándosele nuestro viejo, le dijo: «Di tú, ¿á qué te das tanto tono, y te las echas de persona? Ya sabemos que vives á costa de los ricos á fuerza de bufonadas.» Así continuó dirigiendo insultos semejantes á todos, diciendo los chistes más groseros, cantando historias necias é importunas. Despues se ha dirigido hácia aquí, completamente ebrio, pegando á cuantos encuentra. Mirad, ahí viene haciendo eses. Yo me largo, para evitar nuevos golpes.

FILOCLEON (3).

Dejadme: marchaos. Voy á dar que sentir á al-

(1) Por lo usado y raido.

(2) Actor trágico, cuyo guardaropa fué vendido por sus acreedores.

(3) Entra acompañado de una flautista y seguido de las personas á quienes ha maltratado.

gunos de los que se obstinan en perseguirme. ¿Os largaréis, bribones? Si no, os tuesto con esta antorcha.

BDELICLEON.

A pesar de tus baladronadas juveniles, te juro que mañana nos has de pagar tus atropellos. Vendremos en masa á citarte á juicio.

FILOCLEON.

¡Ja! ¡ja! ¡A citarme! ¡Qué vejeces! ¿No sabeis que ya ni puedo oir hablar de pleitos? ¡Ja! ¡ja! Ahora tengo otros gustos: tirad las urnas. ¿No os vais? ¿Dónde esta el juez? decidle que se ahorque. *(A la cortesana.)* Sube, manzanita de oro, sube agarráda á esta cuerda; cógela, pero con precaucion, que está algo gastada; sin embargo áun le gusta que la froten. ¿No has visto con qué astucia te he sustraido á las torpes exigencias de los convidados? Debes probarme tu gratitud. Pero no lo harás, demasiado lo sé; ni siquieras lo intentarás; me engañarás y te reirás en mis narices como lo has hecho con tantos otros. Oye, si me quieres y me tratas bien, cuando muera mi hijo me comprometo á sacarte del lupanar y tomarte por concubina, amorcito mio. Ahora no puedo disponer de mis bienes; soy jóven y me atan corto: mi hijito no me pierde de vista; es gruñon, insoportable y tacaño hasta partir en dos un comino y aprovechar la pelusilla de los berros. Su único miedo es el que me eche á perder, pues no tiene más padre que yo. Pero ahí está: se dirige apresuradamente hácia nosotros. Hazle frente: coge esas teas: voy á jugarle una partida de mu-

chacho, como él á mí ántes de iniciarme en los misterios.

BDELICLEON.

¡Hola! ¡hola! viejo verde, parece que nos gustan los lindos ataudes. Mas lo juro por Apolo, no harás eso impunemente.

FILOCLEON.

¡Ah! tú te comerias á gusto un proceso en vinagre.

BDELICLEON.

¿No es una indecencia burlarme de ese modo, y arrebatar su flautista á los convidados?

FILOCLEON.

¿Qué flautista? ¿Has perdido el juicio, ó sales de alguna tumba?

BDELICLEON.

Por Júpiter, esa Dardaniense (1) que está contigo.

FILOCLEON.

¡Cá! si es una antorcha encendida en la plaza en honor á los dioses (2).

BDELICLEON.

¿Una antorcha?

FILOCLEON.

Sí, una antorcha (3). ¿No ves que es de diversos colores?

---

(1) Muchas mujeres de Dardania se dedicaban á la música.

(2) Los antiguos encendian tambien antorchas en honor de sus dioses.

(3) Se daba este nombre á las cortesanas, pues esta

BDELICLEON.

¿Qué es eso negro que tiene en medio?

FILOCLEON.

La pez que se derrite al quemarse.

BDELICLEON.

Y eso en la parte posterior. ¿No es su trasero?

FILOCLEON.

No, es el cabo de la antorcha que sobresale.

BDELICLEON.

¿Qué dices? ¿Cuál cabo? Vamos, ven acá.

FILOCLEON.

¡Eh, eh! ¿Qué intentas?

BDELICLEON.

Llevármela y quitártela: estás ya gastado é impotente.

FILOCLEON.

Escucha un momento. Asistia yo á los juegos olímpicos cuando Efudion (1), aunque viejo, luchó valerosamente con Ascóndas, concluyendo el anciano por hundir de un puñetazo al jóven. Sírvate de aviso, por si se me ocurriese reventarte un ojo.

BDELICLEON.

¡Por Júpiter! Conoces bien á Olimpia.

UNA PANADERA. *(A Bdelicleon.)*

Socórreme, en nombre de los dioses. Ese hombre

---

clase de mujeres han tenido siempre el triste privilegio de ser designadas con mil variados apelativos.

(1) Antes citado. Filocleon pone en práctica las lecciones de su hijo.

me ha arruinado; al pasar, agitando á tontas y á locas su antorcha, me ha echado á rodar por la plaza diez panes de á óbolo, y además otros cuatro.

BDELICLEON.

¿Ves lo que has hecho? Tu dichoso vino nos va á llenar de pleitos la casa.

FILOCLEON.

No lo creas; un cuentecillo alegre lo arreglará todo: verás cómo me reconcilio con ésta.

LA PANADERA.

Te juro por las dos diosas (1) que no te reirás impunemente de Mirtia, hija de Ancilion y de Sóstrata, despues de haberle echado á perder sus mercancías.

FILOCLEON.

Escucha, mujer: voy á contarte una fábula muy chistosa.

LA PANADERA.

¿Fabulitas á mí, viejo chocho?

FILOCLEON.

Al volver una noche Esopo de un banquete le ladró atrevida cierta perra borracha: «¡Ah perra, perra, le dijo entónces, si cambiases tu maldita lengua por un poco de trigo, me parecerias más sensata!»

LA PANADERA.

¡Cómo! ¿Te burlas de mí? Pues bien; quienquiera que seas, te cito ante los inspectores del merca-

(1) Céres y Proserpina, juramento ordinario de los Atenienses.

do (1), para que me indemnices daños y perjuicios. Querefon (2), que está ahí, será mi testigo.

FILOCLEON.

Pero, por mi vida, oye á lo ménos lo que voy á decirte: quizá te agrade más. Laso (3) y Simónides tenian en cierta ocasion un certámen poético, y Laso dijo: «Poco me importa.»

LA PANADERA.

¡Muy bien! como tú, ¿verdad?

FILOCLEON.

¿Y tú, Querefon, vas á ser testigo de esa mujer amarilla (4), de esa Ino (5) precipitándose desde una roca á los piés de Eurípides?

BDELICLEON.

Ahí se acerca otro: segun parece, tambien á citarte, pues viene con un testigo.

UN ACUSADOR.

¡Qué desdichado soy!... Anciano, te demando por injurias.

BDELICLEON.

¿Por injurias? ¡Ah! no por piedad, no lo demandes. Yo te pagaré cuanto pidas, y áun así te quedaré agradecido.

(1) Los Agorámonos.
(2) Discípulo de Sócrates. (V. *Las Nubes*, 502.)
(3) Poeta lírico, natural de Hermione, en el Peloponeso, al cual se atribuia la invencion de los coros. Fué rival de Simónides.
(4) Alusion á la palidez de Querefon.
(5) Título y asunto de una tragedia de Eurípides.

FILOCLEON.

Yo tambien quiero reconciliarme con él: confieso francamente que le he pegado y apedreado. *(Al acusador.)* Pero acércate más: ¿me permites que yo sólo señale la cantidad que debe dársete como indemnizacion, y que en adelante sea amigo tuyo, ó prefieres fijarla tú?

EL ACUSADOR.

Habla tú, pues detesto los pleitos y negocios.

FILOCLEON.

Cierto Sibarita se cayó de un carro y se infirió una grave herida en la cabeza: es de advertir que no entendia gran cosa de equitacion. Acercósele entónces uno de sus amigos, y le dijo: «Ejercítese cada cual en el arte que sepa;» por tanto, corre á curarte en casa de Píttalo (1).

BDELICLEON *(á Filocleon).*

Persistes en tus costumbres.

EL ACUSADOR *(al testigo).*

Acuérdate de su respuesta.

FILOCLEON.

Oye, no te vayas. En cierta ocasion rompió una mujer en Síbaris el cofre de los procesos...

EL ACUSADOR *(al testigo).*

Tambien te tomo por testigo de lo que dice.

FILOCLEON *(al acusador).*

...El cual cofre hizo atestiguar el hecho; pero la Sibarita le contestó: «¡Por Proserpina, déjate de

(1) Médico de Aténas (V. *Los Acarnienses*, 1.032.)

testigos y cómprate cuanto ántes una ligadura; eso tendrá más sentido comun.»

EL ACUSADOR *(á Filocleon.)*

¡Búrlate! ¡búrlate! ¡Ya veremos cuando el arconte mande traer á la vista tu causa!

BDELICLEON *(á Filocleon).*

¡Por Céres, no estarás aquí más tiempo! Voy á llevarte á la fuerza.

FILOCLEON.

¿Qué haces?

BDELICLEON.

¿Qué hago? Llevarte adentro. De otro modo no va á haber testigos suficientes para los infinitos que te demandan.

FILOCLEON.

Un dia los de Délfos... (1)

BDELICLEON.

«Poco me importa.»

FILOCLEON.

...Acusaron á Esopo de haber robado un vaso de Apolo; entónces él contó que una vez el escarabajo... (2).

BDELICLEON.

¡Oh, véte al infierno! me matas con tus escarabajos.

(Bdelicleon se lleva á su padre).

---

(1) Mientras se le lleva su hijo, continúa contando su historieta.

(2) Los Delfenses irritados por las críticas de Esopo le acusaron de haber sustraido una copa sagrada. El fabulista les recitó entónces el apólogo á que se refiere Aristófanes.

CORO.

Envidio tu felicidad, anciano. ¡Qué cambio en su áspera existencia! Siguiendo prudentes consejos, va á vivir entre placeres y delicias. Quizá los desatienda, porque es difícil cambiar el carácter que se tuvo desde la cuna. Sin embargo, muchos lo consiguieron; consejos ajenos han logrado modificar á veces nuestras costumbres. ¡Cuántas alabanzas no alcanzará por esto, en mi opinion y en la de los sabios, el hijo de Filocleon, tan discreto y cariñoso con su padre! Jamás he visto un jóven tan comedido, de tan amables costumbres. Ninguno me ha regocijado como él. En todas las respuestas que daba á su padre resplandecia la razon y el deseo de inspirarle más decorosas aficiones.

JÁNTIAS.

¡Por Baco! sin duda algun Dios ha revuelto y embrollado nuestra casa. El viejo, despues de haber bebido y haber oido largo rato tocar la flauta, ébrio de placer, repite toda la noche las antiguas danzas que Tespis (1) hacía ejecutar á sus coros. Pretende demostrar, bailando incesantemente, que los trágicos modernos son todos unos lelos sin sustancia.

(1) Antiguo poeta trágico. El escoliasta supone que Jántias no se refiere aquí al poeta, sino á un citarista del mismo nombre, muy popular en tiempo de Ari tófanes.

FILOCLEON *(declamando).*

¿Quién se sienta á la entrada del vestíbulo? (1)

JÁNTIAS.

La calamidad se aproxima.

FILOCLEON.

Apartad las vallas. Va á principiar el baile...

JÁNTIAS.

Mejor dirás la locura.

FILOCLEON.

.....Que aligera mi pecho con su impetuosidad. ¡Cómo mugen mis narices! ¡Cómo suenan mis vértebras!...

JÁNTIAS.

Bien te vendria una toma de heléboro (2).

FILOCLEON.

Frínico (3) se asusta como un gallo...

JÁNTIAS.

Pongámonos en salvo.

FILOCLEON.

...Que agita sus patas en el aire.

JÁNTIAS.

¡Eh! mira dónde pisas.

FILOCLEON.

¡Con flexibilidad juegan todos mis miembros!

---

(1) Parodia de una obra perdida.
(2) Remedio contra la locura.
(3) Frínico, á causa de haber renovado en su tragedia *La toma de Mileto* el dolor de los Atenienses por esta pérdida, fué condenado á una multa de 1.000 dracmas. Su desgracia se hizo proverbial.

JÁNTIAS.

Nada, está visto, es una verdadera locura.

FILOCLEON.

Ahora desafío á todos mis rivales. Si hay algun trágico que se precie de danzar bien, venga por acá y tendremos un certámen coreográfico... ¿Se presenta alguno?

BDELICLEON.

Este sólo.

FILOCLEON.

¿Quién es ese desgraciado?

BDELICLEON.

El hijo segundo de Carcino (1).

FILOCLEON.

Pronto lo anonadaré; voy á molerle á puñetazos acompasados; pues no entiende una palabra de ritmos.

BDELICLEON.

Pero ¡infeliz! ahí viene su hermano, otro trágico carcinita.

FILOCLEON.

Voy haciendo provisiones para el almuerzo.

BDELICLEON.

Sí, pero sólo de cangrejos (2); por que ahí llega un tercer hijo de Carcino.

---

(1) Carcino era un mal poeta trágico, cuyos hijos tenian pequeña estatura y ejecutaban danzas trágicas. Otro llamado Jenócles compuso tragedias y ganó un premio en certámen con Eurípides. Aristófanes vuelve á ocuparse de ellos en *La Paz*, 289, 778, 790; y en *Las Ranas*, 86.

(2) Juego de palabras, por significar *Carcino*, *cangrejo*.

FILOCLEON.

¿Qué es eso que se arrastra? ¿Es una araña ó una vinagrera? (1)

BDELICLEON.

Es un cangrejillo; el más pequeño de la familia. Tambien poeta trágico.

FILOCLEON.

¡Oh Carcino, padre feliz de tan hermosa familia! ¡Qué banda de reyezuelos (2) desciende sobre mí! Fuerza es, ¡ay triste! que me bata con ellos. Preparad la salmuera, por si salgo vencedor.

CORO.

Ea, apartémonos un poco, para que puedan hacer sus pruebas delante de nosotros.

Ea, ilustres hijos de un habitante del mar (3), hermanos de los langostinos, danzad sobre la arena en la orilla del estéril piélago. Moved en círculo vuestros piés; levantad las piernas como Frínico, y al verlas en el aire, lanzarán gritos de asombro los espectadores.

Gira sobre tí mismo, da vueltas; levanta la pierna hasta el cielo; trasfórmate en un torbellino. Ahí se adelanta el mismo rey del mar, el padre de

(1) Las vinagreras tenian una forma aproximadamente esférica, y debian de ser de pequeñas dimensiones, porque los antiguos usaban el vinagre muy concentrado. Con el trípode que las sostenia debian parecerse á una araña levantándose sobre sus patas, y á un cangrejo, por lo cual Filocleon halla en el hijo de Carcino esa triple semejanza.

(2) Ὀρχίλος, *reyezuelo* (ave), tiene la misma raíz que danzante ó bailarin.

(3) Carcino.

tus rivales, orgulloso de sus hijos. Mas si teneis gusto en danzar, hacednos salir cuanto ántes, pues nunca hasta ahora se ha visto terminar la comedia con un baile del coro (1).

(1) El coro bailaba al presentarse en escena, pero nunca al retirarse.

FIN DE LAS AVISPAS.

LA PAZ.

NOTICIA PRELIMINAR.

Cleon y Brásidas, generales de Aténas y Lacedemonia, murieron en un mismo combate; aquél al retirarse fugitivo, y éste en brazos de la victoria. «Despues de la derrota de los Atenienses ante Anfípolis, dice Tucídides (1), y de la muerte de Brásidas y Cleon, los más ardientes partidarios de la guerra, el primero porque la debia sus triunfos y su gloria, y el segundo porque no dejaba de prever que en tiempos normales serian más patentes sus prevaricaciones y ménos atendidas sus calumnias, los hombres que en ambas ciudades aspiraban á desempeñar el principal papel, Plistoanax, hijo de Pausánias, rey de Esparta, y Nícias, hijo de Nicerato, el general afortunado como ninguno, se declararon en favor de la paz. Pactóse

(1) Lib. v, 16.

está por cincuenta años tras largas negociaciones, aunque la reconciliacion de las dos repúblicas enemigas siempre tuvo más de aparente que de real.» Alcibíades, cuya desmedida ambicion era un contínuo peligro, pues aspiraba no ménos que á recoger la herencia de Perícles, y atropellando por todo, trataba de comprometer á su patria en una nueva guerra, atizó con sus intrigas los enconados odios que en el corazon de ambas ciudades se revolvian; y tal maña se dió, que en el año 420 ántes de nuestra era, décimotercio de la guerra del Peloponeso, era ya imminente una nueva ruptura de hostilidades. Para contener, si era posible, tan espantoso mal, escribió *La Paz* Aristófanes, comedia cuyo objeto, indéntico al de *Los Acarnienses*, es inspirar al pueblo profunda aversion á una guerra desastrosa y funesta, y confirmarle en el amor á las dulzuras del estado pacífico, que apénas habia empezado á saborear. Para lograr tan levantado fin, acude el poeta tanto á su inagotable imaginacion como á la audaz energía de que tan elocuente muestra son sus *Caballeros*, pues á un tiempo que pinta con poético colorido las ventajas de la paz y da existencia y vida á las más inanimadas abstracciones, levanta con atrevida mano el hipócrita velo con que se encubrian los enemigos del reposo público, mostrando al desnudo sus miras interesadas, sus bajas intenciones y su sospechosa ambicion. Los dos partidos que entónces dividian á Aténas aparecen en *La Paz* tras una alegoría transparente: el populacho,

los demagogos, las gentes que no teniendo nada que perder se agrupaban alderredor de Alcibiades, en aquella jarcia de comerciantes de lanzas, cascos y escudos; y las personas sensatas y sinceramente amantes de su país, en el noble coro de labradores que ayuda al audaz Trigeo en la peligrosa tarea de libertar á la patria. Veamos cómo desarrolla Aristófanes la accion.

Trigeo ó *viñador*, condolido de los males que afligen á su patria, se propone subir al Olimpo en demanda de la Paz; el único medio que para ello se le ocurre, es alimentar un enorme escarabajo, recordando la fábula de Esopo en que aquel animalejo consigue llegar hasta el regazo del padre de los dioses. Caballero en el nuevo Pegaso, lánzase atrevidamente á los aires, desoyendo las advertencias de su atribulada familia. Llega por fin al cielo, donde Mercurio, despues de un recibimiento descortés, se aviene á indicarle el modo de desenterrar á la Paz. Aparécese en esto la Guerra acompañada del Tumulto, y pone á la vista sus violencias majando en un inmenso mortero ciudades y regiones, miéntras la Paz permanece relegada al fondo de una caverna, obstruida por enormes peñascos. Trigeo trata de darla libertad y convoca al efecto á ciudadanos de todos los países, principalmente labradores, que aparecen armados de cables y palancas. No todos ponen, sin embargo, igual ahinco en la consecucion de la obra, pues miéntras los Atenienses y Lacedemonios tiran con todas sus fuerzas, los de Megara blandean por el

hambre, y los de Argos y Beocia tratan, fingiendo ayuda, de anular sus esfuerzos con ánimo de obtener durante la guerra pingües subsidios de todos los beligerantes. Por fin la cautiva aparece, y con ella Opora y Teoría, personificaciones de la abundancia y de las fiestas anejas á la Paz. En medio del mayor júbilo se ofrece á la deidad rescatada un sacrificio, turbado sólo por las pretensiones de Hierócles, sacerdote famélico, y las quejas de los vendedores de armas, á los que el nuevo órden de cosas va á arruinar.

La comedia concluye con las bodas de Trigeo y la Abundancia, celebradas por un alegre y estrepitoso canto de Himeneo.

Adolece esta pieza de un defecto capital, y es que la ficcion admirablemente sostenida hasta que la Paz sale de la caverna, decae desde este momento y se arrastra lánguidamente hasta el final. Ni los más picantes chistes, ni multitud de encantadores detalles, parecidos, como dice Pierron (1), á islotes de pura poesía sobrenadando en un mar de obscenidades y bajezas; ni el diálogo siempre intencionado y vivo, bastan para disimular la pobreza de la accion, que desde el verso 520 (2), es decir, mucho ántes de la mitad de la comedia, queda reducida á los preparativos necesarios para el ofrecimiento de un holocausto y la celebracion de unas bodas. A esto se agrega, observa Brumoy (3), el

(1) *Historia de la literatura griega*, t. II, pág. 71.
(2) *La Paz* tiene 1.356 versos.
(3) *Le Théatre des Grecs*, t. VI, pág. 1.

hallarse llena *La Paz*, más que otras comedias, de enigmas, alusiones, metáforas y figuras de toda especie, cuyo gusto, aunque no lo podamos apreciar con la debida precision, sin embargo, no era de los más selectos, pues fué ya objeto de acerbas críticas por parte de los contemporáneos de Aristófanes (1), hasta tal punto que éste, segun la opinion más probable, los corrigió en una segunda edicion, en la cual la Paz, personaje mudo en la conservada, debia de intervenir en el diálogo y la accion con su compañera la Agricultura.

La Paz se representó el año 13 de la guerra del Peloponeso, 420 ántes de nuestra era, cuya fecha fija suficientemente Aristófanes en el verso 998 de la misma (2), y obtuvo en el certámen el segundo lugar. «Quizá, observa un discreto intérprete (3), al negarle los jueces la primera corona, quisieron castigar al poeta por haber tenido razon contra la ceguera popular.»

(1) Eupolis en *Los Aduladores*, y Platon, el cómico, en *Las Victorias*, se burlaron mucho de la imágen colosal de la Paz, que sale de su prision para no decir una palabra en toda la comedia.

(2) Trigeo se congratula en él de volver á ver á la Paz despues de trece años de ausencia.

(3) Poyard. *Aristophane*, pág. 200.

PERSONAJES.

DOS ESCLAVOS DE TRIGEO.
TRIGEO.
MUCHACHAS, HIJAS DE TRIGEO.
MERCURIO.
LA GUERRA.
EL TUMULTO.
CORO DE LABRADORES.
HIÉROCLES, adivino.
UN FABRICANTE DE HOCES.
UN FABRICANTE DE PENACHOS.
UN VENDEDOR DE CORAZAS.
UN FABRICANTE DE TROMPETAS.
UN FABRICANTE DE CASCOS.
UN FABRICANTE DE LANZAS.
UN HIJO DE LÁMACO.
UN HIJO DE CLEÓNIMO.
LA PAZ.
OPORA Ó LA ABUNDANCIA.
TEORÍA.
(LA PAZ, OPORA Ó LA ABUNDANCIA, TEORÍA: Personajes mudos.)

La accion pasa al principio delante de la casa de Trigeo.

LA PAZ.

ESCLAVO PRIMERO.

Vamos, vamos, trae pronto su pastelito al escarabajo.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma, dáselo á ese maldito. ¡Ojalá no coma otro mejor!

ESCLAVO PRIMERO.

Dále otro de excremento de asno.

ESCLAVO SEGUNDO.

Ahí lo tienes tambien. ¿Pero dónde está el que le trajiste hace un momento? ¿Se lc ha comido ya?

ESCLAVO PRIMERO.

¡Pues ya lo creo! me lo arrebató de las manos, le dió una vueltecilla entre las patas, y se lo tragó enterito. Hazle, hazle otros más grandes y espesos.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Oh limpia-letrinas, socorredme en nombre de los dioses, si no quereis que me asfixie!

ESCLAVO PRIMERO.

Otro, otro, confeccionado con excrementos de bardaje; ya sabes que le gusta la masa muy molida.

ESCLAVO SEGUNDO.

Toma; lo que me consuela es hallarme al abrigo de una sospecha: nadie dirá que me cómo la pasta al amasarla.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Puf! venga otro, otro, y otro; no ceses de amasar.

ESCLAVO SEGUNDO.

¡Imposible! no puedo resistir ya el olor de esta letrina. Voy á llevarlo todo adentro.

ESCLAVO PRIMERO.

Idos al infierno ella y tú.

ESCLAVO SEGUNDO.

¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa, dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Porque es el más repugnante de los oficios, esto de ser cocinero de un escarabajo. Al fin un cerdo ó un perro se tragan nuestros excrementos tal y como se los encuentran, mas este animal anda siempre en repulgos, y ni áun se digna tocarlos, si no me he estado amasando un dia entero la bolita, como si hubiera de ofrecerse á una jóven delicada. Pero veamos si ha concluido de comer; voy á entreabrir un poquito la puerta, para que él no me distinga. ¡Traga, traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! Mueve las mandíbulas como un atleta sus membrudos brazos: luégo agita la cabeza y las patas, como los

que enrollan cables en las naves de carga. ¡Qué animal tan voraz, fétido é inmundo! No sé qué dios nos ha enviado semejante regalo, pero seguramente no han sido ni Vénus ni las Gracias.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pues cuál?

ESCLAVO SEGUNDO.

Sólo ha podido ser Júpiter fulminante (1). Pero sin duda algun espectador, alguno de esos jóvenes presumidos de sabios, estará diciendo ya: ¿Qué es esto? ¿Qué significa ese escarabajo? Y un Jonio (2) sentado á su lado, estoy seguro de que le responde: Todo esto, si no me engaño, se refiere á Cleon, pues es el único que no tiene reparo en alimentarse de basura (3). Pero voy á dar agua al escarabajo.

ESCLAVO PRIMERO.

Y yo voy á explicar el asunto á los niños, á los mozos, á los hombres, á los viejos, y á los que han

---

(1) Es decir, irritado. Tratando de explicar este epíteto, dicen unos que es para comparar la voracidad del escarabajo al rayo que todo lo consume; y otros, teniendo en cuenta que el καταβάτου del original significa *bajar*, ven en él una alusion á la bajeza de aquel animal. Ambas explicaciones, como se ve, son demasiado sutiles para ser verdaderas.

(2) La circunstancia de asistir un extranjero á la representacion, hace creer que *La Paz* se puso en escena en las grandes dionisiacas.

(3) Σπατίλη significa *liquida alvei egestio*, y *raeduras de cuero*. Alusion al oficio de Cleon.

traspasado el término ordinario de la vida. Mi señor tiene una rara locura, no la vuestra (1), si no otra completamente nueva. Todo el dia se lo pasa mirando al cielo, con la boca abierta, é increpando á Júpiter de este modo: ¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas? Depon tú escoba, no barras la Grecia.

TRIGEO (2) *(dentro)*.

¡Ay! ¡Ay!

ESCLAVO PRIMERO.

Callemos. Se me figura haber oido su voz.

TRIGEO.

¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas hacer de nuestra patria? ¿No ves que se despueblan las ciudades?

ESCLAVO PRIMERO.

Hé ahí la manía de que acabo de hablaros. Esas palabras pueden daros una idea de ella; yo os diré las que pronunciaba cuando principió á revolvérsele la bílis. Hablando aquí mismo á solas, exclamaba: «¿Cómo podria yo ir derecho á Júpiter?» Construyó al efecto escalas muy ligeras, por las cuales, sirviéndose de piés y manos, trataba de subir al cielo, hasta que se cayó, rompiéndose la cabeza. Ayer se fué corriendo á no sé dónde, y volvió á casa con este enorme escarabajo, ligero como

---

(1) Refiérese sin duda á la manía de los procesos criticada en *Las Avispas*.
(2) El nombre de *Trigeo* (derivado de τρύγη, *vendimia)* significa *viñador*

un caballo del Etna (1), obligándome á ser su palafrenero. Mi amo le acaricia como si fuese un potro, y le dice: «Pegasillo mio, generoso volátil, llévame de un vuelo hasta el trono de Júpiter (2).» Pero voy á ver por esta rendija lo que hace. ¡Oh desgraciado! ¡favor! ¡favor, vecinos! ¡Mi dueño sube por el aire montado en el escarabajo!

TRIGEO *(en la escena).*

Despacio, despacio; poco á poco, escarabajo mio; refrena algo tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza; aguarda á que, despues de sudar, el rápido movimiento de las alas haya dado agilidad á tus remos. Sobre todo, no despidas ningun mal olor; si estás dispuesto á hacerlo, más vale que te quedes en casa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Oh dueño mio! ¿Estás loco?

TRIGEO.

¡Silencio! ¡silencio!

ESCLAVO PRIMERO.

¿Pero á dónde diriges tu vuelo, temerario?

TRIGEO.

Vuelo para hacer la felicidad de todos los Grie-

---

(1) Los caballos de Etna (Sicilia) eran famosos por su velocidad. Además, segun el Escoliasta el Etna era notable por la gran variedad de escarabajos que en él se criaban. Los de una de sus especies, al decir de Platon el Cómico, llegaban á ser tan grandes como un hombre.

(2) Parodia del *Beleforonte* de Eurípides.

gos; por ellos llevo á cabo esta nueva y atrevida empresa.

ESCLAVO PRIMERO.

Mas ¿qué intentas? ¡Oh, qué inútil locura!

TRIGEO.

Nada de palabras de mal agüero. Al contrario, pronúncialas favorables. Manda callar á todos; haz que cubran con nuevos ladrillos las letrinas y cloacas, y que se pongan un tapon en el trasero (1).

ESCLAVO PRIMERO.

No, no callaré, si no me dices á dónde enderezas el vuelo.

TRIGEO.

¿A dónde he de ir sino al cielo, á ver á Júpiter?

ESCLAVO PRIMERO.

¿Con qué intencion?

TRIGEO.

Con la de preguntarle qué piensa hacer de todos los Griegos.

ESCLAVO PRIMERO.

¿Y si no te lo dice?

TRIGEO.

Le citaré á juicio y le acusaré de hacer traicion á los Griegos en favor de los Persas (2).

ESCLAVO PRIMERO.

Por Baco, no harás eso miéntras yo viva.

---

(1) Por miedo de que algun mal olor atraiga al escarabajo.

(2) Esta acusacion era frecuente en Aténas. Los Persas veian con placer las disensiones de los Griegos.

TRIGEO.

Pues no es posible otra cosa.

ESCLAVO PRIMERO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! Chiquitas, que vuestro padre os abandona marchándose al cielo de tapadillo. ¡Ah! suplicadle, suplicadle, pobrecitas huérfanas.

LA MUCHACHA.

¡Padre, padre! ¿será verdad, como acaban de decirnos, que nos abandonas para ir á perderte con las aves en la region de los cuervos? Di, padre mio, ¿es verdad? Respóndeme, si me amas.

TRIGEO.

Sí; me marcho. Cuando me pedís pan, hijas mias, llamándome papá, se me parte el corazon al no hallar en toda la casa ni la sombra de un óbolo. Si salgo bien de la empresa, tendreis siempre que querais una gran torta, sazonada con un buen bofeton (1).

LA MUCHACHA.

Mas ¿cómo vas á hacer ese viaje? No hay navío que pueda conducirte.

TRIGEO.

Iré sobre este corcel alado; no necesito embarcarme.

LA MUCHACHA.

Pero, padre, ¿cómo se te ha ocurrido subir al cielo montado en un escarabajo?

---

(1) Frase proverbial que se dirigia á los que se meten en lo que no les importa.

TRIGEO.

Las fábulas de Esopo (1) dicen que es el único volátil que ha llegado hasta los dioses.

LA MUCHACHA.

¡Padre mio! ¡padre mio! eso es un cuento increible. ¿Cómo ha podido llegar hasta los dioses un animal tan inmundo?

TRIGEO.

Subió por la enemistad que tuvo con el águila, y se vengó haciendo una tortilla con sus huevos.

LA MUCHACHA.

¿No era mejor que montases el alígero Pegaso y te presentases á los dioses con más trágico continente? (2)

TRIGEO.

Tontuela, ¿no conoces que hubiera necesitado doble provision? Miéntras así éste se alimentará con lo que yo haya digerido.

LA MUCHACHA.

Y si cae del piélago en los húmedos abismos (3), ¿cómo podrá salir á flote un animal alado?

TRIGEO.

Llevo un timon (4) que emplearé si hay necesidad; todo quedará reducido á que me sirva de nave un escarabajo de Náxos (5).

(1) Véase la fábula de Samaniego *El Águila y el Escarabajo.*
(2) Alusion al *Belerofonte* de Eurípides.
(3) Parodia.
(4) Τὸ αἰδοῖον δείκνυσι παίζων.
(5) Juego de palabras: κανθαρος, *escarabajo*, era tambien el nombre que se daba á unas naves construidas en Naxos.

LA MUCHACHA.

Despues del naufragio ¿qué puerto te acogerá?

TRIGEO.

¿Pues no hay en el Pireo el puerto del Escarabajo? (1)

LA MUCHACHA.

Ten mucho cuidado de no tropezar y caer. Si te quedas cojo, darás asunto á Eurípides para una tragedia, de la cual serás protagonista (2).

TRIGEO.

Eso es cuenta mia. Adios. *(A los espectadores.)* Vosotros, en cuyo obsequio sufro estos trabajos, absteneos durante tres dias de todo desahogo, sólido ni flúido (3): pues, si al cernerse en las alturas percibe mi corcel algun olor, se precipitará sobre la tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mio; haz resonar tu freno de oro, endereza las orejas. ¡Oh! ¿qué haces? ¿qué haces? ¿por qué vuelves la cabeza hácia las letrinas? Levántate atrevidamente de la tierra, y desplegando tus veloces alas, vuela en línea recta al palacio de Júpiter. Aparta por hoy el hocico de la basura, y de todos tus alimentos cotidianos. ¡Eh, buen hombre! ¿qué haces ahí? A ti te digo, que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar. ¿Quieres que me mate? ¿quieres que me mate? Ocúltalo pronto, cúbrelo con un gran monton de tierra, planta en-

(1) Uno de los tres puertos del Pireo tenía ese nombre.

(2) Véase *Los Acarnienses*, donde Diceópolis echa en cara á Eurípides la cojera de sus héroes.

(3) *Ne visite ne cacate triduo.*

cima sérpol y riégalo con perfumes, pues si llego á caer ahí y á causarme grave daño, en castigo de mi muerte tendrá que pagar cinco talentos la ciudad de Quios (1) por tu condenado trasero. ¡Ay! ¡ay! ¡qué miedo! ¡ya no tengo ganas de bromas! Mucha atencion, maquinista. Un viento rebelde gira alderredor de mi ombligo: si no tienes suma precaucion, voy á echarle un pienso al escarabajo (2). Mas no debo estar léjos de los dioses, pues ya distingo la morada de Júpiter. ¿Quién es ese que está en la puerta? Abrid.

(La escena cambia y representa el cielo.)

MERCURIO.

Se me figura que huelo á hombre *(viendo á Trigeo)*. ¡Oh Hércules! ¿qué monstruo es ese que veo?

TRIGEO.

Un hipocántaro (3).

MERCURIO.

Infame, atrevido, desvergonzado, bribon, rebribon, bribon más que todos los bribones juntos, ¿cómo has subido hasta aquí? ¿Cómo te llamas? ¡pronto!

TRIGEO.

Bribon.

---

(1) Alusion á las disolutas costumbres de los habitantes de *Quios*, ciudad aliada de Aténas.

(2) Por efecto de su temor.

(3) Es decir, un escarabajo que sirve de caballo. Alusion al hipocentauro.

MERCURIO.

¿De dónde eres? contesta.

TRIGEO.

Bribon.

MERCURIO.

¿Quién es tu padre?

TRIGEO.

¿El mio? Bribon.

MERCURIO.

¡Por la Tierra! vas á morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense (1), viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO.

¡Oh pobrecillo! ¿qué tal, qué tal el viaje? (2)

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribon? Ea, véte á llamar á Júpiter.

MERCURIO.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! No creas que estás cerca de los dioses. Ayer mismo emigraron.

TRIGEO.

¿A qué lugar de la Tierra?

(1) Atmon era una aldea del Ática.
(2) Al aspecto de los comestibles, la glotonería hace ablandarse á Mercurio.

MERCURIO.

¡Oh! ¿de la Tierra?

TRIGEO.

En fin, ¿á dónde?

MERCURIO.

Léjos, muy léjos, al sitio más escondido y apartado de los cielos.

TRIGEO.

¿Cómo te has quedado aquí solo?

MERCURIO.

Para guardar la vajilla restante, los pucherillos, las tablillas y las pequeñas ánforas (1).

TRIGEO.

¿Pero por qué han emigrado los dioses?

MERCURIO.

Por odio á los Griegos. En los lugares que les estaban destinados han alojado á la guerra dándole amplios poderes para que os trate á su antojo. Ellos se han retirado muy léjos, por no presenciar vuestros combates ni oir vuestras súplicas.

TRIGEO.

¿Por qué razon nos tratan así? dime.

MERCURIO.

Porque habeis preferido la guerra á la paz con que os han brindado mil veces. Los Lacedemonios, si llegaban á conseguir alguna pequeña ventaja, exclamaban en seguida: «Por los Dióscuros (2), nos

(1) Luciano se burla tambien de estos oficios de Mercurio. *(Diálogos de los Muertos. Mercurio y Maya.)*
(2) Exclamacion ordinaria de los Lacedemonios.

la han de pagar los Atenienses.» Por el contrario, si los Atenienses saliais algo mejor librados y los Lacedemonios venian á tratar de la paz, la contestacion ya se sabía que habia de ser: «Por Minerva (1), no nos la pegais; por Júpiter, no hay que darles crédito; ellos volverán miéntras tengamos á Pílos (2).»

TRIGEO.

Cierto, ese es nuestro lenguaje.

MERCURIO.

Por lo cual no sé si volvereis á ver á la Paz

TRIGEO.

¿Pues á dónde se ha ido?

MERCURIO.

La Guerra la hundió en una profunda caverna.

TRIGEO.

¿En cuál?

MERCURIO.

Ahí, en ese abismo; ¿no ves cuántos peñascos ha amontonado encima para que nunca podais recobrarla?

TRIGEO.

Y dime, ¿qué calamidad nos prepara?

MERCURIO.

Lo ignoro; sólo sé que ayer á la tarde trajo un mortero de prodigioso tamaño.

TRIGEO.

¿Qué hará con ese mortero?

(1) Exclamacion favorita de los Atenienses.
(2) Véase *Los Caballeros*.

MERCURIO.

Piensa machacar en él las ciudades. Pero me marcho; si no me engaño, va á salir; ¡cómo alborota ahí dentro!

TRIGEO.

¡Ah, pobre de mí! ¡huyamos! yo tambien oigo el estruendo del mortero bélico.

LA GUERRA *(trayendo un enorme mortero).*

¡Guay mortales, mortales, desdichados mortales! ¡Temblad por vuestras mandíbulas!

TRIGEO.

¡Oh poderoso Apolo, qué inmenso mortero! ¡Qué daño hace la sola vista de la Guerra! ¡Ese, ese es el monstruo sanguinario y cruel del cual huimos! ¡Oh, cómo se apoya sobre sus piernas! (1)

LA GUERRA.

¡Oh Prasies, Prasies (2), y una, y cien, y mil veces desgraciada, hoy feneces para siempre!

TRIGEO.

Hasta ahora, ciudadanos, nada va con vosotros; ese golpe cae sobre Lacedemonia.

---

(1) Esta parece la version más verosímil de las palabras ὁ κατὰ τοῖν σκελοῖν que han dado lugar á muchas conjeturas.

(2) Ciudad de Laconia destruida por los Atenienses el año segundo de la guerra del Peloponeso. (Tucíd., II, 56). Habia tambien otra poblacion del mismo nombre en el Ática. La Guerra, fingiendo arrojarla al mortero, echaba un *puerro*, en griego πράσον, por el parecido de este nombre con el de *Prasies*.

LA GUERRA.

¡Ah Megara, Megara, cómo te voy á majar! Toda vas á ser reducida á menudo picadillo.

TRIGEO.

¡Oh, oh! ¡Cuántas y cuán amargas lágrimas para los Megarenses! (1).

LA GUERRA.

¡Ah Sicilia, tambien tú pereces!

TRIGEO.

¡Míseras ciudades, vais á ser ralladas como queso!

LA GUERRA.

Ea, mezclemos un poco de miel del Ática (2).

TRIGEO.

¡Eh! no, te aconsejo que emplees otra; esa cuesta á cuatro óbolos; economiza la miel del Ática.

LA GUERRA.

¡Hola! ¡eh, Tumulto!

EL TUMULTO.

¿Qué me quieres?

LA GUERRA.

¡Mucho ojo! ¿Te estás mano sobre mano, eh? pues toma esta puñada.

TRIGEO.

¡Soberbio golpe!

---

(1) La Guerra echa en el mortero ajos y queso, como emblema de Megara y Sicilia respectivamente.

(2) En representacion de Aténas. La miel del Ática era muy celebrada.

EL TUMULTO.

¡Ay! señora.

TRIGEO.

¿Qué? ¿Se habia untado el puño con ajos? (1)

LA GUERRA.

Traéme volando una mano de mortero.

EL TUMULTO.

Pero, dueña mia, si no tenemos ninguna: como sólo estamos aquí desde ayer...

LA GUERRA.

Véte á buscar una en Aténas; pero ¡vivo, vivo!

EL TUMULTO.

Ya corro. ¡Pobre de mí, si no la traigo!

TRIGEO.

Ea, ¿qué haremos, míseros mortales? Ya veis qué espantoso peligro nos amenaza. Si vuelve con la mano de mortero, ésta va á entretenerse en triturar á su gusto las ciudades. ¡Oh Baco, que muera ántes de traerla!

LA GUERRA (2).

¿Qué?

EL TUMULTO.

¿Cómo?

LA GUERRA.

¿No la traes?

EL TUMULTO.

¡Qué he de traer! Los Atenienses han perdido la

---

(1) Para hacer más doloroso el puñetazo.
(2) Al Tumulto que regresa.

mano de su mortero, aquel curtidor que revolvia toda la Grecia (1).

TRIGEO.

¡Oh, dicha! ¡veneranda Minerva! ¡con qué oportunidad ha muerto para la República! Antes de servirnos su guisado.

LA GUERRA.

Corre, pues, á buscar otra en Lacedemonia, y concluyamos de una vez.

EL TUMULTO.

Allá voy, señora.

LA GUERRA.

¡Te recomiendo la vuelta!

TRIGEO.

¿Qué va á ser de vosotros, ciudadanos? Llegó el momento crítico. Si por casualidad alguno de vosotros está iniciado en los misterios de Samotracia (2), ahora es ocasion de desear un buen retortijon de piés al portador de la mano.

EL TUMULTO *(de vuelta)*.

¡Ay qué desgraciado soy! ¡ay, y mil veces ay!

LA GUERRA.

¿Qué es eso? ¿Tampoco traes nada ahora?

---

(1) Cleon, muerto en la batalla de Anfípolis. (V. la *Noticia preliminar.)*

(2) Los que querian evitar algun mal se iniciaban en los misterios de Samotracia, isla del Egeo, famosa por el culto de Hécate y los dioses Cabiros. La iniciacion se consideraba como un seguro preservativo, y como medio de conseguir cuanto se deseaba.

EL TUMULTO.

Tambien los Lacedemonios han perdido la mano de su mortero.

LA GUERRA.

¿Y cómo, gran canalla?

EL TUMULTO.

Se la habian prestado á otros en Tracia, y la han perdido (1).

TRIGEO.

¡Bien, muy bien va, oh Dioscuros! perfectamente bien; cobrad ánimo, mortales.

LA GUERRA.

Coge esos vasos y vuélvelos á llevar; yo entro tambien para hacer una mano de mortero.

TRIGEO.

Llegó el momento de repetir lo que cantaba Dátis (2), arrascándose sin pudor (3) en medio del dia: «¡Qué gusto! ¡qué placer! ¡qué delicia!» Ahora, oh Griegos, llegó la ocasion oportuna de olvidar querellas y combates, y de libertar á la Paz á quien todos amamos, ántes de que nos lo impida alguna nueva mano de mortero (4). Labradores, mercade-

(1) Brásidas, muerto en la misma batalla que Cleon.
(2) General persa en tiempo de Darío.
(3) Δεφόμενος.
(4) Alusion, segun se cree, á Alcibiades, que en el mismo año (Tucíd., v. 52) excitó á los habitantes de Pátras á extender sus fortificaciones hasta el mar, é iba preparando los ánimos á una nueva guerra, con objeto de desarrollar sus planes ambiciosos.

res, fabricantes, obreros, metecos, extranjeros, insulares, hombres de todos los países, acudid pronto, armaos de azadones, palancas y maromas. Por fin podremos beber la copa del Buen Genio (1).

CORO.

Acudamos todos á trabajar por la comun salvacion. Pueblos de la Grecia, libres de guerras sangrientas y combates, prestémonos hoy, como nunca, mutuo socorro. Este dia amaneció en mal hora para Lámaco (2). *(A Trigeo.)* Vamos, di lo que hay que hacer; dispon, ordena, manda. Estamos decididos á trabajar sin descanso, con máquinas y palancas, hasta volver á la luz á la más grande de las diosas, á la protectora más solícita de nuestras vidas.

TRIGEO.

¡Silencio! ¡silencio! No vayan á despertar á la Guerra los gritos que os arranca la alegría.

CORO.

Nos ha regocijado ese edicto mandando libertar á la Paz. ¡Cuán distintos de esos otros que nos han ordenado tantas veces acudir con víveres para tres dias!

TRIGEO.

Cuidado con aquel cerbero (3), que está ahora en

---

(1) Que se acostumbraba á beber á fin de las comidas.
(2) General partidario de la guerra (V. *Los Acarnienses*.
(3) Cleon.

los infiernos; sus ladridos y aullos podrian, como en vida, impedirnos libertar á la diosa.

CORO.

No hay nadie capaz de arrebatármela, como llegue á estrecharla entre mis brazos. ¡Ay! ¡ay! ¡qué gozo!

TRIGEO.

Por piedad, silencio, amigos mios, si no deseais mi perdicion. Como la Guerra llegue á observar algo, saldrá y echará por tierra de un golpe todos nuestros planes.

CORO.

Aunque lo revuelva, pisotee y arruine todo, hoy no puedo contener la alegría.

TRIGEO.

¿Pero estais locos? ¿Qué os sucede, ciudadanos? Por todos los dioses os lo pido, no echeis á perder con vuestros saltos la más hermosa empresa.

CORO.

Si yo no quiero bailar; mi alegría es tanta, que, sin quererlo yo, mis piernas saltan de gozo.

TRIGEO.

No más; terminad, terminad el baile.

CORO.

Ea, ya está terminado.

TRIGEO.

Lo dices, pero no lo haces.

CORO.

Vamos, permíteme hacer esta figura, y nada más.

TRIGEO.

Bueno, esa sola; pero cese en seguida la danza.

CORO.

Si te podemos servir en algo, no danzaremos.

TRIGEO.

¡Pero, malditos, si no acabais!

CORO.

Déjame lanzar al aire la pierna derecha, y te juro concluir.

TRIGEO.

Os lo permito para que no me importuneis más.

CORO.

Pero justo es que la pierna izquierda haga lo mismo. Hoy no quepo en mí de júbilo; rio y alboroto; para mí el dejar el escudo es tan grato como despojarme de la vejez (1).

TRIGEO.

No os alegreis todavía; áun no es segura vuestra felicidad. Cuando la hayamos libertado, alegraos entónces, reid y gritad. Porque entónces sí que podreis á vuestro antojo navegar ó permanecer en casa, entregaros al sueño ó al amor, asistir á las fiestas ó á los banquetes, jugar al cótabo (2), vivir como verdaderos Sibaritas y exclamas: ¡Iu! ¡Iu!

---

(1) En el texto hay un juego de palabras intraducible, porque γῆρας significa *vejez* y la *piel* ó *camisa* de las serpientes, y ἀσπίς *escudo* y *áspid*.

(2) Diversion de los asistentes á un festin, que consistia en arrojar á un recipiente los restos del vino de sus copas; del ruido que el líquido producia al caer, deducia cada jugador el cariño que su amante le profesaba. Habia dos especies de cótabo. Hé aquí cómo los describe el Escoliasta: Primero, elavábase en tierra un palo, á cuya extremidad superior se adaptaba por medio de una correa una barra

CORO.

¡Ojalá llegue á ver ese dia! Muchos trabajos he sufrido, y muchas veces, como Formion (1), he dormido sobre la dura tierra. Ya no seré para ti, como ántes, un juez intratable y severo de duro y áspero carácter, sino mucho más afable é indulgente, en cuanto me vea libre de las molestias de la guerra. Sobrado tiempo há que nos destrozan y matan haciéndonos ir y venir al Liceo (2) con lanza y escudo. Pero di en qué podemos complacerte, pues una suerte feliz ha hecho que seas nuestro jefe.

TRIGEO.

Procuremos separar estas piedras.

---

movible que sostenia dos platillos, colgados de sus brazos como de los de una balanza, y debajo de estos platillos se ponian dos vasijas con agua: cada jugador lanzaba una copa de vino sobre un platillo, que al llenarse descendia y chocaba con la cabeza de una estatuita de bronce puesta en la vasija con agua de que se ha hablado: cuando este choque se verificaba sin ningun derramamiento del líquido, el jugador era proclamado vencedor, y se le auguraba buena suerte en las lides de Cupido. Segundo, colocábase una vasija con agua, sobre la cual flotaban otras más pequeñas: el juego consistia en sumergir una de éstas, arrojando bruscamente el vino que quedaba en el fondo de las copas.

(1) Ilustre general ateniense (V. la nota al verso 562 de *Los Caballeros*).

(2) Gimnasio de Aténas donde se ejercitaban los soldados y se ponian á prueba ántes de una expedicion militar los hombres capaces de resistir sus fatigas.

MERCURIO.

Bribon temerario, ¿qué pretendes hacer?

TRIGEO.

«Nada malo,» como Cilicon (1).

MERCURIO.

¡Te has perdido, desdichado!

TRIGEO.

Si llega á haber sorteo (2) no lo dudo, pues habiendo de dirigirlo tú, ya sé lo que resultará.

MERCURIO.

¡Te has perdido! ¡vas á morir!

TRIGEO.

¿En qué dia?

MERCURIO.

Ahora mismo.

TRIGEO.

Aun no he comprado nada, ni harina, ni queso, para marchar á morir (3).

MERCURIO.

Date por molido.

---

(1) Respuesta que se habia hecho proverbial. Cilicon de Mileto entregó sus patria á los habitantes de Priene, respondiendo á los que le preguntaban qué intentaba hacer: *Nada malo*. Despues de su traicion se refugió en Sámos, donde uno de sus compatriotas, de oficio carnicero, le cortó una mano para castigar su perfidia.

(2) Alusion á una costumbre judicial. Cuando habia varios criminales condenados á la pena capital se ejecutaba uno cada dia, sorteándolos al efecto.

(3) Se refiere á las municiones de boca que tenian que adquirir los soldados al partir á una expedicion.

TRIGEO.

¡Imposible! ¿No habia de haber advertido tanta felicidad? (1)

MERCURIO.

¿Ignoras que Júpiter ha amenazado con la muerte á todo el que sea sorprendido desenterrando á esa infeliz?

TRIGEO.

¿Es por consiguiente de absoluta necesidad que yo muera?

MERCURIO.

Sí por cierto.

TRIGEO.

Pues préstame tres dracmas para comprar un lechoncillo: debo iniciarme ántes de morir (2).

MERCURIO.

¡Oh Júpiter tonante!...

TRIGEO.

¡Oh Mercurio! por todos los dioses te lo pido: no nos delates.

MERCURIO.

No puedo callarme.

TRIGEO.

¡Te lo ruego por las viandas que te he traido con tan buena voluntad!

---

(1) Trigeo toma las palabras de Mercurio en su acepcion obscena.

(2) Al tener lugar la iniciacion se ofrecia un cerdo en sacrificio. Los iniciados gozaban despues de su muerte de una suerte más feliz. (V. *Las Ranas*, 454.)

MERCURIO.

Pero, desdichado, Júpiter me aniquilará si no te delato á gritos (1).

TRIGEO.

¡Oh, por piedad, Mercurio mio! ¡Qué haceis vosotros? ¿Estais atónitos? Hablad, desdichados. ¿No veis que va á denunciarme?

CORO.

¡No, poderoso Mercurio, no, no, no lo harás! si algun recuerdo conservas del placer con que comiste el lechoncillo que te ofrecí, ten en cuenta mi grata oblacion.

TRIGEO.

Deidad poderosa, ¿no escuchas sus palabras lisonjeras?

CORO.

¡Oh, no cambies en ira tu bondad, tú el más humano y generoso de los dioses! Si detestas el ceño y los penachos de Pisandro (2), acoge propicio nuestras súplicas y déjanos libertar á la Paz. Así te inmolaremos sin cesar sagradas víctimas y honraremos tus altares con sacrificios espléndidos.

TRIGEO.

Vamos, cede á sus ruegos, pues ahora observan tu culto más fielmente que nunca.

---

(1) Parodia.

(2) Ironía. Pisandro era sumamente cobarde; Eupólis dice de él: «Que hizo la expedicion de Paetolo, pero que su falta de valor le mantuvo siempre en la retaguardia.» Contribuyó el año 20 de la guerra del Peloponeso á derribar la democracia. Cuando cayó el gobierno de los Cuatrocientos se refugió en Decelia.

MERCURIO.

Como que nunca han sido más ladrones (1).

TRIGEO.

En cambio, te revelaré una vasta y terrible conspiracion que se fragua contra todos los dioses.

MERCURIO.

Vamos, habla, quizá me hagas ceder.

TRIGEO.

La Luna y ese canalla de Sol os tienden lazos hace tiempo y entregan la Grecia á los bárbaros.

MERCURIO.

¿Por qué hacen eso?

TRIGEO.

Porque nosotros os ofrecemos sacrificios, y á ellos se los ofrecen los bárbaros (2). Así es que es muy natural que deseen vuestra desaparicion, para recibir ellos solos todas las oblaciones.

MERCURIO.

¡Ah! ahora comprendo por qué de algun tiempo acá, el uno nos roba parte dia, y la otra nos presenta su disco carcomido (3).

TRIGEO.

Es la verdad. Por tanto, querido Mercurio, ayú-

---

(1) Mercurio era el protector de los ladrones, y ladron él mismo. (Véase el *Himno á Mercurio*, atribuido á Homero.) Horacio dice en su elogio (lib. I, od. X):

Callidum, quidquid placuit, jocoso
condere furto.

(2) Los Persas respetaron por este motivo á Délos y Efeso, célebres por el culto de Apolo y Diana.

(3) Alusion á varios eclipses de sol y luna ocurridos durante la guerra del Peloponeso.

danos con todas tus fuerzas á desenterrar la Paz. En adelante las grandes Panateneas, y todas las demas fiestas religiosas, las Diipolias, las Adonias, los Misterios, se celebrarán en tu honor; todas las ciudades, libertadas de sus males, sacrificarán á Mercurio preservador; y otros mil bienes lloverán sobre tí. Como una muestra, principio por regalarte este precioso vaso, para que hagas libaciones.

MERCURIO.

¡Ah! los vasos de oro me enternecen. Manos á la obra, mortales: entrad y removed las piedras con azadones.

CORO.

Dispuestos estamos. Tú, el más ingenioso de los dioses, dirige nuestros trabajos como hábil arquitecto, y manda cuanto gustes; ya verás que no somos flojos para el trabajo.

TRIGEO.

Venga pronto la copa: inauguremos nuestro trabajo con una invocacion á los dioses. La libacion principia; guardad, guardad un silencio religioso. Roguemos á los dioses que en este dia empiece para todos los Griegos una era feliz: pidámosles que jamás tengan que embrazar el escudo cuantos de buen grado secunden nuestra empresa.

CORO.

Sí, por Júpiter; y que pase en paz la vida, en brazos de mi amada, revolviendo los carbones (1).

---

(1) La palabra *carbones* tiene un sentido obsceno, significando τὸ γυναικεῖον αἰδοῖον.

TRIGEO.

¡Que todo el que prefiera la guerra, nunca acabe, oh divino Baco, de extraer de sus codos las puntas de las flechas!

CORO.

Si algun aficionado á mandar batallones se niega, oh Paz, á devolverte la luz, ¡sucédale en los combates lo que á Cleónimo! (1)

TRIGEO.

Si algun fabricante de lanzas ó revendedor de escudos desea la guerra para vender mejor sus mercancías, ¡que le secuestren unos bandidos y no coma más que cebada!

CORO.

Si alguno, ambicionando ser general, se niega á ayudarnos, ó algun esclavo se dispone á pasarse al enemigo, sea atado á la rueda y muerto á palos; para nosotros todos los bienes; ¡Io! ¡Pean! ¡Io! (2)

TRIGEO.

Suprime el Pean, y dí solamente: ¡Io!

CORO.

¡Io! ¡Io! ya no digo más que ¡Io!

TRIGEO.

A Mercurio, á las Gracias, á las Horas, á Vénus, á Cupido.

CORO.

¿Y á Marte?

---

(1) Que arrojó el escudo.

(2) Himno á Apolo. Era tambien un canto guerrero, lo cual motiva la respuesta de Trigeo.

TRIGEO.

No.

CORO.

¿Y á Belona? (1)

TRIGEO.

No.

CORO.

Tirad todos: arranquemos las piedras con los cables.

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

CORO.

¡Venga más, más!

MERCURIO.

¡Venga! ¡venga!

TRIGEO.

Pero no todos arrastran igualmente. ¡Tirad todos á una! ¡Eh! vosotros fingís que trabajais. ¡Ah Beocios, Beocios! lo habeis de sentir (2).

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

---

(1) Lit.: á Enialio, sobrenombre de Marte en Homero, pero aquí debe de ser una deidad diferente, aunque tambien guerrera, por lo cual hemos traducido *Belona*.

(2) Da á entender que no querian la Paz.

CORO.

Ea, tirad tambien vosotros.

TRIGEO.

Pues qué, ¿no tiro yo? ¿No estoy colgado de la cuerda y haciendo los mayores esfuerzos?

CORO.

¿Entónces por qué no adelanta la obra?

TRIGEO.

¡Ah Lámaco! nos estorbas estándote ahí sentado. ¿Qué necesidad tenemos de tu Gorgona? (1)

MERCURIO.

Tampoco tiran esos Argivos; es verdad que hace mucho tiempo que se rien de nuestras desgracias; especialmente desde que obtienen subsidios de ambos bandos (2).

TRIGEO.

Pero los Lacedemonios, amigo mio, tiran con todas sus fuerzas.

CORO.

Mirad, los únicos que trabajan son los que manejan el azadon, y los armeros se lo estorban.

MERCURIO.

Tampoco los Megarenses hacen nada de provecho; sin embargo tiran abriendo enormemente la boca, como los perros cuando roen un hueso; pero los pobres están desmayados de hambre (3).

---

(1) Vid. *Los Acarnienses.*

(2) Los de Argos fueron unas veces aliados de Esparta y otras de Aténas durante la guerra del Peloponeso.

(3) Ya vimos en *Los Acarnienses* el extremo á que habia llegado en Megara la miseria pública.

TRIGEO.

Amigos, nada adelantamos; reunamos nuestros esfuerzos, y tiremos á una.

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Venga más!

MERCURIO.

¡Venga!

TRIGEO.

¡Más, por vida de Júpiter!

MERCURIO.

Poco adelantamos.

TRIGEO.

¿Habrá infamia como esta? Unos tiran á un lado, y los otros al contrario. ¡Argivos, Argivos! ¡que va á haber palos!

MERCURIO.

¡Venga, pues!

TRIGEO.

¡Venga!

CORO.

¡Qué canallas son algunos!

TRIGEO.

Vosotros, que deseais ardientemente la Paz, tirad con fuerza.

CORO.

Hay algunos que nos lo impiden.

MERCURIO.

¿No os ireis al infierno, Megarenses? La diosa os detesta, recordando que fuisteis los primeros en

untarla con ajos (1). Vosotros, Atenienses, no tireis ya de ese lado; está visto que sólo podeis ocuparos de procesos. Pero si quereis libertar á la Paz, retiraos hácia el mar un poco (2).

CORO.

Ea, amigos labradores, demos fin á este trabajo.

MERCURIO.

La cosa va mucho mejor, ciudadanos.

CORO.

Dice que la cosa marcha; ea, redoblemos todos nuestros esfuerzos.

TRIGEO.

Sólo los labradores, y nadie más, hacen adelantar la obra.

CORO.

¡Firme, pues! ¡Firme todo el mundo! ¡Ya nos acercamos! No hay que ceder. ¡Animo! ¡Animo! Ya está concluido. Ahora, ¡venga! ¡venga! ¡venga! ¡venga! ¡venga, todos á una!

(La Paz sale de la caverna acompañada de Opora y Teoría.)

TRIGEO.

¡Oh Diosa venerable que nos prodigas las uvas,

---

(1) Ya hemos visto que el ajo era la produccion más abundante en Megara, y que se le atribuia la virtud de enardecer los ánimos y atizar los instintos belicosos.

(2) Aristófanes da á los Atenienses el mismo consejo que Temístócles. (Vid. Plutarco, *Vida de Temístocles.)*

¿qué oracion te dirigiré? ¿Dónde podré hallar para saludarte palabras equivalentes á diez mil ánforas? (1) No tengo ninguna en casa. Salud, Opora, y tú tambien, Teoría (2). ¡Qué hechicero es tu rostro, Teoría! ¡Qué perfume se exhala de tu seno! Es dulce y delicado como la exencion de la milicia, ó el más precioso aroma.

MERCURIO.

¿No es un olor semejante al de la mochila militar?

CORO.

¡Oh enemigo detestable, tu morral asqueroso me da náuseas! Apesta á cebollas; miéntras que al lado de esta amable Diosa todo se vuelven sazonados frutos; convites, Dionisiacas, flautas, poetas, cómicos, cantos de Sófocles, tordos, versitos de Eurípides...

TRIGEO.

¡Desdichado! no la calumnies. ¿Cómo ha de amar á ese fabricante de sutilezas y sofismas?

---

(1) Es decir, que expresen la abundancia de vinos que con la paz se van á recoger.

(2) Compañeras de la Paz. *Opora* es el otoño ó la abundancia, que principiaba para los Atenienses hácia la mitad de nuestro mes de Julio, es decir, cuando maduran mieses y frutas. *Teoría* era el nombre de las comisiones ó embajadas que tenian por objeto reglamentar las fiestas religiosas y los espectáculos y diversiones. De modo que ambas compañeras de la Paz se presentan, la primera para indemnizar de sus pérdidas á los campesinos, y la segunda para alegrar á los ciudadanos. Es de advertir que los dos nombres recuerdan los de unas cortesanas, célebres en Aténas, por lo cual sin duda aparecian en escena con el traje de tales.

CORO.

...hiedras, coladores de vino, baladoras ovejas, mujeres campesinas de bella garganta, la esclava ebria, el ánfora derribada y otras mil cosas buenas.

MERCURIO.

Mira, mira cómo hablan unas con otras las ciudades y se rien de todo corazon; sin embargo, todas tienen terribles heridas y enormes ampollas.

TRIGEO.

Mira tambien á los espectadores; por el semblante de cada cual conocerás su oficio.

MERCURIO.

¡Ah! ¿no ves á ese fabricante de penachos cómo se arranca los cabellos? Aquél que hace azadones se rie en las barbas de un fabricante de espadas (1).

TRIGEO.

¿Ves tú cómo se regocija ese otro fabricante de hoces, y señala con el dedo á un fabricante de lanzas?

MERCURIO.

Ea, manda á los labradores que se retiren.

TRIGEO.

Pueblos, escuchad; vuelvan cuanto ántes á los campos los labradores con sus aperos, dejándose de lanzas, espadas y flechas: la antigua Paz reina ya en estos lugares. Vuelvan, pues, todos á las rústicas faenas, despues de entonar un jubiloso Pean.

CORO.

¡Oh dia deseado por los hombres de bien y los

(1) La frase griega es más gráfica: *oppedit.*

campesinos! ¡Con qué placer tornaré á ver mis viñas y á saludar, despues de tantos tiempos, las frondosas higueras plantadas en mi juventud!

TRIGEO.

Principiemos, amigos mios, por adorar á la diosa que nos ha libertado de Gorgonas y penachos, y corramos despues á nuestros campos, provistos de sabroso almuerzo.

MERCURIO.

¡Oh Neptuno, cómo alegra la vista ese batallon de labradores, apretados como la masa de una torta, ó los convidados en un banquete público!

TRIGEO.

¡Sí; mirad cómo brillan las palazadas! ¡cómo los zarcillos de tres dientes relucen al sol! ¡Qué derechos surcos va á trazar esa turba feliz! Yo tambien deseo marchar al campo y remover aquellas pocas tierras, tanto tiempo abandonadas. ¡Acordaos, amigos mios, de nuestra antigua vida, regocijada con los dones que la diosa entónces nos dispensaba! ¡Acordaos de aquellas cestas de higos secos y frescos; acordaos de los mirtos, del dulce mosto, de las violetas ocultas en las orillas de la fuente y de las aceitunas tan deseadas! Por tan inmensos beneficios adoremos á la Diosa.

CORO.

¡Salve, salve, deidad querida, tu vuelta llena de regocijo nuestras almas! Léjos de tí me abrumaba el dolor, me consumia el ardiente afan de volver á mis campos. Tú eres para todos el mayor de los bienes, la más anhelada dicha. Tú el único sosten

de los que viven cultivando la tierra. Bajo tu imperio, sin dispendios ni fatigas, disfrutábamos de mil dulces placeres; tú eras nuestro pan cotidiano, nuestra salud, nuestra vida. Por eso las vides y jóvenes higueras y todas nuestras plantas te acogen jubilosas, y sonrien á tu venida. *(A Mercurio.)* Pero tú, el más benévolo de los dioses, dínos dónde ha estado encerrada tanto tiempo.

MERCURIO.

Sabios labradores, escuchad mis palabras, si quereis saber cómo la habeis perdido. La desgracia de Fídias (1) fué la primera causa; en seguida Perícles, temeroso de la misma suerte, desconfiando de vuestro carácter irritable, creyó que el mejor modo de evitar el peligro personal era poner fuego á la República. Su decreto contra Megara fué la pequeña chispa que produjo la vasta conflagracion de una guerra, cuyo humo ha arrancado tantas lágrimas á todos los Griegos, á los de aquí y á los de otras comarcas. Al primer rumor de ese incendio, crujieron á su pesar nuestras cepas; la tinaja, brusca-

(1) El célebre escultor Fídias, amigo de Perícles, recibió el encargo de hacer la estatua de Minerva, y fué acusado de haber sustraido parte del oro que al efecto se le dió. Condenado al destierro, se retiró á Elis, donde hizo la estatua de Júpiter Olímpico. Perícles, temeroso de igual suerte, y cómplice tal vez del artista, hizo decretar la guerra contra Megara para distraer la atencion pública de tan peligroso asunto. Y esta fué, segun el Escoliasta, la causa de la guerra del Peloponeso, que no admiten algunos autores, fundados en que el destierro de Fídias fué muy anterior á este acontecimiento.

mente removida, chocó contra la tinaja; nadie podia ya contener el mal, y la Paz desapareció.

TRIGEO.

Hé ahí, por Apolo, cosas completamente ignoradas; yo á nadie habia oido que Fídias estuviese relacionado con la Diosa.

CORO.

Ni yo tampoco hasta ahora. Sin duda la Paz debe su hermosura á su alianza con él. ¡Cuántas cosas ignoramos!

MERCURIO.

Entónces, conociendo las ciudades sometidas á vuestro mando que, exasperados unos contra otros, estabais próximos á despedazaros, pusieron en práctica todos los medios para eximirse del pago de los tributos y ganaron á fuerza de oro á los Lacedemonios principales. Estos, como avaros que son y despreciadores de todo extranjero, muy pronto arrojaron ignominiosamente á la Paz, y se declararon por la Guerra. La fuente de sus ganancias lo fué de ruina para los pobres labradores; pues bien pronto vuestras triremes fueron, en represalias, á comerse sus higos.

TRIGEO.

Muy bien hecho. Tambien ellos me cortaron á mí una higuera negra que yo mismo habia plantado y dirigido.

CORO.

Sí, muy bien hecho, por Júpiter; á mí tambien me rompieron de una pedrada una medida con seis medimnas de trigo.

MERCURIO.

Los trabajadores del campo, reunidos despues en la ciudad (1), se dejaron comprar como los otros; echaban de ménos, es cierto, sus uvas y sus higos, pero en cambio oian á los oradores. Estos, conociendo la debilidad de los pobres, y la extremada miseria á que estaban reducidos, ahuyentaron á la Paz á fuerza de clamores, como si fueran horquillas, siempre que, arrastrada por su amor á este país, apareció entre nosotros: vejaban á los más poderosos y opulentos de nuestros aliados, acusándolos de ser partidarios de Brásidas. Y vosotros os arrojabais como perros sobre el infeliz calumniado y lo despedazabais rabiosamente; pues la república, pálida de hambre y temerosa, devoraba con feroz placer cuantas víctimas le presentaba la calumnia. Los extranjeros, viendo los terribles golpes que asestaban estos oradores, les tapaban la boca con oro, de suerte que los enriquecieron, miéntras la Grecia se arruinaba sin que lo advirtieseis. El autor de tantos males era un curtidor (2).

TRIGEO.

Cesa, cesa, Mercurio, de recordarme á ese hombre; déjale en paz en los infiernos, donde sin duda está: ya no es nuestro, sino tuyo (3); por consi-

(1) Al principiar la guerra los campesinos se refugiaron en la capital. (V. *Los Acarnienses*, noticia preliminar.)

(2) Cleon.

(3) Uno de los ministerios de Mercurio era llevar al infierno las almas de los difuntos.

guiente, cuanto digas de él, aunque en vida haya sido canalla, charlatan, delator, revoltoso y trastornador, recaerá sobre uno de tus súbditos. *(A la Paz.)* Pero ¿por qué callas, oh Diosa?

MERCURIO.

No conseguirás que revele á los espectadores la causa de su silencio; está muy irritada por lo que le han hecho sufrir.

TRIGEO.

Pues que te diga á tí siquiera algunas palabras.

MERCURIO.

Amiga querida, dime cuál es tu ánimo respecto á éstos. Habla, mujer la más enemiga de los escudos. Bien, ya escucho. *(Supone que le habla al oido.)* Esas son tus quejas; comprendo. *(A los espectadores.)* Oid vosotros sus acusaciones. Dice que cuando despues de los sucesos de Pílos (1) se presentó ella voluntariamente con una cesta llena de tratados, la rechazasteis tres veces en la asamblea popular.

TRIGEO.

Es verdad, faltamos en eso; pero perdónanos: nuestra inteligencia estaba entónces rodeada de cueros (2).

MERCURIO.

Escucha ahora la pregunta que acaba de hacerme. «¿Quién de vosotros era su mayor enemi-

(1) Véase *Los Caballeros.*
(2) Alusion á la influencia omnipotente de Cleon en aquella época.

go? ¿Quién trabajó más por la terminacion de la guerra?»

TRIGEO.

Su más fiel amigo era sin duda alguna Cleónimo.

MERCURIO.

¿Y qué tal era ese Cleónimo en punto á guerra?

TRIGEO.

Lo más intrépido, sólo que no es hijo de quien se decia, pues en cuanto va al ejército, prueba suficientemente, arrojando las armas, que es un hijo supuesto (1).

MERCURIO.

Escucha lo que acaba de preguntarme. ¿Quién manda ahora en la tribuna del Pnix?

TRIGEO.

Hipérbolo (2) es el dueño absoluto. *(A la Paz.)* ¡Ah! ¿qué haces? ¿por qué vuelves la cabeza?

MERCURIO.

Aparta el rostro indignada de que el pueblo haya aceptado tan perverso jefe.

TRIGEO.

¡Bueno! ya no lo emplearemos más; el pueblo, viéndose sin guía y en completa desnudez, se ha servido de ese hombre como de una copa encontrada por casualidad.

---

(1) Juego de palabras sin sentido en castellano, basado en la semejanza de ἀποβολιματος, *que pierde sus armas*, y ὑποβολιματος, *hijo supuesto*.

(2) Demagogo, heredero de la influencia de Cleon y objeto de los continuos ataques de Aristófanes. (V. *Los Acarnienses,* 846.) Eupólis y Platon el Cómico tambien le persiguieron con sus burlas é invectivas.

MERCURIO.

La Paz quiere saber las ventajas que eso traerá á la república.

TRIGEO.

Lo veremos todo más claro.

MERCURIO.

¿Por qué?

TRIGEO.

Porque es comerciante de lámparas (1). Antes dirigíamos todos los negocios á tientas en la oscuridad; ahora los resolveremos á la luz de una lámpara.

MERCURIO.

¡Oh! ¡oh! ¡lo que me manda preguntarte!

TRIGEO.

¿Sobre qué?

MERCURIO.

Sobre mil antiguallas, que dejó al partir. Lo primero que desea saber es qué hace Sófocles.

TRIGEO.

Lo pasa muy bien; pero le ha sucedido una cosa extraordinaria.

MERCURIO.

¿Cuál?

TRIGEO.

De Sófocles se ha convertido en Simónides (2).

MERCURIO.

¡En Simónides! ¿Cómo?

(1) Vid. *Las Nubes*, nota al v. 1.065.
(2) Simónides fué el primer poeta que se hizo pagar sus versos.

TRIGEO.

Achacoso y viejo, es capaz por ganarse un óbolo de navegar sobre un zarzo.

MERCURIO.

¿Y el sabio Cratino (1) vive todavía?

TRIGEO.

Murió cuando la invasion de los Lacedemonios (2).

MERCURIO.

¿Qué le sucedió?

TRIGEO.

¿Qué? Se desfalleció, no pudiendo resistir á la pena que le produjo el ver romperse una tinaja llena de vino. ¿Cuántas desgracias como esta crees que han afligido á esta ciudad? Así es que en adelante, señora, nada podrá apartarnos de tí.

MERCURIO.

En ese supuesto, te entrego á Opora por mujer; véte á vivir con ella en el campo, y producid ricas uvas (3).

TRIGEO.

Acércate, amada mia, y dáme un dulce beso. Dime, poderoso Mercurio: ¿me vendrá algun daño

(1) Poeta cómico.

(2) Cratino murió el año 423 ántes de nuestra era, y la última invasion lacedemonia tuvo lugar cuatro años ántes. Aristófanes se refiere á la comedia de Platon titulada **Λάκωνες**, *Los Lacedemonios*, en que se censuraba la aficion de Cratino á la bebida.

(3) *Opora* ya hemos visto que indica el otoño y sus frutas.

de holgarme con Opora despues de tan larga abstinencia?

MERCURIO.

No, como en seguida tomes una infusion de poleo (1). Pero ante todo acompaña á Teoría al Senado, su antigua morada.

TRIGEO.

¡Oh Senado, qué dichoso vas á ser albergando bajo tu techo á tan amable huésped! ¡Cuánta salsa sorberás en estos tres dias! (2) ¡Qué de carnes y entrañas cocidas no comerás! Adios, pues, mi querido Mercurio.

MERCURIO.

¡Adios, honrado Trigeo; que lo pases bien y que te acuerdes de mí!

TRIGEO.

¡Escarabajo mio, volemos, volemos á casa!

MERCURIO.

Si no está aquí, amigo mio.

TRIGEO.

¿Pues adónde se fué?

MERCURIO.

Está uncido al carro de Júpiter y es portador del rayo (3).

TRIGEO.

Pero ¿dónde hallará el infeliz sus alimentos?

---

(1) Yerba astringente y tónica propinada contra los cólicos producidos por comer mucha fruta.
(2) Duracion ordinaria de las fiestas.
(3) Verso del *Belerofonte* de Eurípides.

MERCURIO.

Comerá la ambrosía de Ganimédes (1).

TRIGEO.

Y yo, ¿cómo bajaré?

MERCURIO.

No tengas miedo, por aquí... junto á la Diosa.

TRIGEO.

Ea, lindas muchachas, seguidme pronto; son muchos los que os esperan enardecidos por el amor (2).

CORO.

Véte contento. Nosotros entre tanto encomendamos á nuestros servidores la custodia de estos objetos (3), pues no hay lugar ménos seguro que la escena: alrededor de ella andan siempre escondidos muchos ladrones, acechando la ocasion de atrapar algo. *(A los criados.)* Guardadnos bien todo eso, miéntras nosotros explicamos á los concurrentes el objeto de esta obra, y la intencion que nos anima. Mereceria ciertamente ser apaleado el poeta cómico que, dirigiéndose á los espectadores, se elogiase á sí propio en los anapestos (4). Pero si es justo, oh hija de Júpiter, el tributar todo linaje de

---

(1) Véase al principio de la comedia cuál era el alimento favorito del escarabajo.
(2) *Vos expectant cupidi, arrecto pene.*
(3) Los que les han servido para libertar á la Paz.
(4) Metro empleado en la parábasis, que el coro ha principiado á recitar.

honores al más sobresaliente y famoso en el arte de hacer comedias, nuestro autor se considera digno de los mayores elogios. En primer lugar, es el único que ha obligado á sus rivales á suprimir sus gastadas burlas sobre los harapos, y sus combates contra los piojos; además él ha puesto en ridículo y ha arrojado de la escena á aquellos Hércules (1), panaderos hambrientos, siempre fugitivos y bellacos, y siempre dejándose apalear de lo lindo; y ha prescindido, por último, de aquellos esclavos que era de rigor saliesen llorando, sólo para que un compañero, burlándose de sus lacérias, les preguntase riendo: «Hola, pobrecillo. ¿Qué le ha pasado á tu piel? ¿Acaso un puerco-espin ha lanzado sobre tu espalda un ejército de púas, llenándola de surcos?» Suprimiendo estos insultos é innobles bufonadas, ha creado para vosotros un gran arte, parecido á un palacio de altas torres, fabricado con hermosas palabras, profundos pensamientos, y chistes no vulgares. Jamás sacó á la escena particulares oscuros ni mujeres; ántes bien, con hercúleo esfuerzo arremetió contra los mayores monstruos, sin arredrarle el hedor de los cueros ni las amenazas de un cenagal removido. Yo fuí el primero que ataqué audazmente á aquella horrenda fiera de espantosos dientes, ojos terribles, flameantes como los de Cinna, rodeada de cien infames aduladores que le lamian là cabeza, de voz estruendosa como la

(1) El Escoliasta cree que Aristófanes alude á Eupólis y Cratino, poetas cómicos rivales suyos.

de destructor remolino, de olor á foca, y de partes secretas que, por lo inmundas, recuerdan las de las lámias y camellos (1). La vista de semejante monstruo no me atemorizó; al contrario, salí á su encuentro y peleé por vosotros y por las islas. Motivo es este para que premieis mis servicios y no os olvideis de mí. Además, en la embriaguez del triunfo, no he recorrido las palestras seduciendo á los jóvenes (2); sino que, recogiendo mis enseres, me retiraba al punto, despues de haber molestado á pocos, deleitado á los más, y cumplido en todo con mi deber. Por tanto, hombres y niños han de declararse á mi favor; y hasta los calvos deben por propio interes contribuir á mi victoria; pues si salgo vencedor, todos dirán en la mesa y en los festines: «Llévale al calvo; dále esta confitura al calvo; no negueis nada á ese nobilísimo poeta, ni á su brillante frente (3).

SEMICORO.

Oh Musa, ahuyenta la guerra y ven conmigo á presidir las danzas, á celebrar las bodas de los dioses, los festines de los hombres y los banquetes de los bienaventurados. Estos son tus placeres. Si Carcino (4) viene, y te suplica que bailes con sus

---

(1) Véase la nota á la *Parábasis* de *Las Avispas*, donde se encuentra repetido este pasaje relativo á Cleon.

(2) Invectiva contra Eupólis, repeticion de la que le dirigió en *Las Avispas*, 1.206.

(3) Aristófanes era calvo.

(4) Véase la nota sobre Carcino y sus hijos al fin de *Las Avispas*.

hijos, no le atiendas ni le ayudes en nada; considera que son unos bailarines de delgado cuello á modo de codornices domésticas, enanos chiquititos, como excrementos de cabra; en fin, poetas de tramoya (1). Su padre dice que la única de sus piezas que, contra toda esperanza, tuvo éxito, fué estrangulada á la noche por una comadreja (2).

SEMICORO.

Tales son los himnos que las Gracias de hermosa cabellera inspiran al docto poeta cuando la primaveral golondrina gorjea entre el follaje; y Morsino y Melantio (3) no pueden obtener un coro: este me desgarró los oidos con su desentonada voz, cuando consiguieron su coro trágico, él y su hermano, dos glotones como las Arpías y Gorgonas, devoradores de rayas, amantes de las viejas, impuros, que apestan á chivo, y son el azote de los peces. ¡Oh Musa! envuélvelos en un inmenso gargajo, y ven á celebrar la fiesta conmigo.

TRIGEO.

¡Qué empresa tan difícil era la de llegar hasta los dioses! Tengo como magulladas las piernas. ¡Qué pequeñitos me pareciais desde allá arriba;

(1) Jenócles, uno de los hijos de Carcino, que compuso tragedias, abusaba en estas de la maquinaria, fiando en recursos extraños al arte el éxito de sus dramas.

(2) Se cree que Aristófanes alude á alguna pieza de Jenócles titulada el raton, que tuvo mal éxito.

(3) Sobre Morsino y Melantio, véase la nota correspondiente al verso 401 de *Los Caballeros*.

cierto que mirados desde el cielo pareceis bastante malos, pero desde aquí mucho peores!

UN ESCLAVO.

¿Estás aquí, señor?

TRIGEO.

Eso he oido decir.

EL ESCLAVO.

¿Cómo te ha ido?

TRIGEO.

Me duelen las piernas: ¡el camino es tan largo!

EL ESCLAVO.

Vamos, dime...

TRIGEO.

¿Qué?

EL ESCLAVO.

¿Has visto algun otro hombre vagando en la region del cielo?

TRIGEO.

No: sólo he visto dos ó tres almas de poetas ditirámbicos (1).

EL ESCLAVO.

¿Qué hacian?

TRIGEO.

Trataban de coger al vuelo preludios líricos, perdidos en el aire.

EL ESCLAVO.

¿Has averiguado si es verdad, como se dice, que

(1) Aristófanes censura á menudo la ampulosidad é hinchazon de estilo de los autores de ditirambos. En *Las Aves*, 1.372, 1.409, vuelve á ridiculizarlos en la persona de Cinésias.

despues de muertos nos convertimos en estrellas?

TRIGEO.

Sí por cierto.

EL ESCLAVO.

¿Qué astro es aquel que se distingue allí?

TRIGEO.

Ion de Quios (1), el autor de una oda que principiaba: «Oriente.» En cuanto pareció en el cielo todos le llamaron: «Astro Oriental.»

EL ESCLAVO.

¿Quiénes son esas estrellas que corren dejando un rastro de luz?

TRIGEO.

Son estrellas de los ricos que vuelven de cenar llevando una linterna y en ella una luz. Pero concluyamos: llévate cuanto ántes á casa á esta jóven (2); limpia la bañera; calienta el agua, y prepara para ella y para mí el lecho nupcial. En cuanto concluyas, vuelve aquí. Miéntras tanto, devolveré esta otra (3) al Senado.

EL ESCLAVO.

¿De dónde traes estas mujeres?

---

(1) Ion de Quios, poeta ditirámbico, autor de una oda en que se elogiaba la belleza del lucero matutino: compuso tambien comedias, epigramas y otras poesías, y ganó el premio en un certámen trágico. En agradecimiento, regaló á sus jueces, los Atenienses, una gran cantidad del exquisito vino de su patria. Su nombre sirve de título á uno de los diálogos de Platon. Aristófanes le crítica en *Las Ranas*.

(2) Opora.

(3) Teoría.

TRIGEO.

¿De dónde? del cielo.

EL ESCLAVO.

Pues no doy un óbolo por los dioses, si se dedican á rufianes como los hombres.

TRIGEO.

No lo son todos; pero hay algunos que viven de ese oficio.

EL ESCLAVO.

Vamos, pues. ¡Ah! dime, ¿le daré algo de comer?

TRIGEO.

Nada, no querrá comer ni pan ni pasteles, pues está acostumbrada á beber la ambrosía con los dioses.

EL ESCLAVO.

Habrá, pues, que prepararle algo de beber (1).

(*Vase.*)

CORO.

Ese anciano, al parecer, es sumamente feliz.

TRIGEO.

¿Qué direis cuando me veais adornado para la boda?

CORO.

Rejuvenecido por el amor, perfumado con exquisitas exencias, tu felicidad es envidiable, anciano.

---

(1) Hay en el original un equívoco indecentísimo.

TRIGEO.

Es verdad. ¿Y cuando, acostado con ella, bese su seno!

CORO.

Serás más feliz que esos trompos, hijos de Carcino.

TRIGEO.

¿No merecia esta recompensa el haber salvado á los Griegos, montado en mi escarabajo? Gracias á mí, todos pueden vivir en el campo y gozar tranquilamente del amor y del sueño.

EL ESCLAVO *(de vuelta).*

La jóven se ha lavado, y todo su cuerpo está resplandeciente de hermosura; la torta está cocida, amasado el sésamo (1) y preparado todo lo demas; sólo falta el esposo (2).

TRIGEO.

Ea, apresurémonos á llevar á Teoría al Senado.

EL ESCLAVO.

¿Qué dices? ¿es esa Teoría aquella muchacha con

---

(1) Planta de la familia de los Bignoniaceas, que, sin duda por su abundancia de semillas, era tenida en Grecia como emblema nupcial. A los recien casados se les coronaba de hojas de sésamo y se les ofrecia un panecillo hecho con su harina. Todavía en los tiempos presentes se le amasa en Levante con almidon y miel, formando unas tortas que se venden en Esmirna.

(2) *Sed pene opus est.*

la cual fuimos una vez á Brauron (1) á beber y á refocilarnos?

TRIGEO.

La misma; no me ha costado poco el cogerla (2).

EL ESCLAVO.

¡Oh señor, qué placeres nos proporciona cada cinco años!

TRIGEO.

¡Ea! ¿quién de vosotros es de fiar? ¿Quién de vosotros se encarga de guardar esta jóven y de llevarla al Senado? ¡Eh, tú! ¿Qué dibujas ahí?

EL ESCLAVO.

El plano de la tienda que quiero levantar en el Istmo (3).

---

(1) Demo del Atica. Celebrábanse en él cada cinco años fiestas en honor de Diana. La causa de la institucion de las Brauronias fué la siguiente, segun una tradicion referida por el Escoliasta: «Ifigenia, hija de Agamenon, iba á ser sacrificada en Brauron y no en Aulide, segun la opinion más admitida, cuando Diana la sustituyó por una osa. En recuerdo de esta intervencion se instituyeron las fiestas aludidas. Segun otros, fué para apaciguar á la diosa, irritada por la muerte de una osa, adscripta, digámoslo así, á su templo, y favorita suya. En conmemoracion de uno ú otro suceso, ninguna jóven ateniense podia casarse sin haber sido consagrada á Diana de Brauron.

(2) En el original hay una porcion de equívocos basados en la doble acepcion en que se toma á Teoría, significando unas veces una mujer y siendo otras una denominacion comun á todas las fiestas.

(3) Los que asistian á los Juegos olímpicos ó ístmicos llevaban tiendas para acampar al aire libre, pues la mucha concurrencia impedia hallar habitaciones. Hay una alusion obscena, que hacía patente un gesto del actor: *isthmum, nempe pudendum muliebre puellæ quam subagitare cupit*

TRIGEO.

Vamos, ¿ninguno quiere encargarse de guardarla? *(A Teoría).* Ven acá; te colocaré en medio de ellos.

EL ESCLAVO.

Ese hace señas.

TRIGEO.

¿Quién?

EL ESCLAVO.

¿Quién? Arifrádes (1) te suplica que se la lleves.

TRIGEO.

No por cierto: pronto la dejaria extenuada (2). Vamos, Teoría, deja ahí todo eso (3).

Senadores y Pritáneos, contemplad á Teoría: ved los infinitos bienes que con ella os entrego; podeis al instante levantar las piernas de esta víctima y consumar el sacrificio. Mirad qué hermoso es este fogon; el hollin lo ha ennegrecido; en él, ántes de la guerra, solia el Senado colocar sus cacerolas. Mañana podremos emprender con ella deliciosas contiendas, luchar en el suelo, ó á cuatro piés, ó inclinados, ó apoyándonos sobre la rodilla echarla de costado, y, ungidos como los atletas en el pancracio, atacarla denodadamente con los puños y otros miembros. Al tercer dia empezaréis las

---

et quod domicilium peni suo alludit, seu digito, seu phallo in aëre scribit.

(1) V. la nota al verso 1.281 de *Los Caballeros.*

(2) *Succum ejus lambendo hauriet irruens.*

(3) Sus vestidos.

carreras de caballos; cada jinete empujará á su adversario; los tiros de los carros, derribados unos sobre otros y relinchando jadeantes, se darán sacudidas mutuas; miéntras otros aurigas, rechazados de su asiento, rodarán al suelo cerca de la meta (1). Pritáneos, recibid á Teoría. ¡Oh, con qué gozo la acompaña ése! No hubieras estado tan solícito para llevarla al Senado, si se tratase de un asunto gratuito (2): no hubiera faltado el pretexto de las ocupaciones.

CORO.

Un hombre como tú es utilísimo á la república.

TRIGEO.

Cuando vendimieis, conocereis mejor lo que valgo.

CORO.

Ya lo has demostrado bastante, siendo el salvador de todos los hombres.

TRIGEO.

Me dirás todo eso cuando bebas el vino nuevo.

CORO.

Siempre te creeremos el sér más grande despues de los dioses.

TRIGEO.

Mucho me debeis á mí, Trigeo el Atmonense; pues he libertado de gravísimos males á la pobla-

---

(1) Hay en toda esta descripcion de las fiestas una porcion de equívocos obscenos, que nos creemos dispensados de señalar.

(2) Los Pritáneos debian de presentar al Senado á los que lo necesitaban, pero parece que no lo hacian de balde.

cion rústica y urbana, y he reprimido á Hipérbolo.

CORO.

Dínos lo que debemos hacer ahora.

TRIGEO.

¿Qué cosa mejor que ofrecer á la Paz unas ollas llenas de legumbres? (1)

CORO.

¡Ollas de legumbres, como al pobre Mercurio que las encuentra tan poco nutritivas!

TRIGEO.

¿Pues qué quereis? ¿Un buey cebado?

CORO.

¡Un buey! no, de ningun modo; habria quizá que socorrer á alguno (2).

TRIGEO.

¿Un puerco grande y gordo?

CORO.

No, no.

TRIGEO.

¿Por qué?

CORO.

Por miedo á las *porquerías* de Teágenes.

---

(1) Sacrificio que se ofrecia á las divinidades de segundo órden. Se ofrecian á Mercurio ollas de legumbres en recuerdo de una oblacion igual, hecha despues del diluvio por los hombres que de él se salvaron, para aplacar á Mercurio sobre la suerte de los fallecidos.

(2) Βοΐ, *buey*, es la primera parte de βοηθεῖν, *socorrer*. El coro no quiere oir hablar de bueyes, porque esta palabra le recuerda los *socorros militares* de que está tan harto. Como se ve, el juego de palabras que resulta es intraducible.

TRIGEO.

¿Pues cuál víctima quereis?

CORO.

Una oveja.

TRIGEO.

¿Una oveja?

CORO.

Sí.

TRIGEO.

Pero pronuncias esa palabra como los Jonios (1).

CORO.

De intento; así; si en la Asamblea dice alguno: «es preciso hacer la guerra;» los asistentes espantados gritarán en jónico: «¡Oi! ¡Oi!»

TRIGEO.

Perfectamente.

CORO.

Y serán pacíficos. De esta manera seremos unos con otros como corderos, y mucho más indulgentes con los aliados.

TRIGEO.

Ea, traed cuanto ántes una oveja: en tanto prepararé yo el altar para sacrificarla.

CORO.

¡Qué bien sale todo, con la ayuda de los dioses y el favor de la fortuna! ¡Qué oportunamente llega todo!

---

(1) Para comprender este pasaje, es preciso tener presente que la palabra οἶ, *oveja*, la pronunciaban las Jonios οἴ, deshaciendo el diptongo y resultando la exclamacion de desaprobacion y disgusto de que habla despues el coro.

TRIGEO.

Es la pura verdad; porque ya está el altar en la puerta.

CORO.

Apresuráos, pues, miéntras los dioses encadenan el soplo inconstante de la guerra. Evidentemente una divinidad cambia en bienes nuestras miserias.

TRIGEO.

Aquí está la cesta, con la *salsa mola* (1), la corona y el cuchillo: tambien el fuego; de modo que solo falta la oveja.

CORO.

Apresuráos, apresuráos; porque si os ve Quéris (2), vendrá sin que se le llame, y tocará la flauta hasta que os veais obligados á taparle la boca con algo, para premiar sus fatigas.

TRIGEO.

Vamos, coge la cesta y el agua lustral, y da cuanto ántes una vuelta por la derecha alrededor del ara.

EL ESCLAVO.

Ya he dado la vuelta; manda otra cosa.

TRIGEO.

Aguarda á que sumerja este tizon en el agua. Tú rocía el altar; tú dáme un poco de *salsa mola*; purifícate y alárgame despues el vaso; y luégo es-

(1) Harina tostada, espolvoreada de sal, que se empleaba en los sacrificios, bien sola, bien para esparcirla sobre las víctimas.

(2) Sobre Quéris véase la nota al principio de *Los Acarnienses*.

parce sobre los espectadores el resto de la cebada.

EL ESCLAVO.

Ya está.

TRIGEO.

¿Ya la has arrojado?

EL ESCLAVO.

Sí por cierto; ninguno de los espectadores deja de tener su porcion de cebada (1).

TRIGEO.

Pero las mujeres no la han recibido.

EL ESCLAVO.

Sus maridos se la darán á la noche.

TRIGEO.

Oremos. ¿Quién está aquí? ¿Dónde está esa multitud de hombres de bien?

EL ESCLAVO.

Aguarda á que les dé á estos; son muchos y buenos.

TRIGEO.

¿Los crees buenos?

EL ESCLAVO.

¿Cómo no, si á pesar de haberles rociado de lo lindo están firmes y plantados en su puesto?

TRIGEO.

Oremos, pues, cuanto ántes; ¡oremos ya!

¡Augusta reina, diosa venerable, oh Paz, que presides las danzas é himeneos, dígnate aceptar nuestro sacrificio!

(1) *Vos græca «hordeum» notat etiam virile membrum.* Lo cual explica la contestacion siguiente.

EL ESCLAVO.

Acéptalo, oh la más honrada de las diosas, y no hagas como esas mujeres que engañan á sus maridos. Esas, digo, que miran por la puerta entreabierta, y cuando alguno se fija en ellas, se retiran; despues, si se aleja, vuelven á mirar. ¡Oh, no hagas eso con nosotros!

TRIGEO.

Al contrario, como una mujer honrada, muéstrate sin rebozo á tus adoradores que hace trece años nos consumimos léjos de tí. Pon término á las luchas y tumultos, y merece el nombre de Lisímaca (1); corrige esta suspicacia y charlatanería, que engendra nuestras mutuas calumnias; une de nuevo á los Griegos con los dulces vínculos de la amistad, y predisponlos á la benignidad y á la indulgencia; haz, en fin, que en nuestra plaza abunden las mejores mercancías, rastras de ajos, cohombros tempranos, manzanas, granadas, y pequeñas túnicas para los esclavos; que afluyan á ella los Beocios cargados de gansos, ánades y alondras; que vengan con cestos de anguilas del Copais (2), y amontonados en torno de ellas, luchemos entre la turba de compradores, con Moríchos, Téleas y Glaucétes (3) y otros glotones ilustres; y que Melantio, llegando el último al mercado, y viéndolo todo vendido, se lamente y exclame como

(1) Nombre que significa: *poner fin á los combates.*
(2) Lago de Beocia.
(3) Atenienses famosos por su glotonería.

en su *Medea:* «¡Yo muero! Me han abandonado las que se esconden entre las acelgas!» (1) y que todos se rian de su desgracia. Concédenos, Diosa veneranda, esto que te pedimos.

EL ESCLAVO.

Coge el cuchillo y degüella la oveja, como un cocinero consumado.

TRIGEO.

Eso no es lícito.

EL ESCLAVO.

¿Por qué?

TRIGEO.

La Paz aborrece la matanza, y por eso nunca se ensangrienta su altar. Por lo tanto, llévate adentro la víctima, mátala y trae las dos piernas; de este modo la oveja se guardará para el Corega.

(El esclavo entra en la casa.)

CORO.

Tú, que permaneces aquí, reune pronto las astillas y todo lo necesario para el sacrificio.

TRIGEO.

¿No os parece que dispongo el hogar como el más experto adivino?

CORO.

¿Por qué no? ¿Acaso ignoras algo de cuanto un sabio debe conocer? ¿No preves todo lo que un

(1) Las anguilas solian aderezarse con acelgas. Las palabras que Aristófanes pone en boca de Melantio son verosímilmente una parodia de las de Jason en la *Medea*.

hombre de reconocida habilidad y audacia afortunada debe prever?

TRIGEO.

El humo de las astillas incomoda á Estílbides (1). Traeré una mesa y me pasaré sin criado.

CORO.

¿Quién no ensalzará á un hombre que, arrostrando infinitos peligros, salvó la ciudad sagrada? Jamás dejará de ser admirado por todos.

EL ESCLAVO *(de vuelta)*.

Cumplí tus órdenes. Toma las piernas y pónlas sobre el fuego: yo voy á buscar las entrañas y la torta.

TRIGEO.

Eso corre de mi cuenta; pero necesitaba que vinieses.

EL ESCLAVO.

Pues aquí estoy. ¿Te parece que he tardado?

TRIGEO.

Asa bien eso. Pero ahí se acerca uno coronado de laurel. ¿Quién es ese hombre?

EL ESCLAVO.

¡Qué arrogante parece! Sin duda, algun adivino.

---

(1) Se compara á Estílbides, famoso adivino que acompañó á los Atenienses en su expedicion á Sicilia. Su nombre etimológicamente considerado significa *brillar*, *lucir*, y por eso se le ocurre á Trigeo en el momento de encenderse la llama para el sacrificio.

TRIGEO.

No, por Júpiter, es Hierócles (1).

EL ESCLAVO.

¡Ah! ese charlatan de oráculos, habitante de Orea (2). ¿Qué nos querrá decir?

TRIGEO.

Claro está que vendrá á oponerse á la Paz.

EL ESCLAVO.

No, lo que le atrae es el olor de las viandas.

TRIGEO.

Hagamos como que no le vemos.

EL ESCLAVO.

Tienes razon.

HIERÓCLES.

¿Qué sacrificio es este y á qué dios lo ofreceis?

TRIGEO (3).

Asa eso callando; cuidado con los riñones.

HIERÓCLES.

¿Pero no me direis á qué dios sacrificais?

TRIGEO.

La cola tiene buena traza.

EL ESCLAVO.

Muy buena, oh Paz veneranda y querida.

---

(1) Adivino poco perspicaz criticado por su arrogancia. Eúpolis se ocupó tambien de él en su comedia *Las Ciudades*.

(2) Ciudad de Eubea, cuyos habitantes eran partidarios de la guerra.

(3) La conversacion de Trigeo con el esclavo debe entenderse que es aparte.

HIERÓCLES.

Vamos, corta ya y ofrece las primicias.

TRIGEO.

Antes ha de asarse bien.

HIERÓCLES.

Ya está bien asada.

TRIGEO.

Quienquiera que seas, eres demasiado curioso. Corta: ¿dónde está la mesa? Trae las libaciones.

HIERÓCLES.

La lengua se corta aparte.

TRIGEO.

Lo sabemos; ¿sabes tú lo que debias hacer?

HIERÓCLES.

Si me lo dices.

TRIGEO.

No hablarnos ya una palabra, porque sacrificamos á la santa Paz.

HIERÓCLES.

¡Oh desdichados é imbéciles mortales...!

TRIGEO.

¡Caigan sobre tí tus maldiciones!

HIERÓCLES.

...Que no entendiendo, en vuestra ceguedad, la voluntad de los dioses, os aliais con esos feroces monos... (1).

TRIGEO.

¡Já! ¡já! ¡já!

---

(1) Los Lacedemonios.

HIERÓCLES.

¿De qué te ries?

TRIGEO.

Tienen gracia tus feroces monos.

HIERÓCLES.

Estúpidas palomas, que os fiais de los zorros de falso corazon y pensamientos falsos.

TRIGEO.

¡Ojalá, charlatan arrogante, se ponga tus pulmones tan calientes como estas entrañas!

HIERÓCLES.

Si las Ninfas no engañaron á Bácis (1); si los mortales no fueron engañados por Bácis, ni Bácis por las Ninfas...

TRIGEO.

¡Confúndante los dioses si no dejas de hablar de Bácis!

HIERÓCLES.

No habrian decretado los hados que se rompiesen las cadenas de la Paz; pero ántes...

TRIGEO.

Hay que echar sal á eso.

HIERÓCLES.

No place á los dioses inmortales que desistamos de la guerra, miéntras el lobo paree con la oveja.

TRIGEO.

¿Acaso, charlatan maldito, el lobo pareará jamás con la oveja?

(1) Adivino mencionado en *Los Caballeros*, 123.

HIERÓCLES.

Miéntras la chinche de campo exhale al huir un fétido olor; miéntras la perra chillona, forzada á parir, dé á luz cachorros ciegos, no se debe pensar en la Paz.

TRIGEO.

¿Pues qué debíamos hacer? ¿Continuar la guerra? ¿Echar suertes sobre quién habia de llorar más, cuando podíamos, uniéndonos por un tratado, mandar en comun sobre la Grecia?

HIERÓCLES.

Nunca conseguirás que el cangrejo ande en línea recta.

TRIGEO.

No cenarás ya en el Pritáneo (1), ni serás profeta de lo pasado.

HIERÓCLES.

Nunca suavizarás la piel áspera del erizo.

TRIGEO.

¿No acabarás nunca de engañar á los Atenienses?

HIERÓCLES.

¿En virtud de qué oráculo habeis ofrecido ese sacrificio á los dioses?

TRIGEO.

De este, que Homero expresó en tan bellas frases:

La negra nube de la odiosa guerra
Disipamos así, y en dulce abrazo

(1) Los adivinos, especialmente en tiempo de guerra, eran sostenidos en el Pritáneo á cuenta de la república.

Extrechando á la Paz, cien sacrificios
Le ofrecimos gustosos. Cuando el fuego
Devoró de las víctimas las piernas,
Nosotros sus entrañas consumimos
E hicimos libaciones; dirigía
La fiesta yo; mas nadie presentaba
Al adivino la brillante copa (1).

HIERÓCLES.

Eso nada tiene que ver conmigo: nos lo ha dicho la Sibila.

TRIGEO.

Pero el sabio Homero dijo muy bien:

Que ni casa, ni hogar, ni patria tiene
El que las guerras intestinas ama
Siempre dañosas (2).

HIERÓCLES.

Ten cuidado no te arrebate el milano la carne con una de las suyas...

TRIGEO *(al esclavo).*

Sí, ten cuidado: ese oráculo amenaza nuestras viandas. Haz la libacion y trae parte de los intestinos.

HIERÓCLES.

Si os parece, voy á servirme yo mismo mi porcion.

TRIGEO.

¡La libacion, la libacion!

(1) El oráculo de Trigeo está formado de fragmentos tomados de la *Ilíada*, I, 467; XVI, 301; XVII, 273, y de la *Odisea*, VII, 137, etc.

(2) *Ilíada*, IX, 63, 64. (Trad. de Hermosilla.)

HIERÓCLES.

Échame á mí tambien, y dáme una porcion de los intestinos.

TRIGEO.

Eso no place á los dioses inmortales, sino el que primero hagamos nosotros las libaciones y tú te marches. ¡Oh veneranda Paz, permanece á nuestro lado toda la vida!

HIERÓCLES.

Tráeme aquí la lengua.

TRIGEO.

Tráeme la tuya.

HIERÓCLES.

¡La libacion!

TRIGEO *(al esclavo)*.

Llévate esto con la libacion.

HIERÓCLES.

¿Nadie me dará algo de los intestinos?

TRIGEO.

No podemos darte nada hasta que el lobo se paree con la oveja.

HIERÓCLES.

¡Ah, por favor! yo te lo pido por tus rodillas.

TRIGEO.

Tus ruegos son inútiles, amigo mio; no lograrás suavizar «al áspero erizo.» Ea, espectadores, acompañadnos á comer intestinos.

HIERÓCLES.

¿Y yo?

TRIGEO.

Cómete á la Sibila.

HIERÓCLES.

No, por la tierra, no os lo comereis solos; si no me dais, os lo quito; esto es para todo el mundo.

TRIGEO *(al esclavo)*.

Sacúdele, sacúdele á Bácis.

HIERÓCLES.

¡Sed testigos!...

TRIGEO.

De que eres un gloton y un impostor. ¡Firme: echa de aquí á bastonazos á ese charlatan!

EL ESCLAVO.

Cuida de esto; yo voy á quitarle las pieles de las víctimas que nos ha escamoteado. ¡Suelta esas pieles, adivino infernal! ¿Oyes? ¿Qué especie de cuervo es éste que nos ha venido de Orea? Ea, pronto, emprende el vuelo hácia Elimnio (1).

CORO.

¡Qué alegría! ¡qué alegría! ¡ya no más cascos, quesos ni cebollas! Los combates para quien los quiera: á mí sólo me gusta beber con mis buenos amigos, junto al hogar donde con viva llama arde y chisporrotea la leña cortada en el rigor del estío, y tostar garbanzos sobre las ascuas, y asar bellotas entre el rescoldo, y hurtar un beso á Trata (2),

(1) *Elimnio* era, segun el Escoliasta, un templo de Eubea. Otros, apoyados en un fragmento del *Nauplios* de Sófocles, creen que era un escollo próximo á la isla, donde ocurrian frecuentes naufragios.

(2) Nombre de esclava.

miéntras se baña mi esposa. Despues de hecha la siembra, cuando la riega Júpiter con benéfica lluvia, nada hay tan agradable como el hablar así con un vecino: «Dime, ¿qué hacemos ahora, querido Comarquida? Yo quisiera beber, miéntras el cielo fecunda nuestro campo. Ea, mujer, mezcla un poco de trigo con tres quénices de habichuelas, y pónlas á cocer, y dános higos secos. Que Sira haga volver á Mánes del campo; hoy no es posible podar las vides, ni desterronar, pues la tierra está sumamente húmeda. Que me traigan el tordo y los dos pinzones. Tambien debe de haber en casa calostro y cuatro tajadas de liebre, si ayer noche no las robó el gato, porque oí en la despensa un ruido sospechoso. Muchacho, trae tres pedazos, y dále el otro á mi padre. Pide á Esdúnada ramas de mirto con sus bayas; y, ya que te coge de camino, dile á Carinádes que venga á beber con nosotros, miéntras el cielo benéfico fecunda los sembrados.» Cuando entona la cigarra su dulce cantinela (1), me gusta

(1) El canto ó estridulacion de la cigarra era muy agradable para los Griegos. Anacreonte compuso una oda en honor de este insecto, y Homero (*Iliada*, III, 525) califica de armoniosa su voz. Esopo la pondera igualmente en esta fábula:

Un asno oyó cantar á las cigarras,
Y de su bella voz quedó prendado.
—¿El qué comeis, les preguntó envidioso,
Para sacar tan agradable canto?
—Solo rocío, contestaron ellas.
Y el asno con artístico entusiasmo,
—Sólo rocío comeré, se dijo.
Y al cabo de ocho dias le enterraron.

ver si las uvas de Lémnos principian á madurar, pues son las más tempranas; y no ménos me agrada mirar cómo van hinchándose los higos, y comerlos cuando están maduros, y exclamar, saboreándolos: «Deliciosa estacion.» Despues bebo una infusion de tomillo machacado, y logro así engordar en el estío, mucho más que viendo á uno de esos taxiarcos (1), aborrecidos por los dioses, pavoneándose con su triple penacho y su clámide teñida de un rojo deslumbrador que pretende hacer pasar por púrpura de Sárdes. Pero cuando ocurre pelear, él mismo se encarga de darle una mano de azafran cicense. Y despues huye veloz el primero como un gallo, agitando sus amarillas crestas, miéntras yo guardo mi puesto. Cuando están en Aténas estos valentones hacen cosas insufribles; inscriben á unos en las listas y borran á otros, dos y tres veces, segun su capricho. «Mañana es la marcha,» oye decir á lo mejor un ciudadano que no ha comprado víveres porque nada sabía al salir de su casa, y luégo, al pararse delante de la estatua de Pandion (2), ve su nombre inscrito en la lista; se aturde, y echa á correr llorando. Así nos tratan á los pobres campesinos; á los ciudadanos ya les tienen más consideraciones esos cobardes aborrecidos de los dioses y los hombres. Pero si el cielo lo

(1) El Taxiarco venía á ser una especie de jefe de division.

(2) Una de las doce estatuas en cuyo pedestal se fijaban las listas de los ciudadanos que debian tomar las armas.

permite, ya tendrán su merecido. Mucho daño me han hecho esos taxiarcos, leones en la ciudad y zorros en el combate.

TRIGEO.

¡Oh! ¡oh! ¡cuánta gente viene al banquete de boda! Limpia las mesas con ese penacho; ya no sirve para otra cosa. Trae en seguida los pasteles y los tordos, liebre en abundancia y panes.

UN FABRICANTE DE HOCES.

¿Dónde está Trigeo? ¿Dónde?

TRIGEO.

Estoy cociendo tordos.

EL FABRICANTE DE HOCES.

¡Oh queridísimo Trigeo, cuánto bien nos has hecho procurándonos la paz! Antes no habia quien diese un óbolo por una hoz; ahora vendo las que quiero á cincuenta dracmas. Este amigo vende á tres los toneles para el campo. Vamos, Trigeo, escoge de estas hoces y de todo lo demas cuanto quieras, y llévatelo grátis. Todo esto que vendemos y que nos produce pingües ganancias te lo ofrecemos como regalo de boda.

TRIGEO.

Bueno, bueno; dejadlo ahí todo, y entrad á cenar cuanto ántes. Ahí se acerca un armero con una cara más triste que un funeral.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¡Ay, Trigeo, me has arruinado completamente!

TRIGEO.

¿Qué te pasa, desdichado? ¿Acaso te salen penachos en la cabeza?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Nos has quitado el trabajo y la subsistencia á mí y á este otro, fabricante de dardos.

TRIGEO.

Vamos, ¿cuánto quieres por esos dos penachos?

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

¿Cuánto ofreces?

TRIGEO.

¿Que cuánto ofrezco? Me da vergüenza el decirlo. Sin embargo, como el trenzado está hecho con gran primor, te daré tres quénices de higos secos y me servirán para limpiar esta mesa.

EL FABRICANTE DE PENACHOS.

Vengan los higos: más vale poco que nada.

TRIGEO.

Véte al infierno con tus penachos; tienen lacia la cerda, no valen un pito. No daria una higa por todos ellos.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Ay de mí! ¿Qué haré con esta coraza tasada en diez minas y trabajada con tanto esmero?

TRIGEO.

No se te irrogará perjuicio alguno; dámela en su precio; podrá ser un bacin elegantísimo.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

No te burles de mí y de mis mercancías.

TRIGEO.

Con ella... y tres buenos guijarros (1), ¿no tendremos cuanto para el caso hace falta?

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Pero cómo te limpiarás, imbécil?

TRIGEO.

Perfectamente. Mira, paso una mano por la abertura del brazo, y la otra...

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¡Cómo! ¿Con las dos manos?

TRIGEO.

Pues claro, para que no me acusen de defraudar al Estado tapando los agujeros de los remos (2).

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

¿Y te atreverás á usar un bacin de mil dracmas?

TRIGEO.

¿Quién lo duda, miserable? Crees que ni por diez mil venderia yo mi trasero.

EL VENDEDOR DE CORAZAS.

Vamos, venga el dinero.

TRIGEO.

¡Ay! Querido, tu coraza me destroza las nalgas. Llévatela; no la compro.

---

(1) *Lapillis usos fuisse veteres abstergendis natibus postquam alvum exonerassent, ostendit etiam Pluti locus*, v. 817.

(2) Alusion á los trierarcas, que mandaban cerrar varios agujeros en las naves para beneficiarse con el sueldo de los correspondientes remeros suprimidos.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¿Qué haré de esta trompeta que me costó sesenta dracmas?

TRIGEO.

Echa plomo en su cavidad; atraviesa encima una vara un poco larga, y tendrás un cótalo (1) en equilibrio.

EL FABRICANTE DE TROMPETAS.

¡Ay! te burlas de mí.

TRIGEO.

Otra idea. Échale plomo, como te he dicho; añade un platillo colgado de unas cuerdecitas, y tendrás una balanza para pesar en el campo los higos que has de distribuir á tus esclavos.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

¡Maldita suerte! ¡Estoy arruinado! Yo, que en otro tiempo pagué una mina por estos cascos. ¿Quién me los comprará ahora?

TRIGEO.

Véte á venderlos á los Egipcios: son los únicos para medir sirmea (2).

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¡Ay, mi buen fabricante de cascos, qué desgraciada es nuestra suerte!

(1) Véase la nota al verso 343 de esta comedia.

(2) Planta purgante que se criaba en Egipto, aunque otros dicen que astringente.

TRIGEO *(al fabricante de lanzas).*

La suya no lo es.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Pues qué, ¿habrá todavía quien necesite cascos?

TRIGEO.

Como sepa ponerles dos asas, los podrá vender mucho más caros.

EL FABRICANTE DE CASCOS.

Vámonos, fabricante de lanzas.

TRIGEO.

No, no; le voy á comprar esas picas.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

¿Cuánto das por ellas?

TRIGEO.

Si las cortas por la mitad, para que puedan servir de rodrigones, te pagaré á dracma el ciento.

EL FABRICANTE DE LANZAS.

Este hombre se burla de nosotros. Vámonos, amigo.

TRIGEO.

Muy bien hecho; pues ya salen á orinar los hijos de los convidados, y si no me engaño, á preludiar sus cantos. Eh, muchacho, si piensas cantar, ensáyate ántes delante de mí.

EL HIJO DE LÁMACO.

Celebremos ahora
Los valientes guerreros... (1).

---

(1) Versos de los *Epígonos*, poema atribuido á Homero.

TRIGEO.

Maldita criatura, deja de cantar los valientes guerreros; ahora estamos en paz. Eres un bribonzuelo mal enseñado.

EL HIJO DE LÁMACO.

Con furia aterradora
Acométense fieros;
Se aplastan sus combados
Escudos. . . . . . . (1).

TRIGEO.

¡Escudos! ¿No acabarás con tus escudos?

EL HIJO DE LÁMACO.

. . . . alaridos
De triunfo alborozados
Se escuchan, y gemidos...

TRIGEO.

¡Gemidos! Me parece que quien va á gemir aquí eres tú, si continúas con tus gemidos y tus escudos combados.

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Pues qué he de cantar? ¿Qué es lo que te gusta?

TRIGEO.

«Se comian de buey sendos tasajos» O cosas por el estilo.

Disponian alegres el banquete
Y cuantos platos hay apetecibles.

EL HIJO DE LÁMACO.

Se comian de buey sendos tasajos;

(1) Versos tomados de Homero, con ligeras alteraciones.

Los sudorosos brutos desuncian;
Hartos de pelear. . . . .

TRIGEO.

Eso es: «hartos de pelear, se pusieron á comer.» Canta, canta lo que comieron despues de hartarse.

EL HIJO DE LÁMACO.

Despues de terminada la comida,
Acorázanse el vientre. . . . .

TRIGEO.

Con buen vino, ¿verdad?

EL HIJO DE LÁMACO.

De las torres
Se precipitan. Alarido inmenso
Surca entónces. . . . .

TRIGEO.

Que Júpiter te confunda con tus batallas, bribonzuelo; no sabes más que cantos de guerra. ¿De quién eres hijo?

EL HIJO DE LÁMACO.

¿Yo?

TRIGEO.

Sí, tú.

EL HIJO DE LÁMACO.

De Lámaco.

TRIGEO.

¡Oh! ¡oh! ya se me figuraba que debias de ser hijo de algun aficionado á combates y heridas (1);

---

(1) La palabra combate μαχή entra en la composicion de Lámaco.

de algun Boulómaco ó Clausímaco (1). Largo de aquí. Véte á entonar tus canciones á los lanceros. ¿Dónde está el hijo de Cleónimo? Ven acá; canta algo ántes de entrar en casa. Ya estoy seguro de que tus cantares no serán belicosos. Tu padre es prudentísimo.

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

Un habitante de Sais
Ostenta el brillante escudo,
Que abandoné mal mi grado
Cabe un florecido arbusto (2).

TRIGEO.

Dime, pequeño, ¿cantas eso por tu padre?

EL HIJO DE CLEÓNIMO.

«Salvé mi vida...»

TRIGEO.

Pero deshonraste tu linaje. Mas entremos; demasiado sé que el hijo de tal padre no olvidará nunca lo que acaba de cantar sobre el escudo. Vosotros los que os quedais al festin ya no teneis que hacer otra cosa más que comer y consumir todas las viandas y menear sin descanso las mandíbulas. Lanzáos sobre todos los platos, y comed á dos carrillos. ¡Desdichados! ¿para qué sirven, sino es para comer, los buenos dientes?

(1) Nombres cuya composicion envuelve la idea de consejo y lágrimas, unidos á guerras y combates.

(2) Versos de Arquíloco, que huyó en un combate arrojando su escudo, y despues celebró él mismo su hazaña. Cleónimo hizo lo mismo.

CORO.

Eso queda á nuestro cargo; nos has dado un buen consejo.

TRIGEO.

Vosotros, que ayer estabais hambrientos, saciaos ahora de liebre; no todos los dias se encuentran pasteles abandonados. Devoradlos, pues, que si no, tal vez sintais mañana no haberlo hecho.

CORO.

Silencio, silencio, va á presentarse la novia; coged las antorchas (1): que todo el pueblo se regocije y dance. Despues, cuando hayamos bailado, y bebido y expulsado á Hipérbole, llevarémos de nuevo al campo nuestro humilde ajuar, y pediremos á los dioses que otorguen á los Griegos oro en abundancia, y á nosotros riquísimas cosechas de cebada y vino, dulces higos y esposas fecundas. Así podremos recobrar los perdidos bienes y abolir para siempre el uso del acero homicida.

TRIGEO.

Querida esposa, ven al campo á embellecer mi lecho.

CORO.

¡Oh mortal tres veces feliz con tu merecida dicha! ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! ¿Qué le haremos? ¿qué le haremos? ¡Gocemos de su belleza! ¡gocemos de su belleza! Nosotros los hombres colocados en la primera fila levantemos al novio y llevémoslo en triunfo! ¡Himeneo! ¡Himeneo!

(1) Nupciales.

TRIGEO.

Tendreis una linda casa, vivireis sin molestias y cogereis higos. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Aquél tiene uno grande y grueso; éste, otro dulcísimo. Despues de comer y beber sendos tragos, exclamarás: ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

CORO.

Adios, adios, amigos mios. Los que me sigan comerán pasteles.

FIN DE LA PAZ.

LAS AVES.

NOTICIA PRELIMINAR.

Dos ciudadanos atenienses, Evélpides y Pistetero, como si dijéramos, Buena-esperanza y Fiel-amigo, hartos de desórdenes, de pleitos, cábalas é intrigas, y tomando al pié de la letra la expresion *irse á los cuervos*, análoga, como hemos visto, á la nuestra *irse al diablo* ó á otra cosa, si no peor, más sucia, huyen de Aténas y se encaminan al país de las aves en busca de la Abubilla, en otro tiempo Tereo, rey de Tracia. Aceptada por el ex-monarca-pájaro la idea de construir una ciudad en los aires, convoca una asamblea de todas las razas aladas, que acudiendo en gran número, se preparan en el primer momento á embestir y despedazar á los temerarios mortales que han osado penetrar en sus dominios: calmados por la Abubilla, cámbiase pronto su furia en indescriptible entusiasmo, cuando Pistetero desenvuelve un plan

para devolver á los volátiles el cetro del mundo que ántes les habia pertenecido. Los dos Atenienses son naturalizados inmediatamente: la nueva ciudad, llamada *Nefelecocigia*, es construida en un abrir y cerrar de ojos, y dos embajadores son enviados al cielo y á la tierra. Apénas se empieza á ofrecer el sacrificio de consagracion, acuden á Nefelecocigia toda clase de gentes: un pobre Poeta, que versifica en honor de la nueva ciudad para conseguir un manto y una túnica; un Adivino cargado de oráculos; Meton el geómetra; un Inspector y un Vendedor de decretos, que son apaleados en castigo de sus impertinencias. Iris, mensajera de los dioses, es hecha prisionera al intentar atravesar los aires; sometida á un apremiante interrogatorio, vese obligada á manifestar que Júpiter la envia á los hombres para que ofrezcan los acostumbrados sacrificios, y tiene que retirarse malparada oyendo de boca de Pistetero que no hay más dioses que las aves, y que el paso al traves de la nueva ciudad queda prohibido hasta nueva órden á las divinidades olímpicas. Preséntase despues un Mensajero, anunciando que los hombres han decretado una corona de oro al fundador de Nefelecocigia, y que las aves se han puesto de moda y hacen tal furor en Aténas, que pronto se verá llegar una multitud *ornitomaniaca* pidiendo alas y plumajes. No tarda efectivamente en presentarse un jóven, con intentos parricidas, que recibe entre equívocos y chistes consejos prudentísimos, y al cual siguen Cinésias, poeta ditirámbico,

ganoso de atrapar entre las nubes las sublimes vaciedades de sus versos y un sicofanta ó delator, que así como el poeta, lleva con una paliza su justo merecido. Prometeo, que llega despues, revela á Pistetero el hambre canina que aflige á los inmortales, indicándole el medio de explotar la miseria del Olimpo, y retirándose con todo género de precauciones para no ser visto por Júpiter.

Una embajada, compuesta de Neptuno, Hércules y un Tribalo, presenta por fin sus proposiciones á la gente alada, y vencidas las dificultades se estipulan la paz y el paso libre por Nefelecocigia, con la condicion de entregar Júpiter su cetro á las aves y á Pistetero la mano de la Soberanía.

La comedia concluye, como *La Paz*, con un jubiloso canto de himeneo.

Tal es el argumento de *Las Aves*. ¿Cuál es su objeto? Hé aquí una pregunta á la cual se han dado muy diferentes contestaciones. Unos (1) han dicho que su autor se limitaba á censurar la aficion á las lides judiciales, sin considerar que Aristófanes sólo se ocupa de esta manía de Aténas á la ligera y muy de paso; otros (2) que su fin es nada ménos que promover cambios radicales en el carácter ateniense, en el culto, en la religion, en la constitucion de la república y en el personal de sus magistrados, sin parar mientes que tales proposicio-

(1) El Anónimo del Prefacio 3.º de *Las Aves*. Scholia græca in Aristophanem, Parisiis, ed. Didot, 1855, pág. 209.

(2) Otro Anónimo autor del Prefacio 2.º de las mismas, idem, íbidem.

nes, áun hechas de burlas, costaban la vida al temerario que las aventuraba: quiénes (1) (por más que nada autorice á suponerlo) sólo ven en su fantástico desarrollo una animada censura de las peregrinas invenciones de los trágicos y sus increibles fábulas; y no han faltado algunos (2) que, saltando por encima de un flamante anacronismo, la conceptúan una graciosa parodia de la República que Platon soñó muchos años más tarde.

La explicacion de M. Paulmier, desenvuelta luégo por el P. Brumoy, es indudablemente la más ingeniosa, careciendo sin embargo del debido fundamento. El erudito jesuita, teniendo presente que poco ántes de la representacion de esta comedia, Alcibíades, llamado á Aténas para defenderse del crímen de sacrilegio, habia huido á Esparta y exhortaba á los Lacedemonios á fortificar á Decelia, ciudad del Atica que más adelante molestó mucho á los Atenienses, opina que, aunque con el pulso y delicadeza que la gravedad del asunto requeria, trató Aristófanes en *Las Aves* de llamar la atencion del pueblo sobre los preparativos de una rival ambiciosa, y decidirle á traer de Sicilia sus tropas y galeras. Pero sólo un pasaje en que se habla de la galera *Salamina*, y algunas otras

(1) Citados por el escritor de la nota precedente.
(2) ARTAUD *(Comédies d'Aristophane,* t. II, p. 5, nota) menciona esta hipótesis. El mismo, citando á DIÓGENES LAERCIO (lib. IX, *Protágoras*, 4,) cita el tratado de la *República* de Protágoras, único que podia haber sugerido á Aristófanes la idea refutada en el texto.

indicaciones remotísimas confirman la interpretacion de Brumoy, que cae ante la consideracion de que Aristófanes cuando alude lo hace clara y directamente, y si á veces encubre su propósito, hay que confesar que se vale siempre del velo de una alegoría transparente. Sin ir tan léjos, dice Artaud, ni perderse en cavilaciones sistemáticas, podemos hallar la explicacion del enigma. A una lectura un poco atenta, vese en *Las Aves* una especie de utopía cómica, una república imaginaria como la de Platon, realizada de una manera burlesca. Todo lo que precede á la fundacion de la ciudad no es más que el preámbulo de la accion. Sin el lazo de esta idea general, la pieza presentaria solamente una serie de escenas ininteligibles. Pero mirada bajo este prisma, es un cuadro ingenioso en que el espíritu del poeta se solaza á placer y pasa revista á todos los ridículos. Un hijo que desea la muerte de su padre recibe de las cigüeñas una leccion de amor filial. El autor ataca sucesivamente la pedantería de los sabios y filósofos, la ignorancia y avidez de los sacerdotes y adivinos, las pretensiones de los poetas, la venalidad de los magistrados, las infamias de los delatores y las charlatanerías de toda especie.

Para explicarse ciertas singularidades de esta comedia, como la de componer el coro de personajes alados, no hay necesidad tampoco de acudir á la hipótesis de que las aves sean representantes de los Lacedemonios, y los hombres y los dioses de los Atenienses y de los demas pueblos griegos;

pues para dar amenidad al espectáculo y ocupacion á las máquinas teatrales, eran cosa corriente entre los cómicos tan peregrinas invenciones; y por otra parte, quien habia puesto en escena Nubes, Avispas y Escarabajos no puede decirse que se excediera á sí mismo al presentar un coro de volátiles. Es más; en mi humilde opinion, la eleccion del poeta fué sobremanera acertada, pues debió dar así una animacion extraordinaria á la comedia, falta de accion como todas las de Aristófanes, con tantas idas y venidas, tantos giros y revoloteos, tanta variedad de plumajes, y esa encantadora alegría, patrimonio de los pájaros, que son naturalmente, como dice Leopardi (1), las criatuturas más regocijadas de la creacion.

La eleccion de estos alados personajes permite además al autor dar rienda suelta á su fantasía por los amenos campos de la fábula, y presentar sin sombra de pedantería, y con aquella frescura y sencillez de colorido del poeta predilecto de las Gracias, multitud de leyendas curiosas, entretenidos detalles, mordaces chistes y picantes sales, alternando con brillantes himnos de elevacion verdaderamente pindárica. «De este modo, dice Poyard, *Las Aves* son una obra sin ejemplo y sin rival, un género aparte áun dentro del teatro aristofánico, una fantasmagoría alegre, viva, seductora, llena de maravillosas sorpresas, chispeando poesía, desenvolviéndose aérea y alada, y burlán-

(1) *Prose.* Milano, 1876, p. 137. *Elogio degli Uccelli.*

dose con sátira ligera y divertida, sin las virulencias ordinarias.»

Esta comedia se representó el año 415 ántes de Jesucristo, décimo octavo de la guerra del Peloponeso, habiendo obtenido el premio segundo: *Los Bebedores* de Amípsias consiguieron el primero; y el tercero fué otorgado al *Monotropos* (el Moroso) de Frínico.

PERSONAJES.

Evélpides.
Pistetero.
El Reyezuelo, criado de la Abubilla.
La Abubilla.
Coro de Aves.
El Fenicóptero.
Heraldos.
Un Sacerdote.
Un Poeta.
Un Adivino.
Meton, geómetra.
Un Inspector.
Un vendedor de decretos.
Mensajero.
Iris.
Un Parricida.
Cinésias, poeta ditirámbico.
Un delator.
Prometeo.
Neptuno.
Tribalo.
Hércules.
Un criado de Pistetero.

País agreste, lleno de piedras y zarzas. En el fondo una selva, á un lado una roca, morada de la Abubilla.

LAS AVES.

EVÉLPIDES *(al grajo que le sirve de guia).*

¿Me dices que vaya en línea recta hácia aquel árbol?

PISTETERO *(á la corneja que trae en la mano).*

¡Peste de avechucho! Ahora grazna que retrocedamos.

EVÉLPIDES.

Pero, infeliz, ¿á qué caminar arriba y abajo? Con estas idas y venidas nos derrengamos inútilmente.

PISTETERO.

¡Qué imbécil he sido en dejarme guiar por esta corneja! Me ha hecho correr más de mil estadios (1).

EVÉLPIDES.

¿Mayor desdicha que la de llevar de guía á este grajo, que me ha destrozado todas las uñas de los dedos?

(1) 185 kilómetros.

PISTETERO.

Ni siquiera sé en qué lugar de la tierra estamos.

EVÉLPIDES.

¿No podrias hallar desde aquí tu patria?

PISTETERO.

No por cierto: ni Execestídes (1) la suya.

EVÉLPIDES.

¡Ay!

PISTETERO.

Toma esa senda, amigo mio.

EVÉLPIDES.

¡Qué terriblemente nos ha engañado Filócrates (2), ese atrabiliario vendedor de pájaros! Nos aseguró que estas dos aves nos guiarian mejor que ninguna otra á la morada de Tereo la Abubilla, que fué transformado en pájaro; y nos vendió este grajo, hijo de Tarrélides (3), por un óbolo, y por tres aquella corneja, que sólo saben darnos picotazos. *(Al grajo.)* ¿Por qué me miras con el pico abierto? ¿Quieres precipitarnos desde esas rocas? Por ahí no hay camino.

PISTETERO.

Ni senda tampoco.

EVÉLPIDES.

¿No dice nada tu corneja?

---

(1) Extranjero que queria pasar por Ateniense. Era oriundo de Caria y de baja extraccion.

(2) No se sabe de Filócrates más que lo que dice Aristófanes.

(3) Vendedor de pájaros. Era de pequeña estatura y parecido á un grajo.

PISTETERO.

Nada absolutamente; grazna ahora como ántes.

EVÉLPIDES.

Pero, en fin, ¿qué dice de nuestra ruta?

PISTETERO.

¿Qué ha de decir sino que á fuerza de roer acabará por comérseme los dedos?

EVÉLPIDES.

¡Esto es insoportable! Queremos irnos á los cuervos (1); ponemos para conseguirlo cuanto está de nuestra mano, y no logramos hallar el camino. Porque habeis de saber, oyentes mios, que nuestra enfermedad es completamente distinta de la que aflige á Sáccas: éste, no siendo ciudadano se obstina en serlo, y nosotros que lo somos, y de familias distinguidas, aunque nadie nos expulsa, huimos á toda prisa de nuestra patria. No es que aborrezcamos á una ciudad tan célebre y afortunada, y abierta siempre á todo el que desee arruinarse con litigios; porque es una triste verdad que si las cigarras sólo cantan uno ó dos meses entre las ramas de los árboles, en cambio los Atenienses cantan toda la vida posados sobre los procesos. Esto es lo que nos ha obligado á emprender este viaje y á buscar, cargados del canastillo, la olla y las ramas de mirto (2), un país libre de pleitos, donde pasar tranquilamente la vida. Nos dirigimos con

(1) Ya hemos visto que esta frase equivale á la nuestra «irse al infierno» ó «al diablo.»

(2) Al inaugurarse una ciudad se ofrecian sacrificios. Evélpides y Pistetero llevan los útiles necesarios.

tal objeto á Tereo la Abubilla, para preguntarle si, en las comarcas que ha recorrido volando, ha visto alguna ciudad como la que deseamos.

PISTETERO.

¡Eh, tú!

EVÉLPIDES.

¿Qué hay?

PISTETERO.

La corneja hace rato que me indica que hay algo arriba.

EVÉLPIDES.

Tambien mi grajo mira con el pico abierto en la misma direccion, como si quisiera señalarme alguna cosa: no puede ménos de haber aves por aquí. Pronto lo sabremos haciendo ruido.

PISTETERO.

¿Sabes lo que has de hacer? Dar un golpe con la rodilla en esa peña.

EVÉLPIDES.

Y tú, con la cabeza, para que el ruido sea doble.

PISTETERO.

Vamos, coge esa piedra y llama.

EVÉLPIDES.

Está bien; ¡esclavo! ¡esclavo!

PISTETERO.

Pero ¿qué haces? Para llamar á una Abubilla, gritas ¡esclavo! ¡esclavo! En vez de ¡esclavo! debes gritar: ¡Epopoi! ¡Epopoi! (1).

---

(1) Grito que imita al de la Abubilla.

EVÉLPIDES.

¡Epopoi! Tendré que llamar otra vez. ¡Epopoi!

EL REYEZUELO (1).

¿Quién va? ¿Quién llama á mi dueño?

EVÉLPIDES.

¡Apolo nos asista! ¡qué enorme pico! (2).

EL REYEZUELO.

¡Horror! ¡Son cazadores!

EVÉLPIDES.

El miedo qne me causa no es para dicho.

EL REYEZUELO.

¡Morireis!

EVÉLPIDES.

Pero si no somos hombres.

EL REYEZUELO.

¿Pues qué sois?

EVÉLPIDES.

Yo soy el *Timido*, ave africana.

EL REYEZUELO.

¡A otro con esas!

EVÉLPIDES.

Pregúntaselo á mis piés (3).

EL REYEZUELO.

Y ese otro, ¿qué pájaro es? Contesta.

---

(1) El Reyezuelo es un pajarito, notable por una hermosa corona color de aurora, orlada de negro por ambos lados; vive en los bosques de Europa.

(2) Los actores salian con máscaras y trajes imitando á las aves que representaban.

(3) *Fingit se præ timore cacasse, et defluente merda pedes inquinatos habere*. En *Las Ranas* le acontece á Baco una aventura semejante.

PISTETERO.

El *Ensuciado*, ave de Fásos (1).

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿qué animal eres!

EL REYEZUELO.

Yo soy un pájaro esclavo.

EVÉLPIDES.

¿Te ha vencido algun gallo? (2).

EL REYEZUELO.

No; pero cuando mi dueño fué convertido en Abubilla quiso que yo tambien me transformase en pájaro, para tener quien le siguiera y sirviese.

EVÉLPIDES.

Pues qué, ¿las aves necesitan criados?

EL REYEZUELO.

Este sí, tal vez porque fué ántes hombre. Cuando se le antojan anchoas del Falero (3), yo cojo una escudilla y corro á por anchoas; cuando quiere comer puches, como se necesitan una cuchara y una olla, corro á por la cuchara.

EVÉLPIDES.

Por las señas, este pájaro es un *Corredor* (4). ¿Sa-

---

(1) Juego de palabras sobre *Fasos*, que envuelve el sentido de delacion. (V. nota al verso 726 de *Los Acarnienses.)*

(2) El gallo era un animal originario de Persia. Las riñas de gallos, á que alude el poeta, no se introdujeron en Aténas hasta despues de las guerras Médicas.

(3) Puerto de Aténas.

(4) Τρόχιλος, *reyezuelo*, tiene la misma raíz que τρέχω, *correr*.

bes lo que has de hacer, Reyezuelo? Llamar á tu señor.

EL REYEZUELO.

Pero si acaba de dormirse, despues de haber comido bayas de mirto y algunos gusanos.

EVÉLPIDES.

No importa, despiértale.

EL REYEZUELO.

Aunque estoy seguro de que se va á enfadar, lo haré por complaceros.

(Váse.)

PISTETERO *(al Reyezuelo).*

Que el cielo te confunda: no me has dado mal susto (1).

EVÉLPIDES.

¡Oh desgracia! ¡de miedo se me ha escapado el grajo!

PISTETERO.

¡Grandísimo cobarde! te has dejado escapar el grajo de miedo.

EVÉLPIDES.

Y tú, ¿no te has dejado marchar la corneja al caer?

PISTETERO.

No por cierto.

EVÉLPIDES.

¿Pues dónde está?

(1) Sin duda con el ruido de sus alas.

PISTETERO.

Voló.

EVÉLPIDES.

¿Y no se te ha escapado? ¡Vaya el valenton!

LA ABUBILLA.

Abre la selva para que salga (1).

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules, ¿qué animal es ese? ¡Qué alas! ¡Qué triple cresta! (2).

LA ABUBILLA.

¿Quién pregunta por mí?

EVÉLPIDES.

Sin duda, los doce grandes dioses te han maltratado.

LA ABUBILLA.

¿Acaso os burlais de la forma de mis alas? Sabed, extranjeros, que ántes he sido hombre.

EVÉLPIDES.

No nos burlamos de tí.

LA ABUBILLA.

¿Pues de qué?

---

(1) Los nombres griegos de *selva* y *puerta* sólo difieren en una letra.

(2) La Abubilla es notable por su hermoso copete longitudinal, compuesto de dos hileras de plumas que, al elevarse, forman un penacho color de oro con orla negra, sumamente lindo.

PISTETERO.

Tu pico nos da risa (1).

LA ABUBILLA.

Pues de esta facha representó ignominiosamente Sófocles en sus tragedias á Tereo (2).

EVÉLPIDES.

¿Pero eres Tereo, ó un ave, ó un pavo real?

LA ABUBILLA.

Soy un ave.

EVÉLPIDES.

¿Y las alas?

LA ABUBILLA.

Se me han caido.

EVÉLPIDES.

¿Alguna enfermedad?

LA ABUBILLA.

No; pero en el invierno mudan todas las aves, y les salen despues nuevas plumas. Y vosotros ¿qué sois?

EVÉLPIDES.

¿Nosotros? mortales.

LA ABUBILLA.

¿De qué país?

EVÉLPIDES.

Del de las hermosas triremes (3).

---

(1) El pico de la Abubilla es muy largo, relativamente á su cuerpo.

(2) Sófocles en su *Tereo* presentó la transformacion del protagonista en pájaro, y es de creer que el personaje de Aristófanes trajese una máscara y traje parecidos á los del héroe trágico.

(3) Aténas acababa de equipar una flota para enviarla á Sicilia.

LA ABUBILLA.

¿Sereis jueces? (1).

EVÉLPIDES.

Nada de eso; antijueces (2).

LA ABUBILLA.

¿Se siembra allí ese grano?

EVÉLPIDES.

Rebuscando en todo el campo, hallaréis un poquito.

LA ABUBILLA.

¿Qué os trae aquí?

EVÉLPIDES.

El deseo de hablarte.

LA ABUBILLA.

¿Para qué?

EVÉLPIDES.

Porque en otro tiempo fuiste hombre, como nosotros; en otro tiempo tuviste deudas, como nosotros; y en otro tiempo te gustaba el no pagarlas, como á nosotros: despues, cuando fuiste transformado en ave, recorriste en tu vuelo todos los mares y tierras, y llegaste á reunir la experiencia del pájaro y la del hombre. Esto nos trae á tí para suplicarte que nos indiques alguna pacífica ciudad donde podamos vivir blanda y sosegadamente, como el que se acuesta sobre mullidos cojines.

---

(1) Alusion á la manía censurada en *Las Avispas*.
(2) Es decir, enemigos de procesos.

LA ABUBILLA.

¿Buscas, pues, una ciudad más grande que la de Cranao? (1)

EVÉLPIDES.

Más grande no, más agradable para nosotros.

LA ABUBILLA.

Claro está que buscas un país aristocrático.

EVELPIDES.

¿Yo? ni por pienso: si detesto al hijo de Escélias (2).

LA ABUBILLA.

¿Pues en qué ciudad quereis vivir?

EVÉLPIDES.

En una donde los negocios más importantes sean, por ejemplo, venir muy de mañana á mi puerta un amigo y decirme: «Te ruego por Júpiter olímpico que al salir del baño vengais á mi casa tú y tus hijos, pues voy á dar un banquete de bodas. ¡Cuidado con faltar! ¡Como no vengas, no tienes que poner los piés en mi casa hasta que me abandone la fortuna! (3).

LA ABUBILLA.

Vamos, veo que tienes aficion á las desgracias. ¿Y tú?

---

(1) Aténas.

(2) Juego de palabras: el hijo de Escélias se llamaba *Aristócrates*: fué uno de los principales partidarios del gobierno oligárquico, llamado de los Cuatrocientos, que se estableció en Aténas tres años despues de la representacion de *Las Aves*. (V. TUCIDIDES, VIII, 89.)

(3) Aristófanes supone irónicamente lo contrario del *donec eris felix multos numerabis amicos*.

PISTETERO.

Tengo los mismos gustos.

LA ABUBILLA.

¿Cuáles?

PISTETERO.

Quisiera una ciudad en la que al verme el padre de un hermoso muchacho, me dijese como si le hubiera ofendido: «¡Muy bien, muy bien, Estilbónides! Te encontraste ayer con mi hijo que volvia del baño y del gimnasio, y no fuiste para darle un beso, ni hablarle, ni acariciarle (1). ¿Quién dirá que eres amigo mio?»

LA ABUBILLA.

¡Hola, hola! Pues no es nada las desdichas que apeteces, buen hombre. En la costa del Mar Rojo hay una ciudad, afortunada como la que deseais.

EVÉLPIDES.

¡Ah! no me hables de ciudades marítimas; el mejor dia amaneceria la galera *Salamina* (2) trayendo un alguacil. ¿No puedes decirnos alguna ciudad griega?

---

(1) *Neque testiculos attrectasti.*

(2) La galera *Salamina* sólo se empleaba en las necesidades más apremiantes. Destinábase principalmente á traer á Aténas los ciudadanos fugitivos que habian de ser juzgados. En esta nave se vió obligado á regresar de Sicilia Alcibiades, para responder á la acusacion de sacrilegio por haber mutilado las estatuas de Mercurio. Sabido es que se escapó en el camino. (Tuc., VI, 61.) Este pasaje de Aristófanes sirve al P. Brumoy para apoyar su conjetura sobre la intencion de *Las Aves*, de que se ha hecho mérito en la Noticia preliminar.

LA ABUBILLA.

¿Por qué no emigrais á Lepreo, en Elida?

EVÉLPIDES.

¡Por todos los dioses! aunque no he visto á Lepreo, lo aborrezco ya á causa de Melantio (1).

LA ABUBILLA.

Hay tambien en la Lócrida la ciudad de Opuncio, donde podreis vivir muy bien.

EVÉLPIDES.

No quisiera ser Opuncio (2) ni por un talento de oro. ¿Pero qué tal pasan la vida los pájaros? Tú debes saberlo bien.

LA ABUBILLA.

La vida no es desagradable; en primer lugar, hay que prescindir de la bolsa.

EVÉLPIDES.

Pues con eso habeis suprimido la ocasion de muchos fraudes.

LA ABUBILLA.

Comemos en los jardines sésamo blanco, mirto, amapolas y menta.

EVÉLPIDES.

¿De modo que vivís como recien casados (3).

PISTETERO.

¡Oh! oh! ¡Qué magnífica idea se me ha ocurrido

(1) Poeta trágico, que padecia de lepra.
(2) Es decir, tuerto; porque Opuncio, contemporáneo de Aristófanes, tenía este defecto.
(3) Los recien casados se coronaban de esas plantas y comian tortas de sésamo. Véase la nota al verso 869 de *La Paz*.

para la gente alada! ¡Sereis omnipotentes si me obedeceis!

LA ABUBILLA.

¡Obedecerte! ¿en qué?

PISTETERO.

¿En qué? Primero en no andar revoloteando por todas partes con el pico abierto: eso es indecoroso. Entre nosotros, cuando vemos á uno de esos botarates que no paran un instante, acostumbramos á preguntar: «¿Quién es ese chorlito?» Y Téleas (1) responde: «Es un inconstante; tiene siempre la cabeza á pájaros; no está un momento en un sitio.»

LA ABUBILLA.

Tienes razon, por Baco. ¿Qué hemos de hacer?

PISTETERO.

Fundad una ciudad.

LA ABUBILLA.

¿Qué ciudad hemos de fundar las aves?

PISTETERO.

A la verdad, tu pregunta es necia si las hay. Mira abajo.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora arriba.

LA ABUBILLA.

Ya miro.

PISTETERO.

Ahora vuelve la cabeza á todos lados.

(1) Citado en *La Paz* (v. 1.008) por su glotonería.

LA ABUBILLA.

¿Qué voy á sacar de retorcerme así el pescuezo? (1)

PISTETERO.

¿Ves algo?

LA ABUBILLA.

Sí, las nubes y el cielo.

PISTETERO.

¿No es ese el polo de las aves?

LA ABUBILLA.

¿El polo? ¿qué es polo?

PISTETERO.

Como si dijéramos el país; se llama polo (2) porque gira y atraviesa todo el mundo. Si fundais en él una ciudad y la rodeais de murallas, en vez de polo se llamará poblacion (3); entónces reinaréis sobre los hombres, como ahora sobre las langostas; y mataréis á los dioses de hambre canina (4).

LA ABUBILLA.

¿Cómo?

PISTETERO.

El aire está entre el cielo y la tierra, y del mismo

---

(1) En *Los Caballeros* hemos visto un juego escénico semejante.

(2) *Polo,* de πολεῖν, *girar.*

(3) Las palabras πόλος *(Polo)* y πόλις (ciudad) son muy parecidas en griego.

(4) Lit.: *De hambre meliense,* frase corriente en tiempo de Aristóteles para expresar una necesidad extremada. Su orígen fué el hambre horrible que sufrieron los habitantes de Mélos durante el asedio de los Atenienses en el año diez y seis de la guerra. (V. Tuc., v. 116.)

modo que cuando nosotros queremos ir á Délfos pedimos permiso á los Beocios para pasar, así vosotros, cuando los hombres hagan sacrificios á los dioses, si éstos no os pagan tributo, podreis impedir que el humo de las víctimas atraviese vuestra ciudad y vuestro espacio.

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡oh! lo juro por la tierra, las nubes, los lazos y las redes, jamás he oido una idea más ingeniosa! Estoy dispuesto á fundar contigo esa ciudad, si las demas aves son de mi opinion.

PISTETERO.

¿Quién les dará á conocer el proyecto?

LA ABUBILLA.

Tú mismo. Antes eran bárbaros, pero en el largo tiempo que he estado en su compañía les he enseñado á hablar.

PISTETERO.

¿Pero cómo las vas á convocar?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente. Voy á entrar en esa espesura; despertaré á mi Procne (1) y las llamaremos; en cuanto oigan nuestra voz acudirán sin detenerse.

---

(1) El original dice: «á mi ruiseñor,» porque el nombre de este pájaro es femenino en griego. No traducimos *Filomena*, porque Aristófanes, así como Anacreonte, opinaba que la convertida en ruiseñor despues de la catástrofe de Itis fué Procne, y no su hermana Filomela, como suponia la tradicion aceptada por Virgilio *(Georg.*, IV) y Ovidio *(Metam.*, I, 6), y por la generalidad de los escritores antiguos.

PISTETERO.

¡No te detengas, queridísimo pájaro! Por favor, entra pronto en esa espesura y despierta á tu amable compañera.

LA ABUBILLA.

Despierta, dulce compañera de mi vida; entona esos himnos sagrados que, como armoniosos suspiros, brotan de tu garganta divina cuando con melodiosa y pura voz deploras la triste suerte de nuestro llorado Itis. Tu sonoro canto sube, atravesando los copudos tejos, hasta el trono de Júpiter; junto al cual Febo, de áurea cabellera, responde con los acordes de su lira de marfil á tus plañideras endechas, y reune los coros de los dioses, y de sus bocas inmortales brota un celestial aplauso (1).

(Se oye una flauta dentro.)

PISTETERO.

¡Júpiter soberano! ¡qué garganta la de ese pajarillo! Ha llenado de miel toda la espesura.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Qué hay?

EVÉLPIDES

¿No callarás?

PISTETERO.

¿Por qué?

(1) Este trecho es imitacion ó parodia de otros de Sófocles y Eurípides, en que se ponderaba el canto del ruiseñor.

EVÉLPIDES.

La Abubilla se prepara á entonar nuevos cantos.

LA ABUBILLA.

Esopo, popo, popo, popo, popoí ¡io! ¡io! venid, venid, venid, venid, alados compañeros. Todos cuantos talais las fértiles campiñas, tribus innumerables que recogeis y devorais los granos de cebada, catervas infinitas de rápido vuelo y melodioso canto, acudid, acudid; vosotros, los que posados en un terron os complaceis en gorjear débilmente entre los surcos: tio, tio, tio, tio, tio, tio, tio tio; los que en los jardines saltais sobre las yedras, ó en las montañas picoteais el madroño y la silvestre aceituna, acudid á mi voz: trioto, trioto, toto brix. Vosotros tambien, los que devorais punzadores mosquitos en los valles pantanosos; los que poblais los prados húmedos de rocío y el campo ameno de Maraton; francolines de matizadas alas; aves que revoloteais con los alciones sobre las alborotadas olas del mar, venid á escuchar la grata nueva: congréguense aquí las aves de largo cuello. Sabed que ha venido un anciano ingenioso, autor de una nueva idea; que pretende realizar nuevos proyectos. Venid todos á deliberar aquí. Torotorotorotorotix. Kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix.

PISTETERO.

¿Ves algun pájaro?

EVELPIDES.

Ninguno, por Apolo, aunque estoy mirando al cielo con la boca abierta.

PISTETERO.

Me parece que ha sido inútil que la Abubilla, imitando al pardal (1), se haya metido en el bosque como á empollar huevos.

UN FENICÓPTERO (2).

Torotix, torotix.

PISTETERO.

Ah, querido, ya viene alguna ave.

EVÉLPIDES.

Sí, una ave, ¿pero cuál? ¿Es el pavo real? (3)

PISTETERO.

Ese nos lo dirá. ¿Qué ave es esa?

LA ABUBILLA.

No es de las que veis todos los dias; es una ave acuática.

PISTETERO.

¡Oh qué hermoso color de púrpura fenicia!

---

(1) Pájaro que hace su nido en los agujeros de las peñas.

(2) Zancuda, notable por el hermoso rojo de su plumaje, alternando con un blanco deslumbrador. Su nombre vulgar es *flamenco.*

(3) Los pavos reales eran muy poco conocidos en Aténas en tiempo de Aristófanes, y se enseñaban por dinero, como animales raros. Véase la nota sobre el particular en *Los Acarnienses.*

LA ABUBILLA.

Es verdad, por eso se llama el Fenicóptero.

EVÉLPIDES.

¡Eh! ¡eh! ¡Tú!

PISTETERO.

¿Por qué gritas?

EVÉLPIDES.

Otra ave.

PISTETERO.

Cierto; otra ave, y exótica al parecer. ¿Cómo se llama esa ave montañesa (1) de aspecto tan solemne como estúpido?

LA ABUBILLA.

Se llama el *Meda* (2).

PISTETERO.

¡El Meda! ¡Hércules poderoso! ¿Cómo siendo el Meda ha venido sin camello? (3).

EVÉLPILES.

Ahí se presenta otra ave copetuda.

PISTETERO.

¿Qué prodigio es este? No eres tú la única Abubilla, puesto que hay esa otra.

LA ABUBILLA.

Esa Abubilla es hijo de Filócles, que á su vez es hijo de la Abubilla; yo soy su abuelo paterno; es como si dijeras: Hipónico, hijo

(1) Alusion á una tragedia de Esquilo perdida.
(2) El Escoliasta cree que es el gallo, por ser originario de Persia.
(3) Montura ordinaria de los Persas.

de Cálias (1), y Cálias hijo de Hipónico (2).

PISTETERO.

¿Luego Cálias es un pájaro? ¡Oh, y cómo se le caen las plumas! (3).

LA ABUBILLA.

Es generoso; por eso los delatores le despluman y las mujeres le arrancan las alas.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! Un nuevo pájaro de diversos colores. ¿Cómo se llama ese?

LA ABUBILLA.

El gloton (4).

---

(1) Para descifrar este aparente galimatías es preciso tener en cuenta que Aristófanes hace una doble alusion á la fealdad de Filócles y á sus plagios. Filócles, en efecto, tenía el cráneo muy punteagudo, lo cual le daba cierta semejanza con la Abubilla y con la Alondra, á la que se le compara más adelante (*Aves*, 1.295), al darle por apodo el nombre de este pájaro. Compuso además *La Pandiónida*, tetralogia de la cual formaba parte el *Tereo*, tragedia en que sin duda plagió inconsideradamente á otra del mismo título de Sófocles. De suerte que el texto aclarado es: «Esa tragedia titulada *Tereo* es produccion de la fantasía de Filócles, que la tomó del *Tereo* de Sófocles, y yo *(Tereo)* soy el que con mis aventuras he dado asunto á ambas.»

(2) Cálias era *daduco (porta-antorcha)* en los misterios de Céres, y asistió revestido de sus hábitos sacerdotales á la batalla de Maraton. Un Persa á quien hizo prisionero le entregó un tesoro, que fué la base de su fortuna. Este mismo Cálias fué vencedor en las carreras de caballos de los Juegos olímpicos, en memoria de cuyo triunfo llamó Hipónico á su hijo.

(3) Cálias se habia arruinado por mala conducta.

(4) Lit.: el *catofagas*, es decir, que come con la cabeza baja. Pájaro granívoro, segun Suidas.

PISTETERO.

¿Hay, pues, otro gloton además de Cleónimo?

EVÉLPIDES.

¿Crees que si fuese Cleónimo hubiera podido conservar el penacho? (1).

PISTETERO.

¿Pero qué significan todas esas crestas? ¿Quizá acuden estas aves á disputar el premio del doble estadio? (2).

LA ABUBILLA.

Son como los Cários (3), que no abandonan las crestas de las montañas para estar más seguros.

PISTETERO.

¡Oh Neptuno! ¡Mira, mira qué terrible multitud de aves se reune!

EVÉLPIDES.

¡Soberano Apolo! ¡Qué nube! ¡Oh! ¡oh! Sus alas no dejan ver la entrada de la escena.

PISTETERO.

Esa es la perdiz; aquel el francolin; ese el penélope; el otro el alcion.

---

(1) Alusiones á la voracidad y cobardía de Cleónimo, que, como vamos viendo, nunca escapa sin su correspondiente lancetazo.

(2) Los que corrian en el *diaulo* ó doble estadio llevaban un penacho. Este juego, que era uno de los olímpicos, consistia, como indica su nombre, en recorrer dos veces toda la extension del campo.

(3) Juego de palabras insustancial, basado en que λόφος significa *cresta* y *colina*. Se atribuia á los Cários, pueblo belicoso, la invencion de los penachos. (Herod., *Hist.*, I, 171.)

EVÉLPIDES.

¿Y aquel que viene detras del alcion?

PISTETERO.

¿Ese? el barbero (1).

EVÉLPIDES.

¿Cómo? ¿el barbero es pájaro?

PISTETERO.

¿Pues no lo es Espórgilo, y de cuenta? (2). Ahí viene la lechuza.

EVELPIDES.

¿Qué dices? ¿quién trae una lechuza á Atenas? (3).

PISTETERO.

Mira, mira, la urraca, la tórtola, la alondra, el eleas, la hipotímis, la paloma, el nerto, el azor, la torcaz, el cuco, el eritropo, la ceblepíris, el porfirion (4), el cernícalo, el somormujo, la ampélis, el quebrantahuesos, el pico.

EVÉLPIDES.

¡Oh! ¡oh! ¡Cuántas aves! ¡Oh cuántos mirlos. ¡Cómo pían y corren con estrépito! Pero qué, ¿nos amenazan? ¡Ay! cómo abren los picos y nos miran!

PISTETERO.

Me parece lo mismo.

---

(1) *Ceirilo*, nombre de pájaro, cuya raíz significa *rasurar*, por lo cual alude el poeta á Espórgilo.

(2) Barbero de Aténas, cuyo establecimiento gozaba de mala fama, segun Platon el Cómico en *Los Sofistas*.

(3) Frase proverbial equivalente á la nuestra «llevar agua al rio.»

(4) O *polla sultana:* el nombre griego, aceptado en los libros de historia natural, es más expresivo y exacto.

CORO.

¿Po po po po po po por dónde anda el que me llamó? ¿En qué lugar se encuentra?

LA ABUBILLA.

Estoy aquí hace tiempo; yo nunca abandono á los amigos.

CORO.

¿Ti ti ti ti ti ti ti tienes algo bueno que decirme?

LA ABUBILLA.

Un asunto de interes comun, seguro, justo, agradable, útil. Dos hombres de sutil ingenio han venido á buscarme.

CORO.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué dices?

LA ABUBILLA.

Digo, que dos ancianos han venido del país de los hombres, á proponernos una empresa prodigiosa.

CORO.

¡Oh tú que perpetraste el mayor crímen de que he oido hablar en mi vida! ¿qué es lo que estás diciendo?

LA ABUBILLA.

No te asustes de mis palabras.

CORO.

¿Qué has hecho?

LA ABUBILLA.

Acoger á dos hombres que desean vivir con nosotros.

CORO.

¿Y te has atrevido?

LA ABUBILLA.

Y cada vez me alegro más.

CORO.

¿Y están ya entre nosotros?

LA ABUBILLA.

Como yo.

CORO.

¡Ay, estamos vendidos; somos víctimas de la traicion más negra! Nuestro amigo, el que partia con nosotros el fruto de los campos, ha hollado nuestras antiguas leyes, ha quebrantado los juramentos de las aves; nos ha atraido á un lazo, nos ha puesto en manos de una raza impía con la que estamos en guerra desde que vimos la luz. Tú, traidor, nos darás luégo cuenta de tus actos; mas primero castiguemos á esos hombres. ¡Ea! ¡á despedazarlos!

PISTETERO.

¡Somos perdidos!

EVÉLPIDES.

Tú solo tienes la culpa de lo que nos sucede. ¿Para qué me trajiste?

PISTETERO.

Para tenerte á mi lado.

EVÉLPIDES.

Mejor para hacerme llorar á mares.

PISTETERO.

Tú deliras: ¿cómo has de llorar cuando te hayan sacado los ojos? (1)

(1) Alusion á los trágicos, que hacian derramar lágrimas á Edipo despues de haberse arrancado los ojos.

CORO.

¡Io! ¡Io! ¡al ataque! precipítate sobre el enemigo; hiérele mortalmente; despliega tus alas; envuelve con ellas á esos hombres; que paguen su culpa y den alimento á nuestros picos. Nada podrá librarles de mi furor; ni las sombrías montañas, ni las etéreas nubes, ni el piélago espumoso. ¡Ea, caigamos sobre ellos y desgarrémosles sin tardanza! ¿Dónde está el taxiarco? Que haga avanzar el ala derecha (1).

EVÉLPIDES.

Llegó el momento supremo. ¿A dónde huiré, infeliz?

PISTETERO.

¡Eh! firme en tu puesto.

EVÉLPIDES.

¿Para qué me hagan trizas?

PISTETERO.

¿Pues cómo piensas escaparte?

EVÉLPIDES.

No lo sé.

PISTETERO.

Pues yo te digo que es preciso combatir á pié firme y coger las ollas.

EVÉLPIDES.

¿De qué nos servirá la olla?

PISTETERO.

La lechuza no nos acometerá (2).

(1) Nótese la semejanza de esta escena con las análogas de *Los Acarnienses* y *Las Avispas*.

(2) Reconociéndoles por Atenienses.

EVÉLPIDES.

¿Y contra esas de ganchudas uñas?

PISTETERO.

Coge el asador y ponlo en ristre.

EVÉLPIDES.

¿Y los ojos?

PISTETERO.

Defiéndelos con un plato ó con la vinagrera.

EVÉLPIDES.

¡Qué ingenio! ¡qué habilidad digna de un general consumado! Sabes más estrategia que Nícias (1).

CORO.

Adelante, adelante (2), con el pico bajo: no retrasarse. Pica, desgarra, hiere, arranca, rompe primero la olla.

LA ABUBILLA.

Deteneos: decidme, animales cruelísimos, ¿por qué quereis matar y despedazar á dos hombres que ningun mal os han hecho y que son además de la misma tribu y familia que mi esposa? (3).

CORO.

Pues qué, ¿se perdona á los lobos? ¿No son nuestros más feroces enemigos? Nunca encontraremos otros más dignos de castigo.

---

(1) Las estratagemas empleadas recientemente por Nícias en el sitio de Mélos le habian dado celebridad.

(2) Lit.: ¡Elelelcu! grito de guerra.

(3) De la tribu de Pandion, de quien fué hija Procne esposa de Tereo.

LA ABUBILLA.

Si la naturaleza los hizo enemigos, su intencion les hace amigos, y vienen aquí á darnos un consejo útil.

CORO.

¿Qué consejo útil pueden darnos ni decirnos los enemigos de nuestros abuelos?

LA ABUBILLA.

Los sabios aprenden muchas cosas de sus enemigos. La desconfianza es la madre de la seguridad. Con un amigo jamás aprenderíamos á ser cautos, al paso que un enemigo nos obliga á serlo; las ciudades en un principio aprendieron de sus enemigos, y no de sus amigos, á rodearse de altas murallas, y á construir largas naves, y con esta leccion á defender hijos, casas y haciendas.

CORO.

Sea: me parece que podrá ser útil el oirles ántes; puede recibirse alguna buena leccion de un enemigo.

PISTETERO.

Su cólera parece calmarse. Retrocede un paso.

LA ABUBILLA.

Es muy justo; debeis de estarme agradecidos.

CORO.

En ninguna otra cosa te hemos sido contrarios.

PISTETERO.

Cada vez se manifiestan más pacíficos; por consiguiente, deja en el suelo la olla y los platos: ahora con la lanza terciada, digo, con el asa-

dor, paseémonos dentro del campamento, junto á la olla, y sin perderla de vista. No debemos huir.

EVÉLPIDES.

Tienes razon. Y si morimos, ¿dónde nos enterrarán?

PISTETERO.

En el Cerámico (1). Para ser sepultados á cuenta del Estado, diremos que hemos muerto peleando con los enemigos junto á Orneas (2).

CORO.

Todo el mundo á su puesto: depongamos nuestra cólera como el soldado sus armas; preguntemos quiénes son, de dónde vienen y qué proyectan. ¡Eh, Abubilla! Ven acá.

LA ABUBILLA.

¿Qué deseas saber?

CORO.

¿Quiénes son esos hombres, y de dónde vienen?

LA ABUBILLA.

Son extranjeros, venidos de Grecia, la patria de los sabios.

---

(1) Lugar en que se verificaban los enterramientos. Habia dos Cerámicos; uno exterior, donde eran sepultados los que habian muerto en el campo de batalla, y otro dentro de la ciudad, en el cual estaban los lupanares.

(2) Ciudad del Peloponeso, entre Corinto y Sicione, cuyo nombre significa *pájaro*. Poco ántes de la representacion de *Las Aves*, los Atenienses habian sido derrotados en sus inmediaciones.

CORO.

¿Qué les ha inducido venir á buscarnos?

LA ABUBILLA.

La aficion á vuestra vida y costumbres, y el deseo de participarla y vivir con nosotros.

CORO.

¡Será verdad! ¿y cuáles son sus proyectos?

LA ABUBILLA.

Increibles, inauditos.

CORO.

¿Hallan alguna ventaja en habitar aquí, ó esperan que viviendo con nosotros podrán vencer á su enemigo y favorecer á sus amigos?

LA ABUBILLA.

Nos anuncian una felicidad inmensa, indecible é increible, y demuestran con irrefutables argumentos que cuanto hay aquí y allí, y en todas partes, todo nos pertenece.

CORO.

¿Estarán locos?

LA ABUBILLA.

Su discrecion no es para dicha.

CORO.

¿Tienen talento?

LA ABUBILLA.

Son dos zorros redomados, la astucia personificada, gente muy corrida é ingeniosa.

CORO.

Diles, diles que vengan á hablarnos. Sin más que oir tus palabras, ya vuelo de gozo.

LA ABUBILLA (1).

Recoged vosotros esas armas y colgadlas de nuevo en la cocina, junto al hogar (2), bajo la proteccion de los dioses domésticos. *(A Pistetero)* Expon y demuestra á la asamblea el objeto para el cual ha sido convocada.

PISTETERO.

No, por Apolo; nada diré miéntras no prometan, como aquel mono armero á su mujer, no morderme, ni desgarrarme, ni taladrarme...

CORO.

¿El...? Nada temas.

PISTETERO.

No, los ojos.

CORO.

Lo prometo.

PISTETERO.

Júralo.

CORO.

Lo juro, y si cumplo mi promesa, que obtenga el premio por el voto unánime de todos los jueces y espectadores.

PISTETERO.

Convenido.

CORO.

Y si no la cumplo, que la gane por un solo voto.

PISTETERO.

¡Pueblos, escuchad! Recojan los soldados sus ar-

(1) Dirigiéndose á los esclavos.
(2) En *Los Acarnienses*, 279, hemos visto indicada la misma costumbre de colgar las armas junto al hogar.

mas y vuelvan á sus hogares, é infórmense de las órdenes que se fijen en los tablones (1).

CORO.

El hombre es un sér siempre y en todo falso; habla tú, sin embargo. Quizá me reveles algun proyecto que te parezca útil, ó un medio de aumentar mi poder que á mí se me haya pasado por alto y que tú hayas visto. Habla; en inteligencia de que lo haces para el bien general, porque los bienes que me procures los dividiré contigo. Manifiesta confiadamente los proyectos que te han traido aquí, pues por ningun pretexto romperé la tregua que contigo he pactado.

PISTETERO.

No deseo otra cosa: la masa de mi discurso está ya dispuesta y sólo me falta sobarla. Esclavo, tráeme una corona y agua para las manos; pero pronto.

EVÉLPIDES.

¿Vamos á cenar ó qué? (2).

PISTETERO.

No, por Júpiter; estoy buscando algunas palabras magníficas y sustanciosas para ablandar sus ánimos (*Dirigiéndose al Coro*). Sufro tanto por vosotros que en otro tiempo fuisteis reyes...

CORO.

¡Nosotros reyes! ¿De quién?

---

(1) Fórmula empleada para la promulgacion de las leyes.

(2) Los preparativos para pronunciar un discurso y ponerse á la mesa eran idénticos.

PISTETERO.

Reyes de todo cuanto existe; de mí, en primer lugar; de éste; del mismo Júpiter; porque sois anteriores á Saturno, á los Titanes y á la Tierra.

CORO.

¿A la Tierra?

PISTETERO.

Sí, por Apolo.

CORO.

No habia oido semejante cosa.

PISTETERO.

Es que sois ignorantes y descuidados y no habeis manoseado á Esopo. Esopo dice que la alondra nació ántes que todos los séres y que la misma Tierra: su padre murió de enfermedad, cuando la Tierra áun no existia; permaneció cinco dias insepulto, hasta que la alondra, ingeniosa por la fuerza de la necesidad, enterró á su padre en su cabeza.

EVÉLPIDES.

Por eso el padre de la alondra yace ahora en Céfale (1).

LA ABUBILLA.

¿De modo que si las aves son anteriores á la Tierra y á los dioses, á ellas les pertenecerá el mando por derecho de antigüedad?

EVÉLPIDES.

Esa es la verdad: procura, por tanto, fortificar tu pico, pues Júpiter no devolverá así como quiera su cetro al pito real.

---

(1) Nombre de un demo del Atica, que significa *cabeza*.

PISTETERO.

Hay infinitas pruebas de que las aves, y no los dioses, reinaron sobre los hombres en la más remota antigüedad. Principiaré por citaros al gallo, que fué rey y mandó á los Persas ántes que todos sus monarcas, ántes que Darío y Megabíses; y en memoria de su reinado se le llama todavía el ave pérsica.

EVÉLPIDES.

Por eso es la única de las aves que anda majestuosamente, como el gran rey, con la tiara recta sobre la cabeza (1).

PISTETERO.

Fué tan grande su poder y tan respetada su auridad, que hoy mismo, como un vestigio de su dignidad antigua, en cuanto canta al amanecer, corren al trabajo y se calzan en la oscuridad todos los herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, panaderos, y fabricantes de liras y de escudos.

EVÉLPIDES.

Pregúntamelo á mí; precisamente un gallo ha tenido la culpa de que perdiese un fino manto de lana frigia. Estaba yo en la ciudad convidado á un banquete que se daba para celebrar el acto de poner nombre á un niño; bebí algo y empecé á dormitar; en esto, y ántes de que los demas convidados se sentasen á la mesa, se le ocurre cantar á un gallo: creyendo que era de dia, marcho en direc-

(1) Los demas personajes la llevaban inclinada.

cion á Alimunte (1); apénas salgo extramuros, un ladron me asesta en la espalda un terrible garrotazo; caigo al suelo; voy á pedir socorro; pero era tarde, ya habia desaparecido con mi manto.

PISTETERO.

El milano fué antiguamente jefe y rey de los Griegos.

LA ABUBILLA.

¿De los Griegos?

PISTETERO.

Él fué durante su reinado quien les enseñó á arrodillarse á la vista de los milanos (2).

EVÉLPIDES.

Sí, por Baco; un dia que me prosterné en presencia de uno de ellos, me eché al suelo con la boca abierta y me tragué un óbolo (3); por lo cual volví á casa con mi saco vacío (4).

PISTETERO.

El cuco fué rey del Egipto y de toda la Fenicia; así es que cuando cantaba ¡cúcu! todos los Fenicios iban al campo á segar el trigo y la cebada.

EVELPIDES.

De ahí sin duda viene el proverbio: ¡Cúcu! los circuncidados al campo (5).

(1) Demo del Atica.
(2) El milano aparecia en Grecia al empezar el buen tiempo. Los pobres celebraban su venida.
(3) De los que llevaba en la boca, segun costumbre muy generalizada.
(4) Sin duda el saco que llevaba para traer la harina comprada con el óbolo tragado.
(5) Los Egipcios y Fenicios practicaban la circuncision.

PISTETERO.

Tan grande fué el poder de la gente alada, que los reyes de las ciudades griegas, Agamenon y Menelao, llevaban en el extremo de su cetro una ave que participaba de sus presentes.

EVÉLPIDES.

No sabía yo eso; así es que me admiraba cuando Priamo se presentaba en las tragedias con un pájaro que observaba fijamente á Lisicrátes (1) y los regalos con que se deja sobornar.

PISTETERO.

Pero oid la prueba más contundente. Júpiter, que ahora reina, lleva sobre su cabeza un águila, atributo de su soberanía; su hija lleva una lechuza; y Apolo, su ministro, un azor.

EVÉLPIDES.

¡Es verdad, por la venerable Céres! ¿Mas para qué llevan esas aves?

PISTETERO.

Para que en los sacrificios, cuando, segun el rito, se ofrecen las entrañas á los dioses, ellas reciban su parte ántes que Júpiter. Entónces ningun hombre juraba por los dioses, sino todos por las aves; y hoy mismo cuando Lampon engaña á alguno suele jurar por el ganso (2). ¡En tanta estima

---

(1) General ateniense, ambicioso y venal. Aristófanes se burla en otros pasajes de su fealdad y de su manía de teñirse los cabellos (*Las Junteras*, 630, 736).

(2) En griego no hay más diferencia que de una letra entre el nombre de Júpiter y el del ganso, Ζῆνα y χῆνα. Lampon era un adivino.

y veneracion tenian entónces á los que ahora sois considerados como imbéciles y esclavos viles! Hoy os apedrean como á los dementes; hoy os arrojan de los templos; hoy infinitos cazadores os tienden lazos y preparan contra vosotros varetas, cepos, hilos, redes y pihuelas; hoy os venden á granel despues de cogidos, y ¡oh colmo de ignominia! los compradores os tantean para ver si estais gordos. ¡Y si se contentasen á lo ménos con asaros! pero hacen un menudo picadillo de silfio y queso, aceite y vinagre; le agregan otros condimentos dulces y crasos, y derraman sobre vosotros esta salsa hirviente como si fueseis carnes corrompidas.

CORO.

Acabas de hacernos, hombre querido, un triste, tristísimo relato. ¡Cuánto deploro la incuria de mis padres que, léjos de trasmitirme los honores heredados de sus abuelos, consintieron que fuesen abolidos! Pero sin duda algun númen propicio te envía para que me salves; á tí me entrego, pues, confiadamente con mis pobres polluelos. Dínos lo que hay que hacer; porque seríamos indignos de vivir, si por cualquier medio no reconquistáramos nuestra soberanía.

PISTETERO.

Opino primeramente que todas las aves se reunan en una sola ciudad, y que las llanuras del aire y de este inmenso espacio se circunden de un muro de grandes ladrillos cocidos, como los de Babilonia.

LA ABUBILLA.

¡Oh Cebrion, oh Porfirion (1), qué terrible plaza fuerte!

PISTETERO.

Cuando hayais construido esa muralla, reclamaréis el mando á Júpiter; si se niega y no quiere acceder, obstinado en su sinrazon, declaradle una guerra sagrada y prohibid á los dioses que atraviesen como ántes vuestros dominios y que desciendan á la tierra enardecidos por su adúltero amor á las Alcmenas, Alopes y Semeles; y si se presentan, ponedles en estado de no gozarlas más (2). Enviad en seguida otro alado embajador á los hombres para que les haga entender que, siendo las aves dueñas del mundo, á ellas deben ofrecer primero sus sacrificios y despues á los dioses, y que deberán agregar á cada divinidad el ave que le convenga; si, por ejemplo, sacrifican á Vénus, ofrecerán al mismo tiempo cebada á la picaza marítima; si matan una oveja en honor de Neptuno, presentarán granos de trigo al ánade; si un buey á Hércules, tortas con miel á la gaviota; si inmolan un carnero en las aras de Júpiter rey, rey es tambien el reyezuelo, y por consiguiente habrá de consagrársele, ántes que al mismo Júpiter, un mosquito macho.

---

(1) Nombres de pájaros y de gigantes.
(2) *Ut mentulam eis annulo constringatis, ne amplius illas futuant.*

EVÉLPIDES.

Me agrada ese sacrificio de un mosquito. ¡Que truene ahora el gran Júpiter!

LA ABUBILLA.

¿Pero cómo nos tendrán los hombres por dioses, y no por grajos, al ver que volamos y tenemos alas?

PISTETERO.

No sabes lo que dices. Mercurio, siendo todo un dios, tiene alas y vuela, y lo mismo otras muchas divinidades: la Victoria vuela con alas de oro, el Amor tiene las suyas, y Homero compara á Íris con una tímida paloma (1).

LA ABUBILLA.

¿No tronará Júpiter? ¿No lanzará contra nosotros su alígero rayo?

PISTETERO.

Si los hombres en su ceguedad se obstinan en despreciaros, y en tener por dioses sólo á los del Olimpo, lanzad sobre la tierra una nube de gorriones que arrebaten de los surcos las semillas: veremos si Céres baja á distribuir trigo á los hambrientos.

EVELPIDES.

No lo hará, de seguro: vereis cómo alega mil pretextos.

PISTETERO.

Además, que los cuervos, para probar que sois dioses, saquen los ojos á los bueyes de labranza y

(1) La comparacion de Homero se refiere á Juno y Minerva y no á Íris. Sin duda esta es una de las correcciones que ha sufrido el texto de la *Ilíada*.

á otros ganados, y que en seguida los cure Apolo, que es médico; para eso le pagan.

EVÉLPIDES.

¡Eh, no! aguarda á que haya vendido mi parejita.

PISTETERO.

Por el contrario, si los hombres os tienen á tí por un dios, á tí por la vida, á tí por Saturno, á tí por Neptuno, lloverán sobre ellos todos los bienes.

LA ABUBILLA.

Dime siquiera uno de ellos.

PISTETERO.

En primer lugar, las langostas no devorarán las flores de sus viñas, porque un solo escuadron de lechuzas y cernícalos dará buena cuenta de ellas. Despues sus higos estarán libres de mosquitos y cínifes, que serán devorados por un escuadron de tordos.

LA ABUBILLA.

¿Cómo les daremos las riquezas, que es lo que más quieren?

PISTETERO.

Cuando consulten á las aves, indicaréis al adivino las minas más ricas y los tráficos más lucrativos; ni un marino perecerá.

LA ABUBILLA.

¿Por qué no perecerá?

PISTETERO.

Porque cuando consulte los auspicios sobre la navegacion no faltará nunca un ave que le diga: «No te embarques; habrá tempestad;» ó «embárcate; tendrás ganancias.»

EVÉLPIDES.

Compro un navío, y me lanzo al mar; no quiero ya vivir con vosotros.

PISTETERO.

Revelaréis tambien á los hombres el lugar donde se ocultan los tesoros enterrados por sus padres; porque todas lo sabeis. De aquí el proverbio: «Nadie sabe dónde está mi tesoro, como no sea algun pájaro.»

EVÉLPIDES.

Vendo mi barco; compro un azadon, y ¡á desenterrar ollas de oro!

LA ABUBILLA.

¿Y cómo darles la salud que vive entre los dioses?

PISTETERO.

¿Qué mejor salud que la felicidad? Créeme, un hombre desgraciado nunca está bueno.

LA ABUBILLA.

¿Pero como llegarán á la vejez? porque como ésta habita en el Olimpo, habrán de morir en la infancia.

PISTETERO.

Todo lo contrario, las aves prolongaréis su vida trescientos años.

LA ABUBILLA.

¿De quién los tomaremos?

PISTETERO.

¿De quién? de vosotros mismos. ¿Ignoras que la graznadora corneja vive cinco vidas de hombre?

EVÉLPIDES.

¡Ah, cuánto más grato será su imperio que el de Júpiter!

PISTETERO.

¿Quién lo duda? En primer lugar, no tendremos que consagrarles templos de piedra cerrados con puertas de oro, porque habitarán entre el follaje de las encinas: un olivo será el templo de las aves más veneradas; además para ofrecerles sacrificios no habrá que hacer un viaje á Délfos ó Amnon (1). sino que parándonos delante de los madroños y acebuches, les presentaremos un puñado de trigo ó de cebada, suplicándoles, con las manos extendidas, que nos concedan parte de sus bienes, y los conseguiremos sin más dispendios que un poquillo de grano.

CORO.

¡Oh anciano, que despues de haberme sido tan odioso me eres ahora tan querido, nunca por mi voluntad me apartaré de tus consejos! Animado por tus palabras he prometido y jurado, que si tú, fiel á tus santas promesas, te unes á mí, sin dolo alguno, para atacar á los dioses, éstos no conservarán mucho tiempo el cetro que me pertenece. Todo lo que dependa de la fuerza, queda á nuestro cargo; y al tuyo lo que exija habilidad y consejo.

LA ABUBILLA.

¡Por Júpiter! no es tiempo de dormirse y dar

(1) Templo y oráculo de Júpiter en Libia.

largas á la manera de Nícias (1), sino de obrar con energía y rapidez. Entrad en mi nido de pajas y ramaje, y decidnos vuestros nombres.

PISTETERO.

Es fácil: me llamo Pistetero.

LA ABUBILLA.

¿Y ese?

PISTETERO.

Evélpides, de la aldea de Cria.

LA ABUBILLA.

Salud á entrambos.

PISTETERO.

Aceptamos el augurio.

LA ABUBILLA.

Entrad, pues.

PISTETERO.

Vamos, dirígenos tú.

LA ABUBILLA.

Venid.

PISTETERO.

¡Ah cielos! ven, vuelve acá. ¿Cómo éste, y yo que no tenemos alas, os hemos de seguir cuando voleis?

LA ABUBILLA.

Muy fácilmente.

PISTETERO.

Piénsalo bien: mira que Esopo dice en sus fábulas que á la zorra le causó grave perjuicio su alianza con el águila (2).

---

(1) Tenía fama de moroso en sus operaciones militares. (V. Tuc. vi, 25, y Plutarco, *Vida de Nicias.*)

(2) Se conserva un fragmento de Arquíloco sobre esta

LA ABUBILLA.

Nada temas; hay una raíz, que en cuanto la comais os saldrán alas.

PISTETERO.

Entremos con esa condicion. Ea, Jántias, y tú, Manodoro (1), coged nuestro equipaje.

CORO.

¡Hola! ¡eh, Abubilla! á tí te llamo.

LA ABUBILLA.

¿Qué me quieres?

CORO.

Llévate á esos y dáles bien de comer; pero déjanos á la melodiosa Procne, cuyos cantos son dignos de las musas: hazla salir para que nos divirtamos con ella.

PISTETERO.

Sí, cede á sus deseos: hazla salir de entre las floridas cañas. Por los dioses te pido que la llames para que contemplemos tambien nosotros al ruiseñor.

LA ABUBILLA.

Puesto que lo deseais, fuerza es obedeceros: sál, Procne, y muéstrate á nuestros huéspedes.

(Sale Procne.) (2)

---

fábula. (V. APRAIZ, *Estudios sobre la fábula*, publicados en *El Ateneo*, tom. I, p. 113.)

(1) Nombres de esclavos.

(2) Segun el Escoliasta, el atavío de Procne imitaba el traje de las cortesanas y el plumaje del ruiseñor.

PISTETERO.

¡Oh venerado Júpiter! ¡Qué hermosa avecilla! ¿Qué tierna! ¡Qué brillante!

EVELPIDES.

¿Sabes que la estrecharia con gusto entre mis brazos? (1)

PISTETERO.

¡Cuánto oro trae sobre sí! Parece una doncella.

EVELPIDES.

Tentado estoy de darle un beso.

PISTETERO.

Pero, desdichado, ¿no ves qne tiene por pico dos asadores?

EVÉLPIDES.

¿Qué importa? ¿Hay más que quitarle la cascarilla que le cubre la cabeza como si fuese un huevo, y besarla despues.

LA ABUBILLA.

Vamos.

PISTETERO.

Guíanos en hora buena.

CORO.

Amable avecilla, el más querido de mis alados compañeros, mi señor, que presides nuestros cantos; al fin viniste á mi presencia; viniste para dejar oir tu suavísimo gorjeo. Tú, que en la flauta armoniosa tañes primaverales melodías, preludia

(1) *Quam ipsi crura lubens divaricarem.*

nuestros anapestos (1). Ciegos humanos, semejantes á la hoja ligera, impotentes criaturas hechas de barro deleznable, míseros mortales que, privados de alas, pasais vuestra vida fugaz como vanas sombras ó ensueños mentirosos, escuchad á las aves, séres inmortales y eternos, aéreos, exentos de la vejez, y ocupados siempre en pensamientos perdurables; nosotros os daremos á conocer los fenómenos celestes, la naturaleza de las aves, y el verdadero orígen de los dioses, de los rios, del Erebo y del Cáos; con tal enseñanza podreis causar envidia al mismo Pródico (2). En el principio sólo existian el Cáos y la Noche, el negro Erebo y el profundo Tártaro; la Tierra, el Aire y el Cielo no habian nacido todavía; al fin, la Noche de negras alas puso en el seno infinito del Erebo un huevo sin gérmen, del cual, tras el proceso de largos siglos, nació el apetecido Amor con alas de oro resplandeciente, y rápido como el torbellino. El Amor, uniéndose en los abismos del Tártaro al Cáos alado y tenebroso engendró nuestra raza, la primera que nació á la luz. La de los inmortales no existia ántes de que el Amor mezclase los gérmenes de todas las cosas; pero, al confundirlos, brotaron de tan sublime union el Cielo, la Tierra, el Océano, y la raza eterna de las deidades bienaventuradas. Hé aquí cómo nosotros somos muchísimo más antiguos que los dioses. Nosotros

(1) Sigue la *Parábasis*.
(2) Filósofo citado en *Las Nubes*. (V. la nota al v. 361.)

somos hijos del Amor; mil pruebas lo confirman; volamos como él, y favorecemos á los amantes. ¡Cuántos lindos muchachos habiendo jurado ser insensibles, se rindieron á sus amantes al declinar su edad florida, vencidos por el regalo de una codorniz, de un porfirion, de un ánade ó de un gallo! Nos deben los mortales sus mayores bienes. En primer lugar, anunciamos las estaciones; la primavera, el invierno y el otoño: la grulla al emigrar á Libia advierte al labrador (1) que siembre; al piloto que cuelgue el timon (2) y se entregue al descanso; á Oréstes (3) que se mande tejer un manto, para que el frio no le incite á robárselo á los transeuntes. El milano anuncia, al aparecer, otra estacion y el momento oportuno de trasquilar los primaverales vellones; y la golondrina dice que ya es preciso abandonar el manto y vestirse una túnica ligera. Las aves reemplazamos para vosotros á Anmon, á Délfos, á Dodona y á Apolo. Para todo negocio comercial, ó compra de víveres, ó matrimonios nos consultais préviamente y dais el nombre de *auspicios* á todo cuanto sirve para revelaros el porvenir: una palabra es un auspicio (4); un estornudo es un auspicio; un encuentro es un auspicio;

(1) Estos pronósticos se encuentran en *Las obras y los dias* de Hesiodo (v. 45, 448, 629.)

(2) El timon se separaba de la nave cuando no estaba en el mar.

(3) Famoso caco ateniense. (Vid. *Acarnienses*, 1.167.)

(4) Lit.: un *pájaro*. Empleamos la palabra *auspicio* en cuya composicion entra el nombre de Ave.

una voz (1) es un auspicio; el nombre de un esclavo es un auspicio; un asno es un auspicio. ¿No está claro que somos para vosotros el fatídico Apolo? Si nos reconoceis por dioses, hallaréis en nosotros las Musas proféticas, los vientos suaves, las estaciones, el invierno, el estío, un calor moderado; no iremos como Júpiter á posarnos orgullosos sobre las nubes, sino que, viviendo á vuestro lado, dispensaremos á vosotros y á vuestros hijos, y á los hijos de vuestros hijos, riquezas y salud, felicidad, larga vida, paz, juventud, risas, danzas, banquetes, delicias increibles (2); en fin, tal abundancia de bienes, que llegaréis á saciaros. ¡Tan ricos sereis todos!

Musa silvestre de variados tonos, tio tio tio tio tio tio tio tix (3), yo canto contigo en las selvas y en la cumbre de los montes, tio tio tio tio tix, posado entre el follaje de un fresno copudo, tio tio tio tio tix, exhalo de mi delicada garganta himnos sagrados, tio tio tio tix que se unen en las montañas á los augustos coros en honor de Pan y la madre de los dioses, to to to to to to to to to tix. En ellos, á modo de abeja, liba Frínico el néctar de sus inmortales versos y de sus dulcísimas canciones, tio tio tio tio tix.

Espectadores, si alguno de vosotros quiere pasar dulcemente su existencia viviendo con las aves,

(1) Oida por casualidad, se entiende.
(2) Lit.: *leche de pájaros*, que es como si dijéramos una vida de Jauja.
(3) Imitaciones del canto de varias aves.

que acuda á nosotros. Todo lo que en la tierra es torpe y se halla prohibido por las leyes, goza entre la gente alígera de no pequeño honor. Entre los hombres, por ejemplo, es un crímen odioso el pegar á su padre; entre las aves nada más bello que acometerle gritando: si riñes, coge tu espolon. El siervo prófugo, marcado con infamante estigma (1), pasa aquí por pintado francolin: un bárbaro, un frigio, tal como Espíntaro, será entre nosotros el frigilo, de la familia de Filemon (2): un esclavo de Caria, Execéstides (3), por ejemplo, podria proveerse entre las aves de abuelos y parientes. ¿Qué más? ¿Quiere el hijo de Písias (4) abrir las puertas á los infames? pues trasfórmese en perdiz, digno hijo de su padre, que por acá no es deshonroso escaparse como la perdiz.

Así los cisnes, tio tio tio tio tio tio tio tix, uniendo sus voces y batiendo las alas, cantan á Apolo tio tio tio tix; deteniéndose en las orillas del Hebro (5), tio tio tio tix, sus acentos atraviesan las etéreas nubes; escúchanlos las fieras arrobadas y el mar serenando sus olas, to to to to to to to to to tix; todo el olimpo resuena: los Dioses inmortales, las Musas y las Gracias repiten gozosos aquella melo-

(1) Se hacía una marca en la frente á los esclavos fugitivos.

(2) Abuelo de Espíntaro, á quien echa en cara su cualidad de extranjero.

(3) Véase la nota al verso 11 de esta comedia.

(4) Se cree fué uno de los que mutilaron las estatuas de Mercurio la víspera de la expedicion á Sicilia.

(5) Rio de Tracia (hoy *Marizza).*

día, tio tio tio tix. Nada hay mejor, nada hay más agradable que tener alas. Si uno de vosotros las tuviese, podria, cuando asistiendo impaciente y mal humorado á una interminable tragedia se siente desfallecer de hambre, volar á su casa, comer, y regresar satisfecho su apetito. Si Patróclides se viera acosado en el teatro por una apremiante necesidad, no tendria que ensuciar su manto, pues volaria á otra parte, y despues de desahogarse, tornaria á su asiento recobradas las fuerzas. Aún más: si alguno de vosotros, no importa quién, abrasado por adúltera llama, distinguia al marido de su amante en las gradas de los Senadores, podria extendiendo sus alas trasladarse á la amorosa cita, y satisfecha su pasion volver á su puesto. ¿Comprendeis ahora las inmensas ventajas de ser alado? Por eso Diitrefes (1), aunque sólo tiene alas de mimbre, ha sido nombrado filarco primero; despues hiparco; y de hombre de nada, se ha convertido en gran personaje, y hoy es ya el gallito de su tribu.

PISTETERO (2).

Ya está hecho. ¡Por Júpiter! no he visto nunca cosa más ridícula.

EVELPIDES.

¿De qué te ries?

---

(1) Cestero, que se enriqueció fabricando botellas de mimbre.
(2) Pistetero y Evélpides vuelven provistos de alas.

PISTETERO.

De tus alas. ¿Sabes lo que pareces con ellas? un ganso pintado de brocha gorda.

EVÉLPIDES.

Y tú un mirlo con la cabeza desplumada.

PISTETERO.

Nosotros lo hemos querido; y como Esquilo dice: «No son plumas de otro, sino nuestras» (1).

LA ABUBILLA.

¡Ea! ¿qué debemos hacer?

PISTETERO.

Lo primero dar á la ciudad un nombre ilustre y pomposo; despues ofrecer un sacrificio á los dioses.

EVÉLPIDES.

Opino lo mismo.

LA ABUBILLA.

Pues veamos el nombre que ha de ponérsele.

PISTETERO.

¿Quereis que le demos uno magnífico tomado de Lacedemonia? ¿Quereis que la llamemos Esparta?

EVÉLPIDES.

¡Por Hércules! ¿Esparta mi ciudad? Cuando ni siquiera consiento que sea de esparto (2) mi lecho, aunque sólo tenga una estera de junco.

PISTETERO.

¿Pues qué nombre le daremos?

(1) Verso de *Los Mirmídones* de Esquilo, tragedia de la cual sólo se conservan fragmentos.

(2) Hay en el original el juego de palabras que hemos podido conservar en la traduccion.

EVÉLPIDES.

Uno magnífico, tomado de las nubes y de estas elevadas regiones.

PISTETERO.

¿Qué te parece Nefelococigia? (1)

LA ABUBILLA.

¡Oh! ¡oh! ese sí que es bello y grandioso.

EVÉLPIDES.

¿No es en Nefelococigia donde están todas las grandes riquezas de Teógenes y Esquínes? (2).

PISTETERO.

No, donde están es en el llano de Flegra (3), en el que los dioses aniquilaron la arrogancia de los gigantes.

EVÉLPIDES.

Será una ciudad hermosísima. ¿Pero cuál será su divinidad protectora? ¿Para quién tejeremos el peplo? (4).

PISTETERO.

¿Por qué no escogemos á Minerva Poliada?

EVÉLPIDES.

¿Podrá estar bien arreglada una ciudad en que una mujer vaya completamente armada y Clístenes se dedique á hilar?

PISTETERO.

¿Quién guardará el muro pelárgico? (5).

---

(1) Significa ciudad de las nubes y los cucos.

(2) Ciudadanos que se jactaban de tener riquezas, siendo pobrísimos.

(3) Otro lugar imaginario.

(4) Véase la nota al verso 562 de *Los Caballeros*.

(5) *Pelárgico* en vez de *Pelásgico*. Se llamaban así los

LA ABUBILLA.

Uno de los nuestros oriundo de Persia, que se proclama el más valiente de todos, un pollo de Marte (1).

EVÉLPIDES.

¡Oh pollo señor! ¡Es un dios á propósito para vivir sobre las piedras!

PISTETERO.

Ea, véte al aire, á ayudar á los albañiles que construyen la muralla: llévales morrillos; desnúdate y haz mortero: sube la gamella; cáete de la escala; pon centinelas; guarda el fuego bajo la ceniza; ronda con tu campanilla (2), y duérmete; envia luégo dos heraldos, uno arriba á los dioses, otro abajo á los hombres, y despues vuelve á mi lado.

EVÉLPIDES.

Tú quédate aquí, y revienta (3).

PISTETERO.

Anda, amigo mio, á donde te envío; nada de cuanto te he dicho puede hacerse sin tí. Yo voy á ofrecer un sacrificio á los nuevos dioses, y á llamar al sacerdote para que presida la procesion. ¡Eh,

---

antiguos muros de la ciudadela de Aténas. Además este adjetivo recuerda en griego el nombre de las cigüeñas.

(1) El gallo. Alusion á la metamorfósis de Alectrion, criado de Marte, en gallo, por no haberle avisado á tiempo la venida de Vulcano, cuando estaba entretenido en amorosos hurtos con la diosa Vénus.

(2) Los que hacian la ronda por las murallas llevaban una campanilla, á la cual debian responder los centinelas.

(3) En vez de χαῖρε, *adios*, le dice οἴμωζε, *llora*.

tú, esclavo! trae el canastillo y la sagrada vasija (1).

CORO.

Yo uno á las tuyas mis fuerzas y mi voluntad, y te exhorto á dirigir á los dioses súplicas espléndidas y solemnes, y á inmolar una víctima en accion de gracias. Entonemos en honor del dios canciones píticas acompañadas por la flauta de Quéris.

PISTETERO *(al flautista)*.

Deja de soplar, Hércules. ¿Qué es eso? Por Júpiter, muchos prodigios he visto, pero nunca á un cuervo con bozal (2). Sacerdote, cumple tu deber, y sacrifica á los nuevos dioses.

EL SACERDOTE.

Lo haré. ¿Dónde está el que tiene el canastillo? Rogad á la Vesta de las aves, al milano protector del hogar, y á todos los pájaros, olímpicos y olímpicas, dioses y diosas...

PISTETERO.

¡Salve, gavilan protector de Sunio, rey pelásgico! (3)

---

(1) Con el agua lustral. Véanse en *La Paz* ceremonias idénticas.

(2) Los flautistas se colocaban una correa delante de la boca.

(3) En esta oracion burlesca van mezclados nombres de dioses y aves. El poeta dice Σουνιάρακε en vez de Σουνιάρατε, *dios adorado en Sunio*, epiteto de Neptuno.

EL SACERDOTE.

Al cisne Pítico y Delio, á Latona madre de las codornices (1), á Diana jilguero...

PISTETERO.

En adelante no habrá Diana Colénis (2), sino Diana jilguero.

EL SACERDOTE.

A Baco pinzon, á Cibéles avestruz, augusta madre de los dioses y los hombres...

PISTETERO.

¡Oh poderosa Cibéles avestruz, madre de Cleócrito (3).

EL SACERDOTE.

Que den salud y felicidad á los Nefelococigios y á sus aliados de Quíos (4).

PISTETERO.

Me gusta ver en todas partes á los de Quíos.

EL SACERDOTE.

A los héroes, á las aves, á los hijos de los héroes, al porfirion, al pelícano, al pelecino, al fléxide, al tetraon, al pavo real, al elea, á la cerceta, al elasa, á la garza, al mergo, al becafigo, al pavo...

PISTETERO.

Acaba, hombre infernal; acaba tus invocacio-

---

(1) Ὀρτυγομήτρα, que significa, *madre de las codornices* y de la isla *Ortigia* ó Délos que acogió á Latona.

(2) Sobrenombre de Diana.

(3) Alude á la traza de avestruz de Cleócrito.

(4) Como Quíos era una de las aliadas más fieles de Aténas, las oraciones solian terminar con la fórmula: «en favor de Aténas y de Quíos,» que el sacerdote añade á su súplica como por la fuerza de la costumbre.

nes. Desdichado, ¿á qué víctimas llamas á los buitres y á las águilas de mar? ¿No ves que un milano basta para devorar estas viandas? ¡Lárgate de aquí con tus ínfulas! Ya ofreceré yo solo el sacrificio.

EL SACERDOTE.

Es preciso que para la aspersion entone un nuevo himno sacro y piadoso, é invoque á los dioses, á uno siquiera, si es que teneis bastantes provisiones, pues vuestras decantadas víctimas veo que se reducen á barbas y cuernos.

PISTETERO.

Oremos al sacrificar á los dioses alados.

UN POETA.

Celebra, oh Musa, en tus himnos y canciones á la feliz Nefelococigia.

PISTETERO.

¿Qué significa esto? Dí, ¿quién eres?

EL POETA.

Yo soy un cantor melífluo, un celoso servidor de las musas, como dice Homero.

PISTETERO.

Si eres esclavo, ¿cómo llevas largo el cabello? (1)

EL POETA.

No es eso; todos los poetas somos celosos servidores de las Musas, al decir de Homero.

(1) Los esclavos llevaban el cabello rapado. La cabellera larga era signo de ingenuidad y nobleza. En cuanto á los poetas de cierta índole, parece que tambien en aquellos tiempos eran melenudos.

PISTETERO.

Ya no me asombro: tu manto demuestra muchos años de servicio. Pero, desdichado poeta, ¿qué mal viento te ha traido aquí?

EL POETA.

He compuesto versos en honor de vuestra Nefelecocigia, y muchos hermosos ditirambos y parténias (1), en el estilo de Simónides.

PISTETERO.

¿Y cuándo los has compuesto?

EL POETA.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que yo canto á esta ciudad.

PISTETERO.

¿Pero si en este instante celebro la fiesta de su fundacion, y acabo de ponerla un nombre como á los niños de diez dias! (2)

EL POETA.

¡Qué importa! La voz de las Musas vuela como los más rápidos corceles. ¡Oh tú, padre mio, fundador del Etna, tú cuyo nombre recuerda los divinos templos, otórgame propicio los bienes que para tí desearias!

PISTETERO.

No nos vamos á quitar de encima esta calami-

(1) Llamábanse *parténias* los versos cantados por coros de doncellas.

(2) A los diez dias de su nacimiento se ponia nombre á los niños, celebrándose este suceso con un banquete. Aristófanes, al mismo tiempo que parodia el estilo y versificacion de la poesía lírica, intercala unos versos de Píndaro sobre Hieron, fundador del Etna, en Sicilia.

dad, si no le damos alguna cosa. Tú (1), que tienes ese abrigo sobre la túnica, quítatelo y dáselo á este discretísimo poeta.—Toma este abrigo; pues me parece que estás tiritando.

EL POETA.

Mi Musa acepta regocijada este presente. Escucha tú estos versos pindáricos... (2).

PISTETERO.

¿No se marchará nunca este importuno?

EL POETA.

Sin vestido de lino
Vaga Estraton en el confin helado
Del errabundo Escita:
Burdo manto le han dado,
Pero áun túnica fina necesita (3).

¿Comprendes lo que quiero decir?

PISTETERO.

Vaya si comprendo: quieres que te regale una túnica.—Quítatela: es preciso obsequiar á los poetas.—Tómala, márchate.

EL POETA.

Me voy, y al irme compongo estos versos en honor de vuestra ciudad:

Númen de aureo trono,
Celebra esta ciudad
Que tirita á los soplos
De un céfiro glacial.

---

(1) Dirigiéndose á uno de los presentes.

(2) Hieron habia regalado á Píndaro un tiro de mulas, y el poeta le pedia además un carro.

(3) Galimatías poético, parodia del estilo ditirámbico.

Yo su campiña fértil,
Vengo de visitar,
Alfombrada de nieve.
¡Tralalá, tralalá!
(Vase.)

PISTETERO.

Sí, pero te escapas de estos helados campos con una buena túnica. Jamás hubiera creido, Júpiter soberano, que ese maldito poeta pudiera adquirir tan pronto noticias de esta ciudad. *(Al sacerdote.)* Coge la vasija y da vuelta al altar.

EL SACERDOTE.

¡Silencio!

UN ADIVINO.

No inmoles el chivo (1).

PISTETERO.

¿Quién eres tú?

EL ADIVINO.

¿Quién soy? un adivino.

PISTETERO.

¡Véte en hora mala!

EL ADIVINO.

Amigo mio, no desprecies las cosas divinas: hay una profecía de Bácis (2) que se refiere claramente á Nefelococigia.

---

(1) Que el sacerdote iba á sacrificar.
(2) Adivino citado várias veces *(Los Caballeros*, 123; *La Paz*, 1.070).

PISTETERO.

¿Por qué no me hablaste de ese oráculo ántes de fundar la ciudad?

EL ADIVINO.

Un dios me lo impedia.

PISTETERO.

No hay inconveniente en que oigamos el vaticinio.

EL ADIVINO.

«Cuando los lobos y las encanecidas cornejas habitaren juntos en el espacio que separa á Corinto de Sicione...» (1).

PISTETERO.

¿Pero qué tenemos que ver con los Corintios?

EL ADIVINO.

Bácis, al expresarse de ese modo, se referia al aire. «Sacrificad primeramente á Pandora un blanco vellocino; y despues regalad al profeta que interprete mis oráculos un buen vestido y zapatos nuevos...»

PISTETERO.

¿Están tambien los zapatos?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Y dadle además una copa y un buen trozo de las entrañas de la víctima.»

PISTETERO.

¿Tambien hay que darle un trozo de las entrañas?

EL ADIVINO.

Toma y lee. «Jóven divino, si obedecieres mis

(1) Que era el sitio que ocupaba *Orneas*, de que ántes se ha hablado.

mandatos, serás un águila en las nubes: si no le das nada, ni tórtola, ni águila, ni pito real.»

PISTETERO.

¿Tambien está eso?

EL ADIVINO.

Toma y lee.

PISTETERO.

Pero tu oráculo en nada se parece á otro que escribí yo mismo bajo la inspiracion de Apolo. «Cuando, sin que nadie le llame, venga un charlatan á molestarte miéntras estás ofreciendo un sacrificio, y pida una porcion de las entrañas, deberás molerle las costillas á palos.»

EL ADIVINO.

Tú deliras.

PISTETERO.

Toma y lee. «Y no le perdones, aunque sea un águila en las nubes, aunque sea Lampon, aunque sea el gran Diopítes.» (1)

EL ADIVINO.

¿Tambien está eso?

PISTETERO.

Toma y lee, ¡y lárgate al infierno!

EL ADIVINO.

¡Ay, pobre de mí!

PISTETERO.

Pronto, pronto, véte á profetizar á otra parte

---

(1) Personas ya citadas.

METON (1).

Vengo á...

PISTETERO.

Otro importuno. ¿Qué te trae aquí? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Qué te propones viniendo tan encopetado con tus coturnos?

METON.

Quiero medir las llanuras aéreas, y dividirlas en calles.

PISTETERO.

En nombre de los dioses, ¿quién eres?

METON.

¿Quién soy? Meton, conocido en toda la Grecia y en la aldea de Colona (2).

PISTETERO.

Dime, ¿qué es eso que traes ahí?

METON.

Reglas para medir el aire. Pues todo el aire, en su forma general, es enteramente parecido á un horno (3). Por tanto, aplicando por arriba esta línea curva y ajustando el compas... ¿Comprendes?

PISTETERO.

Ni una palabra.

---

(1) Célebre astrónomo y geómetra, autor del ciclo de diez y nueve años, destinado á armonizar el año solar y el lunar. La aceptacion de este ciclo produjo algunas alteraciones en el calendario ateniense, de que ya se ocupó Aristófanes en *Las Nubes*.

(2) La aldea de Colona debia á Meton el establecimiento de una fuente.

(3) Comparacion atribuida al pitagórico Hippon. (V. *Las Nubes*, 95.)

METON.

Con esta otra regla trazo una línea recta, inscribo un cuadrado en el círculo, y coloco en su centro la plaza; á ella afluyen de todas partes calles derechas, del mismo modo que del sol, aunque es circular, parten rayos rectos en todas direcciones.

PISTETERO.

¡Este hombre es un Táles... Meton!

METON.

¿Qué?

PISTETERO.

Ya sabes que te quiero; pues bien, voy á darte un buen consejo: márchate cuanto ántes.

METON.

¿Pues qué peligro...?

PISTETERO.

Aquí, como en Lacedemonia (1), es costumbre expulsar á los extranjeros, y en la ciudad llueven garrotazos.

METON.

¿Hay alguna sedicion?

PISTETERO.

Nada de eso.

METON.

¿Pues qué?

PISTETERO.

Hemos tomado por unanimidad la resolucion de echar á todos los charlatanes.

(1) Alusion á la ley de *Xenelasia*, vigente en Lacedemonia.

METON.

Pues huyo.

PISTETERO.

Creo que ya es tarde: la tempestad estalla. *(Le pega.)*

METON.

¡Desdichado de mí! *(Huye.)*

PISTETERO.

¿No te lo decia hace tiempo? Véte con tus medidas á otra parte.

UN INSPECTOR.

¿Dónde están los próxenos? (1)

PISTETERO.

¿Quién es este Sardanápalo?

EL INSPECTOR.

Soy un Inspector (2) designado por la suerte para vigilar en Nefelococigia.

PISTETERO.

¡Un Inspector! ¿Quién te ha enviado?

EL INSPECTOR.

Un maldito decreto de Teleas (3).

PISTETERO.

¿Quieres recibir tu sueldo, y marcharte, sin tomarte la menor molestia?

---

(1) Magistrados encargados de recibir á los extranjeros que venian á Aténas. Cada ciudad extranjera tenía en Aténas sus próxenos, cuyas funciones se parecian algo á las de nuestros cónsules.

(2) Los inspectores estaban encargados de vigilar las ciudades tributarias de Aténas.

(3) Citado ántes, y en *La Paz*, 1.008.

EL INSPECTOR.

Sí por cierto; precisamente tenía hoy necesidad de estar en Aténas para asistir á la asamblea: tengo un asunto de Farnáces (1).

PISTETERO.

Toma y llévate esto; este será tu sueldo *(Le pega.)*

EL INSPECTOR.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

Es la asamblea en que has de defender á Farnáces.

EL INSPECTOR.

¡Sed testigos de que me pega! ¡á mí! ¡á un Inspector!

PISTETERO.

¿No te irás con tus malditas urnas judiciales? Esto es insoportable; ¡enviar inspectores á una ciudad ántes de haberse ofrecido el sacrificio de consagracion!

UN VENDEDOR DE DECRETOS.

«El Nefelococigio que faltase á un Ateniense...»

PISTETERO.

¿Qué nueva calamidad es esta, cargada de pergaminos?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Soy un vendedor de decretos, y vengo á venderos leyes nuevas.

---

(1) Sátrapa persa.

PISTETERO.

¿Cuáles?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«Los habitantes de Nefelococigia tendrán las mismas leyes, pesos y medidas que los Olofixios (1).

PISTETERO.

Ahora vas á conocer las de los Ototixios (2).

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

Eh, ¿qué haces?

PISTETERO.

¿No te largas con tus decretos? Pues te voy á aplicar unos bien crueles.

EL INSPECTOR *(volviendo).*

Cito por injurias á Pistetero para el mes Muniquion (3).

PISTETERO.

¡Cómo! ¿aún estabas ahí?

EL VENDEDOR DE DECRETOS.

«El que expulsare á un magistrado y no le recibiese como prescribe el edicto fijado en la columna...»

---

(1) Habitantes de Olofixo, ciudad situada al pié del monte Atos, dependientes de Aténas. Nefelococigia es considerada por los Atenienses como una colonia suya, y por eso tratan de imponerle las leyes de la metrópoli.

(2) Pueblo de invencion de Aristófanes, cuya radical significa «llorar.»

(3) El mes *Muniquion* principiaba segun el ciclo de Harpalo el 6 de Mayo, y segun el de Meton el 28 de Marzo. Llamábase así, por las fiestas Muniquias en honor de Diana y en conmemoracion de la batalla de Salamina en Chipre, que se celebraban en él.

PISTETERO (*Al inspector*).

¡Oh, desdicha! ¿Ahí estabas tambien tú?

EL INSPECTOR.

¡Ya me las pagarás! Te he de hacer condenar á diez mil dracmas de multa.

PISTETERO.

Yo haré pedazos tus urnas.

EL INSPECTOR.

¿Te acuerdas de aquella tarde en que hiciste tus necesidades junto á la columna de edictos?

PISTETERO.

Ea, echadle mano á ése. ¡Hola! parece que no te quedas.

EL SACERDOTE.

Marchémonos de aquí cuanto ántes, y sacrifiquemos dentro el macho cabrío.

(Vanse todos.)

CORO.

Ya todos los mortales ofrecerán sus votos y sacrificios á mí que todo lo inspecciono y gobierno. Porque con mi vista abarco el mundo entero y conservo los frutos en flor, destruyendo las infinitas castas de animales que, en el seno de la tierra ó en las ramas de los árboles, los devoran ántes de que hayan brotado del tierno cáliz. Yo mato los insectos que corrompen con su fétido contacto los perfumados huertos; y todos los reptiles y venenosos sapos mueren al golpe de mis forzudas alas.

Hoy que se pregona principalmente este edicto:

«El que matase á Diágoras Meliense (1), recibirá »un talento: el que matase á uno de los tiranos »nuestros (2), recibirá un talento,» queremos nosotros promulgar tambien este decreto: «El que »matare á Filócrates el pajarero, recibirá un ta»lento; cuatro el que lo traiga vivo: él es quien »ata los pinzones de siete en siete y los vende por »un óbolo; él es quien atormenta á los tordos in»flándolos para que parezcan más gordos; él atra»viesa con plumas el pico de los mirlos; él reune »palomas y las encierra obligándolas á reclamar á »otras y atraerlas á sus redes. Este es nuestro »edicto: mandamos además que todo el que tenga »aves encerradas en su patio, las suelte inmediata»mente. El que no obedeciere será apresado por »las aves, y servirá cargado de cadenas para se»ñuelo de otros hombres.»

¡Oh raza afortunada la de las aves! ni en invierno tenemos necesidad de túnicas, ni en estío nos molestan los abrasadores rayos de un sol canicular.

---

(1) Diágoras, despues de la destruccion de Mélos, su patria, se estableció en Aténas, distinguiéndose por su impiedad, divulgando los misterios de Eleusis y tratando de disuadir á los ciudadanos de su iniciacion. Con este motivo fué acusado y tuvo que huir, pereciendo en un naufragio. Los Atenienses pusieron precio á su cabeza. Como una prueba de su irreligiosidad se cita, que no teniendo leña para hacer la comida, echó al fuego una estatua de Hércules, diciendo: «Debes hacer en obsequio mio un décimotercero trabajo, que será el de cocer estas lentejas.»

(2) Vimos ya en *Las Avispas* que los Atenienses prodigaban las acusaciones de tiranía. Aristófanes se burla de los oradores que las presentaban.

En los valles floridos, á la sombra del tupido follaje, hallo fresco reposo, miéntras la divina cigarra, enfurecida por el calor del mediodía deja oir su agudo canto: cuevas profundas, en que jugueteo con las monteses ninfas, me abrigan en invierno; y en primavera, picoteo las blancas y virginales bayas del mirto, y saqueo los huertecillos de las Gracias.

Queremos decir á los jueces una palabra sobre el premio: si nos le adjudican, les otorgaremos toda clase de bienes; bienes más preciosos que los que recibió el mismo Páris (1). En primer lugar, cosa la más apetecida por todos los jueces, las lechuzas de Laurium (2) no os abandonarán jamás; habitarán dentro de vuestras casas, anidarán en vuestros bolsillos, y empollarán en ellos pequeñas moneditas. Además vuestras habitaciones parecerán templos magníficos, porque elevaremos sus techos en forma de alas de águila (3). Si conseguís una magistratura y quereis robar algo, armarémos vuestras manos con las garras veloces del azor. Y si vais á un banquete, os proveeremos de espaciosos buches. Pero si no nos adjudicais el premio, ya podeis

(1) Despues de su célebre juicio para la adjudicacion de la manzana de oro.

(2) Las monedas atenienses tenian grabada una figura de lechuza. Estas monedas acabaron por llamarse *lechuzas*, así como entre nosotros el nombre de *peluconas* y *perros chicos* sirve para designar las onzas de oro y las monedas de 5 céntimos de peseta.

(3) En griego ἀετός, significa *águila* y *fronton*.

proveeros de sombrillas como las de las estatuas (1); que el que no la lleve nos las pagará todas juntas. Pues cuando salga ostentando su túnica blanca, todas las aves se la mancharemos con nuestras inmundicias.

PISTETERO.

Aves, el sacrificio ha sido favorable; pero me extraña que no venga de la muralla ningun mensajero para anunciarnos cómo va la obra. ¡Ah! ahí viene uno corriendo sin aliento (2).

MENSAJERO PRIMERO.

¿Dónde, dónde está? ¿dónde, dónde, dónde está? ¿dónde, dónde, dónde está? ¿dónde está Pistetero, nuestro jefe?

PISTETERO.

Aquí estoy.

MENSAJERO PRIMERO.

Tus murallas están construidas.

PISTETERO.

Muy bien.

MENSAJERO PRIMERO.

Es una obra soberbia y hermosísima: la anchura del muro es tan grande, que si Proxénides el fan-

---

(1) Era costumbre colocar sobre las estatuas unas cubiertas de metal para librarlas de las inmundicias de los pájaros.

(2) Lit.: *Alpheum spirans*, frase que quiere indicar que venía con el sobrealiento de los que acaban de correr en estadio olímpico que estaba á la orilla del Alfeo.

farron y Teógenes (1) se encontrasen sobre él dirigiendo dos carros tirados por caballos tan grandes como el de Troya, pasarian sin dificultad (2).

PISTETERO.

¡Magnífico!

MENSAJERO PRIMERO.

Su largura (yo mismo la he medido) es de cien brazas (3).

PISTETERO.

¡Por Neptuno, qué largura! ¿Quiénes han construido tan gigantesca muralla?

MENSAJERO PRIMERO.

Las aves, y nadie más que las aves; allí no ha habido ni albañiles egipcios, ni canteros; todo lo han hecho por sí mismas con una habilidad asombrosa. De Africa vinieron cerca de treinta mil grullas que descargaron su lastre de piedras (4), las cuales, despues de arregladas por el pico de los rascones, han servido para los cimientos. Diez mil cigüeñas fabricaron los ladrillos. Los chorlitos y demas aves fluviales subian al aire el agua de la tierra.

PISTETERO.

¿Quiénes traian el mortero?

(1) Proxénides y Teógenes han sido citados ántes.

(2) Como se ve, tambien se conocian las andaluzadas en Aténas.

(3) O cien *orgías*, que equivalen próximamente á 185 metros.

(4) Las grullas se lastran con piedras, dice el Escoliasta, para no ser arrastradas por el viento, y para conocer al arrojarlas si vuelan sobre el mar ó sobre la tierra.

MENSAJERO PRIMERO.

Las garzas, en gamellas.

PISTETERO.

¿Pero cómo pudieron echarlo en las gamellas?

MENSAJERO PRIMERO.

¡Oh, es una invencion ingeniosísima! Los gansos revolvian con sus patas, á guisa de paletas, el mortero, y despues lo echaban en las gamellas.

PISTETERO.

¿Qué no harán los piés? (1).

MENSAJERO PRIMERO.

Era de ver cómo traian ladrillos los ánades. Tambien ayudaban á la faena las golondrinas trayendo mortero en el pico y la llana en la cola, como si fuesen niños.

PISTETERO.

¿Qué necesidad habrá ya de pagar operarios? Pero díme: ¿quiénes labraron las maderas necesarias?

MENSAJERO PRIMERO.

Los pelícanos, como habilísimos carpinteros, arreglaron con sus picos las jambas de las puertas: cuando desbastaban las maderas, se oia un ruido parecido al de los arsenales. Ahora está ya todo cerrado con puertas y cerrojos y cuidadosamente guardado: las rondas recorren el recinto con sus campanillas: hay centinelas en todas partes, y antorchas en las torres. Pero yo corro á lavarme: á tí te toca terminar la obra.

---

(1) Parodia del proverbio: «¿Qué no harán las manos?»

CORO.

Vamos, ¿qué haces? ¿Te admiras de la prontitud con que el muro ha sido construido?

PISTETERO.

Sí por cierto; la cosa es digna de admiracion; parece una fábula. Pero ahí viene uno de los centinelas de la ciudad con marcial continente.

MENSAJERO SEGUNDO.

¡Oh! ¡oh¡ ¡oh!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

MENSAJERO SEGUNDO.

Una cosa indigna. Uno de los dioses de la corte de Júpiter ha atravesado las puertas y ha penetrado en el aire burlando la vigilancia de los grajos que dan la guardia de dia.

PISTETERO.

¡Oh indigno y criminal atentado! ¿Qué dios es?

MENSAJERO SEGUNDO.

Lo ignoramos; sólo sabemos que tiene alas.

PISTETERO.

¿Por qué no habeis lanzado en seguida guardias en su persecucion?

MENSAJERO SEGUNDO.

Hemos enviado tres mil azores, arqueros de caballería: todas las aves de ganchudas uñas, cernícalos, gerifaltes, buitres, águilas y gavilanes vuelan en su busca, haciendo resonar el aire con el rápido batir de sus alas. El dios no debe estar léjos; si no me engaño, hélo ahí.

PISTETERO.

¡Armémonos de la honda y el arco! Aquí, mis amigos; disparad todos vuestras saetas; dadme una honda.

CORO.

Declárase una guerra, una guerra nefanda entre nosotros y los dioses. Hijos del Erebo, guardad cuidadosos el aire y las nubes que le entoldan para que ningun dios las atraviese: vigilad todo el circuito. Ya se oye cerca un ruido de alas, como el de un inmortal cuando vuela.

(Íris aparece volando y es detenida.)

PISTETERO.

¡Eh, tú! ¿á dónde vuelas? Estáte quieta, inmóvil. ¡Alto! detente. ¿Quién eres? ¿De qué país? Es preciso que digas de dónde vienes.

ÍRIS.

Vengo de la mansion de los dioses olímpicos.

PISTETERO.

¿Cómo te llamas, navío ó casco? (1)

ÍRIS.

La rápida Íris.

PISTETERO.

¿La Parálos, ó la Salamina? (2)

---

(1) Navío, por las alas que le sirven de velas ó de remos; y casco, por el penacho.

(2) Pistetero continúa fijo en su idea de que Íris es una nave. La *Parálos* y la *Salamina* eran las dos galeras sagradas, célebres por su velocidad. Véase antes la nota sobre la *Salamina*.

ÍRIS.

¿Qué dices?

PISTETERO.

¿No habrá un gerifalte (1) que emprenda el vuelo y se lance sobre ella?

ÍRIS.

¿Que se lance sobre mí? ¿Qué significan estos ultrajes?

PISTETERO.

Vas á llorar á mares.

ÍRIS.

Pero esto es absurdo.

PISTETERO.

¿Por qué puerta has penetrado en la ciudad, gran malvada?

ÍRIS.

¿Por qué puerta? No lo sé, por vida mia.

PISTETERO.

¿Oís cómo se burla de nosotros? ¿Te has presentado al capitan de los grajos? Responde. ¿Traes un pase autorizado con el sello de las cigüeñas?

ÍRIS.

¿Qué es esto?

PISTETERO.

¿No lo traes?

ÍRIS.

¿Estás en tu juicio?

---

(1) Escoge esta ave por ser *bene coleatus*, τρίορχος.

PISTETERO.

¿No te ha enviado un salvo-conducto algun jefe de las aves?

ÍRIS.

Nadie me ha enviado nada, imbécil.

PISTETERO.

¿Y te has atrevido á atravesar en silencio el aire y una ciudad extraña?

ÍRIS.

¿Pues por dónde hemos de pasar los dioses?

PISTETERO.

No lo sé; pero no por aquí. Lo cierto es que tú has delinquido. ¿Sabes que si te aplicase la pena merecida nos apoderaríamos de tí y moriria la bella Íris?

ÍRIS.

Soy inmortal.

PISTETERO.

No por eso dejarias de morir. Esto es insoportable; mandamos en todos los séres del mundo, y ahora nos vienen los dioses echándoselas de insolentes y negándose á obedecer á los más fuertes. Vamos, contesta: ¿á dónde dirigias tu vuelo?

IRIS.

¿Yo? llevo encargo de mi padre de ordenar á los hombres que ofrezcan víctimas á los dioses del Olimpo; que inmolen bueyes y ovejas, y llenen las calles con el humo de los sacrificios.

PISTETERO.

¿Qué dices? ¿á qué dioses?

ÍRIS.

¿A qué dioses? á nosotros, á los dioses del cielo.

PISTETERO.

¿Pero vosotros sois dioses?

ÍRIS.

¿Pues qué, hay otros?

PISTETERO.

Las aves son ahora los dioses de los hombres; y á ellas, por vida mia, han de ofrecerse los sacrificios y no á Júpiter.

ÍRIS.

¡Ah, insensato, insensato! no provoques las graves iras de los dioses; guarda que la Justicia, armada del terrible azadon de Júpiter, no extirpe de raíz toda tu raza; teme que sus rayos vengadores te reduzcan á cenizas con todos tus palacios. (1)

PISTETERO.

Oye, déjate de palabras campanudas, y estáte quieta. Dime, ¿crees que me vas á espantar con ese lenguaje, como si fuese algun esclavo lidio ó de la Frigia? (2). ¿Sabes que si Júpiter me molesta más, enviaré águilas igníferas que incendien su morada y el palacio de Anfion (3). ¿Sabes que puedo mandar al cielo contra él más de seiscientos alados porfiriones (4) cubiertos con pieles de leopardos? Y

(1) Parodia del estilo trágico.
(2) Parodia del verso 686 de la *Alceste* de Eurípides.
(3) Tomado de la *Niobe* de Esquilo.
(4) Nombre de un pájaro y de un gigante. Su denominacion vulgar es *polla sultana*. Sabido es en qué grave aprieto pusieron los gigantes á Júpiter.

cuenta que uno solo le dió mucho que hacer. Y á tí, bella mensajera, como me incomodes, te agarro y te doy á conocer, con asombro tuyo, que, aunque viejo, pocos me ganan en las lides amorosas.

ÍRIS.

¡Ojalá revientes, estúpido, con tus dicharachos!

PISTETERO.

¿Te marchas ó no? ¡Largo pronto! ¡Cuidado con los golpes!

ÍRIS.

¡Ah! mi padre castigará tu insolencia.

PISTETERO.

¡Vaya un susto! ¡Vuela, vuela, véte á llenar con el humo y el hollin de tus rayos á otros más jóvenes que yo!

CORO.

Queda prohibido á los dioses, hijos de Júpiter, el paso por nuestra ciudad; prohíbese tambien á los mortales cuando les ofrezcan sacrificios el que hagan atravesar por aquí el humo de sus víctimas.

PISTETERO.

Temo que no acabe de volver el heraldo que envié á los hombres.

UN HERALDO.

¡Oh feliz Pistetero! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh celebérrimo! ¡Oh sapientísimo! ¡Oh hermosísimo! ¡Oh felicísimo! ¡Oh... Vamos, apunta (1).

(1) El Escoliasta dice que la frase aparte debe enten-

PISTETERO.

¿Qué estás diciendo?

EL HERALDO.

Todos los pueblos, admirados de tu sabiduría, te ofrecen esta corona de oro.

PISTETERO.

La acepto; pero ¿por qué los pueblos me decretan tan señalado honor?

EL HERALDO.

Tú no sabes, ilustre fundador de una ciudad aérea, la inmensa estimacion en que te tienen los mortales, y la aficion extraordinaria que se ha desarrollado por este país. Antes de que echases los cimientos de esta célebre ciudad, todos los hombres atacados de la lacomanía se dejaban crecer el cabello, ayunaban, iban sucios, vivian socráticamente (1), y llevaban bastones espartanos; ahora ha cambiado la moda y les domina la manía por las aves, complaciéndose en imitar su modo de vivir. En cuanto apunta el alba saltan todos á la vez del lecho y vuelan, como nosotros, á su pasto habitual; despues se dirigen á los carteles y se atracan de decretos. Su manía por las aves es tan grande, que muchos llevan nombres de volátiles: un tabernero cojo, se llama perdiz; Menipo, golondrina; Opuncio, cuervo tuerto; Filócles, alondra; Teógenes, ganso-zorro; Licurgo, íbis; Querefon, murciélago; Siracosio, urraca; y Midias se llama codor-

derse: «hazme callar.» Boissonade propone la interpretacion que seguimos.

(1) V. *Las Nubes*, v. 835.

niz, porque, en efecto, tiene toda la traza de una codorniz muerta de un porrazo en la cabeza (1). La pasion por las aves hace que se canten versos, donde es de rigor hablar de golondrinas, de penélopes, de gansos, de palomas, ó por lo ménos algo de plumaje. Así anda la cosa. ¡Ah! te advierto que pronto vendrán aquí más de diez mil personas pidiéndote alas y garras ganchudas; por tanto, ya puedes hacer provision de plumas para los nuevos huéspedes.

PISTETERO.

Entónces no hay tiempo que perder. Anda, llena de alas todos los cestos y cestillos, y díle á Mánes (2) que me los traiga aquí. Yo me encargo de recibir á los que vengan.

CORO.

Esta ciudad va á ser pronto muy populosa.

PISTETERO.

Si la fortuna nos favorece.

CORO.

El amor á nuestra ciudad se propaga.

PISTETERO *(Al esclavo)*.

Trae eso pronto.

CORO.

¿Qué falta en ella de cuanto puede hacer grata su mansion? Aquí se encuentran la Sabiduría, el Amor, las Gracias inmortales, y el plácido semblante de la querida Paz.

(1) Habia en Aténas riñas de codornices á semejanza de las de gallos.
(2) Nombre de esclavo.

PISTETERO.

¡Qué calma, justo cielo! Trae eso pronto.

CORO.

Sí, traed pronto un cesto lleno de alas; y tú hazle moverse á palos, como lo hago yo: es más pesado que un asno.

PISTETERO.

Sí, Mánes es un perezoso.

CORO.

Tú, pon en órden esas alas, las musicales (1), las proféticas (2), las marítimas (3). Procura despues que cada uno se lleve las que le convengan.

PISTETERO *(Á Mánes)*.

¡Ah, lo juro por los cernícalos! esta no te la perdono, si continúas tan perezoso y tardon.

UN PARRICIDA.

¡Quién fuera el águila de altísimo vuelo, para cernerse sobre las ondas cerúleas del estéril mar! (4).

PISTETERO.

Veo que el mensajero dijo la verdad; ahí viene no sé quién cantando á las águilas.

EL PARRICIDA.

¡Oh, nada hay tan delicioso como volar! Yo adoro

---

(1) Es decir, de ruiseñores, de alondras, de cisnes y demas aves cantoras.
(2) De águilas, cornejas, etc.
(3) De porfiriones, gaviotas, mergos, etc.
(4) Parodia del *Enomao* de Sófocles.

las leyes de los pájaros; la aficion á las aves me vuelve loco; yo vuelo, yo quiero vivir con vosotros, soy apasionado por vuestras leyes.

PISTETERO.

¿Por cuáles? pues las aves tienen muchas clases (1).

EL PARRICIDA.

Por todas; más principalmente pcr esa en virtud de la cual es lícito á un pájaro morder á su padre y retorcerle el pescuezo.

PISTETERO.

Es verdad, nosotros tenemos por muy valiente al que, pollito aún, pega á su padre.

EL PARRICIDA.

Por eso he emigrado á esta region; deseo estrangulará mi padre para heredar toaos sus bienes.

PISTETERO.

Pero tenemos tambien otra ley inscrita en la columna de edictos de las cigüeñas: «Cuando la ci»güeña haya criado sus hijos y los haya puesto en »disposicion de volar, éstos tendrán á su vez obli»gacion de alimentar á sus padres.»

EL PARRICIDA.

¡Pues bastante he ganado con venir, si tengo que sostener á mi padre!

PISTETERO.

No, no; ya que con tan benévolas intenciones has acudido á nosotros, te emplumaré como con-

(1) La palabra que en griego significa *ley*, sólo se diferencia en el acento de la que significa *pasto*.

viene á un pájaro huérfano (1). Además, pobre jóven, te daré un buen consejo, que aprendí en mi niñez. No maltrates á tu padre; coge esta ala en una mano y ese espolon en la otra; figúrate que tienes una cresta de gallo, y haz guardias, véte á la guerra, vive de tu estipendio, y deja en paz á tu padre. Ya que eres tan belicoso, dirige tu vuelo á Tracia (2), y combate allí.

EL PARRICIDA.

¡Por Baco! tu consejo me parece excelente, y lo seguiré.

PISTETERO.

Obrarás discretamente.

CINÉSIAS.

Vuelo al Olimpo con ligeras alas (3);
Y á su batir resuelto voy cruzando
Las sendas de la gaya poesía...

PISTETERO.

Este va á necesitar un fardo entero de alas.

CINÉSIAS.

Otras nuevas buscando,
Mi cuerpo y mi indomable fantasía...

---

(1) Alusion á algun pájaro llamado el *huérfano*.

(2) Los Atenienses estaban entónces sitiando á Anfípolis, en Tracia.

(3) Tomado de Anacreonte. Cinésias era un poeta ditirámbico cuyo estilo hinchado y pretencioso parodia Aristófanes.

PISTETERO.

Un abrazo á Cinésias, el Tilo (1). ¿A qué vienes dando vueltas á tu pié cojo?

CINÉSIAS.

Quiero, ansío ser ave,
Ser ruiseñor, y con gorjeo suave...

PISTETERO.

Basta de música, y explícame tus deseos.

CINÉSIAS.

Pónme alas; pues anhelo subir por los aires y recoger de las nubes nuevos cantos, aéreos y caliginosos.

PISTETERO.

¿Cantos en las nubes?

CINÉSIAS.

Sí; en ellas estriba hoy todo nuestro arte. Los más brillantes ditirambos son aéreos, caliginosos, tenebrosos, alados. Pronto lo verás; escucha.

PISTETERO.

No, no oigo nada.

CINÉSIAS.

Pues oirás, mal que te pese:

En forma de volátil,
Cuyo ondulante cuello
Surca del éter fúlgido
La azul inmensidad,
Recorreré los aires,

(1) Cinesias era muy alto y delgado. El epiteto *filirino* (de tilo) que Aristófanes le da, puede significar largo y estrecho como una percha.

Que te obedecen ya.

PISTETERO.

¡Hop! (1).

CINÉSIAS.

¡Ah! ¡quién con vuelo rápido
Al hálito vehemente
Cediendo de los ímpetus
De indómito Aquilon,
Pudiera sobre el piélago
Cernerse bramador!

PISTETERO.

¡Ya reprimiré yo tus hálitos é ímpetus...!

CINÉSIAS.

Y ora hácia el Noto cálido
Enderezando el vuelo,
Ora á la region frígida
Del Bóreas glacial,
El oleaje férvido
Del éter...

(A Pistetero que le apalea.) ¡Anciano! ¡anciano! ¡Vaya una hábil é ingeniosa invencion!

PISTETERO.

¿No deseabas volar?

CINÉSIAS.

¿Así tratas á un poeta ditirámbico que se disputan todas las tribus?

PISTETERO.

¿Quieres quedarte con nosotros y enseñar á la

(1) Grito con que en las naves se mandaba detenerse á los remeros.

tribu Ceropia un coro de aves voladoras, tan ligero como el espirituado Leotrófides (1).

CINÉSIAS.

Te burlas de mí, está claro. Pero no importa; ten presente que no descansaré un momento hasta que surque los aires, transformado en pájaro.

UN DELATOR.

Dí, golondrina de alas esplendentes
Por la Febea luz tornasoladas,
¿Quiénes son esas aves indigentes
De tan varios plumajes adornadas? (2)

PISTETERO.

El mal toma sérias proporciones. Otro se acerca zumbando.

EL DELATOR.

«Por la Febea luz tornasoladas,» repito.

PISTETERO.

Creo que esa cancion la dirige á su manto, porque parece que tiene necesidad urgente de la vuelta de la golondrina (3).

EL DELATOR.

¿Quién distribuye alas á los recien llegados?

PISTETERO.

Yo mismo; pero es preciso decir para qué.

---

(1) Leotrófides era un poeta ditirámbico notable por su flacura y palidez.
(2) Versos tomados de *Alceo.*
(3) Es decir, de la primavera, porque su raido manto no le podia librar del frio.

EL DELATOR.

¡Alas! ¡Necesito alas! (1) No me preguntes más.

PISTETERO.

¿Acaso quieres volar en línea recta á Pelene? (2)

EL DELATOR.

No; soy acusador de las islas (3), delator...

PISTETERO.

¡Buen oficio!

EL DELATOR.

É investigador de pleitos. Quiero tener alas, para girar con rapidez mi visita á las ciudades y citar á los acusados.

PISTETERO.

¿Los citarás mejor teniendo alas?

EL DELATOR.

No, por Júpiter; pero podré librarme de ladrones, y volveré como las grullas, trayendo por lastre infinitos procesos.

PISTETERO.

¿Y esa es tu ocupacion? ¡Cómo! ¿Siendo jóven y robusto, te dedicas á delator de extranjeros?

EL DELATOR.

¿Qué he de hacer? No sé cavar.

---

(1) Parodia del verso de *Los Mirmídones* de Esquilo: «¡Armas! ¡necesito armas! ¡necesito armas!»

(2) Ciudad de Acaya, notable por los mantos de abrigo que en ella se fabrican. Era la *Palencia* de los griegos.

(3) Los Atenienses obligaban á sus aliados insulares y continentales á traer sus negocios á los tribunales de la metrópoli. Esto, que era un vejámen gravísimo, lo defiende, sin embargo, JENOFONTE en su *República Ateniense*.

PISTETERO.

Pero, por Júpiter, hay otras ocupaciones con las cuales un hombre de tu edad puede ganarse honradamente la vida, sin acudir al vil oficio de zurcidor de procesos.

EL DELATOR.

Amigo mio, no te pido consejos, sino alas.

PISTETERO.

Ya te doy alas con mis palabras.

EL DELATOR.

¿Cómo puedes con palabras dar alas á un hombre?

PISTETERO.

Las palabras dan alas á todos.

EL DELATOR.

¿A todos?

PISTETERO.

¿No has oido muchas veces en las barberías á los padres decir hablando de los jóvenes: «Son terribles las alas para la equitacion que le han dado á mi hijo las palabras de Diitréfes (1).» «Pues yo, dice otro, tengo un hijo que en alas de la imaginacion ha dirigido su vuelo á la tragedia.»

EL DELATOR.

¿Luego las palabras dan alas?

PISTETERO.

Ya te he dicho que sí: ellas elevan el espíritu, y levantan al hombre. He ahí por qué con mis útiles

(1) Diitréfes era un rico que tenía muchos caballos. Ya hemos visto en *Las Nubes* que la aficion á la equitacion era muy comun y ruinosa en los jóvenes atenienses.

consejos pretendo yo levantar tu vuelo á una profesion más honrada.

EL DELATOR.

Pero yo no quiero.

PISTETERO.

¿Pues qué harás?

EL DELATOR.

No quiero desmerecer de mi raza: el oficio de delator está vinculado á mi familia. Dáme, pues, rápidas y ligeras alas de gavilan ó cernícalo, para que, en cuanto haya citado á los isleños, pueda regresar á Aténas á sostener la acusacion, y volar en seguida á las islas.

PISTETERO.

Comprendo: á fin de que el isleño sea condenado aquí, ántes de llegar.

EL DELATOR.

Precisamente.

PISTETERO.

Y despues, miéntras él navega en esta direccion, volar tú allá y arrebatarle todos sus bienes.

EL DELATOR.

Exacto. Deseo ser un verdadero trompo.

PISTETERO.

A propósito de trompos: tengo aquí excelentes alas de Corcira (1).

EL DELATOR.

¡Pobre de mí! ¡Es un azote!

(1) Esto se lo dice enseñándole unos azotes de cuero. Los de Corcira tenían fama.

PISTETERO.

¡Fuera de aquí volando! ¡Lárgate pronto, canalla insoportable! Ya te haré yo sentir lo que se gana corrompiendo la justicia. *(Al esclavo.)* Recojamos las alas y partamos.

CORO.

En nuestro vuelo hemos visto mil maravillas, mil increibles prodigios. Hay léjos de Cárdias (1) un árbol muy extraño llamado Cleónimo, completamente inútil, aunque grande y tembloroso. En primavera produce siempre, en vez de yemas, delaciones; y en invierno, en vez de hojas, deja caer escudos. Hay tambien un país, junto á la region de las sombras en los desiertos oscuros, donde los hombres comen y hablan con los héroes, excepto á la noche; cuando ésta llega su encuentro es peligroso. Pues si algun mortal tropezare entónces con Oréstes (2), sería despojado de sus vestidos, y molido á palos de piés á cabeza.

PROMETEO.

¡Qué desgraciado soy! Procuremos que no me vea Júpiter. ¿Dónde está Pistetero?

---

(1) *Cárdias* era una ciudad de Tracia cuyo nombre significa *corazon* ó *valor*. Esto y lo siguiente son burlas sobre la cobardía de Cleónimo, tantas veces mencionada.

(2) Célebre ladron, cuyo encuentro era peligroso de noche. Véase la nota al verso 1.467 de *Los Acarnienses*.

PISTETERO.

¡Oh! ¿qué es esto? ¿Un hombre tapado?

PROMETEO.

¿Ves algun dios detras de mí?

PISTETERO.

Ninguno, por vida mia. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Qué hora es?

PISTETERO.

¿Qué hora? Un poco más del medio dia. ¿Pero quién eres?

PROMETEO.

¿Es el declinar del dia ó más tarde?

PISTETERO.

¡Oh, qué fastidioso!

PROMETEO.

¿Qué hace Júpiter? ¿Disipa ó amontona las nubes? (1).

PISTETERO.

¡Véte al infierno!

PROMETEO.

Entónces, me descubriré.

PISTETERO.

¡Oh, querido Prometeo!

PROMETEO.

¡Cuidado! ¡cuidado! ¡no grites!

PISTETERO.

¿Qué ocurre?

---

(1) Trata de saber si está el cielo cubierto ó despejado.

PROMETEO.

¡Silencio! no pronuncies mi nombre; soy perdido si Júpiter me llega á ver aquí. Si me cubres la cabeza con esta sombrilla, para que no me vean los dioses, te contaré todo lo que pasa en el Olimpo.

PISTETERO.

¡Ah, ja, ja! idea excelente y digna de Prometeo. Métete pronto aquí debajo, y habla sin temor.

PROMETEO.

Escucha, pues.

PISTETERO.

Soy todo oidos: habla.

PROMETEO.

Júpiter está perdido.

PISTETERO.

¿Desde cuándo?

PROMETEO.

Desde que habeis fundado esta ciudad en el aire. Ningun mortal ofrece ya sacrificios á los dioses, y no sube hasta nosotros el humo de las víctimas. Privados de todas sus ofrendas, ayunamos como en las fiestas de Céres (1). Los dioses bárbaros, enfurecidos por el hambre, gritan como los Ilirios, y amenazan bajar contra Júpiter, si no hace que vuelvan á abrirse los mercados, para que puedan introducirse las entrañas de las víctimas.

PISTETERO.

¿Luégo hay dioses bárbaros que habitan encima de nosotros?

---

(1) Duraban cinco dias y se ayunaba el tercero.

PROMETEO.

¿Pues si no hubiese dioses bárbaros, cuál podria ser el patron de Execéstides? (1).

PISTETERO.

¿Y cómo se llaman esos dioses?

PROMETEO.

¿Cómo? Tribalos (2).

PISTETERO.

Comprendo. De ahí, sin duda, viene la frase: «Ojalá te trituren» (3).

PROMETEO.

Está claro. Te aseguro que pronto bajará para estipular las condiciones de paz una embajada de Júpiter y de los Tribalos superiores; pero vosotros no debeis hacer pacto alguno miéntras Júpiter no restituya el cetro á las aves, y te dé por esposa á la Soberanía.

PISTETERO.

¿Quién es la Soberanía?

PROMETEO.

Una hermosísima doncella que maneja los rayos de Júpiter y á cuyo cargo están todas las demas cosas: la prudencia, la equidad, la modestia, la marina, las calumnias, la tesorería, y el pago del trióbolo.

---

(1) Apolo era el patrono de los ciudadanos de Aténas como Execéstides era extranjero, su patrono debia de serlo tambien.
(2) Nombre de un pueblo de Tracia.
(3) Ἐπιτριβείης, tiene cierta semejanza con *Tribalo*.

PISTETERO.

De modo que es un administrador universal.

PROMETEO.

Precisamente. De suerte que si te la otorga, serás dueño de todo. He venido para darte este consejo, pues siempre he querido mucho á los hombres.

PISTETERO.

Es verdad; tú eres el único dios á quien debemos los asados (1).

PROMETEO.

Sabes tambien que aborrezco á todos los dioses.

PISTETERO.

Sí, tú fuiste siempre su enemigo.

PROMETEO.

Un verdadero Timon (2) para ellos. Pero dáme la sombrilla para que me vaya cuanto ántes; si Júpiter me ve así desde el cielo, creerá que voy siguiendo á una Canéfora (3).

PISTETERO.

Para fingir mejor, coge este asiento y llévatelo con la sombrilla.

CORO.

En el país de los Esciápodas (4) hay un pantano

---

(1) Prometeo regaló el fuego á los hombres, incurriendo por esto en el enojo de Júpiter.
(2) Célebre misántropo.
(3) Ya hemos visto en *Los Acarnienses* que era costumbre llevar un quitasol detras de las Canéforas.
(4) Séres fabulosos que habitaban en la zona *tórrida*. Sus piés eran más grandes que el resto del cuerpo, de

donde evoca los espíritus el desaseado Sócrates; allá fué tambien Pisandro (1), pidiendo ver su alma que le habia abandonado en vida; traia un camello por víctima en vez de un cordero, y cuando lo degolló, dió un paso atras como Ulíses (2): despues Querefon (3), el murciélago, subió del Orco para beber la sangre.

NEPTUNO.

Estamos á la vista de Nefelococigia, á cuya ciudad venimos. *(Al Tribalo.)* ¡Eh, tú! ¿qué haces? ¿Te echas el manto sobre el hombro izquierdo? ¿No lo cambias al derecho? (4) ¡Cómo! desdichado, ¿tendrás el mismo defecto que Lespódias? (5) ¡Oh democracia! ¿á dónde vamos á parar? ¡Verse los dioses obligados á elegir semejante embajador!

---

suerte que cuando el calor se dejaba sentir con exceso, adoptaban la posicion cuadrúpeda y se servian de uno de sus piés, como de quitasol, de donde les vino el nombre de *esciápodas*. Aristófanes coloca á los filósofos socráticos en este país, para indicar su constitucion física empobrecida por las cavilaciones, y su poca policía.

(1) Este orador era notable por su cobardía. El mismo Jenofonte, de ordinario inofensivo, dice de él en el *Banquete*, que no se atrevia á mirar de frente una lanza. (Véase *La Paz*, 395, nota.)

(2) Vid. HOMERO, *Odisea*, IX.

(3) Véase la nota correspondiente en *Las Nubes*.

(4) Lo ordinario era recoger el manto sobre el hombro izquierdo, como nuestros embozos.

(5) General que para cubrirse las úlceras de las piernas se dejaba caer el manto.

EL TRIBALO.

Déjame en paz.

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Díme, Hércules, ¿qué haremos?

HÉRCULES.

Ya lo has oido; mi intencion es estrangular, sea el que sea, á ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mio, si hemos sido enviados á tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razon de más para estrangularle.

PISTETERO (1).

Alárgame el rallador; trae silfio; dáme queso; atiza los carbones.

HÉRCULES (2).

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTETERO.

Lo cubro de silfio.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTETERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfio?

---

(1) Fingiendo no haberlos visto.
(2) Dulcificando la voz á la vista de los preparativos culinarios.

PISTETERO.

¡Salud, oh Hércules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

UN CRIADO.

No hay aceite en la alcuza.

PISTETERO.

Pues estos pajarillos tienen que estar bien rehogados.

HÉRCULES.

Nosotros nada ganamos con hacer la guerra; y vosotros, si sois nuestros amigos, tendreis siempre agua de lluvia en las balsas y disfrutaréis de dias serenos. Venimos perfectamente autorizados para estipular sobre este punto.

PISTETERO.

Nunca hemos sido los agresores, y ahora mismo estamos dispuestos á hacer la paz que deseais si os avenís á una condicion equitativa: tal es la de que Júpiter nos devuelva el cetro á las aves. Despues de arreglado este particular, invito á los embajadores á comer.

HÉRCULES.

Por mí eso basta, y declaro...

NEPTUNO.

¿Qué? ¡desdichado! Eres gloton é imbécil. ¿Así piensas despojar del mando á tu padre?

PISTETERO.

Te equivocas. ¿Acaso no sereis más poderosos si las aves reinan sobre la tierra? Ahora, al abrigo de

las nubes y bajando la cabeza, los mortales perjuran impunemente de vosotros; pero si tuvieseis por aliadas á las aves, cuando alguno jurase por el cuervo y por Júpiter, el cuervo se acercaria furtivamente al perjuro, y le saltaria un ojo de un picotazo.

NEPTUNO.

¡Bien dicho, por Neptuno! (1).

HÉRCULES.

Me parece lo mismo.

PISTETERO *(Al Tribalo).*

Y tú, ¿qué opinas?

EL TRIBALO.

Nabaisatreu (2).

PISTETERO.

¿Lo ves? es de la misma opinion. Oid otra de las ventajas que nuestra alianza os proporcionará. Si un hombre ofrece un sacrificio á alguno de vosotros, y despues difiere su realizacion diciendo: «Los dioses tendrán paciencia,» y por avaricia no cumple su voto, nosotros le obligarémos.

NEPTUNO.

¿Cómo? ¿De qué manera?

NEPTUNO.

Cuando nuestro hombre esté contando su dinero, ó sentado en el baño, un gavilan le arrebatará, sin que lo note, el precio de dos ovejas y se lo llevará al dios burlado.

(1) Neptuno jura burlescamente por sí mismo.
(2) Jerga ininteligible.

HÉRCULES.

Confirmo mi declaracion de que debe devolvérsele el cetro.

NEPTUNO.

Pregunta á Tribalo.

HÉRCULES.

¡Éh, Tribalo! ¿quieres... una paliza?

EL TRIBALO.

Saunaca bactaricrousa.

HÉRCULES.

Dice que con mucho gusto.

NEPTUNO.

Si ambos sois de esa opinion, yo me adhiero á ella.

HÉRCULES.

Consentimos en la devolucion del cetro.

PISTETERO.

¡Por vida mia, si me olvidaba de otra condicion! Dejo á Júpiter su Juno; pero exijo que me dé por esposa á la jóven Soberanía.

NEPTUNO.

Está visto que no quieres la paz. Retirémonos.

PISTETERO.

Poco me importa.— Cocinero, que esté sabrosa la salsa.

HÉRCULES.

¡Qué particular es este Neptuno! ¿A dónde vas? ¿Hemos de emprender la guerra por una mujer?

NEPTUNO.

¿Pues qué hemos de hacer?

HÉRCULES.

¿Qué? la paz.

NEPTUNO.

¡Cómo! ¿No conoces, imbécil, que te está engañando? Tú mismo te arruinas. Si Júpiter muere despues de haberle entregado el mando, quedarás reducido á la miseria, pues á tí han de pasar todos los bienes que tu padre deje á su muerte.

PISTETERO.

¡Ah, desdichado! ¡Cómo trata de confundirte! Vén acá y te diré lo que hace al caso. Tu tio te engaña, pobre amigo; segun la ley, no puedes heredar ni un hilo de los bienes paternos, porque eres hijo bastardo y no legítimo

HÉRCULES.

¿Yo bastardo? ¿Qué dices?

PISTETERO.

La pura verdad: por ser hijo de una mujer extranjera. Y si no, dime: ¿cómo Minerva, siendo hembra, pudiera ser única heredera de Júpiter, si tuviera hermanos legítimos?

HÉRCULES.

¿Y si mi padre al morir me lega la parte correspondiente á los bastardos?

PISTETERO.

La ley no se lo permite. El mismo Neptuno que ahora te provoca será el primero en disputarte la herencia paterna, alegando su cualidad de hermano legítimo. Escucha el texto de la ley de Solon: «El bastardo no puede heredar si hay hijos legítimos. Si no hay hijos legítimos, la herencia

debe pasar á los colaterales más próximos» (1).

HÉRCULES.

¿Luego ningun derecho tengo á suceder á mi padre?

PISTETERO.

Ninguno absolutamente. Dime: ¿tuvo tu padre cuidado de inscribirte en el registro de alguna tribu? (2).

HÉRCULES.

No por cierto; y á la verdad esto me admiraba.

PISTETERO.

Déjate de miradas feroces y de amenazas al cielo. Vive con nosotros, que yo te nombraré rey, y te procuraré una vida á pedir de boca.

HÉRCULES.

Pues bien, creo justa tu peticion de la doncella y te la concedo.

PISTETERO.

Y tú ¿qué dices?

NEPTUNO.

Yo me opongo.

PISTETERO.

La resolucion del asunto depende del Tribalo. ¿Qué opinas tú?

EL TRIBALO.

La grande y hermosa doncella la Soberanía, al pájaro la concedo (3).

---

(1) El texto de la ley está en prosa.
(2) Formalidad que sólo se llenaba con los hijos legítimos.
(3) Tal parece ser el sentido de las incorrectas palabras del Tribalo. Sus colegas no le comprenden bien.

HÉRCULES.

Dice que la concede.

NEPTUNO.

No por Júpiter, no dice que se la concede sino en caso de que emigre como las golondrinas.

PISTETERO.

Luego dice que es necesario concedérsela á las golondrinas. Arreglaos los dos como podais, y estipulad las condiciones: yo, puesto que así os agrada, me callaré.

HÉRCULES.

Nos place concederte cuanto pides. Vénte pronto con nosotros al cielo, y te se entregará la Soberanía y todo lo demas.

PISTETERO.

Estas aves han sido muertas con mucha oportunidad para las bodas.

HÉRCULES.

¿Quereis que entretanto me quede yo á asarlas? Vamos, idos.

NEPTUNO.

¿Tú asarlas? Eres muy gloton. ¿No vienes con nosotros?

HÉRCULES.

¡Qué bien lo hubiera pasado!

PISTETERO.

Traedme un vestido nupcial.

CORO.

En Fánes (1), junto á la Clepsidra, vive la pérfida nacion de los Englotogastros (2), que siegan, siembran, vendimian y recogen los higos (3) con la lengua; son de raza bárbara, y entre ellos se encuentran los Górgias y Filipos (4). Estos Filipos Englotogastros han sido la causa de que se introdujese en el Atica la costumbre de cortar aparte la lengua de las víctimas (5).

UN MENSAJERO.

¡Oh vosotros cuya dicha no puede expresarse con palabras; raza de las aves tres veces feliz, recibid al nuevo rey en vuestras afortunadas mansiones! Ya se acerca á su palacio resplandeciente de oro, rodeado de un esplendor que envidiarian los astros: el claro sol no ha brillado nunca tanto como la esposa que trae consigo, beldad incomprensible en cuya diestra vibra el alado rayo de Júpiter: los más deliciosos perfumes suben hasta el cielo. ¡Es-

(1) Nombre de un puerto en la isla de Quios. Envuelve la idea de delacion y es una alusion á los sicofantas y oradores.

(2) Palabra compuesta de dos que significan *lengua* y *vientre*, es decir, los que viven del producto de su lengua.

(3) La palabra σῦκον, *higo*, entra en la composicion de *sicofanta* ó *delator*.

(4) Gorgias, célebre retórico y sofista. Platon dió su nombre á uno de sus más bellos diálogos. Filipo se cree que era un delator.

(5) V. *La Paz*, verso 1.060.

pectáculo encantador! Una nube de perfumes impulsada por los Céfiros se eleva en ondulante columna. Héle ahí. Musa divina, abre tus sagrados labios, y entona cantos propicios.

SEMICORO.

¡Atras! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡adelante! (1) ¡revolotead en torno de ese mortal feliz, que la fortuna colme de sus bienes. ¡Ah! ¡qué gracia! ¡qué hermosura! ¡Oh matrimonio dichoso para esta ciudad! ¡Gloria á ese hombre! Él ha abierto nuevos é inmensos horizontes á las aves. Saludadle con el canto nupcial; saludad tambien á su esposa la Soberanía.

SEMICORO.

Entre semejantes himnos enlazaron las Parcas á la olímpica Juno con el rey de los dioses, de sublime trono. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo! El sonrosado Amor de áureas alas tenía las riendas y dirigia el carro en las bodas de Júpiter y la celeste Juno. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Me deleitan vuestros himnos, me complacen vuestros cantos, me hechizan vuestras palabras. Celebrad ahora el mugir de los truenos subterráneos, los relámpagos brillantes del nuevo Júpiter, y sus terribles y deslumbradores rayos.

---

(1) Tecnicismo coreográfico.

CORO.

¡Oh áureo fulgor del relámpago! ¡Oh dardos inflamados de Júpiter! ¡Oh mugidos subterráneos y retumbantes truenos, nuncios de la lluvia! En adelante, por órden de nuestro rey, hareis temblar la tierra. A la posesion de la bella Soberanía debe este poder inmenso. ¡Oh Himeneo! ¡Himeneo!

PISTETERO.

Aves de toda especie, seguidme al palacio de Júpiter y al tálamo nupcial. Dáme la mano, esposa querida. Cógeme de las alas, y bailemos. Yo te elevaré por los aires.

CORO.

¡Ea! ¡ea! ¡Pean! ¡Viva el ilustre vencedor! ¡Viva el más grande de los dioses!

FIN DE LAS AVES.

LISÍSTRATA.

NOTICIA PRELIMINAR.

Lisístrata, como quien dice *Pacífica*, pues la etimología de esta palabra hace pensar en el licenciamiento de las tropas (1), es un nombre muy adecuado á la protagonista de una comedia cuyo objeto, como el de *Los Acarnienses*, *Las Aves* y *La Paz*, es apartar á los Atenienses de una guerra interminable y desastrosa.

Lisístrata, esposa de uno de los ciudadanos más influyentes de Aténas, harta de los males de la guerra que afligen á su patria, y viendo el ningun interes que el pueblo manifiesta por terminarlos, decídese á hacerlo por sí misma, reuniendo al efecto á las mujeres de su país y de los demas pueblos beligerantes, y comprometiéndolas solemnemente á abstenerse de todo trato con sus mari-

(1) Así lo indica el Anónimo autor de su prefacio: ἐκλήθη Αυσιστράτη παρὰ τὸ λῦσαι τὸν στρατόν.

dos miéntras éstos no estipulen la deseada paz. Al mismo tiempo que se pacta esta resistencia pasiva, otras mujeres se apoderan de la ciudadela y se hacen cargo del tesoro en ella custodiado, persuadidas de que la falta de recursos contribuirá no ménos que los estímulos del amor, á la pacificacion de Grecia. En efecto, el miedo de perder su salario de jueces trae pronto á las puertas de la ciudadela una turba de viejos animados de proyectos incendiarios, que son rechazados mediante un diluvio de agua y otro de desvergüenzas, que las sitiadas y el refuerzo de otra legion mujeril arrojan sin consideracion sobre todos ellos.

Un magistrado que acude despues, es tambien víctima del descoco femenino, y ve arrollados y sopapeados por la nata y flor de las verduleras atenienses á todos los arqueros de su guardia.

No obstante este triunfo, la situacion va haciéndose insostenible dentro y fuera de la ciudadela. A Lisístrata le cuesta un trabajo infinito evitar la desercion de sus soldados, que inventan mil pretextos especiosos para volver á sus casas; miéntras los hombres no aciertan á vivir más tiempo separados de sus mujeres.

En esto llega un heraldo de Lacedemonia, pintando con vivos colores los males que tambien allí afligen al sexo feo; en vista de lo cual, hay mutuo envío de embajadores entre ambas ciudades, y se llega por fin á estipular la paz. Una vez aceptado este acuerdo, ábrense las puertas de la ciudadela, las mujeres se reunen á sus esposos, y las ciuda-

des rivales olvidan sus rencores, entre cantos, danzas y festines, himnos á los dioses, burlas y algazara.

Lo que más llama la atencion en esta comedia es, además de la libertad con que el poeta trata en ella de los asuntos más graves del Estado, la obscenidad abominable que en ella domina, tanto en el asunto, como en los cuadros y detalles.

Ya en las otras piezas de Aristófanes habrán podido observar nuestros lectores cuán poco se respeta el pudor y la decencia en el teatro griego, por más que hemos tratado de disimular sus desnudeces con el velo de una púdica perífrasis; pero en la *Lisistrata* esta precaucion es imposible, porque estando basada toda la comedia en la singular tortura decretada contra los hombres, todas las pinturas son de una libertad escandalosa, digna del obsceno pincel de Petronio, Marcial, Apuleyo y Casti. Así es que, despues de haber vacilado mucho tiempo sobre si debíamos verter al castellano sus impúdicas escenas, sólo nos hemos decidido á hacerlo ante la consideracion de que los lectores tienen derecho á conocer por completo el teatro de Aristófanes; y áun con todo, nos hemos visto obligados á poner en latin las escenas de más subida obscenidad, por si esta version, destinada, como todos los libros de esta especie, sólo á personas ilustradas y maduras, llegase á caer en manos inexpertas.

Aparte de este defecto capital, que afea la *Lisistrata*, no puede ménos de reconocerse que bajo el

punto de vista puramente literario abundan en ella bellezas estimables.

El carácter de la protagonista está muy bien trazado y sostenido, observándose en él cierto decoro y dignidad que contrasta agradablemente con las indecencias de la comedia. La primera escena, dice Brumoy, es digna del arte más depurado, y no lo son ménos todas aquellas en que se ponen en juego, con admirable verdad, todos los recursos de la coquetería y la astucia femeniles. Es de notar tambien el lenguaje rudo y leal de los Embajadores de Esparta, y tampoco puede ménos de verse con agrado el valor y puro patriotismo que revelan en Aristófanes la energía con que, desafiando las iras del populacho inconstante, se atreve á decirle sin rodeos las verdades más amargas.

La representacion de la *Lisístrata*, segun se deduce de varios de sus pasajes (1) y afirma rotundamente uno de sus prefacios, tuvo lugar el año 412 ántes de nuestra era, ó por lo ménos entre el vigésimo y vigésimotercero de la Guerra del Peloponeso.

(1) Lisistrata se queja (v. 104) de que su marido hace siete meses que está de guarnicion en Pílos, que fué recobrado por los Lacedemonios el año 23 de la guerra; habla despues de la defeccion de los Milesios (v. 108), que tuvo lugar al principio del año vigésimo de la guerra. La alusion á desastres recientes (v. 586) sólo puede referirse á los de Sicilia, y la libertad con que habla de Pisandro hace suponer que estaba ya abolido el gobierno oligárquico de los Cuatrocientos, que cayeron en el año 21 de la guerra (Véase Tucídides, viii).

PERSONAJES.

Lisístrata.
Calónice.
Mírrina.
Lámpito.
Coro de ancianos.
Coro de mujeres.
Estratílis.
Un Magistrado.
Algunas mujeres.
Cinésias.
Un muchacho.
Un Heraldo de Lacedemonia.
Embajadores de Lacedemonia.
Algunos Curiosos.
Un Ateniense.
Arqueros.

La escena en Atenas: plaza pública.

LISÍSTRATA.

LISÍSTRATA *(sola).*

¡Ah! si se las hubiese citado á una fiesta de Baco, ó de Pan, ó de Vénus Colíade ó Genetílide (1), la multitud de tambores no permitiria transitar por las calles. Ahora no viene ninguna, excepto esa buena vecina que sale de su casa. Salud, Calónice.

CALÓNICE.

Salud, Lisístrata. ¿Qué es lo que te aflige? Serena

(1) Las divinidades citadas por Lisístrata eran todas favorables á la crápula y la disolucion. Para explicar el sobrenombre de *Colíade*, dado á Vénus, el Escoliasta cuenta la siguiente tradicion. Unos bandidos se apoderaron de un jóven ateniense, y le ataron todos los miembros (κωλῆ), pero le libertó la hija del capitan de la banda. En recuerdo de esta prueba de amor, el jóven edificó un templo y lo dedicó á Vénus, que se llamó *Colíade*, del nombre de los miembros desatados. Sobre la advocacion de *Genetílide* véase *Las Nubes*, nota al verso 52.

tu frente, hija mia; no te sienta bien ese fruncido ceño.

LISÍSTRATA.

Calónice, me hierve la sangre. Me avergüenzo de mi sexo; los hombres pretenden que somos astutas...

CALÓNICE.

Y lo somos, por Júpiter.

LISÍSTRATA.

Y cuando se las dice que acudan á este sitio, para tratar de un importante asunto, duermen en vez de venir.

CALÓNICE.

Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido; otra despierta á su esclavo; otra acuesta á su hijo; aquella le lava ó le da de comer.

LISÍSTRATA.

Más graves son estos cuidados.

CALÓNICE.

Pero sepamos para qué nos convocas. ¿Qué cosa es? ¿Es grande?

LISÍSTRATA.

Es grande.

CALÓNICE.

¿Es gruesa?

LISÍSTRATA.

Es gruesa.

CALÓNICE.

¿Pues cómo no hemos venido todas?

LISÍSTRATA.

No es lo que te figuras, pues de serlo ni una hu-

biera faltado. Se trata de un plan que yo he trazado y revuelto en todos sentidos durante mis insomnios.

CALÓNICE.

Precisamente habrá de ser muy sutil para darlo vuelta en todos sentidos.

LISÍSTRATA.

Tan sutil que la salvacion de la Grecia entera estriba en las mujeres.

CALÓNICE.

¿En las mujeres? Liviano es su fundamento.

LISÍSTRATA.

En nosotras está, ó el salvar la república, ó el destruir completamente á los Peloponesios....

CALÓNICE.

Que no quede ni uno para muestra; me parece muy bien.

LISÍSTRATA.

Y aniquilar á todos los Beocios.

CALÓNICE.

A todos no; perdona siquiera á las anguilas (1).

LISÍSTRATA.

A Aténas no la desearé semejante cosa; pero se me ocurre otra idea. Si se nos agregasen todas las mujeres del Peloponeso y la Beocia, quizá, aunando nuestros esfuerzos, pudiéramos salvar á Grecia.

CALÓNICE.

¿Pero acaso las mujeres pueden llevar á cabo

(1) Ya hemos visto lo estimadas que eran las del lago Copais.

empresa alguna ilustre y sensata? Nosotras, que nos pasamos la vida encerradas en casa, muy pintadas y adornadas, vestidas de túnicas amarillas y flotantes cimbéricas (1), y calzadas con elegantes peribárides (2).

LISÍSTRATA.

Precisamente en eso tengo yo puestas mis esperanzas de salvacion; en las túnicas amarillas, en los perfumes, en el colorete, en las peribárides, en los vestidos transparentes.

CALÓNICE.

¿Cómo?

LISÍSTRATA.

De suerte que ninguno de los hombres de hoy dia levantará su lanza contra los otros...

CALÓNICE.

Por las dos diosas, me teñiré de amarillo una túnica.

LISÍSTRATA.

Ni embrazará el escudo...

CALÓNICE.

Me pondré una cimbérica.

LISÍSTRATA.

Ni empuñará la espada.

CALÓNICE.

Compraré unas peribárides.

LISÍSTRATA.

¿Pero no debian ya estar aquí todas las mujeres?

---

(1) Especie de túnica que no se sujetaba con ceñidor.
(2) Especie de calzado.

CALÓNICE.

Volando debian de haber venido hace tiempo.

LISÍSTRATA.

¡Ay, amiga mia! Has de ver que llegan demasiado tarde como verdaderas Atenienses. No se distingue ninguna mujer de la costa ni de Salamina.

CALÓNICE.

Pues de esas ya sé que se han embarcado muy de madrugada (1).

LISÍSTRATA.

Tampoco vienen las Acarnienses, que yo esperaba y confiaba que estarian aquí las primeras (2).

CALÓNICE.

Pues la mujer de Teógenes (3), sin duda pensando acudir, consultó ayer la estatua de Hécate. Mira, ya llegan algunas; y otras, y otras. ¡Toma, ¡toma! ¿de dónde son?

LISÍSTRATA.

De Anagiro (4).

---

(1) Para pasar de Salamina al Ática, de la cual estaba separada por un canal de poca anchura. Hay en el texto uno de los equívocos indecentes de que está plagada la comedia.

(2) Sin duda, porque habiendo sido su país muy castigado por la guerra, debian de ser más solícitas en procurarse la paz.

(3) Teógenes era un hombre rico y supersticioso, que no emprendia nada sin consultar á una estatua de Hécate, diosa, segun la creencia vulgar, de los honores y la buena fortuna. Su mujer era natural que siguiese sus prácticas.

(4) Aldea del Ática.

CALÓNICE.

Es verdad; parece que todo Anagiro se nos viene encima.

MÍRRINA.

¿Quizá llegamos tarde, Lisístrata? ¿Qué dices? ¿por qué no respondes?

LISÍSTRATA.

No he de elogiar, Mírrina, tu falta de puntualidad en tan importante asunto.

MÍRRINA.

¡Si me ví y me deseé para hallar mi ceñidor á oscuras! Mas, ya que la cosa urge, aquí nos tienes, habla.

LISÍSTRATA.

No, esperemos un poco á que lleguen las mujeres Beocias y Peloponesias.

MÍRRINA.

Tienes razon: mira, ahí viene Lámpito.

LISÍSTRATA.

Salud, Lámpito, mi querida Lacedemonia. ¡Qué bella eres, dulcísima amiga! ¡Qué buen color! ¡Qué robustez! podrias estrangular un toro.

LÁMPITO (1).

Ya lo creo, por los Dióscuros (2); como que

(1) Lámpito era hija de Leotíquides, mujer de Arquidamo, y madre de Agis, los tres reyes de Lacedemonia.

(2) Juramento ordinario de los Espartanos. Todo lo

hago gimnasia, y me doy con los talones en las nalgas (1).

LISÍSTRATA.

¡Oh qué turgente seno!

LÁMPITO.

Me estais tanteando como á las víctimas (2).

LISÍSTRATA.

¿De dónde es esa otra jóven?

LÁMPITO.

Por los Dióscuros, es de una de las principales familias de Beocia.

LISÍSTRATA.

¡Por Júpiter, mi querida Beocia! pareces un florido jardin.

CALÓNICE.

Y muy limpio: le han arrancado todo el poleo (3).

LISÍSTRATA.

¿Y aquella otra niña?

LÁMPITO.

Es muy buena, por mi vida; pero es de Corinto (4).

---

que dicen Lámpito y las demas Lacedemonias está en dialecto dórico.

(1) En una especie de danza llamada *bibasis*. Alusion á los ejercicios gimnásticos que los jóvenes de ambos sexos hacian en Esparta.

(2) Para ver si están gordas.

(3) El poleo crecia espontáneamente y con mucha abundancia en Beocia. La frase alude á una costumbre del tocador griego.

(4) Célebre por sus muchas y bellas cortesanas, que se hacian pagar muy caros sus favores; de donde vino el proverbio: *No todos pueden ir á Corinto.*

LISÍSTRATA.

Comprendo, será buena como todas las de allí.

LÁMPITO.

¿Pero quién ha convocado esta asamblea de mujeres?

LISÍSTRATA.

Yo misma.

LÁMPITO.

Pues dínos lo que deseas.

LISÍSTRATA.

Sí por cierto, queridísima amiga.

MÍRRINA.

Sepamos, por fin, cuál es el gran negocio.

LISÍSTRATA.

Voy á decíroslo; pero ántes permitidme una sola pregunta.

MÍRRINA.

Cuantas quieras.

LISÍSTRATA.

¿No sentís que los padres de vuestros hijos se hallen léjos de vosotras en el ejército? pues demasiado sé que todas teneis los maridos ausentes.

CALÓNICE.

El mio ¡pobrecillo! hace ya cinco meses que está en Tracia vigilando á Eúcrates (1).

---

(1) General ateniense, cuya lealtad á la república era sospechosa. Parece que las tropas de Aténas estaban, cuàndo se representó la *Lisístrata*, vigilando á los pueblos de la Tracia, y no muy seguros de su general Eúcrates.

LISÍSTRATA.

Siete hace que está el mio en Pilos (1).

LÁMPITO.

El mio, cuando vuelve alguna vez del ejército, descuelga en seguida el escudo y se marcha volando.

LISÍSTRATA.

¡No queda un amante para un remedio, y con la defeccion de los Milesios se acabaron todos los recursos para consolar nuestra viudez! (2) Pues bien, si yo encontrase un medio de poner fin á la guerra, ¿querriais secundarme?

MÍRRINA.

Sí, por las dos diosas, aunque tuviese que dar en prenda mi vestido y beberme el dinero el mismo dia (3).

CALÓNICE.

Pues yo, aunque me tuviese que dejar partir en

---

(1) En la Noticia preliminar á *Los Caballeros*, vimos que los Atenienses se habian apoderado de esta plaza fuerte de los Lacedemonios: éstos no consiguieron recobrarla hasta dos años despues de la representacion de la *Lisístrata*, ó sea en el 22 de la guerra del Peloponeso.

(2) Lit: *Sed nec mœchi relicta est scintilla. Ex quo enim nos prodiderunt Milesii, ne olisbum quidem vidi octo digitos longum qui nobis esset coriaceum auxilium.* El Reverendo P. Lobineau hizo, segun M. Artaud, un sabio comentario sobre tan resbaladiza materia. La defeccion de los Milesios, por consejo de Alcibíades, tuvo lugar el año vigésimo de la guerra (Véase Tuc., VIII, 17).

(3) Aristófanes echa en cara á menudo á las mujeres su aficion á la bebida.

dos, como un rodaballo, y dar la mitad de mí misma (1).

LÁMPITO.

Yo subiria á la cumbre del Taigeto (2), si allí hubiese de ver á la Paz.

LISÍSTRATA.

Pues bien, os lo diré: ya no hay para qué ocultaros nada. Oh mujeres, si queremos obligar á los hombres á hacer la paz, es preciso abstenernos...

MÍRRINA.

¿De qué? habla.

LISÍSTRATA.

¿Lo hareis?

MÍRRINA.

Lo haremos, aunque nos cueste la vida.

LISISTRATA.

Es preciso abstenernos de los hombres... (3) ¿por qué me volveis la espalda? ¿Adónde vais? ¡Eh, vosotras! ¿por qué os mordeis los labios y meneais la cabeza? ¡Cómo! ¡Se os muda el color! ¡Una lágrima corre!... ¿Qué decís? ¿lo hareis ó no lo hareis?

MIRRINA.

Yo no puedo, que siga la guerra.

---

(1) En el *Banquete* de Platon, usa nuestro poeta la misma comparacion, al desenvolver su peregrina teoría sobre la belleza y el amor.

(2) Monte de la Laconia.

(3) Lit: *Abstinendum est á pene.* La proposicion de Lisístrata produce malísimo efecto en su auditorio.

CALÓNICE.

Yo tampoco, que siga la guerra.

LISISTRATA.

¿Eso dices, mi valiente rodaballo? ¿tú que hace un instante te dejabas partir en dos?

CALÓNICE.

Sí, todo ménos eso. Mándame si quieres andar entre llamas. Pero, querida Lisístrata, semejante abstinencia... ¡Eso á nada puede compararse!

LISISTRATA.

¿Y tú?

MIRRINA.

Tambien yo prefiero andar entre llamas.

LISISTRATA.

¡Oh sexo disoluto! ¡Y luégo nos admirarémos de ser maltratadas en las tragedias! Sólo servimos para el amor (1). Pero, querida Lacedemonia, secunda mis proyectos; que como tú me ayudes, áun podremos salvarlo todo.

LÁMPITO.

Muy triste es á la verdad dormir sin compañía, pero no hay más remedio; es preciso conseguir la paz á todo trance.

LISISTRATA.

¡Oh amiga queridísima! ¡única mujer digna de este nombre!

(1) Lit: «No somos más que Neptuno y barca.» Expresion proverbial, cuyo equivalente es el indicado en el texto.

CALÓNICE.

Pero si, lo que Dios no quiera, nos abstenemos completamente de lo que dices, ¿conseguiremos por eso más pronto la paz?

LISISTRATA.

Mucho más pronto, por las diosas. Permanezcamos en casa, bien pintadas, y sin más vestidos que una transparente túnica de Amórgos (1), y los hombres arderán en amorosos deseos. Si entónces resistimos á sus instancias, estoy segura de que harán en seguida la paz (2).

LÁMPITO.

Por eso, sin duda, cuando Menelao vió el seno desnudo de Helena, arrojó la espada (3).

CALÓNICE.

Pero, desdichada, ¿y si nos abandonan nuestros maridos?

LISISTRATA.

Entónces, como dice Ferécrates, «desollarémos un perro desollado» (4).

---

(1) Amórgos era una de las Cícladas entre Náxos y Cos. Se fabricaban en ella telas finísimas, casi transparentes, y de gran precio. Algunos suponen que estas telas se llamaban así, ó á causa de su color, ó por la planta de que estaban hechas. (V. SUIDAS, *Etym. magn.*; POLLUX, VII, 16.)

(2) Siempre que se trata del amor, usa Aristófanes expresiones de una obscenidad intraducible, aunque muy gráficas.

(3) Alusion á la *Andrómaca* de Eurípides, v. 620.

(4) Este proverbio se aplicaba á los que se toman un trabajo inútil. *Intelligit femina penem coriaceum de quo supra.* Ferécrates era un poeta cómico contemporáneo de Aristófanes que citó ese proverbio en alguna de sus piezas.

CALÓNICE.

Esos simulacros nada valen; ¿y si nos cogen y nos arrastran á su alcoba?

LISÍSTRATA.

Agárrate á la puerta.

CALÓNICE.

¿Y si nos pegan?

LISÍSTRATA.

Cede, pero de mala gana; no puede haber placer si hay violencia. Además podemos atormentarlos de mil modos. No temas, pronto se cansarán; es imposible un goce no recíproco.

CALÓNICE.

Si es esa vuestra opinion, me adhiero á ella.

LÁMPITO.

Nosotras quedamos en decidir á nuestros maridos á firmar una paz leal y franca. ¿Pero quién será capaz de hacer otro tanto con el populacho ateniense, tan enamorado de la guerra?

LISÍSTRATA.

No tengas cuidado; nosotras le persuadiremos.

LÁMPITO.

No lo conseguirás, miéntras estén apasionados de sus naves y se guarde en el templo de Minerva aquel inmenso tesoro (1).

LISÍSTRATA.

Todo eso está previsto; hoy mismo nos apoderarémos de la ciudadela. Las mujeres de más edad

(1) En él habia de reserva mil talentos. El templo de Minerva estaba en la ciudadela.

están encargadas de ocuparla con pretexto de ofrecer un sacrificio, miéntras nosotras nos concertamos aquí.

LÁMPITO.

Todo irá bien, pues todo está perfectamente trazado.

LISÍSTRATA.

Entónces, Lámpito ¿por qué no nos comprometemos con un juramento inquebrantable?

LÁMPITO.

Pronuncia tú la fórmula, y nosotras juramos.

LISÍSTRATA.

Tienes razon. ¿Dónde está la mujer escita? (1) ¿A dónde miras? Poned aquí un escudo sobre la cara convexa, y traedme las víctimas.

CALÓNICE.

¿Qué juramento vamos á prestar, Lisístrata?

LISÍSTRATA.

¿Qué juramento? En Esquilo se degüella una oveja y se jura sobre un escudo (2); nosotras haremos lo mismo.

CALÓNICE.

Pero, Lisístrata mia, ¿cómo hemos de jurar sobre un escudo, cuando se trata de la paz?

LISÍSTRATA.

¿Pues qué juramento haremos?

---

(1) Los alguaciles y arqueros de Aténas eran casi todos Escitas; y Lisístrata quiere conformarse con la costumbre.

(2) Alusion á *Los Siete contra Tébas*, donde los jefes prestan un juramento en la forma indicada por Lisístrata.

CALÓNICE.

Cojamos un caballo blanco (1); sacrifiquémosle, y juremos sobre su cadáver.

LISÍSTRATA.

¿Y dónde vas á hallar un caballo blanco?

CALÓNICE.

¿Pues cómo jurarémos?

LISÍSTRATA.

Voy á decírtelo. Coloquemos aquí una gran copa negra (2), inmolemos en ella un cántaro de vino de Tásos, y juremos no mezclarle ni una gota de agua.

LÁMPITO.

¡Oh qué hermoso juramento! No hay palabras para elogiarle bastante.

LISÍSTRATA.

Que me traigan una copa y un cántaro.

CALÓNICE.

Queridísimas amigas, ¡qué enorme cántaro! ¡con qué placer lo iremos vaciando!

LISÍSTRATA.

Déjalo aquí, y pon la mano sobre la víctima (3). ¡Oh soberana Persuasion, y tú, copa de la amistad, aceptad este sacrificio y sed propicias á las mujeres! (4).

---

(1) *Mentulam innuit, ex aliqua venerea statura quæ equestris dicitur.*
(2) Parodia de Esquilo.
(3) Para jurar se ponia la mano sobre la víctima; costumbre que se ha conservado.
(4) Dice esto echando vino en la copa.

CALÓNICE.

¡Qué hermoso color tiene la sangre! ¡qué bien corre! (1).

LÁMPITO.

¡Por Cástor, qué buen olor despide!

LISÍSTRATA.

Amigas mias, dejadme jurar la primera (2).

CALÓNICE.

No, por Vénus, que decida la suerte (3).

LISÍSTRATA.

Vamos, Lámpito, y vosotras extended la mano sobre la copa; despues, que una sola, en nombre de todas, repita mis palabras; así prestaréis el mismo juramento y os comprometereis á guardarlo.

Ningun amante, ningun esposo...

CALÓNICE.

Ningun amante, ningun esposo...

LISÍSTRATA.

Podrá acercárseme enardecido de amor... Repite.

CALÓNICE.

Podrá acercárseme enardecido de amor... ¡Ay! Lisístrata, me siento desfallecer.

LISÍSTRATA.

Viviré castamente en mi casa...

---

(1) Esta circunstancia era de buen agüero en los sacrificios.

(2) La primera que jurase debia beber tambien la primera.

(3) En los festines parece que se echaban suertes para fijar el órden en que habian de beber los convidados.

CALÓNICE.

Viviré castamente en mi casa.

LISISTRATA.

Cubierta sólo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

CALÓNICE.

Cubierta sólo de un transparente vestido azafranado, y adornada...

LISISTRATA.

A fin de inspirar á mi esposo más ardientes deseos...

CALÓNICE.

A fin de inspirar á mi esposo más ardientes deseos...

LISISTRATA.

Pero nunca cederé de buen grado á sus instancias...

CALÓNICE.

Pero nunca cederé de buen grado á sus instancias...

LISISTRATA.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

CALÓNICE.

Y si, contra mi voluntad, me obligase...

LISÍSTRATA.

Permaneceré inanimada en sus brazos... (1)

CALÓNICE.

Permaneceré inanimada en sus brazos... (2)

. . . .

. . . .

(1) *Maligne ei præbebo et motus non addam.*

(2) Hemos eliminado la traduccion de dos versos cuya version latina es: *Non tollam calceos sursum ad lacunar. Non conquiniscam instar leænæ in cultri manubrio.*

LISISTRATA.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

CALÓNICE.

¡Que pueda beber este vino, si cumplo mi juramento!...

LISISTRATA.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

CALÓNICE.

¡Y si no lo cumplo, que se me llene esta copa de agua!...

LISISTRATA.

¿Jurais todas?

MIRRINA.

Sí, por Júpiter.

LISISTRATA.

Voy, pues, á sacrificar la víctima.

(Bebe.)

CALÓNICE.

Déjame un poco, querida mia, para que consolidemos nuestra amistad.

LÁMPITO.

¿Qué gritos son esos?

LISISTRATA.

Lo que hace poco te decia. Son las mujeres que se apoderan de la ciudadela. Tú, Lámpito, párte á arreglar tus cosas, y déjanos á esas en rehenes. Corramos nosotras á encerrarnos en el alcázar y á defenderlo con las demas compañeras.

CALÓNICE.

¿Crees que los hombres vendrán pronto á atacarnos?

LISISTRATA.

Nada se me da de ellos. Ni el incendio, ni todas sus amenazas, me harán abrir jamás aquellas puertas, si no aceptan la condicion convenida.

CALÓNICE.

Nunca, por Vénus: de otro modo sería inmerecida la opinion en que nos tienen de tercas y malvadas.

CORO DE VIEJOS (1).

Anda, Dráces; guíanos con precaucion, aunque te quebrante el hombro ese pesado haz de olivo verde. ¡Qué cosas tan inesperadas se ven cuando se vive muchos años! ¡Ay, Estrimodoro! ¿Quién hubiera imaginado nunca que habia de llegar un dia en que las mujeres, esa peste de nuestras casas, alimentadas por nosotros con tanto regalo, se apoderarian de la estatua de Minerva, y ocuparian mi ciudadela, y atrancarian sus puertas con barras y cerrojos? Pero corramos, corramos al alcázar, amigo Filurgo; rodeemos de un muro de faginas á las inventoras y ejecutoras de tan execrable haza-

---

(1) Acuden á los gritos de las mujeres cargados de haces de leña para incendiar las puertas de la ciudadela y quemar á las invasoras. Estas se aprestan á una resistencia enérgica.

ña; hagamos una sola pira, y con nuestras propias manos abrasemos á todas sin excepcion, y á la esposa de Licon la primera (1).

¡No, por Céres, miéntras yo viva no se burlarán de nosotros! Pues ni Cleómenes (2), cuando en otro tiempo se apoderó de la ciudadela, pudo dejarla con honor; á pesar de sus humos lacedemonios, vióse obligado á capitular y á retirarse sin armas, sin más vestidos que una pequeña túnica, lleno de andrajos, escuálido, hecho un oso sucio, como si en seis años no se hubiese lavado. ¡Oh qué sitio aquel! Nuestros soldados, colocados de diez y siete en fondo, cerraban la salida, y no se relevaban ni para dormir. ¿Y no reprimiré con mi sola presencia la audacia de esas mujeres aborrecidas por Eurípides y todos los dioses? Si tal sucede, consiento que sean derribados mis trofeos de la Tetrápolis (3).

Mas para llegar á la ciudadela, áun tengo que subir esa pendiente; procuremos arrastrar estos haces, sin acudir á las bestias de carga; ¡ay! las leñas me destrozan los hombros.

Sin embargo, es necesario subir, y soplar el fuego, no vaya á apagársenos y á faltarme al final

(1) Se cree que sea Lisístrata. Licon era un demagogo que entregó Naupacta á los enemigos. Los demas nombres de esta primera parte del coro son de pura invencion.

(2) Rey de Lacedemonia, que un siglo ántes de la representacion de la *Lisístrata* consiguió apoderarse de la ciudadela. Tuvo que capitular. (V. Herod., v. 62.)

(3) Distrito del Ática, llamado así porque lo formaban cuatro aldeas: Maraton, Enoe, Probalnito y Tricoriso.

de la jornada. ¡Fú! ¡fú! *(soplando)*. Justo cielo, qué humo! Al salir del brasero se lanza sobre mí, y me muerde los ojos como un perro rabioso. Es fuego de Lémnos (1), no me cabe duda; de otro modo no atacaria tan cruelmente mis ojos legañosos. Vamos, Lagnes, corramos á la ciudadela, y auxiliemos á la diosa. ¿Cuándo habrá ocasion mejor de socorrerla? ¡Fú! ¡fú! *(soplando)*; ¡justo cielo! ¡qué humo!

Este fuego está vivo y arde por la gracia de los dioses. Mas ¿por qué no depositamos aquí nuestros haces? ¿No sería mejor encender en el brasero un manojo de sarmientos y lanzarlo contra las puertas, á modo de ariete? Si las mujeres no desatrancan cuando se lo mandemos, será preciso incendiar las puertas y asfixiarlas con el humo. Dejemos ya la carga. ¡Oh! ¡oh! ¡qué humareda! ¿No habrá por ahí algun jefe de la expedicion de Sámos (2) que me ayude á descargar? ¡Ah! por fin se ven libres mis hombros. Vamos, brasero mio, atiza el fuego, y enciéndeme cuanto ántes esta tea. Ayúdame, di-

(1) Las mujeres de Lémnos asesinaron en cierta ocasion á sus maridos: más tarde, los habitantes de aquella isla, para vengarse de los Atenienses que les habian injuriado, les arrebataron muchas de sus mujeres y mataron los hijos que nacieron de este concubinato. Todo esto hacía que los isleños de Lémnos tuviesen malísima reputacion, formándose como expresion de esta idea la frase Κακὸν λήμνιον, *peste de Lémnos*, para indicar las cosas peores.

(2) Es decir, partidario de la democracia, cuyo gobierno acababa de establecerse en Sámos. (V. Tuc., VIII.)

vina Victoria; castiguemos la audacia de las mujeres dueñas de la ciudadela, y erijamos un trofeo triunfal.

——

CORO DE MUJERES (1).

Amigas mias, creo distinguir humo y llamas; parece un incendio: acudamos á toda prisa. Vuela, vuela, Nicódice, ántes de que Cálica y Cristila perezcan asfixiadas, víctimas de las leyes más crueles y de esos malditos viejos! Pero, venerandas diosas, ¿llegaré demasiado tarde? Al amanecer ya estaba yo en la fuente, y á duras penas conseguí llenar esta vasija: ¡tanta era la confusion, el tumulto y el estrépito de los cántaros! A empellones con las criadas y viles esclavos, conseguí salir con mi agua, y ahora me apresuro á socorrer á mis amenazadas compañeras. Me han dicho que unos viejos chochos, cargados con haces de cerca de tres talentos de peso, como para calentar un baño, se dirigian hácia aquí con desusada furia, gritando, entre terribles amenazas, que es preciso tostar á las pérfidas mujeres. Pero, venerable Minerva, haz que, en vez de ser pasto de las llamas, consigan librar á la Grecia y á sus ciudadanos de los horrores de la guerra. Con este objeto ocuparon tu templo, santa patrona de refulgente casco de

(1) Distinto del primero, y compuesto de mujeres que acuden con cántaros de agua en auxilio de sus compañeras.

oro. Yo invoco tu auxilio, ¡oh Tritogenia! Si algun hombre quiere abrasarlas, ven á traer agua con nosotras.

¡Eh! ¡eh! deteneos (1). ¿Qué es eso, grandísimos canallas? Los hombres honrados y piadosos no obran de esa manera.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! hé ahí una cosa con la cual no contábamos: un enjambre de mujeres defiende el exterior de la ciudadela.

CORO DE MUJERES.

¿Por qué nos temeis? ¿acaso os parecemos muchas? Pues no veis ni la diezmilésima parte.

CORO DE VIEJOS.

Fédrias, ¿las permitiremos charlar de ese modo? ¿no convendrá romperles un garrote en las costilas?

CORO DE MUJERES.

Dejemos en el suelo nuestros cántaros; así no nos estorbarán, si alguno trata de sentarnos la mano.

CORO DE VIEJOS.

Si las hubiesen dado dos ó tres bofetadas, como á Búpalo (2), no chillarian tanto.

---

(1) Otras ediciones ponen estas palabras en boca de Estratilis.

(2) Alusion á un verso en que Hippónax amenazaba á Búpalo. Este Búpalo era un escultor célebre, que representó á Hippónax con toda su deformidad natural, por lo cual el poeta escribió contra él tan violenta sátira, que el escultor se ahorcó desesperado.

CORO DE MUJERES.

Anda, pégame; aquí te espero; pero te aseguro que en adelante no te agarrará otra perra (1).

CORO DE VIEJOS.

Si no callas, este garrote se encargará de que no llegues á vieja.

CORO DE MUJERES.

A ver; toca con un solo dedo á Estratílis.

CORO DE VIEJOS.

¿Y si te derrengo á puñetazos? ¿qué harás entónces?

CORO DE MUJERES.

Te arrancaré á mordiscos los pulmones y las entrañas.

CORO DE VIEJOS.

¡Ah! Eurípides es el más sabio de los poetas: sí, tiene razon; la mujer es el animal más desvergonzado.

CORO DE MUJERES.

Cojamos nuestros cántaros, Rodipa.

CORO DE VIEJOS.

¿Para qué traes esa agua, mujer aborrecida de los dioses?

CORO DE MUJERES.

¿Y tú ese fuego, cadáver ambulante? ¿es para quemarte á tí mismo?

CORO DE VIEJOS.

Para encender una hoguera y quemar á tus amigas.

(1) *Et nunquam alia canis testiculis te prehendet;* dando á entender, *quia ego tibi prius avellam.*

CORO DE MUJERES.

Pues yo para apagar tu hoguera.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú apagarás mi fuego?

CORO DE MUJERES.

Pronto lo verás.

CORO DE VIEJOS.

No sé cómo no la tuesto á fuego lento con esta lámpara.

CORO DE MUJERES.

Si estás sucio, te daré un baño.

CORO DE VIEJOS.

¿Tú á mí un baño, puerca?

CORO DE MUJERES.

Sí, un baño nupcial.

CORO DE VIEJOS.

¿Oís sus desvergüenzas?

CORO DE MUJERES.

Por que soy libre.

CORO DE VIEJOS.

Ya reprimiré tus gritos.

CORO DE MUJERES.

Yo haré que no juzgues más en el Heliástico.

CORO DE VIEJOS.

Quémale el pelo.

CORO DE MUJERES.

Agua (1), cumple tu deber. *(Arrojan el contenido de sus cántaros sobre los viejos.)*

---

(1) Lit.: *Aqueloo,* nombre de un rio.

CORO DE VIEJOS.

¡Ay desdichado!

CORO DE MUJERES.

¿Estaba caliente?

CORO DE VIEJOS.

¡Sí, caliente! Acaba, ¿qué haces?

CORO DE MUJERES.

Te riego para que reverdezcas.

CORO DE VIEJOS.

Ya estoy seco y tiritando.

CORO DE MUJERES.

Caliéntate, puesto que tienes fuego.

UN MAGISTRADO (1).

¿Las mujeres no han manifestado ya suficientemente su licencia con tanto estruendo de tambores, con tantas bacanales, y con sus interminables lamentaciones sobre los terrados en las Adonias? (2). El otro dia las oí yo desde la asamblea.

---

(1) En griego Πρόβουλος. Las atribuciones de estos magistrados no están bien definidas: unos creen que eran una especie de jefes de policía; otros que su mision se reducia á preparar los asuntos que habian de discutirse en el Senado; y otros, en fin, opinan que era un cargo extraordinario creado en épocas críticas, como en tiempo de la invasion de Jérjes y despues de las derrotas en Sicilia.

(2) Fiestas en honor de Adónis que duraban dos dias y eran celebradas sólo por las mujeres. En el primero lamentaban su muerte dando gritos sobre los terrados de las casas; y en el segundo, se regocijaban como si hubicse vuelto á la vida.

Demóstrato (1), ese orador que Júpiter confunda, proponia una expedicion á Sicilia; y su mujer danzando gritaba; «¡Ay! ¡ay! ¡Adónis!» Demóstrato proponia despues que se hiciera una leva en Zacinto, y su mujer, ya beoda, gritaba en el terrado: «¡Lamentad á Adonis!» Y el maldito Colocíges (2), aborrecido por los dioses, se desgañitaba para hacerse oir. Ved á dónde llega su desórden.

CORO DE VIEJOS.

¿Pues qué dirias si hubieses oido sus insolencias? Despues de mil injurias, han arrojado sobre nosotros el agua de sus cántaros; y nos vemos en la precision de retorcer nuestros vestidos, como si nos hubiésemos orinado.

EL MAGISTRADO.

¡Bien hecho, por Neptuno! Nosotros mismos favorecemos la perversidad de las mujeres, y les damos lecciones de disolucion, cuyo fruto son conspiraciones como la presente. Un marido va á una tienda, y dice el artífice: «Platero, bailando ayer á la tarde se le salió á mi mujer de su sitio el broche de aquel collar que le hiciste; yo tengo que embarcarme hoy para Salamina; si tienes tiempo, haz todos los posibles por ir al anochecer á mi casa y encajarle el broche.» Otro se dirige á un

---

(1) Este orador, enemigo de Nícias, sostuvo la conveniencia de la expedicion de Sicilia, en que murió aquel general. Aristófanes venga la muerte de su amigo.

(2) Parodia del apodo *Buciges (buey de tiro)*, que tenía Demóstrato. Le llama *Colociges* por su locura, fatal á Aténas (χόλος *locura furiosa.*)

zapatero jóven y vigoroso (1), y le dice: «una de las correas le lastima á mi mujer el dedo pequeño, que es muy delicado; véte al mediodía, y procura estirársela;» y así andan las cosas tales, que yo, provisor, al necesitar dinero para pagar á los remeros ajustados, me encuentro con que las mujeres me cierran las puertas (2). ¿Pero qué gano estándome así? Pronto, traedme unas palancas, y yo castigaré su atrevimiento. ¿A qué te quedas con la boca abierta, bribon? Y tú, ¿qué miras? Sin duda tratas de ver alguna taberna. Pronto, derribad esas puertas con las palancas. Yo tambien pongo manos en la obra.

LISISTRATA.

No derribeis nada; aquí me teneis. ¿Para qué las palancas? No es eso lo que os hace falta, sino sentido comun.

EL MAGISTRADO.

¿De véras, mujer abominable? ¿Dónde está el arquero? Cógela y átale las manos á la espalda.

LISISTRATA.

Como llegue á tocarme nada más que con la punta de un dedo, por Diana lo juro, aunque sea un funcionario público, me las pagará.

---

(1) *Qui penem habet haud quaquam puerile.*
(2) De la ciudadela, donde se guardaba el dinero del Estado.

EL MAGISTRADO. *(Al arquero.)*

¡Cómo! ¿Tienes miedo? Sujétala por la cintura. Ayúdale tú tambien, y atadla entre los dos.

MUJER PRIMERA.

¡Por Pandrosa! (1). Si llegas á tocarla, te pateo las tripas (2).

EL MAGISTRADO.

¡Ah! ¡las tripas! ¿Dónde está el otro arquero? Prendedme tambien á esa que habla.

MUJER SEGUNDA.

¡Por la fulgente luna, si la tocas con un dedo, pronto necesitarás una venda! (3).

EL MAGISTRADO.

¿Qué significa esto? ¿Dónde está el arquero? detónla. Ya os cerraré yo todas las salidas.

MUJER TERCERA.

¡Por Diana de Táuride, si te acercas á ella, te arranco todos los cabellos, aunque te deshagas en llanto!

EL MAGISTRADO.

¡Oh desdicha! mis arqueros me abandonan. ¡Cómo! ¿Nos dejarémos vencer por unas mujeres? Adelante, Escitas, estrechad vuestras filas, y acometedlas.

LISISTRATA.

¡Por las diosas, os las vais á ver con cuatro valientes batallones de mujeres bien armadas que tengo adentro.

(1) Hija de Cécrope, por la cual juraban las Atenienses.
(2) *Mox cacabis calcatus.*
(3) Para curarse las heridas.

EL MAGISTRADO.

¡Escitas, atadles las manos!

LISISTRATA.

Salid, valientes compañeras; vendedoras de legumbres, puches, ajos y verduras; panaderas y taberneras, derribadlos, pegadles, desgarradlos; multiplicad vuestros insultos; haced gala de desvergüenza (1). Basta, retiraos; no despojeis á lcs vencidos.

EL MAGISTRADO.

¡Ah, qué mal lo han pasado mis arqueros!

LISISTRATA.

¿Pues qué se te figuraba? ¿Creias que te las ibas á haber con unas esclavas? ¿Piensas que no hay valor en las mujeres?

EL MAGISTRADO.

Sí, sí, demasiado valor; sobre todo cuando están cerca de la taberna.

CORO DE VIEJOS.

¡Magistrado, estás perdiendo el tiempo en palabras! ¿A qué entras en contestaciones con esas fieras? ¿Ignoras el baño sin lejía que acaban de darnos, estando completamente vestidos?

CORO DE MUJERES.

Es que, amigo mio, á nosotras nadie nos sienta así como así la mano: hazlo, y verás cómo te salto un ojo. A mí me gusta estarme encerrada en casa,

---

(1) La legion femenina da una buena soba á los arqueros.

como una doncellita, sin hacer mal á nadie, ni siquiera menear una paja; pero como alguno me irrite, soy una avispa.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh Júpiter! ¿Qué haremos con estas fieras? ¡esto es insoportable! *(Al Magistrado.)* Te es preciso averiguar con nosotros la causa de este mal, y lo que pretenden al apoderarse de la ciudadela de Cranao, de esa fortaleza inaccesible, y su venerado templo. Interrógales y no las creas; pero reune todos los indicios. Sería vergonzosa negligencia no esclarecer tan importante asunto.

EL MAGISTRADO.

Lo primero que deseo que me digais es la intencion con que os habeis encerrado en la ciudadela.

LISISTRATA.

Con la de poner á salvo el tesoro y evitar la causa de la guerra.

EL MAGISTRADO.

Pues qué, ¿el dinero es la causa de la guerra?

LISISTRATA.

Y de todos los demas desórdenes. Pisandro (1) y otros ambiciosos amotinan contínuamente las turbas, sin más objeto que el de robar á favor de la confusion. Ahora, ya pueden hacer lo que se les antoje; porque lo que es de este dinero no han de tocar ni un óbolo.

---

(1) Véanse *La Paz*, 395; *Las Aves*, 1.556, nota.

EL MAGISTRADO.

¿Pues qué harás?

LISISTRATA.

¡Vaya una pregunta! administrarlo nosotras.

EL MAGISTRADO.

¿Administrar vosotras el tesoro?

LISISTRATA.

No comprendo tu asombro. ¿Acaso no administramos los gastos de nuestras casas?

EL MAGISTRADO.

Pero no es lo mismo.

LISISTRATA.

¿Por qué no es lo mismo?

EL MAGISTRADO.

Ese dinero se destina á la guerra,

LISISTRATA.

La guerra ya no es necesaria.

EL MAGISTRADO.

¡Cómo! ¿Y la defensa de la república?

LISISTRATA.

Nosotras la defenderemos.

EL MAGISTRADO.

¿Vosotras?

LISISTRATA.

Sí, nosotras.

EL MAGISTRADO.

Eso es indigno.

LISISTRATA.

Pues te defenderemos, mal que te pese.

EL MAGISTRADO.

¡Qué atrocidad!

LISISTRATA.

¿Te enfadas, eh? Pues, amigo mio, no hay más remedio.

EL MAGISTRADO.

Pero es inicuo, por Céres.

LISISTRATA.

Pues se te defenderá.

EL MAGISTRADO.

¿Y si no quiero?

LISISTRATA.

Con más motivo.

EL MAGISTRADO.

¿Pero de dónde os ha venido la idea de ocuparos de la guerra y de la paz?

LISISTRATA.

Os lo diremos.

EL MAGISTRADO.

Habla pronto, ó si no, habrá lágrimas.

LISISTRATA.

Escucha; y quietecitas las manos.

EL MAGISTRADO.

No puedo; es tal mi ira, que me es difícil contenerla.

UNA MUJER.

Entónces á tí te tocará llorar.

EL MAGISTRADO.

¡Caiga sobre tí el oráculo que acabas de graznar, vejestorio! *(A Lisistrata.)* Habla tú.

LISISTRATA.

Voy. En la guerra anterior sobrellevábamos con paciencia ejemplar todo lo que haciais los hom-

bres, porque no nos permitiais abrir la boca. Vuestros proyectos no eran muy agradables que digamos: nosotras los conocíamos, y más de una vez os vimos en casa tomar desacertadas resoluciones en los más graves asuntos. Entónces, disimulando con una sonrisa nuestro interno dolor, os preguntábamos: «¿Qué resolucion sobre la paz habeis tomado hoy en la asamblea?» «¿Qué te importa? decia mi marido: cállate;» y yo callaba.

UNA MUJER.

Pues yo no me hubiera callado.

EL MAGISTRADO.

Pues hubieras llorado por no callar.

LISISTRATA.

Yo me callaba; otra vez oyendo que habiais tomado una funestísima determinacion, le pregunté: «Marido mio, ¿en qué consiste que obrais tan sin sentido?» Y él, mirándome de reojo, contestó: «Teje tu tela, si no quieres que la cabeza te duela mucho tiempo: la guerra es asunto de hombres» (1).

EL MAGISTRADO.

Y tenía razon, por vida mia.

LISISTRATA.

¿Cómo que tenía razon? ¡miserable! ¿No hemos de poder daros un buen consejo cuando vemos que adoptais resoluciones funestas? Cansadas ya de oir á unos preguntar á gritos en las calles: «¿No hay un hombre en este país?» y á otros responder: «No,

(1) Las últimas palabras se las dirige Héctor á Andrómaca en la *Iliada*, VI.

ni uno;» las mujeres hemos tomado el partido de reunirnos y salvar entre todas á la Grecia. ¿A qué habíamos de esperar más? Por consiguiente, si quereis escuchar nuestros buenos consejos, y callaros á vuestra vez, como nosotras entónces, conseguiremos arreglaros.

EL MAGISTRADO.

¡Vosotras á nosotros! Vamos, ¡esto ya no puede tolerarse!

LISISTRATA.

¡Calla!

EL MAGISTRADO.

¡Yo! ¡Callarme yo, porque tú me lo mandes, deslenguada! ¡Yo obedecer á quien lleva un velo en la cabeza! ¡Antes morir!

LISISTRATA.

Si no tienes más inconveniente que ese, toma mi velo, rodéatelo á la cabeza, y calla. Toma tambien este canastillo; ponte un ceñidor, y dedícate á hilar lana, mascullando habas (1): la guerra será asunto de mujeres.

CORO DE MUJERES.

Mujeres, dejad vuestros cántaros, para que por nuestra parte ayudemos tambien á nuestras amigas. Yo jamás me rendiré de bailar, ni el cansancio hará flaquear mis rodillas. Quiero hacer causa comun, y afrontar todos los riesgos con esas compañeras tan valientes, tan ingeniosas, tan bellas, tan atrevidas y discretas, raro conjunto de patrio-

(1) Es decir, en juzgar. (V. *Los Caballeros*, 41.)

tismo y valor. Tú, intrépida Lisístrata, y vosotras sus aliadas, no depongais vuestra cólera; sed siempre como un manojo de ortigas: los vientos son favorables.

LISISTRATA.

Si el amable Cupido y la diosa de Chipre (1) derraman sobre nuestro seno los atractivos del amor, é inspiran á los hombres ardientes y dulcísimos deseos (2), espero que los Griegos llegarán á llamarnos las *Lisímacas* (3).

EL MAGISTRADO.

¿Y por qué?

LISISTRATA.

Por haber puesto término á sus locuras y paseos con armas en el mercado.

UNA MUJER.

Muy bien, por Vénus de Páfos.

LISISTRATA.

Pues ahora se les ve recorrer armados de punta en blanco, como frenéticos coribantes, la plaza en que se venden ollas y legumbres.

EL MAGISTRADO.

Cierto, por que eso es propio de valientes.

LISISTRATA.

Pero es ridículo ver comprando pececillos á un hombron en cuyo escudo se ostenta una cabeza de Gorgona.

---

(1) Vénus.
(2) *Si viris tentiginem jucundam ingeneraverint, ut quasi baculos penes erigant...*
(3) Nombre que significa: *las terminadoras de la guerra.*

UNA MUJER.

El otro dia ví yo á todo un filarconte (1) de largos cabellos, echar en su casco de bronce, sin apearse siquiera, las puches que una vieja acababa de venderle. Otro Tracio, agitando su escudo y su dardo, como Tereo (2), aterraba á una vendedora de higos, y se le comia los mejores.

EL MAGISTRADO.

¿Pero cómo podreis vosotras arreglar la enmarañada madeja de la cosa pública en este país?

LISISTRATA.

Facilísimamente.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? dímelo.

LISISTRATA.

Mira, cuando se nos enreda el hilo, lo cogemos así y lo sacamos del huso, tirando á un lado y á otro; pues bien, como nos dejen, desenredarémos igualmente la guerra, enviando embajadas á un lado y á otro.

EL MAGISTRADO.

Por tanto, imbéciles, pensais arreglar los más peligrosos negocios con los husos, el hilo y la lana.

LISISTRATA.

Si tuvieseis un átomo de sentido comun, seguiriais en política el ejemplo que os damos al trabajar la lana.

EL MAGISTRADO.

¿Cómo? Sepamos.

(1) Jefe de caballería de una tribu.
(2) Tereo reinó en Tracia.

LISISTRATA.

Así como nosotras principiamos por lavar la lana para separarla de toda suciedad, vosotros debiais empezar por expulsar á palos de la ciudad á los malvados, y separar la mala hierba; luégo dividir á todos esos que se coligan y apelotonan para apoderarse de los cargos públicos, y arrancarles la cabeza; despues amontonar en un canasto, para el bien comun, los metecos, los extranjeros, los amigos y los deudores al Estado, y cardarlos sin distincion. A las ciudades pobladas por colonos de este país debiais de considerarlas separadamente, como otros tantos pelotones colocados delante de nosotras, y en seguida sacar un hilo de cada una de ellas, traerlo hasta aquí, reunirlos todos, hacer un grande ovillo y tejer con él un manta para el pueblo.

EL MAGISTRADO.

¿No es insufrible que pretenda hilarlo y devanarlo todo quien ninguna participacion tiene en la guerra?

LISISTRATA.

Pero, ¡maldito de Dios! nosotras tenemos parte doble, pues primero parimos los hijos, y despues los enviamos al ejército.

EL MAGISTRADO.

Calla: no recuerdes nuestros desastres (1).

LISISTRATA.

Despues, en vez de gozar en la flor de nuestra

(1) Alusion á la reciente derrota de Sicilia.

juventud de los placeres del amor, estamos como viudas, gracias á la guerra; y por nosotras, pase; yo me aflijo por esas pobres doncellas que envejecen en su lecho solitario.

EL MAGISTRADO.

¿No envejecen tambien los hombres?

LISISTRATA.

¡Oh, eso es muy diferente! Un hombre, al volver de la guerra, aunque tenga los cabellos blancos, se casa pronto con una tierna doncellita. El tiempo de la mujer es muy corto, y si no lo aprovecha, ya nadie la quiere, y se pasa la vida en consultar los augurios (1).

EL MAGISTRADO.

Pero todo anciano que áun conserva algun vigor...

LISISTRATA.

¿Y tú, cuándo te piensas morir? Ya es tiempo; cómprate un ataud; mira, te voy á amasar la torta funeraria (2). Toma esta corona y cíñete las sienes.

MUJER PRIMERA.

Toma estas cintas.

MUJER SEGUNDA.

Ten esta otra corona.

LISISTRATA.

¿Qué te falta? ¿Qué deseas? Caronte (3) te espera; tu tardanza le impide darse á la vela.

---

(1) Para averiguar cuándo le llegará el turno.
(2) Para ofrecerla al Cerbero, segun el rito funerario,
(3) Barquero del infierno.

EL MAGISTRADO.

Estos ultrajes son insufribles. Voy á presentarme yo mismo á mis colegas con esta facha.

LISISTRATA.

¿Te quejas porque áun no te hemos expuesto? (1) No te apures; dentro de tres dias iremos de madrugada á ofrecerte la oblacion de costumbre.

(Vanse Lisistrata y el Magistrado. Los dos coros quedan solos en la escena.)

CORO DE VIEJOS.

Ya no puede dormir ningun amigo de la libertad. Ea, dispongámonos para esta grande empresa. Sospecho mayores peligros, y creo percibir un olor á tiranía de Hípias; y mucho me temo que algunos Lacedemonios reunidos en casa de Clístenes, hayan sido los incitadores de estas malditas mujeres sugiriéndoles la idea de apoderarse de nuestro tesoro y del salario de que vivimos. Indigno es, por vida mia, que se entrometan á dar consejos á los ciudadanos y á hablar de cascos de bronce, y á tratar de la paz con los Lacedemonios, en quienes tengo ménos confianza que en un lobo hambriento. Amigos, no cabe duda, todas sus tramas tienden á restablecer la tiranía. Pero jamás me tiranizarán; yo tomaré mis precauciones, y llevando mi espada en la rama de mirto (2), estaré

(1) Era costumbre exponer los cadáveres delante de la casa.

(2) Verso tomado del escolio de Harmodio. Todo este

sobre las armas en la plaza pública, junto á la estatua de Aristogiton. Allí permaneceré, porque siento un vivo deseo de darle un bofeton á esa maldita vieja.

CORO DE MUJERES.

Cuando vuelvas á tu casa no te conocerá ni la madre que te parió (1). Pero, queridas ancianas, dejemos esto en el suelo; nosotras, oh ciudadanos, vamos á principiar un discurso muy útil á la república; y bien lo merece por haberme criado en el seno de los placeres y del esplendor. A la edad de siete años, ya llevé las ofrendas misteriosas en la fiesta de Minerva; á los diez molia la cebada en honor de la diosa; luégo, ceñida de flotante túnica azafranada, me consagraron á Diana en las Brauronias (2); y por último, ya doncella núbil, fuí canéfora, y rodeé mi garganta con el collar de higos (3). En pago de tantas distinciones, ¿no deberé dar útiles consejos á mi patria? Aunque mujer, permitidme proponer un remedio á nuestros males; que al fin al darle mis hijos, tambien pago mi contribucion al Estado. Pero vosotros, miserables viejos, ¿con qué contribuís? Despues de haber con-

---

coro tiende á ridiculizar la suspicacia ateniense, á la cual todo se le antojaban maquinaciones para restablecer la tiranía.

(1) Amenaza dirigida á los viejos.

(2) Lit.: *fuí osa en las Brauronias*. Véase la nota al verso 874 de *La Paz*.

(3) Las canéforas, jóvenes de familias distinguidas que llevaban los canastillos en las procesiones, solian llevar un collar de higos.

sumido lo que se llamaba el tesoro de los Abuelos (1), reunido durante las guerras médicas, nada pagais; y todos corremos grave riesgo de que nos arruineis. ¿Qué podeis responder á esto? Como me incomodes mucho, te siento en la cara este coturno, y ¡cuidado que pesa!

CORO DE VIEJOS.

¿Puede haber mayor ultraje? La cosa va de mal en peor. Todo hombre que se tenga por tal, tiene obligacion de oponérseles. Pero quitémonos la túnica. El hombre debe ante todo oler á hombre, y no estar envuelto en sus vestidos. Ea, todos los que en nuestros buenos tiempos nos reunimos en Lipsidrion, hombres de piés desnudos, hoy es preciso rejuvenecerse, enderezar el cuerpo, despojarnos de la vejez. Si dejamos á las mujeres el menor asidero, no cejarán ni un punto en sus esfuerzos, y las veremos construir naves, pretender dar batallas navales y atacarnos á ejemplo de Artemisa (2). Si les place dedicarse á la equitacion, licenciarémos á nuestros caballeros. A la mujer la gusta mucho el caballo; sobre él ataca vigorosamente, y no se cae por mucho que galope: testigos las Amazonas que Micon (3) pintó combatiendo á los hombres.

(1) En tiempo de las guerras médicas cada ciudadano contribuyó segun sus medios, formándose de esta manera un gran fondo de reserva.

(2) Reina de Caria: acompañó á Jerjes en su expedicion contra Grecia é hizo prodigios de valor. (Véase Herodoto, vii, 99.)

(3) El cuadro del combate de las Amazonas y Teseo estaba en el Pecilo.

Por lo cual es preciso que nos apoderemos de ésta, y las metamos á todas el cuello en el cepo.

CORO DE MUJERES.

¡Por las diosas! Si me irritas, suelto las riendas á mi cólera, y te doy una tunda que te obligo á pedir socorro á tus vecinos. Amigas mias, quitémonos tambien nosotras los vestidos: perciban esos carcamales el olor á mujer enfurecida. Si alguno se acerca á mí, yo le aseguro que no ha de comer más ajos ni habas negras. ¡Dí una sola palabra! Estoy furiosa y te trataré como el escarabajo al nido del águila. Ningun temor me dais miéntras á mi lado estén Lámpito y mi querida Ismenia, noble tebana. Aunque des siete decretos, no podrás con nosotras, ¡miserable, detestado por tus vecinos y por todo el mundo! Ayer mismo, para celebrar la fiesta de Hécate, quise traer de la vecindad una muchacha buena y amable, muy querida por mis hijos, una anguila de Beocia (1), y se negaron á enviármela por tus malditos decretos. Y nunca cesaréis de hacerlos, hasta que alguno os coja por las piernas y os precipite cabeza abajo.

(A Lisístrata). Directora de esta noble empresa (2), ¿por qué sales tan triste de tu morada?

---

(1) Estando interrumpido el comercio con Beocia por la guerra, no venían al mercado ateniense sus exquisitas anguilas.

(2) Parodia del *Telefo* de Eurípides.

LISISTRATA.

La indigna conducta de las mujeres, su inconstancia verdaderamente femenil, eso es lo que me agita y llena de angustia.

CORO DE MUJERES.

¿Qué dices? ¿qué dices?

LISISTRATA.

La verdad, la verdad.

CORO DE MUJERES.

¿Qué desgracia ocurre? díselo á tus amigas.

LISISTRATA.

Vergonzoso es decirlo, y difícil callarlo.

CORO DE MUJERES.

No me ocultes la desgracia que nos ocurre.

LISISTRATA.

Nos abrasa la lujuria, para decirlo de una vez.

CORO DE MUJERES.

¡Oh Júpiter!

LISISTRATA.

¿A qué invocas á Júpiter? Esta es la pura verdad No puedo privarles más tiempo de sus maridos; pues se me escapan. La primera á quien sorprendí abria un agujero junto á la gruta de Pan (1): la segunda se descolgaba por medio de una polea: otra prepraba su desercion: otra, cogida á un pájaro, se disponia volar á casa de Orsíloco (2), y la he detenido por los cabellos; en fin, discurren todos los

(1) Que estaba al Norte de la ciudadela.
(2) Hombre de mala conducta.

pretextos imaginables para volver á sus hogares. Ahí viene una. ¡Eh! tú, ¿á dónde vas tan de prisa?

MUJER PRIMERA.

Quiero ir á mi casa: tengo allí una porcion de lana de Mileto, que se la está comiendo la polilla.

LISISTRATA.

No hay polilla que valga. ¡Atras!

MUJER PRIMERA.

Volveré al instante, te lo juro por las diosas; volveré en cuanto la haya tendido sobre el lecho.

LISISTRATA.

No la tiendas, ni te muevas de aquí.

MUJER PRIMERA.

¿Y he de dejar perderse mi lana?

LISISTRATA.

No hay más remedio.

MUJER SEGUNDA.

¡Desdichada! ¡desdichada! me he dejado en casa el lino sin macear.

LISISTRATA.

Ya tenemos otra que quiere ir á macear su lino. Entra aquí.

MUJER SEGUNDA.

¡Te lo juro por Diana! volveré en cuanto lo haya maceado.

LISISTRATA.

No lo macearás; porque si tú principias, otra querrá hacer otro tanto.

MUJER TERCERA.

Divina Lucina, retrasa mi parto hasta que llegue á un lugar profano.

LISISTRATA.

¿Estás loca?

MUJER TERCERA.

Voy á parir de un momento á otro.

LISISTRATA.

¿Pero si ayer no estabas en cinta?

MUJER TERCERA.

Pues hoy lo estoy. Déjame, Lisístrata, déjame salir en busca de la comadre.

LISISTRATA.

¿Qué cuentos son esos? ¿Qué cosa dura tienes aquí?

MUJER TERCERA.

Un niño varon.

LISISTRATA.

¡Cá! si es de metal y hueca. Veámosla. ¡Oh, tiene gracia! ¿Traes el casco de la diosa, y decias que estabas en cinta?

MUJER TERCERA.

Sí, por Júpiter, lo estoy.

LISISTRATA.

¿Pues por qué traias esto?

MUJER TERCERA.

Para si me sobrevenia el parto en la ciudadela hacer con él un nido, como las palomas.

LISISTRATA.

¿Qué dices? esos son pretextos: la cosa está clara. ¿No esperarás aquí el dia de tu purificacion? (1).

MUJER TERCERA.

No puedo dormir en la ciudadela desde que he visto la serpiente que la guarda (2).

MUJER CUARTA.

Yo, infeliz de mí, me muero de fatiga: el grito incesante de las lechuzas (3) no me deja conciliar el sueño.

LISISTRATA.

¡Desdichadas! basta de fingidos terrores. Quizá echais de ménos á vuestros maridos. ¿Creeis que ellos no os desean tambien? Yo sé que pasan noches crueles. Pero, amigas mias, resistíos sin flaquear, y tened aún un poco de paciencia: un oráculo nos pronostica el triunfo, si no nos dividimos. Oidlo.

CORO DE MUJERES.

Sí, dínos el oráculo.

---

(1) Lit.: *anfidromia*, ceremonia que consistia en dar vueltas alrededor del altar con el niño, al quinto dia de su nacimiento.

(2) Creian los Atenienses que una gran serpiente ó dragon estaba encargado de guardar el templo y la Acrópolis.

(3) Las lechuzas abundaban muchísimo en Aténas.

LISISTRATA.

Callad, pues. «Cuando las golondrinas, huyendo de las abubillas, se reunan en un lugar, y se abstengan de los machos, entónces concluirán los males, y Júpiter tonante pondrá lo de abajo arriba...

CORO DE MUJERES

¿Nosotras estaremos encima?

LISISTRATA.

«Pero si las divide la discordia, y las golondrinas huyen del sagrado templo, no habrá otra ave más lasciva.»

CORO DE MUJERES.

El oráculo está claro. ¡Oh dioses! no hay que desalentarse. Entremos. Vergonzoso sería, compañeras, el faltar al oráculo.

CORO DE VIEJOS.

Quiero contaros una fábula que oí siendo niño. Es así: Habia un jóven llamado Melanion (1), que por odio al matrimonio se fué á un desierto; vivia en las montañas; cazaba liebres, hacía lazos, y tenía un perro, y jamás volvió á su casa; ¡tanto aborrecia á las mujeres! y nosotros tambien, que no somos ménos discretos que Melanion.

(1) JENOFONTE *(Cinegética*, I) cita un Melanion, que consiguió la mano de Atalanta como premio á sus esfuerzos en la caza. Pero la fábula cantada por el coro hace sospechar que no se refiere al mismo.

UN VIEJO.

Vieja mia, quiero darte un beso...

UNA MUJER.

Llorarás, sin comer ajos.

EL VIEJO.

Y atizarte un puntapié.

LA MUJER.

Tu espesa barba es buen asidero.

EL VIEJO.

Mirónides era negro y velludo y el terror de todos sus enemigos, lo mismo que Formion (1).

CORO DE MUJERES.

Tambien yo quiero contarte una fábula en respuesta á la de Melanion. Habia un tal Timon (2), hombre intratable, inaccesible como si estuviese erizado de espinas, un verdadero hijo de las Furias. El tal Timon, lleno de odio, huyó de vosotros colmándoos de maldiciones. ¡Tanto aborrecia á los hombres! Sin embargo, era apasionadísimo por las mujeres.

UNA MUJER.

¿Quieres que te sacuda un bofeton?

UN VIEJO.

No, no te tengo miedo.

(1) *Mirónides* era un general que ganó la batalla de Enófito (Tuc., I, 108).—Sobre *Formion* véase la nota al verso 562 de *Los Caballeros*.

(2) Llamado el Misántropo. Llevó su aborrecimiento á los hombres al extremo de que habiéndose roto una pierna dejó que se le gangrenase la herida y murió, por no querer llamar á un médico.

LA MUJER.

Pues te daré un puntapié.

EL VIEJO.

Se te verá lo que no debe verse (1).

LA MUJER.

No se verá nada sucio; aunque soy vieja, la luz de la lámpara me sirve de depilatorio.

LISISTRATA.

¡Eh! ¡eh! mujeres, acudid aprisa.

MUJER PRIMERA.

¿Qué ocurre? dí, ¿por qué esos gritos?

LISISTRATA.

Un hombre, un hombre se acerca enfurecido por la cólera de Vénus. ¡Diosa reina de Chipre, Citera y Páfos, no te desvíes del principiado camino!

MUJER PRIMERA.

¿Dónde está? ¿Quién es?

LISISTRATA.

Junto al templo de Céres (2).

MUJER PRIMERA.

En efecto, es un hombre. ¿Pero quién podrá ser?

LISISTRATA.

Mirad. ¿Le conoceis alguna de vosotras?

MIRRINA.

Yo le conozco: es mi marido Cinésias.

---

(1) *Cunnum ostendes.*
(2) El templo de *Céres Cloe (Protectora de los trigos verdes)* estaba próximo á la Acrópolis.

LISÍSTRATA *(A Mirrina)*.

Procura mortificarle y enardecerle la sangre fingiéndole amor y desden, y concediéndole todo cuanto pida, menos lo que la copa (1) te prohibe.

MIRRINA.

Pierde cuidado: eso corre de mi cuenta.

LISISTRATA.

Me quedo para ayudarte á engañarle y mortificarle. Vosotras, retiraos.

CINÉSIAS.

¡Ay desdichado, qué horrible tormento! (2). Se me figura que estoy sobre la rueda.

LISISTRATA.

¿Quién está ahí, más acá de los centinelas?

CINÉSIAS.

Yo.

LISISTRATA.

¿Un hombre?

CINÉSIAS.

Sí, un hombre.

LISISTRATA.

¡Pronto, fuera de ahí!

CINÉSIAS.

¿Quién eres tú para despacharme?

LISISTRATA.

El centinela de dia.

---

(1) Es decir, el juramento que sobre la copa prestó.
(2) *¡Quanta discrucior convulsione et tentigene!*

CINÉSIAS.

Por los dioses te lo pido, llama á Mírrina.

LISISTRATA.

¡Me gusta! ¿que llame á Mírrina? Y tú ¿quién eres?

CINÉSIAS

Su marido Cinésias Peónides.

LISISTRATA.

Salud, carísimo; tu nombre no nos es desconocido, porque á tu mujer nunca se le cae de la boca; si coge un huevo ó una manzana, dice siempre: «Esto para mi Cinésias.»

CINÉSIAS.

¡Oh soberanos dioses!

LISISTRATA.

Así es, por Vénus. Siempre que se habla de hombres, tu mujer suele decir: «Todo es nada en comparacion de mi Cinésias.»

CINÉSIAS.

Vamos, llámala.

LISISTRATA.

¿Me darás algo por el servicio?

CINÉSIAS.

Ya lo creo; y en seguida, si quieres: mira, te dare lo que tengo.

LISISTRATA.

Pues bajo á llamarla.

CINÉSIAS.

Anda lista. La vida no tiene encanto para mí desde que abandcnó el hogar; entro en él con hastío; la casa me parece un desierto; todos los manjares insípidos: ¡tal es mi pena!

MIRRINA.

¡Le amo, sí, le amo! pero él no quiere corresponderme. No me obligues á ir á verle.

CINÉSIAS.

¡Oh dulcísima Mirrinita! ¿por qué haces eso? Baja, baja.

MIRRINA.

No lo creas.

CINÉSIAS.

¿Cómo, Mírrina, no bajarás llamándote yo?

MIRRINA.

Me llamas sin necesidad.

CINÉSIAS.

¿Sin necesidad, y estoy pereciendo?

MIRRINA.

Me voy.

CINÉSIAS.

No, por piedad: oye siquiera al niño. Vamos, hijo mio, ¿no llamas á tu mamá?

EL NIÑO.

¡Mamá! ¡mamá! ¡mamá! (1).

CINÉSIAS.

Vamos, ¿qué haces? ¿No te compadeces de esta

---

(1) *Maman* era el nombre familiar con que los niños llamaban á sus madres.

pobre criatura que hace seis dias está sin madre que le asee?

MIRRINA.

Él ya me da lástima, pero su padre es muy descuidado.

CINÉSIAS.

Baja, loquilla, por amor á tu hijo.

MIRRINA.

¡Ah! ¡lo que es haberlo parido! Vamos, ya bajo: ¿qué remedio?

CINÉSIAS.

Me parece mucho más jóven; ¡qué tierna es su mirada! Sin duda su desden y negativas enardecen mi amor.

MIRRINA.

Dulcísimo niño, hijo de un mal padre, y encanto de tu mamá, toma, toma este beso.

CINÉSIAS.

¿Por qué haces eso, malvada, siguiendo el ejemplo de otras mujeres con gran pena tuya y mia?

MIRRINA.

Quietas las manos.

CINÉSIAS.

Todo lo que hay en casa se está perdiendo.

MIRRINA.

Poco se me importa.

CINÉSIAS.

¿Se te importa poco que las gallinas desgarren tus telas?

MIRRINA.

Sí, por cierto.

CINÉSIAS.

¡Tanto tiempo como hace que no has celebrado las fiestas de Vénus! ¿No quieres venir?

MIRRINA.

No, miéntras no hagais la paz y concluyais la guerra.

CINÉSIAS.

Bien; si te agrada, lo haremos.

MIRRINA.

Bien, si te agrada, volveré á casa; pero hasta entónces estoy comprometida por un juramento.

CINESIAS.

Saltem aliquantisper mecum decumbe.

MYRRHINA.

Non sane: etsi non posse negari te a me amari.

CINÉSIAS.

Amas? cur ergo non decumbis, Myrrhinula?

MYRRHINA.

O ridende, num præsente puerulo?

CINÉSIAS.

Non hercle: sed tu, o Manes, fer eum domum. Ecce puerulus jam tibi hinc amotus: tu vero non decumbes?

MYRRHINA.

Sed, o perdite, ubi id fieri potest?

CINÉSIAS.

Ad Panos sacellum percommode.

MYRRHINA.

At quomodo in arcem casta redire potero?

CINÉSIAS.

Facillume, in Clepsydra si laveris.

MYRRHINA.

Scilicet, o perdite, jurata pejerabo?

CINÉSIAS.

In caput meum vertat. De jurejurando ne sis sollicita.

MYRRHINA.

Agedum feram lectulum nobis.

CINÉSIAS.

Nequaquam: sufficit nobis humi cubare.

MYRRHINA.

Ita me Apollo juvet, ut ego te, quamvis turgentem libidine, non reclinaverim humi.

CINÉSIAS.

Amat me valde, satis apparet, uxor.

MYRRHINA.

En, decumbe properans, et ego exuo vestes. At, perii, teges efferenda est.

CINÉSIAS.

Quæ, malum, teges? Haud mihi quidem.

MYRRHINA.

Ita mihi Diana propitia sit: turpe enim est super loris cubare.

CINÉSIAS.

Sine deosculer te.

MYRRHINA.

Eu.

CINÉSIAS.

Papæ! Revertere huc ergo quam celeriter.

MYRRHINA.

En teges. Decumbe: jam exuo vestes. Sed, perii! cervical non habes.

CINÉSIAS.

At nihil opus est mihi.

MYRRHINA.

At ecastor mihi.

CINESIAS.

Profecto penis hicce uti Hercules hospitio excipietur.

MYRRHINA.

Surge, subsulta.

CINÉSIAS.

Jam omnia habeo.

MYRRHINA.

Itane omnia?

CINÉSIAS.

Agedum, o aurea.

MYRRHINA.

Jam strophium solvo: tu vero memento, ne, quam dedisti de pace ineunda, fidem fallas.

CINÉSIAS.

Peream hercle prius.

MYRRHINA.

Sed lodicem non habes.

CINÉSIAS.

Nec hercle opus est: sed futuere volo.

MYRRHINA.

Ne sis sollicitus, et istud facies: cito enim redeo.

CINÉSIAS.

Stragulis perdet me hæc femina.

MYRRHINA.

Erigere.

CINÉSIAS.

At iste jamdudum erectus est.

MYRRHINA.

Vin'ut te inungam?

CINÉSIAS.

Ne hoc Apollo sirit.

MYRRHINA.

Per Venerem, velis nolis, inungere.

CINÉSIAS.

Utinam, o supreme Jupiter, effusum fuisset istuc unguentum!

MYRRHINA.

Porrige manum, sume et inungere.

CINÉSIAS.

Istuc hercle unguentum minime et suave, nisi terendo bonum sit; nec concubitum olet.

MYRRHINA.

Me miseram! Rhodium unguentum extuli.

CINÉSIAS.

Bonum est: mitte hoc, o fatua.

MYRRHINA.

Nugaris.

CINÉSIAS.

Qui illum dii omnes perduint, qui primus coxit unguentum!

MYRRHINA.

Cape hoc alabastrum.

CINÉSIAS.

Sed aliud habeo. At tu, o perdita, decumbe, et ne fer mihi quidquam.

MYRRHINA.

Istuc agam, ita me Diana amabit. Calceos igitur exuo. Sed, o carissime, vide ut decernas aliquid de pace facienda.

CINÉSIAS.

Consulam. *(Myrrhina aufugit.)* Perdidit me et attrivit mulier tum aliis omnibus, tum quod me excoriatum relinquens abiit. Hei mihi! quid faciam? quem futuam, postquam spe excidi potiundæ pulcherrimæ? quomodo hancce educabo? (1) Ubi Cynalopex? (2) loca mihi mercede nutricem.

CHORUS SENUM.

In maxumis malis, o infelix, et animi angore cruciaris; et me tui miseret. Heu! heu! Quinam renes possint durare? quis animus? qui colei? quis penis intentus, nec mane permolens aliquam?

CINÉSIAS.

¡Oh Júpiter, qué horribles convulsiones!

CORO DE VIEJOS.

Cómo se te ha burlado la más execrable y pérfida de las mujeres!

CINÉSIAS.

Di la más amada, la más dulcísima.

CORO DE VIEJOS.

¿Dulcísima? No, cruel, muy cruel! ¡Oh Júpiter,

---

(1) *De pene loquitur tamquam de puella recenti partu edita, cui nutrice opus sit.*

(2) Filóstrato. Véase *Los Caballeros*, 1.069.

envia una violenta ráfaga que la levante como á paja ligera, y despues de hacerla girar arremolinada en los aires, la deje de repente en tierra y la clave... donde yo me sé! (1).

UN HERALDO.

¿Dónde está el Senado ateniense? ¿dónde están los Pritáneos? tengo que comunicarles una noticia.

EL MAGISTRADO.

¿Eres un hombre ó un Príapo? (2).

EL HERALDO.

¡Soy un heraldo, imbécil! te lo juro por Cástor y Pólux; vengo de Esparta para hacer la paz.

EL MAGISTRADO.

¿Trayendo una lanza escondida?

EL HERALDO.

No hay tal.

EL MAGISTRADO.

¿Adónde te vuelves? ¿Por qué te estiras la túnica? ¿Te has excoriado de tanto andar?

EL HERALDO.

Este hombre es un idiota

EL MAGISTRADO.

Tu porte es indecentísimo (3).

---

(1) *Deinde in mentulam incidat, et infigatur.*

(2) Lit.: un *Conísalo*, especie de sátiro. El nombre con que le sustituimos excusa una nota sobre la forma de presentarse el heraldo.

(3) *Sed arrigis, o impurissime.*

EL HERALDO.

Te digo que no, y basta de bromas.

EL MAGISTRADO.

¿Qué traes ahí?

EL HERALDO.

Una escítala (1) lacedemonia.

EL MAGISTRADO.

Pase por escítala; pero díme la verdad; mira que lo sé todo: ¿cómo andan las cosas en Lacedemonia?

EL HERALDO.

Mal; todas en el aire, lo mismo las de Lacedemonia que las de los aliados. Pelene (2) nos es indispensable.

EL MAGISTRADO.

¿Cuál es la causa de esa deplorable situacion? ¿Quizá Pan (3) irritado...?

EL HERALDO.

No, Lámpito, segun creo, fué la que principió; y en seguida, á un tiempo y unánimes, todas las Espartanas se han separado de sus maridos.

EL MAGISTRADO.

¿Y qué tal lo pasais?

---

(1) La *Escítala* era un baston cilíndrico y prolongado que los Lacedemonios entregaban á cada general que partia á la guerra. En Lacedemonia quedaba otro idéntico, y cuando querian enviar un despacho secreto rollaban una correa al baston y escribian á lo largo; despues la desenrollaban, de suerte que lo escrito sólo podia ser entendido por el general que volvia á colocar la correa en torno de su *escítala*.

(2) Nombre de una ciudad de Acaya y de una cortesana.

(3) Dios de la lascivia.

EL HERALDO.

Horriblemente; andamos encorvados por las calles, como si lleváramos linternas. Las mujeres han resuelto no permitirnos la menor caricia, hasta que por unánime consentimiento hagamos la paz con toda la Grecia.

EL MAGISTRADO.

Es una conspiracion tramada por las mujeres de todos los países. Ahora lo comprendo. Véte cuanto ántes, y dí á los Lacedemonios que manden embajadores con plenos poderes para tratar de la paz. Yo voy á decir al Senado que os envie otros; me bastará para persuadirle el hacerle ver nuestra situacion.

EL HERALDO.

Voy volando: tu idea es excelente.

CORO DE VIEJOS.

No hay bestia feroz, ni incendio más indomable que la mujer. La pantera es ménos desvergonzada.

CORO DE MUJERES.

Si sabes eso, ¿por qué te obstinas en hacerme la guerra, pudiendo, gran bribon, ser amigo mio?

CORO DE VIEJOS.

No, jamás dejaré de aborrecer á las mujeres.

CORO DE MUJERES.

Como quieras; mas por de pronto no puedo consentir que estés desnudo. ¡Si vieras lo ridículo que estás! Vamos, voy á ponerte esta túnica.

CORO DE VIEJOS.

En eso teneis razon, por vida mia; me la quité en aquel arrebato de cólera.

CORO DE MUJERES.

Ahora siquiera tienes facha de hombre, y no haces reir. Si no me hubieras enojado tanto, te sacaria tambien un animalito que tienes en el ojo.

CORO DE VIEJOS.

Sin duda era eso lo que me mortificaba. Toma este anillo; saca el insecto y enséñamelo. Me pica en el ojo hace un buen rato.

CORO DE MUJERES.

Lo haré, aunque eres el hombre más gruñon... ¡Oh Júpiter, qué enorme mosquito! ¿Lo ves? Debe ser de Tricoriso (1).

CORO DE VIEJOS.

¡Ah, qué alivio te debo! Me estaba abriendo un pozo; así es que en cuanto lo has sacado, me fluyen lágrimas en abundancia.

CORO DE MUJERES.

Aunque eres muy bribon, yo te las enjugaré, y además te daré un beso.

CORO DE VIEJOS.

No me beses.

CORO DE MUJERES.

Quieras ó no.

---

(1) Demo del Ática, rodeado de bosques y pantanos. Sus mosquitos, á lo que parece, eran de marca mayor.

CORO DE VIEJOS.

¡Mala peste os lleve! ¿Habráse visto qué zalameras son? Con razon se dice: «Ni con esas perversas, ni sin esas perversas.» Pero hagamos las paces, y convengamos en no causarnos en adelante ningun mal; ni nosotros á vosotras, ni vosotras á nosotros. Sancionemos nuestra amistad, uniendo nuestros cantos.

CORO DE MUJERES.

No pretendemos, ciudadanos, hablar mal de ninguno de vosotros; al contrario, os deseamos y haremos todo género de beneficios; que para males, los presentes bastan (1). Acuda á nosotras todo hombre ó mujer que necesite dinero, y recibirá tres minas; pues adentro hay oro en abundancia, y nosotras tambien tenemos bolsa. Y si la paz llega á hacerse, nadie tendrá que devolver la cantidad recibida. Hemos convidado á cenar á unos Caristios (2), personas buenas y valientes; tenemos puches y un lechoncillo, recientemente inmolado, cuya carne será tierna y sabrosa. Venid, pues, hoy á mi morada, y venid pronto, despues del baño, vosotros y vuestros hijos; entrad sin preguntar por nadie; seguid todo derecho, como en vuestra

(1) Nueva alusion á las derrotas en Sicilia y á la de Eritrea (Véase Tucídides, viii, 95).

(2) Habitantes de Caristio en Eubea, que tenian fama de malas costumbres.

casa, sin reparo alguno; porque la puerta estará... cerrada.

CORO DE VIEJOS.

Ahí vienen los embajadores espartanos, pisándose las barbas; parece que traen una gamella colgada á la cintura.

¡Salud, en primer lugar, Lacedemonios! y en seguida, decidnos qué tal os encontrais.

UN LACEDEMONIO.

¿Qué necesidad hay de largos discursos? Mirad y ved.

CORO DE VIEJOS.

¡Oh! el mal toma sérias proporciones y va cada vez á peor.

EL LACEDEMONIO.

Es indecible. ¿A qué hablar más? Venga cualquiera, y ajustemos la paz á cualquier precio.

CORO DE VIEJOS.

Atqui et istos conspicor indigenas, tamquam luctatores a ventre rejicientes vestes, ita ut athleticum quid hic morbus videatur.

ATHENIENSIS.

Quis indicet nobis Lysistratam, ubi sit? nam viri adsumus et nos hujuscemodi.

CHORUS SENUM.

Et alter hic morbus alteri congruit. Numquid mane tentigo vos capit?

ATHENIENSIS.

Immo hercle perimus, dum hoc experimur. Qua-

re, nisi pacem inter nos quis ocius conciliet, fieri non poterit, quin Clisthenem futuamus.

CHORUS SENUM.

Si sapitis, vestes sumetis, ut nequis eorum, qui Hermos truncant, vos videat.

ATHENIENSIS.

Recte, ita me Jupiter amet, autumas.

LACO.

Ita me Castores, recte omnino. Agedum amiciamur.

ATHENIENSIS.

Salvete, o Lacones: turpe est, quod nobis accidit.

LACO.

O carissime, male utique nobis fuisset, si vidissent isti viri mentulas nostras erectas.

EL ATENIENSE.

Ea, Lacedemonios, hablemos con franqueza. ¿A qué habeis venido?

EL LACEDEMONIO.

A tratar de la paz.

EL ATENIENSE.

Muy bien, nosotros á lo mismo. ¿Mas por qué no llamamos á Lisístrata? Es la única que puede arreglarnos.

EL LACEDEMONIO.

Bueno, y si quieres tambien á Lisístrato (1).

CORO DE VIEJOS.

Es inútil llamarla; sin duda os ha oido, y sale.

(1) Llamado en *Los Acarnienses* (885) «Oprobio de los Colargienses.» Su nombre, como el de Lisístrata, significa: «Terminador de la guerra.»

¡Salud, mujer esforzadísima! Llegó la ocasion de mostrarte valiente ó tímida, buena ó mala, severa ó indulgente, sencilla ó astuta. Los principales Griegos, seducidos por tus encantos, se confian á tí, y esperan que des fin á sus agravios.

LISISTRATA.

No es cosa difícil, miéntras su situacion no les arrastre á excesos nefandos. Pronto lo sabré. ¿Dónde está la Paz? (1) Tráeme primero á los Lacedemonios, cogiéndoles de la mano, sin dureza ni altivez, y sin aquella grosería con la cual les recibian nuestros esposos (2); al contrario, muéstrales esa afabilidad adorno de la mujer. Si se niegan á darte la mano, cógelos por otra parte (3). Tráeme asimismo á los Atenienses, cogiéndoles por donde quieran.—Lacedemonios, colocaos junto á mí; vosotros, Atenienses, á este lado; ahora prestadme atencion. No soy más que una mujer, pero tengo sentido comun; la naturaleza me dotó de un criterio claro, que las lecciones de mi padre y de otros ancianos acertaron á desenvolver. Quiero principiar por echaros en rostro faltas comunes á entrambos y censurables con sobra de razon. Vosotros que en Olimpia, en las Termópilas, en Délfos (¡cuántos lugares pudiera citar si quisiera extenderme!) rociais los mismos altares con igual agua lustral, y formais una sola familia ante los

(1) Lit.: *Convencion*, *tratado* (Διαλλαγή), personificada como *Opora, Teoria*, etc.
(2) Cuando el negocio de Pílos, principalmente.
(3) *Mentula prehensum duc*

bárbaros enemigos, arruinais ahora con desoladora guerra la Grecia y sus ciudades. Esto es lo primero que tenía que deciros.

EL ATENIENSE.

Y á mí me mata el deseo.

LISISTRATA.

Ahora, Lacedemonios, me dirijo á vosotros en particular. ¿No os acordais de cuando el Espartano Periclídes (1) llegó suplicante al pié de nuestras aras, pálido, vestido de púrpura (2), pidiendo á los Atenienses tropas auxiliares? Porque entónces la Mesenia os apuraba, y Neptuno estremecia vuestra tierra (3). Cimon partió con cuatro mil soldados, y salvó á Lacedemonia. ¡Y despues de tales beneficios devastais los campos de vuestros libertadores!

EL ATENIENSE.

Sí, Lisístrata, obraron mal.

EL LACEDEMONIO.

Obramos mal: pero es indecible la belleza de esto (4).

LISISTRATA.

¿Creeis, Atenienses, que os voy á absolver de toda culpa? ¿No recordais que tambien los Lacedemonios, cuando vestiais la túnica de esclavos, vinie-

(1) Véase Tucídides, I, 102.
(2) El traje militar de los Lacedemonios era de color de púrpura.
(3) Se refiere á un terremoto y á una sublevacion de los *Mesenios* é Hilotas. (Véase Tucídides, *id.*)
(4) Ὁ πρωκτός.

ron en armas, mataron gran número de Tesalios y de amigos y partidarios de Hípias, y fueron los únicos que en aquel memorable dia os devolvieron la libertad y cambiaron vuestra túnica servil por el manto de ciudadanos? (1).

EL LACEDEMONIO.

No he visto mujer más hermosa.

EL ATENIENSE.

Yo tampoco.

LISISTRATA.

Debiéndoos mutuamente tantos y tan preclaros beneficios, ¿por qué os haceis la guerra, y no desistís de vuestros rencores? ¿Por qué no os reconciliais? Decid: ¿quién os lo impide?

EL LACEDEMONIO.

Nosotros ya queremos, si se nos devuelve nuestro baluarte.

LISISTRATA.

¿Cuál? amigo.

EL LACEDEMONIO.

Pílos, que reclamamos y apetecemos hace tiempo.

EL ATENIENSE.

¡Por Neptuno! nunca lo conseguireis.

LISISTRATA.

Cedédselo, amigos mios.

---

(1) Hípias, hijo de Pisístrato, mandó á una multitud de Atenienses desocupados á cultivar las tierras, obligándoles á vestirse la túnica corta de los esclavos, para que la vergüenza les impidiera volver á la ciudad.

EL ATENIENSE.

Entónces, ¿dónde promoveremos alborotos?

LISISTRATA.

Exigid otra plaza en cambio.

EL ATENIENSE.

Bueno, dadnos Equinonte, el golfo Maliense que la baña, y los muros de Megara, parecidos á dos piernas.

EL LACEDEMONIO.

No, querido mio, no todo eso.

LISISTRATA.

Conveníos, no disputeis por dos piernas.

EL ATENIENSE.

Yo estoy deseando desnudarme, y arar mis tierras.

EL LACEDEMONIO.

Y yo abonarlas primero (1).

LISISTRATA.

En cuanto se ajuste la paz hareis todo eso. Si la deseais, deliberad sobre el asunto, y partid á comunicar vuestra resolucion á los aliados.

EL ATENIENSE.

¿A qué aliados, amiga mia? Nuestra situacion es insostenible. ¿Crees que á nuestros aliados no les pasará lo mismo?

EL LACEDEMONIO.

A los mios, sí.

EL ATENIENSE.

Pues no digo nada á los Caristios (2).

(1) Hay muchos equívocos en el texto.
(2) Alusion á sus disolutas costumbres.

LISISTRATA.

Perfectamente. Ahora purificaos para que las mujeres os recibamos en la ciudadela, y vaciemos en obsequio vuestro nuestras cestas. Juraos mutua fidelidad; despues cada uno recobrará su esposa, y se marchará con ella.

EL ATENIENSE.

Vamos aprisa.

EL LACEDEMONIO.

Llévame adonde quieras.

EL ATENIENSE.

Sí, sí, volando.

CORO DE MUJERES.

Tapices bordados, túnicas preciosas, vestidos rozagantes, vasos de oro, todo cuanto tengo os lo ofrezco de buena voluntad, para que lo lleven vuestros hijos, ó vuestra hija, si llega á ser canéfora. A todos os digo que dispongais de mis riquezas y cojais en mi casa cuanto os agrade: de todo, por bien sellado que se encuentre, podeis apoderaros rompiendo su cerradura. Mas por mucho que mireis no vereis nada, á ménos de que vuestros ojos sean más perspicaces que los mios. El que no tenga comida para sus esclavos ó numerosa prole, encontrará en mi casa trigo molido y un enorme pan de un quénice. Todos los pobres pueden acudir á mí con sacos y alforjas para recibir granos. Mánes, mi esclavo, se lo dará. Sin embargo, que nadie se acerque á mi puerta; cuidado con el perro.

UN CURIOSO.

Abre la puerta.

UN CRIADO.

Retírate. ¿Qué haceis vosotros ahí? ¿Quereis que os abrase con esta lámpara? ¡Qué gente tan molesta!

EL CURIOSO.

No me retiraré.

EL CRIADO.

Bueno, ya que os empeñais, nos aguantarémos aquí.

EL CURIOSO.

Y nosotros nos aguantarémos contigo.

EL CRIADO.

¡Ah! ¿No os vais? Vuestros cabellos lo pagarán, y despues pondreis el grito en el cielo. ¿No os vais para que los Lacedemonios se marchen en paz despues del festin?

EL ATENIENSE.

Nunca he visto un banquete semejante. Los Lacedemonios estaban encantadores; y nosotros, despues de beber, discretísimos.

CORO DE VIEJOS.

Tienes razon, porque en ayunas desvariamos. Por lo cual, si los Atenienses me creyesen, deberíamos de ir siempre beodos á todas las embajadas. ¿Entramos sin beber en Lacedemonia? Pues ya sólo buscamos motivos de discordia: no oimos lo que se nos dice: lo que no se nos dice nos inspira sos-

pechas; y al dar cuenta de lo ocurrido desnaturalizamos los hechos. Pero hoy estábamos de tan buen talante, que si hubiesen cantado el escolio de Telamon (1) en vez del de Clitágoras, hubiéramos aplaudido, dispuestos al perjurio.

EL CRIADO.

¿Ya vuelven otra vez? Largo de aquí, grandísimos desollados.

EL CURIOSO.

Por fin salen los convidados.

EL LACEDEMONIO.

Queridísimo amigo, coge las flautas para que yo baile y cante en honor de los Atenienses y de nosotros mismos.

EL ATENIENSE.

Sí, coge las flautas, por todos los dioses; nada me divertirá tanto como el verte bailar.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Inspira, oh Mnemosine (2), á estos jóvenes y á mi Musa, sabedora de nuestras ilustres hazañas y de las de los Atenienses, que junto á Artemisio (3) con ímpetu de dioses se lanzaron sobre los bajeles enemigos y derrotaron á los Medas. Leónidas nos llevaba como jabalíes que han aguzado sus colmi-

(1) Cancion guerrera, inoportuna en un banquete para solemnizar la paz.
(2) Madre de las Musas.
(3) Promontorio de Eubea junto al cual los Atenienses derrotaron á Jérjes.

llos; copiosa espuma cubria nuestros labios, y corria por todo nuestro cuerpo. Porque los Persas eran numerosos como las arenas del mar. ¡Cazadora Diana, señora de las selvas, vírgen celestial, ven y patriocina nuestra alianza! ¡Que en adelante nos ligue una amistad fraternal, jamás rota por la perfidia! ¡Sénos propicia, doncella cazadora!

LISISTRATA.

Ea, ya que todo lo demas ha terminado tan felizmente, Lacedemonios, llevaos vuestras mujeres; y vosotros, Atenienses, las vuestras; que el esposo esté junto á su esposa y la esposa junto á su esposo; y en celebridad de tan feliz suceso, dancemos en honor de los dioses y evitemos las reincidencias.

CORO DE ATENIENSES.

¡Que se presente el coro! ¡Que aparezcan las Gracias! Invocad á Diana, invocad á su hermano, al benéfico Pean, director de las danzas; invocad al dios de Nisa (1), cuyos ojos centellean al fijarse en las Ménades: invocad á Júpiter, el de coruscante rayo, á su veneranda esposa y á todas las deidades, eternos testigos de esta paz ajustada bajo los auspicios de Vénus. ¡Io! ¡io! Pean ¡bailad! ¡Io! ¡io! saltad como para celebrar una victoria. ¡Evóe! Evóe! Lacedemonio, entona un nuevo canto.

CORO DE LACEDEMONIOS.

Desciende otra vez del amable Taigeto, Musa lacedemonia, y ven á celebrar conmigo al Ami-

(1) Baco.

cleo (1) Apolo, á Minerva Calcieca (2) y á los fuertes Tindáridas (3) que se ejercitan en la márgen del Eurotas (4).

¡Oh! ven, tiende hácia mí tu rápido vuelo, y cantemos á Esparta, amante de los sagrados coros, y gallardas danzas que junto al Eurotas ejecutan sus doncellas, saltando con la agilidad de jóvenes corceles, hiriendo el suelo con ligero pié, y, á modo de tirsíferas Bacantes, soltando al viento la destrenzada cabellera. La casta hija de Leda (5) las precede radiante de hermosura. Ea, sujeta con una cinta tus flotantes cabellos, y salta como ligera cierva; arranca esos aplausos que animan los coros, y celebra á Pálas, la más fuerte y guerrera de las diosas.

---

(1) Sobrenombre de Apolo, por el magnífico templo que le consagró Amíclas, hijo de Lacedémon, en la orilla derecha del Eurotas, cerca de Esparta.

(2) Sobrenombre tomado del templo con puertas de bronce (χαλκός) que Minerva tenía en Eubea.

(3) Cástor y Pólux.

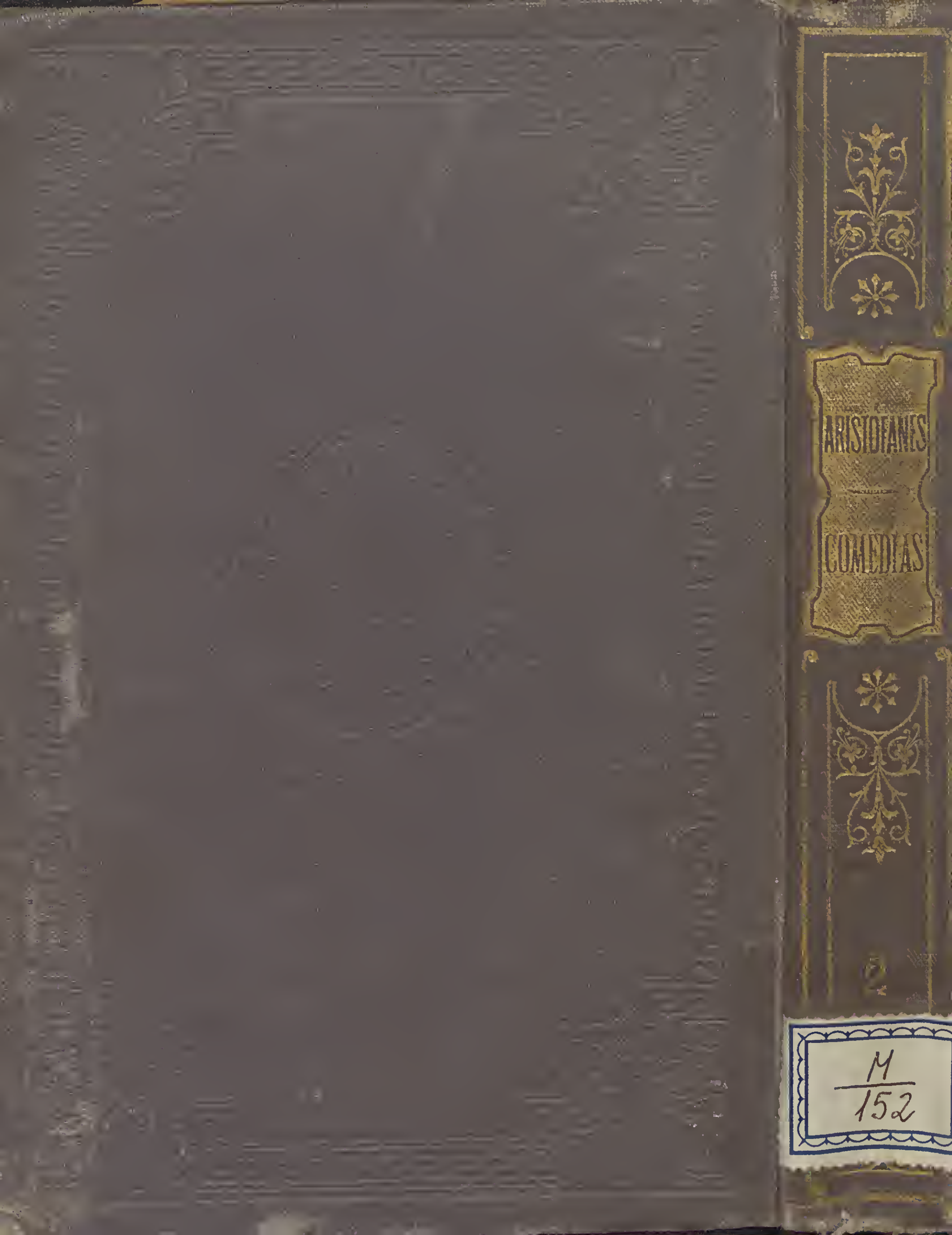
(4) Rio que pasaba por Esparta.

(5) Diana, y no Helena; pues ésta ni fué diosa, ni casta.

FIN DE LISÍSTRATA.

ÍNDICE.


500811062



ARISTOFANES
COMEDIAS
2
M
152